

TRACY CHEVALIER

La maestra del vidrio

Una mujer está a punto
de dejar huella en Venecia...

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

Annotation

La ciudad más bella del mundo ha acogido a maestros del vidrio durante cientos de años. ¿Hay lugar para una mujer entre todos ellos? Orsola Rosso está a punto de dejar su huella.

Venecia, 1486. Al otro lado de la laguna se encuentra Murano. Aquí el tiempo fluye de forma diferente, como el cristal que los maestros de la isla se pasan la vida aprendiendo a moldear. Las mujeres no deben trabajar el vidrio, pero Orsola Rosso ignora las convenciones para salvar a su familia. Trabaja en secreto, sabiendo que sus obras deben ser perfectas para ser aceptadas por los hombres. Pero la perfección puede llevar toda una vida. Saltando a través de los siglos, seguimos a Orsola Rosso mientras perfeccionan su arte a través de la guerra y la peste, la tragedia y el triunfo, el amor y la pérdida.

Sus invenciones adornarán los cuellos de emperatrices y cortesanas de París a Viena, pero ¿llegará a ganarse el respeto de sus seres más queridos?

TRACY CHEVALIER

La maestra del vidrio

Traducción de Begoña Prats

Duomo Ediciones

Título Original: *The Glassmaker*
Traductor: Prats, Begoña

ISBN: 9788410346154
Generado con: QualityEbook v0.87

TRACY CHEVALIER

La maestra del vidrio

Traducción de Begoña Prat Rojo



Duomo ediciones
Barcelona, 2024

ÍNDICE

Una breve explicación del tiempo *alla veneziana*

EN LA CIUDAD del Agua, el reloj avanza a su propio ritmo. Venecia y las islas que la rodean siempre han parecido estar ancladas en el tiempo… y tal vez lo estén. Se trata de una ciudad construida sobre pilotes de madera encima de una laguna, recorrida por canales, y tanto su estética como su exquisita arquitectura se han conservado intactas a lo largo de cientos de años. Puede que ahora las barcas tengan motores, pero el tiempo todavía parece correr a una velocidad distinta que en el resto del mundo.

Durante siglos, uno de los deslumbrantes tesoros de Venecia ha sido el cristal de su isla hermana, Murano. El cristal es una sustancia peculiar, pues está hecho de arena que se vuelve translúcida o incluso transparente al fundirse. Hay cierta controversia acerca de si se trata de un sólido o de un líquido. Aunque los profesores de ciencias enseñaran a sus alumnos que, mucho después de enfriarse, el cristal sigue fluyendo, siempre a su propio ritmo glacial, y citaran para demostrarlo el ejemplo de los cristales de ventana viejos, que en ocasiones son más gruesos por abajo que por arriba, se equivocaban. Lo cierto es que el cristal no fluye hacia abajo con una lentitud imperceptible para agruparse en la parte inferior de la ventana: el grosor desigual es el resultado de cómo se hacían los cristales de ventana en el pasado. Pero tal vez el mito se haya perpetuado porque deseamos creer que el cristal, como la isla donde se produce, se ciñe a sus propias leyes naturales. Que igual que Venecia y Murano, avanza a su propio ritmo.

La gente que crea cosas también tiene una relación ambigua con el tiempo. Pintores, escritores, tallistas, tejedores, tapiceros y, sí, vidrieros: creadores que a menudo se sumergen en un estado de abstracción que los psicólogos llaman «flujo», en el que las horas pasan sin que se den cuenta.

A los lectores también les pasa.

Es sorprendentemente difícil establecer la velocidad a la que pasa el tiempo; si para otros transcurre más rápido que para uno mismo. ¿Cómo iba a saber uno si en un lugar todos los relojes se mueven a una velocidad diferente a la de otro sitio? ¿O si los artesanos de la Ciudad del Agua y la Isla del Cristal parecen envejecer más despacio que en el resto del mundo?

Primera parte Copas, cuentas y delfines

1

Si lanzas una piedra plana con pericia y a baja altura por encima del agua, esta rebotará varias veces sobre la superficie, a intervalos largos o cortos, antes de hundirse.

Con esa imagen en mente, ahora sustituye «agua» por «tiempo».

Comienza en el extremo septentrional de Venecia, con la piedra en la mano y de cara a Murano, la Isla del Cristal, ubicada a media hora en góndola por la laguna. No arrojes la piedra todavía. Estás en 1486, en el apogeo del Renacimiento, y Venecia disfruta de su condición de centro del comercio europeo y de gran parte del resto del mundo. Parece que la Ciudad del Agua siempre será rica y poderosa.

Orsola Rosso tiene nueve años. Vive en Murano, pero aún no ha trabajado el cristal…

El canal no era tan profundo como creía Orsola. Al caer dentro, dio un respingo y se estremeció por lo fría que estaba el agua, mientras se hundía hasta que su pie tocó el fondo fangoso. En ese momento, todo lo que le había parecido tan profundo y poderoso perdió de pronto su misterio. Oyó gritar a su madre, pero cuando salió a la superficie, escupiendo y con el agua solo a la altura de los hombros, su hermano Marco se estaba riendo.

—¡Me has empujado! —chilló ella—. *Cretino*!

—Orsola, *basta*! —la regañó Laura Rosso—. Hay gente escuchando.

Así era. Los habitantes de Murano estaban parados en la puerta de los talleres que se alineaban en la *fondamenta*, riéndose de la chica Rosso sumergida en el canal.

—¡No te he empujado! —replicó Marco—. Eres tan torpe que te has caído sola, *bauca*! Qué hermana más tonta tengo.

Orsola, su madre y sus hermanos regresaban de visitar a su tía y su abuela en el otro extremo de la isla. Su *nonna* se había puesto enferma y, convencida de que iba a morirse, había insistido en verlos, aunque había tenido las fuerzas suficientes para levantarse y darle a Orsola un saquito de piñones que había comprado hacía poco en el mercado, porque no quería que se estropearan si se moría. *Zia* Giovanna había puesto los ojos en blanco ante la ridiculez de la idea, pero Orsola había cogido con cuidado el saquito de su abuela y le había prometido que se lo daría a Maddalena, su criada. Los Rosso regresaban de la visita por un lado del Rio dei Vetrai —el canal de los Vidrieros, que atravesaba la zona de Murano donde se hallaba gran parte de los talleres de cristal—, cuando Marco había chocado con

fuerza con Orsola, que había dado un traspié y había caído al agua, aunque había tenido los reflejos de lanzar la bolsa a su espalda antes de hundirse. Fue ese detalle el que la familia destacaría más adelante cada vez que contaran la historia: que la joven Orsola había tenido la presencia de ánimo suficiente para salvar los preciados piñones.

Giacomo, el hermano más amable y, en consecuencia, menos interesante, bajó por unos escalones cercanos cubiertos de algas y, tras arrodillarse sobre el limo, estiró el brazo y tiró de Orsola hasta subirla por la escalera pringosa. Ella cayó sobre la *fondamenta*, jadeando y escupiendo agua, y se quedó un momento allí tendida, muerta de vergüenza. Solo los borrachos se caían en los canales, o la gente que salía por la noche y perdía el rumbo en la oscuridad.

Laura Rosso ayudó a su hija a ponerse en pie y empezó a secarla con su chal.

—Estás helada y sucia —murmuró y, tras echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que la gente había perdido el interés en la escena, señaló con la cabeza una puerta cercana—. Deberías ir a donde los Barovier para entrar en calor con su horno.

—No puede —intervino Giacomo—. Nunca la dejarán entrar.

—No van a dejar que una niña pille un resfriado de mil demonios, aunque sea la hija de un rival. —Laura miró a través de las filigranas de hierro de la ventanilla de la puerta, con expresión calculadora, y a continuación la abrió e hizo señas a su hija para que se acercara—. Tú no digas nada. Mantén los ojos bien abiertos y luego me cuentas todo lo que veas.

Orsola vaciló, pero su madre no era alguien con quien se pudiera discutir. Y además tenía frío y estaba mojada, y el cercano horno resultaba muy tentador; desde donde se encontraba, podía oír su rugido apagado. Se escabulló al interior, tras lo cual su madre cerró la puerta y la dejó aislada de su familia. Al volver la cabeza para mirar por la ventanilla, vio la sonrisita de Marco, la cara de preocupación de Giacomo y el gesto de la mano de Laura para que siguiera adelante.

Orsola avanzó por un pasaje que daba a un patio, desierto de personas pero atestado de cajas y carretillas llenas de cristales rotos, madera apilada y largos bastones de cristal de diversos colores apoyados contra la pared. El suelo del patio, que no parecía estar muy ordenado, centelleaba con esquirlas de cristal, como una escarcha multicolor. A su alrededor se alzaban varias pequeñas construcciones: un almacén con más cristal, además de la ceniza, la arena y la cal para producirlo; una habitación con la puerta entreabierta, donde vislumbró estanterías abarrotadas de platos, cuencos y fuentes, hileras de jarrones de distintas formas, tamaños y colores, y lámparas de araña como pulpos enmarañados, todo a la espera de que lo embalaran y, en último término, lo enviaran en barco a Ámsterdam,

Lisboa, Londres, Hamburgo o Estambul, ciudades de las que a veces Orsola oía hablar a su padre. A un lado había una tiendecita donde los visitantes podían comprar una variedad de productos ya terminados.

La disposición del local de los Barovier era parecida a la del taller de la familia de Orsola, aunque el suyo era más pequeño y Lorenzo Rosso era muy meticuloso con el orden y la limpieza. Sus aprendices se quejaban porque se pasaban los primeros meses organizando las herramientas y arrastrando carretillas de un lado a otro, sin tocar ni de lejos el cristal caliente. Cada taller tenía su propio estilo, marcado por el carácter del maestro. Por lo visto, el maestro Giovanni Barovier era del tipo desordenado.

A pesar de ello, los Barovier eran las estrellas del mundo del cristal. A partir del desorden, el padre de Giovanni, Angelo Barovier, había ideado innumerables invenciones, como el *cristallo veneziano* —vidrio transparente que transformó la manera de trabajar en Murano cuando otros maestros recibieron el permiso para copiarlo— y el *calcedonio* —un vidrio con aspecto de calcedonia—. Los Barovier también habían sido pioneros en la técnica de estirar el vidrio en largos bastones, que ahora usaban todos los vidrieros para confeccionar los elementos decorativos de copas, lámparas de araña y fuentes. Aunque Angelo había muerto hacía años, Giovanni había continuado la tradición, usando métodos cuyo secreto guardaba celosamente. Todas las familias de vidrieros tenían sus propias fórmulas secretas que protegían a cualquier precio, y no querían intrusos en sus lugares de trabajo que vieran qué se traían entre manos.

Titubeante, Orsola se quedó junto a la puerta que daba al taller. Desde allí oía el horno y los gritos que intercambiaban los hombres mientras trabajaban. ¿Qué estaba haciendo allí? La iban a descubrir y la echarían a la calle como un cuenco roto. Pero su madre se había mostrado firme, así que entreabrió la puerta y se coló dentro con un nudo en el estómago.

El taller estaba lleno de hombres que metían y sacaban del horno punteles —largos cañones de hierro— con globos de vidrio fundido en un extremo, les daban unas vueltas rápidas, los hacían rodar sobre un mable —una plancha de hierro plana—, los introducían en moldes de diversas formas y colocaban las piezas terminadas en el arca de recocido para que se enfriaran lentamente. Los niños eran los encargados de alimentar el fuego, barrer y llevar cubos de agua de un sitio a otro. Todos se movían alrededor del maestro, que estaba sentado a su mesa de trabajo. Orsola reconoció aquella particular atmósfera de actividad frenética, aunque el taller de los Barovier era más grande y ruidoso, con más silbidos y gritos, que el de Lorenzo Rosso. Consciente de que lo mejor era quitarse de en medio, se acercó

escurridizamente al fuego. Su movimiento llamó la atención de uno de los *garzonetti*, los chicos que ayudaban con los hornos con la esperanza de convertirse en *garzone*, los aprendices que se formaban en el trabajo del cristal. Estaba barriendo el suelo y, al verla, se quedó paralizado. Orsola se llevó un dedo a los labios. «No grites —le suplicó en silencio—. No me delates».

Entonces divisó a alguien plantado en medio de todos los atareados hombres que le hizo olvidar al *garzonetto*: una mujer cerca de la pared con los brazos en jarras. Todo en ella era cuadrado: sus anchos hombros, su frente, hasta el moño de pelo cano sujeto con horquillas. En contraste con la actividad que la rodeaba, permanecía muy quieta.

Era Maria Barovier, hija de Angelo y hermana del maestro Giovanni. Orsola había oído hablar de aquella mujer y la había visto de lejos, caminando con paso firme por la *riva* o a través de Campo Santo Stefano, o sentada en misa, con los ojos cerrados como si durmiera y la barbilla afilada como una espada. Maria Barovier, una de las pocas mujeres que trabajaban el vidrio y que hacía caer sobre los necios todo el peso de su lengua viperina. La conocían como Marietta, pero Orsola pensó que el diminutivo no encajaba con una mujer tan formidable.

En ese momento fruncía el ceño mientras observaba un grueso bastón de cristal que sostenía ante ella uno de los *garzoni*, un chaval de cara delgada que tendría uno o dos años más que el hermano de Orsola, Marco.

—No, el rojo tendría que destacar más, para equilibrar; si no, la cuenta quedará absorbida por el blanco y el azul. ¿Es que no escuchas nunca? —Su voz era grave y sonaba irritada—. ¿Dónde está el molde? Tendré que volver a enseñártelo y ya estoy harta.

El chico tenía la expresión atemorizada de la mayoría de los *garzoni* nuevos que estaban inseguros de su posición. Al apartar la mirada de su empleadora, sus ojos se posaron en Orsola. Eran muy oscuros, casi negros, y Orsola se quedó clavada en el sitio.

Maria Barovier siguió la mirada del muchacho. Su ceño no se relajó, ni siquiera cuando se fijó en el limo del canal que cubría la parte delantera del vestido de Orsola.

—Fuera, Rosso —vociferó—. *Spia*.

Orsola salió disparada y casi se arañó con la puerta en sus prisas por salir. Absortos en el cristal, los hombres ni siquiera se dieron la vuelta; aquel era un drama para mujeres y aprendices. Cruzó el patio haciendo crujir los cristales hasta llegar a la puerta de la calle y salió de nuevo a la *Fondamenta* dei Vetrai. A pesar de que solo se había ausentado unos minutos, le habían parecido horas, como si hubiera entrado y regresado de un mundo totalmente nuevo. Su familia se

había esfumado. Estarían esperándola en casa y su madre le pediría un informe completo, aunque Orsola apenas había visto nada. Las familias que se dedicaban al cristal no eran hostiles entre sí, pero no compartían sus espacios, su trabajo, sus secretos. En alguna ocasión, los maestros bebían juntos y jugaban a las cartas, y se quejaban de los aranceles, de los mercaderes del Rialto que intentaban estafarlos al otro lado de la laguna o del Consejo de los Diez veneciano y sus nuevas directrices, que limitaban lo que podían producir. Pero nunca hablaban del cristal que fabricaban. Era típico de los muraneses apoyar a su isla y la industria en general, pero criticar el trabajo de los demás a sus espaldas: técnicas que no eran lo bastante refinadas, piezas poco originales o anodinas. Las suyas siempre eran mejores.

Orsola apenas había disfrutado del calor del horno de los Barovier durante un minuto, y seguía mojada y con frío. Echó a correr por la *fondamenta* y cruzó el Ponte di Mezzo en dirección a su casa. Bruno, un barquero joven y fornido al que conocían todos los muraneses, remaba por el canal y estaba a punto de agacharse para pasar bajo el puente cuando señaló con el remo el limo que veteaba la parte delantera de su vestido.

—¡Qué cochina estás hecha! —gritó—. Tu hermano me ha contado que has saltado al canal. ¿Qué, te estás entrenando para ser sirena o delfín?

—¡No he saltado! Me ha empujado él.

Bruno se rio.

—¿A cuál de los Rosso debería creer?

Ella frunció el ceño y siguió corriendo, ignorando los comentarios de los vecinos sobre lo sucia que iba y lo torpe que era. Al llegar a casa de los Rosso, empujó la puerta de hierro que daba al patio del cristal, con almacenes a un lado y otro espacio que llevaba a la casa de la familia en el otro. Al fondo del patio estaba el taller con el horno, encendido día y noche. No se permitía salir excepto en agosto y septiembre, cuando hacía demasiado calor para trabajar y los vidrieros se tomaban un descanso estival. A un lado del taller, un pasaje llevaba a un pequeño embarcadero en la laguna, desde el que los barcos podían llevarse las piezas de cristal para los mercaderes de Venecia o descargar la arena necesaria para producir el cristal, así como la madera para el horno: fardos de leña que unas grandes barcazas traían constantemente de *terraferma*, el continente, donde había muchos más árboles que en las islas.

Orsola quería ir al horno del taller para secarse con su calor intenso y deslumbrante, pero estaba segura de que su madre esperaba que se presentara ante ella en cuanto llegara. Así que giró para cruzar el patio hasta la cocina, que tenía otro tipo de calor: un fuego más pequeño para cocinar, que no tenía que estar tan caliente para hervir

el agua como hacía falta para fundir el cristal. A veces, cuando necesitaba mucho calor, o muy poco, Maddalena deslizaba los platos en diversas partes del horno del taller, aunque a Lorenzo Rosso siempre parecía incomodarle que entrara en su lugar de trabajo.

Al llegar a la cocina, Orsola se encontró a Marco sentado a la larga mesa donde la familia solía comer cuando hacía demasiado frío para hacerlo fuera, en el patio. Estaba dando buena cuenta de los piñones de su abuela, sin prisa pero sin pausa, mientras Laura Rosso picaba cebolla y Maddalena freía sardinas para preparar *sarde in saor*, el plato agridulce que comían a menudo.

—¡El vestido! —gritó Maddalena—. Pero ¿qué has estado haciendo? ¡Quítatelo de inmediato!

Laura alzó la vista de sus cebollas.

—No has estado mucho rato. ¿Qué has visto?

Su impaciencia, sumada a la actitud despreocupada de Marco, que ahora lanzaba los piñones al aire y los iba atrapando con la boca, hicieron que Orsola se preguntara si lo habían planeado todo, y si él había chocado con ella a propósito para que cayera en el canal junto al taller de los Barovier y se viera obligada a entrar.

—Estaban muy ajetreados, muchos hombres —comenzó a decir.

—¿Qué estaban haciendo?

—No lo sé. —Se había quedado tan absorta mirando a Maria Barovier que no había prestado atención al maestro—. Copas, creo.

La mayor parte de los vidrieros hacían copas de vino, así que no era una suposición descabellada.

—¡Ni siquiera te has fijado en lo que hacían! —se burló Marco—. *Bauca*! Deberías haberme dejado entrar a mí.

Es decir que sí, que la habían mandado allí a propósito. Una pequeña parte de ella celebró haber sido la elegida en lugar de su hermano. Maddalena le quitó el saquito a Marco de un tirón.

—¡Deja de comer piñones o no quedarán suficientes para el *saor*!

—Estaba Maria Barovier —continuó Orsola.

—¿Marietta? —Laura Rosso dejó el cuchillo para concentrarse en las palabras de su hija—. ¿Qué hacía?

—Estaba hablando con un *garzone*. Abroncándolo por un bastón.

—Un bastón, ¿eh? ¿Lo has visto?

Orsola asintió.

—¿Cómo era de grueso?

—Como el pulgar de *papà*.

—¿Y de qué color?

—Rojo, blanco y azul.

—Extraña combinación de colores.

—Ha dicho que el rojo era importante. Para el equilibrio. —Orsola se interrumpió—. *Rosso* —repitió. Era el apellido de su familia.

De pronto cayó en la cuenta de que Maria Barovier la había llamado por su nombre y que sabía quién era. Pero no le dijo a su madre que la había llamado espía—. Era para hacer una cuenta. Y ha mencionado un molde.

—¡Cuentas! Cuentas de color rojo, blanco y azul. Y un bastón no solo estirado, sino también pasado por el molde. —Su madre se quedó pensativa—. *Per favore*, deja el vestido y la camisola en el montón y ponte algo seco. Y no digas ni una palabra a nadie sobre esa cuenta. Tengo que explicárselo a tu padre.

Orsola se quitó la ropa mojada y la dejó en el temido montón de ropa sucia, que nunca parecía reducirse. Los hombres y los chicos del taller sudaban tanto por el calor del horno que se cambiaban de ropa a diario, y su madre y ella se pasaban el día calentando agua y removiendo la colada en una tina llena de sosa cáustica con la que les escocía las manos, o colgando camisas, calzones y ropa interior junto al fuego para que se secaran, o tendiendo las sábanas mojadas en los campos de blanqueo de detrás del convento de Santa Maria degli Angeli. Laura Rosso detestaba la colada y Orsola tenía la sensación de que, cuando fuera lo bastante mayor para encargarse ella sola, su madre le cedería por completo la tarea, para que fuera Orsola quien acabara aborreciéndola.

Esa noche, Orsola se sentó en una esquina de la cocina con Giacomo y ambos empezaron a pasarse una canica que les había hecho el ayudante de su padre, Paolo. Mientras, Marco avivaba el fuego, Lorenzo bebía vino y Laura remendaba la manga de una de sus camisas, que se había quemado con un trozo de cristal caliente.

—Marietta Barovier está haciendo algo nuevo —informó Laura a su marido—. Había oído rumores entre las esposas de varios maestros, pero ahora lo sé con certeza. Está haciendo cuentas.

—Cuentas, ¿eh? —comentó Lorenzo Rosso—. No es algo que deba preocuparnos.

—Parece que son unas cuentas especiales. Cuentas muy elaboradas que podrían venderse bien.

—Pero nosotros no hacemos cuentas, así que no nos hará la competencia.

—A lo mejor deberíamos.

—¿Deberíamos qué?

—Hacer cuentas. —Laura sonaba irritada, como si quisiera decirle a su marido que tenía que «modernizarse».

Él meneó la cabeza.

—Nos va muy bien con las copas, las jarras y los cuencos. Si quisiéramos obtener beneficios, tendríamos que estirar cristal para hacer bastones, y mis hombres no saben hacerlo.

Para elaborar un bastón —fuera de la clase que se usaba para

fabricar cuentas o para cualquier otro tipo de cristales—, dos hombres tenían que tirar uno de cada lado de una pieza de vidrio caliente e ir adelgazándolo más y más hasta transformarlo en un cilindro. Para ello, era necesaria una callejuela larga, así como una pericia que otros ya habían perfeccionado. Los Rosso preferían comprar sus bastones a otros vidrieros antes que estirarlos ellos mismos. Lorenzo también limitaba la producción del taller a copas, jarras y cuencos, argumentando que era mejor hacer pocas cosas bien —cosas que la gente siempre iba a necesitar—, que dedicarse a las lámparas de araña y los candelabros. Era un taller conservador, con un negocio estable que siempre tendría encargos y nunca se enriquecería.

—¿Harás números? —insistió su mujer—. ¿Dividirás lo que nos cuesta comprar un tramo de bastón por el número de cuentas que se pueden sacar para vender? Así podrás calcular los beneficios.

Lorenzo le dedicó una breve mirada que Orsola sabía lo que significaba: «Basta de preguntas».

Al cabo de un mes, los Barovier presentaron al mundo la *rosetta*, una cuenta en forma de barril del tamaño de la primera falange del pulgar de un hombre. Estaba hecha de capas de bastón de color rojo, blanco y azul, que se habían colocado en moldes con forma de estrella unidos para formar un largo cilindro. A continuación se cortaba el bastón en cuentas individuales, que se biselaban para lograr que a través del azul surgieran doce puntas de estrella blancas. Tenía el aspecto de una venera festoneada, única e ingeniosa. La primera vez que tuvo una entre sus manos, Laura Rosso afirmó que eran extremadamente feas y que quién iba a quererlas. Pero a Orsola le encantaban; eran sorprendentes, muy distintas de cualquier cosa que se hubiera hecho antes en Murano. Poco a poco, la *rosetta* comenzó a venderse; no mucho al principio, pues era una rareza y todavía faltaba tiempo para que se pusieran de moda y se convirtieran en el orgullo de los jefes africanos. El Dux de Venecia incluso le dio permiso a Maria Barovier para abrir su propio y pequeño horno para producir la singular cuenta que había creado. Una mujer al frente de su propio horno: aquello era algo sin precedentes. Era poco probable que volviera a suceder, a menos que el mundo cambiara sustancialmente.

Orsola se cruzaba a veces con Maria en la *Fondamenta* dei Vetrai o en el mercado de Campo Santo Stefano, donde la mujer regateaba el precio de las sardinas como si cada *soldo* fuera un *ducato*, a pesar de que los Barovier eran tan ricos que no tenían que preocuparse de cuánto costaba el pescado. En otras ocasiones, Orsola la veía paseando sola por el extremo de Campo San Bernardo durante la *passeggiata* vespertina, cuando los muraneses se echaban a la calle para socializar. Maria Barovier nunca la saludaba, pero a veces la miraba de reojo como si quisiera decirle: «Eres Orsola Rosso y sé que estás ahí».

La vida de Orsola giraba en torno al interminable montón de ropa sucia, así como a la limpieza y el cuidado del huerto, pero cuando podía, encontraba la manera de meterse en el taller para entregar mensajes o llevar a los trabajadores *biscotti* hechos por Maddalena. En esas ocasiones aprovechaba para quedarse un rato y mirar cómo hacían jarrones, copas o, en una ocasión, cálices ornamentados para uno de los *palazzos* que los venecianos poseían en el Gran Canal de Murano. La isla se hallaba a tan solo media hora de Venecia en barca, pero los venecianos acaudalados la utilizaban para tomarse un respiro del bullicio y la sofisticación de los que vivían rodeados. No se mezclaban mucho con los vidrieros y pescadores, no bebían en las tabernas, celebraban sus propias fiestas, se traían a sus propios criados y utilizaban a sus propios gondoleros. Eso sí, les gustaba echar un vistazo a lo que estaban haciendo los vidrieros. Aunque la mayor parte del cristal de Murano se enviaba al extranjero, siempre se reservaban algunas piezas para venderlas a los venecianos y otros visitantes.

Cuando unos venecianos entraron a curiosear en la pequeña tienda de los Rosso, Orsola vio cómo su madre se quitaba el delantal, se pasaba los dedos por el pelo, se alisaba el arco perfecto de sus cejas y se apresuraba a mostrarles las últimas piezas del maestro Lorenzo Rosso. A menudo, los venecianos pudientes se limitaban a mirar y se marchaban sin nada. Pero a veces compraban piezas del maestro o incluso sorprendían a todos adquiriendo una jarra o una copa hechas por Paolo. El silencioso Paolo, calvo y con los brazos fornidos, era el *servente* de Lorenzo —su ayudante principal, un puesto justo por debajo del maestro— y manejaba el cristal con gran destreza. Siempre que vendían una de sus piezas en la tienda, a Laura Rosso le gustaba contárselo, y él se ponía rojo y se volvía de nuevo hacia el horno con una media sonrisa, mientras los demás lo pinchaban. Era un mentor afable y nunca gritaba ni reñía, sino que ajustaba la posición de la mano para darle forma a una pieza, tendía una herramienta distinta o señalaba el crisol con la cabeza para que recalentaran el cristal.

En el taller de los Rosso había empleados varios *garzonetti* que alimentaban el horno y barrían los suelos, guardaban las herramientas en su sitio e iban a buscar agua para saciar la sed constante de los trabajadores. Al cabo de un lustro se convertían en *garzoni*, y trabajaban durante seis años más como aprendices de Lorenzo y Paolo. A Orsola le encantaba observar a los *garzoni* dando vueltas alrededor de su padre en una especie de danza: se arrodillaban para soplar a través de la caña y hacer una burbuja con el vidrio fundido mientras él le daba vueltas; le cogían el puntel para recalentarlo en el crisol, le tendían las herramientas de metal y de madera —mallochas, paletas, pinzas o tijeras— cuando él las necesitaba; colocaban en una superficie el pan de oro; le traían trozos más pequeños de vidrio

calentado a la temperatura adecuada para añadirlos a la pasta con la que él estaba trabajando; desprendían la pieza de vidrio del puntel y la transportaban entre almohadillas al arca de recocido para que se enfriara. El maestro se encontraba en el centro de la danza y era el director que conducía todo lo que ocurría a su alrededor. La operación entera tenía un ritmo fluido; debía ejecutarse así o la pieza no quedaría bien. Él apenas decía nada, aparte de una breve instrucción ocasional. En algunos talleres, los hombres cantaban y contaban chistes o historias sobre mujeres y barcos, pero Lorenzo Rosso prefería trabajar en silencio. Sus obreros lo acataban y, si no les gustaba, se iban a un taller más bullicioso.

Marco y Giacomo habían comenzado como *garzonetti*, pues su padre se negaba a darles un trato especial; habían tenido que pasar años corriendo, llevando y trayendo cosas antes de poder ascender a *garzoni*, y de ese modo habían conocido el negocio desde abajo. Giacomo era tan inalterable como su padre; hacía lo que se le indicaba y estudiaba con atención cada proceso. Seguía a Paolo como una sombra y siempre era el primero en ir como una flecha a buscar la escoba y barrer los cristales rotos, en encontrar la paleta perdida o en coger con las pinzas el pan de oro que su poco cuidadoso hermano había barrido de la mesa de trabajo al suelo con su manga. Incluso se quedaba cuando ya había terminado su trabajo y soplaba innumerables *goti*, vasos de uso diario que los aprendices hacían para practicar su técnica.

Marco era distinto: más perezoso y más seguro de sí mismo. Era habilidoso, más que Giacomo y posiblemente lo sería más que su padre si se centrara y practicase. Pero él nunca hacía *goti*. Se emocionaba con una técnica, un color o un diseño nuevos, y trabajaba sin descanso en él, dejando de lado todas las demás tareas que tenía asignadas. Sin embargo, si no lograba dominar la técnica o el diseño le resultaba demasiado complicado para continuar, se frustraba y rompía piezas de manera innecesaria, antes de marcharse hecho un basilisco.

—La mujer que se case con él va a tener trabajo —comentó Laura Rosso después de uno de sus berrinches, aunque su marido y ella no lo regañaban como sí hacían con Orsola cuando se enfadaba.

Paolo tampoco decía nada, pues sabía que, un día, Marco sería su jefe. Giacomo intentaba enfrentarse a él y sus moratones daban fe de ello, ya que no era tan duro como su hermano.

Marco sí que había hecho una pieza excepcionalmente bella: una copa ornamentada de filigrana transparente, con asas en forma de los leones alados que decoraban todas las banderas de Venecia y un cáliz tan plano que era casi una fuente. Se pasó semanas dibujándola y practicando las distintas partes antes de ejecutar la versión definitiva. Estaba inmensamente orgulloso del resultado y decidió no vendérsela

a un veneciano, como había sido su intención inicial. En lugar de dejarla expuesta en la tienda, construyó un pequeño estante para ella en el taller. Un día que no había nadie, Orsola intentó llenarla de agua, pero el cáliz era tan plano que apenas retenía el líquido y, en cuanto la movió, se derramó sobre su vestido.

Al cumplir los diecisiete años, Orsola se había convertido en el vivo retrato de su madre, con el pelo y los ojos igual de oscuros, las cejas arqueadas y un aire de impaciencia, como si estuviera esperando a que pasase algo.

Y ese algo pasó.

Un día que fue a dejar una olla de barro con un guiso de anguilas al fondo del arca de recocido para mantenerla caliente, se quedó parada en la puerta del taller para ver trabajar a los hombres. Su padre estaba en el banco, donde siempre se sentaba el maestro, mientras su *servente* y sus *garzoni* se movían a su alrededor con sus punteles y sus pinzas. Estaban trabajando en un largo tubo de filigrana, posiblemente el asa de una jarra. Paolo sacó del horno el puntel al que estaba sujeto y se lo llevó a Lorenzo Rosso, que marcó con delicadeza la curva del candente tubo naranja con unas pinzas, antes de medirlo con un compás y asentir.

—*Perfetto*. —Fue su última palabra.

Un *garzone* se acercó con un *ferre* ganchudo para asir el tubo curvado. El padre de Orsola dio un ligero golpecito al cristal para separarlo del puntel y el *garzone* lo levantó y lo llevó al arca de recocido para que se enfriara durante la noche. Pero había asido el gancho de manera descuidada y lo balanceó con tanta despreocupación, que el asa de cristal cayó sobre el banco y se hizo añicos. Las esquirlas salieron volando por todo el taller y una cayó a los pies de Orsola. La que tenía como diana a Lorenzo Rosso atravesó el aire como un dardo caliente y se le clavó en el cuello.

El aprendiz se quedó petrificado, con el ferre ganchudo sujeto en alto como si fuera un arma. Lorenzo se llevó la mano al cuello, notó el cristal, ahogó un grito y se lo arrancó. Fue como si alguien hubiera descorchado un tapón: un chorro de un rojo brillante salpicó todo el suelo. Él se quedó mirando el pedazo de cristal que tenía en la mano, atónito. Mientras la sangre le caía por el cuello, su rostro adoptó un tono ceniciento antes de caerse del banco y desplomarse sobre el suelo.

Orsola dejó caer la olla de anguilas al mismo tiempo que el *garzone* soltaba su ferre y el estrépito pareció despertar a sus hermanos. Marco y Giacomo se abrieron paso hasta llegar junto a su padre mientras el aprendiz echaba a correr.

—¡Ve a buscar al médico! —le gritó Marco—. Ve a buscar a nuestra madre —le gritó a Orsola a continuación—. Y trae ropa

blanca.

Ella se alegró de tener una tarea concreta que realizar. Corrió a la cocina, donde cogió a su madre del brazo y se la llevó a rastras, incapaz casi de hablar.

—Padre. Accidente. Ropa blanca.

Laura Rosso estudió el rostro de su hija, como si leyera las palabras en él, y enseguida se recompuso.

—Maddalena, ve a buscar el montón de sábanas del armario —ordenó al tiempo que se dirigía apresuradamente al taller, seguida de Orsola.

Al llegar con las sábanas y ver el destrozo de anguilas y pedazos de olla de barro mezclados con el charco rojo que se extendía por el suelo, Maddalena se puso a gritar. Las anguilas parecían estar nadando en la sangre. Laura se arrodilló en el charco junto a su marido y utilizó su falda para tratar de detener la sangre. Orsola se quedó mirando los tobillos de su madre, que habían quedado al descubierto y estaban viscosos por la sangre.

—¡*Basta*, Maddalena! —exclamó Laura—. Dame una sábana.

Maddalena se había quedado petrificada en la puerta y Orsola tuvo que quitarle de un tirón la pila de sábanas y darle una a su madre para que la presionara contra el cuello de Lorenzo Rosso. La tela se tiñó al instante de rojo; el contraste entre el intenso color y el blanco inmaculado resultaba casi obsceno.

—Otra —pidió Laura.

Orsola le tendió otra sábana que había pasado mucho tiempo lavando y blanqueando al sol. Todo su trabajo arruinado en un pispás, pensó, y enseguida se sintió culpable.

Giacomo estaba arrodillado al otro lado de su padre, apretándole el brazo. Paolo permanecía de pie con el brazo alrededor de dos *garzonetti*, uno con los ojos abiertos de par en par y el otro con la cabeza hundida en el costado del ayudante. Mientras tanto, Marco iba de un lado a otro del taller, echando humo.

—¿Dónde está ese *canagia* de *garzone*? —gritó—. ¡Voy a destriparlo y voy a llevarle las entrañas a su madre! ¿Dónde está el médico? Apuesto a que ni siquiera ha ido a buscarlo.

En efecto, el aprendiz no había ido a buscar al médico, sino que había robado una barca y se había marchado con ella a *terraferma*. Nunca más se le vio. Si alguna vez alguien mencionaba su nombre, los Rosso escupían al suelo y lo maldecían.

—Madre, ¿deberíamos...? ¿Deberíamos ir a buscar al cura? —susurró Giacomo.

Sin decir palabra, Paolo se separó de los *garzonetti* y desapareció en su busca. Aun si corría hasta la iglesia más cercana —San Pietro Martire, donde el Rio dei Vetrai se cruzaba con el Gran Canal de

Murano— y el cura regresaba a la carrera con él, tardarían varios minutos. Orsola contempló las dimensiones del charco de sangre y luego miró el rostro de su padre. Tenía los ojos cerrados y la piel blanca como un champiñón. Se dio cuenta de que era demasiado tarde para darle la extremaunción.

Laura Rosso había llegado a la misma conclusión. Le buscó el pulso a su marido y, a continuación, se puso en cuclillas y soltó la sábana con la que presionaba el cuello de Lorenzo Rosso.

—*Che Dio abia pietà della so anema, e de la nostra* —dijo, y procedió a santiguarse.

Maria Barovier asistió al entierro de Lorenzo Rosso, junto con todos los vidrieros de Murano e incluso el mercader veneciano Gottfried Klingenberg, que se había encargado de la mayor parte de los negocios del fallecido. El padre de Orsola había sido un hombre popular, no porque tuviera un carácter deslumbrante —era una persona callada y centrada en la familia y el negocio—, sino porque era honesto y justo, y su trabajo era sencillo y sólido. No se había especializado en lámparas de araña ni en otras piezas ornamentadas, así que no se había metido en el terreno de los demás. Su taller estaba limpio y los hombres que trabajaban con él eran educados, con la excepción de Marco; aunque claro, uno no podía elegir a sus propios hijos. Su repentina muerte cogió por sorpresa a los vidrieros, que nunca le habían dedicado mucha atención a Lorenzo Rosso. Y todos asistieron a la misa fúnebre, abarrotando la basílica de Santi Maria e Donato, y luego acompañaron su cuerpo hasta la barca de los Rosso, un *sandolo* de fondo plano que cubriría el corto trayecto por el canal hasta el cementerio del extremo nororiental de Murano, con Marco y Giacomo remando, y el resto de la familia siguiéndolos por la *fondamenta*. Maria Barovier se encontraba entre los cientos de asistentes, y esta vez sí que se fijó en Orsola y le dedicó una mirada prolongada y fría, desapasionada aunque no hostil.

Varias semanas más tarde, Orsola salió de la basílica después de rezar por su padre y, mientras cruzaba el Campo San Donato, pasó por delante de Maria, que estaba sentada en un banco.

—Ayúdame a levantarme, Orsola Rosso —le ordenó la mujer—. Con esta gota no me resulta fácil ponerme en pie.

Orsola la cogió por el codo y la ayudó a ponerse en pie. Fue la primera y última vez que vio un atisbo de debilidad en aquella mujer ya mayor.

—¿Has estado rezando por tu padre?

Maria señaló la iglesia de Santi Maria e Donato, de hermosa fachada de ladrillo y doble hilera de arcos con columnata. Dentro había unos deslumbrantes suelos de mosaico de siglos de antigüedad, que a Orsola le gustaba observar durante la misa. Aunque no era la

iglesia que quedaba más cerca del hogar de los Rosso, era la más bonita de todo Murano.

Orsola asintió al tiempo que reprimía las lágrimas. No quería llorar delante de aquella mujer. Otra persona se habría santiguado, pero Maria no lo hizo.

—Nadie se merece lo que le pasó. —La miró de arriba abajo—. Has crecido, Orsola Rosso. Ya eres casi una mujer. Necesitas un vestido nuevo.

Era cierto. El busto de Orsola había aumentado y los vestidos le apretaban, tanto en esa zona como en los brazos. No le había dicho nada a su madre; de pronto, sin comerlo ni beberlo, Laura Rosso había tenido que hacerse cargo del negocio de un taller de vidrio y todo su tiempo se le iba concentrada en los libros de contabilidad, o bien midiendo las pilas de leña o bien contando bastones y platos, mientras hablaba con Marco para entender cómo funcionaba todo. Orsola sabía que un vestido nuevo no estaba entre sus prioridades.

—Yo me decantaría por uno marrón con una pizca de rojo —continuó Maria Barovier—. El rojo quedaría bien con el tono de tu piel y tu pelo. Tiene que destacar.

Orsola se sonrojó al pensar que la vidriera se había fijado en el tono de su piel aceitunada, en su boca y su pelo oscuros. Agachó la cabeza, casi como si hiciera una reverencia, y se alejó apresuradamente.

Una semana después, un niño llevó un paquete de tela doblada a su puerta; era lino bueno, marrón pero con una pizca de rojo.

—Es de calidad. —Laura Rosso alisó la tela—. A lo mejor alguien ha decidido pagar así sus facturas. Pero lo que necesitamos nosotros es dinero, no lino. En cuanto confiese, lo obligaré a pagar.

Orsola carraspeó.

—Es para mí.

—¿Quién te lo manda? —quiso saber su madre, recelosa, igual que se mostraría cualquier madre al ver que su hija casadera recibía regalos.

Orsola titubeó. Sería más sencillo decir que la tela era de un hombre. Eso no sorprendería a nadie. Su madre se reiría, haría que le confeccionaran el vestido y prohibiría la entrada del hombre a su casa. Pero…

—Es de Maria Barovier. Es un regalo.

—¿Por qué? —bufó Laura—. ¿Qué relación tiene Marietta contigo, o tú con ella?

—Ninguna. Solo me dijo que me hacía falta un vestido, nada más.

Orsola creía que su madre cogería la tela y se la arrojaría a Maria a la cara. Pero lo que hizo Laura fue pasar los dedos por el rico paño, mirar a su hija de arriba abajo y decir:

—Lo haré mañana. Te lo pondrás cuando vayas a verla y le pidas ayuda.

A Orsola se le secó la boca, como si se hubiera comido una rodaja de limón.

—¿A qué te refieres? ¿Ayuda para qué?

Laura le dedicó una larga mirada.

—*Andiamo* —dijo, y se encaminó al taller a través del patio, seguida de Orsola—. Mira. —Y abrió la puerta.

Desde la muerte de su padre, Orsola había evitado el taller. No era que temiera ver la mancha de sangre en el suelo: su madre, Maddalena y ella lo habían restregado hasta dejarlo lo más limpio posible, Maddalena sin dejar de llorar, y Laura y Orsola con la boca apretada. Los *garzonetti* habían reorganizado el espacio de modo que ahora había una pila de leña encima del lugar, una pila que nunca se agotaría para no revelar el desvaído contorno de la sangre de su maestro. Pero Lorenzo Rosso había sido el director de la danza en la que participaban cada día sus trabajadores y él, y Orsola no soportaba ver el vacío que había dejado, ni los movimientos vacilantes de los demás hombres para intentar desplazarse alrededor del vacío. Marco había dado un paso al frente, pero apenas acababa de pasar su *prova*, el examen para convertirse en *servente*. No tenía ni de lejos la experiencia necesaria para hacerse cargo del taller como maestro. Pero debía hacerlo. Cuando moría un maestro, el negocio pasaba a su primogénito. A veces, Orsola atisbaba a su hermano y lo veía completamente abrumado, un hombre ahogado por sus responsabilidades. En esos momentos se compadecía de él y sentía deseos de decirle una palabra de consuelo, pero sabía que si hacía patente su debilidad solo conseguiría que él se enfadara.

Ahora, pasó la mirada por el taller. Marco y Paolo no estaban allí. Dos *garzoni* y un *garzonetto* jugaban al *spigoli*, estampando las cartas sobre la mesa, mientras otro *garzonetto* dormía. En presencia de Lorenzo Rosso, ninguno de ellos habría osado comportarse así. El único que parecía estar trabajando era Giacomo, que organizaba pedazos de cristal en distintos montones, una tarea por lo general asignada a los *garzonetti*. Levantó la cabeza para mirarlas, pesaroso y al mismo tiempo a la defensiva. En una situación normal, él estaría haciendo cristal nuevo mezclando arena, cenizas y cal, según la fórmula Rosso que le había enseñado su padre para conseguir los colores necesarios. Pero por lo visto el taller no necesitaba cristal nuevo, porque no estaba produciendo nada.

—¿Lo ves? —dijo Laura Rosso—. Estamos con el dogal al cuello y necesito que Maria Barovier nos diga qué hacer.

Recogió un pedazo de cristal transparente que no debería haber estado en el suelo y lo arrojó a una carretilla llena de restos. Orsola se

apoyó en el marco de la puerta y observó a su madre. Desde la muerte de su padre, su apariencia física había cambiado. No era que hubiese envejecido, aunque lo cierto era que sí se la veía mayor, con más canas y mucho más escuálida, pues había perdido el interés por la comida. Sin embargo, la transformación iba más allá. Laura siempre había sido una esposa de vidriero ejemplar. No se paseaba por los canales durante la *passeggiata* vespertina para presumir de las pieles que llevaban las mujeres de los vidrieros, como hacían otras, ni tenía criados que se ocuparan de todo el trabajo. Era ella quien se encargaba de su casa, y se había interesado en el taller y había hablado sobre el negocio con su marido, aunque nunca hubiera tomado decisiones. Sabía leer y se apañaba con los números, lo suficiente para ayudar a llevar la contabilidad. No echaba broncas ni se quejaba, aunque se mostraba firme con Orsola, con Maddalena, con los ayudantes y con el carnicero, los pescaderos y los verduleros a quienes compraba. Su casa siempre estaba limpia. No bebía demasiado vino. Su única debilidad eran los *biscotti* y las frutas secas.

Durante los primeros días se había quedado paralizada y no había llorado ni en la misa celebrada por su marido, ni mientras seguía a la barca hasta el cementerio ni ante su tumba. Orsola sabía que su madre no era insensible, pero su mirada parecía estar clavada en las distantes montañas de *terraferma* que eran visibles cuando el día estaba despejado.

En privado, su madre se lamentaba con Orsola y Giacomo de que Marco no tenía ni por asomo la cabeza fría necesaria para llevar el negocio en un lugar tan competitivo como Murano, donde había numerosos talleres que se peleaban por los mismos clientes: los ingleses, franceses, alemanes, holandeses y turcos que compraban sus piezas a través de los intermediarios venecianos. Marco era capaz de soplar y ornamentar un cáliz, pero no sabía cómo liderar a los hombres que lo rodeaban para hacer decenas de ellos, todos exactamente iguales, o lo bastante parecidos como para que solo un ojo experto pudiera distinguir las diferencias. No había hecho tratos con los sofisticados mercaderes del puente de Rialto, que podían desplumarte de tu género sin que te dieras cuenta; no se había sentado con ellos ni se había quedado hipnotizado con sus bonitas ropas de terciopelo negro, sus barbas arregladas y su manera de hacerte sentir inteligente y divertido, mientras ellos sonreían y te servían más vino. Lorenzo Rosso había logrado negociar condiciones decentes mediante una terca persistencia y su negativa a beber vino o dejarse seducir por las sonrisas. Pero a Marco le encantaban el vino y la seducción. A menos que alguien lo acompañara para poner freno a su entusiasmo por la bebida, las bromas y la falsa admiración, arruinaría el negocio. Lo que hacía falta para llegar a acuerdos era alguien que nunca

sonriera. Orsola sabía que su madre podía ser esa persona.

Varias semanas atrás, Laura Rosso y Marco habían cogido un *traghetto* —una de las góndolas de pasajeros que realizaban regularmente el trayecto entre Murano y Venecia— para ir a ver a Gottfried Klingenberg al Fondaco dei Tedeschi, donde vivían y trabajaban los mercaderes alemanes. Al regresar, la madre de Orsola apenas había revelado nada acerca de la reunión, salvo que habían prometido entregar la última remesa de copas y cuencos que ya estaba encargada. Y habían cumplido su promesa, gracias a que Paolo había subsanado en silencio tantos errores de Marco como había podido. Pero Klingenberg no había pedido más y el trabajo en el taller se había paralizado.

—Pregúntale a Marietta Barovier qué podemos hacer —insistió Laura en ese momento.

Orsola asintió.

—Y hay otra cosa de la que debemos ocuparnos —añadió su madre—. Pronto será evidente para todo el mundo.

Se estiró el vestido por encima de la barriga y Orsola se quedó mirándola: parecía ser la única parte del cuerpo de su madre que aumentaba de tamaño, mientras el resto se encogía por la pena. No se dio unas palmaditas en la barriga como habría hecho otra mujer al dar la noticia. Laura Rosso era mucho más sutil.

—Entonces tienes que comer más, madre, si no quieres perderlo como a los otros —dijo Orsola, centrándose en los aspectos prácticos para ocultar su turbación.

Su madre era ya mayor para tener otro hijo, y más sin un marido para mantenerlo.

—Cuéntale a Marietta lo del bebé —dijo Laura—, pero no se lo digas a nadie más. Igual eso la ablanda un poco.

Antes de que Orsola fuera a ver a la vidriera, su madre le hizo el vestido con la tela que le había regalado. Orsola lo llevaría durante muchos años, incluso después de que cambiaran las modas, y recibió numerosos elogios por su corte y tejido atemporales, así como por el color, que la gente no era capaz de definir del todo: la cotidianidad del marrón, la nobleza del rojo.

La segunda vez que Orsola entró en el taller de los Barovier, ya una joven mujer con un flamante vestido y no una niña con la ropa embarrada, el patio le pareció tan caótico como lo recordaba. Si acaso, había todavía más cristales rotos desperdigados por el suelo. Era posible que el patio de los Rosso no tardara en tener el mismo aspecto. Esta vez llamó a la puerta del taller en lugar de escabullirse dentro. El joven que le abrió era el mismo al que Maria Barovier había reprendido por el bastón de la *rosetta*. Aunque todavía estaba delgado, ya no era un *garzone* adolescente, sino que tenía los brazos fuertes de

un *servente* y unos ojos tan negros que no se distinguían las pupilas.

—¿Sí?

—Vengo a ver a la *signora* Maria. Dile que soy Orsola Rosso.

—Ya no recibe a nadie.

El ayudante hizo ademán de cerrar la puerta, pero ella se agarró al marco para impedírselo. Él miró su mano.

—Dile que soy Orsola Rosso —repitió—. Si no se lo dices y se entera más tarde de que no me has dejado pasar, te pondrá a hacer *goti* hasta el fin de tus días.

El ayudante se la quedó mirando y luego fue a buscar a Maria. Orsola no lo siguió, sino que se quedó en el patio. Sintió la tentación de tomar nota de los distintos colores de los bastones apilados, de asomarse a la ventana de la tienda para ver qué vendían, de rebuscar entre los trozos descartados de las piezas que se habían roto. Pero esta vez no había ido a espiar, así que se quedó quieta y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Maria Barovier no la hizo esperar: no hubo jueguecitos ni demostración de poder. Estaba lo bastante segura de su posición como para no tener que recurrir a esas tretas. Salió de inmediato del horno, con el ayudante pisándole los talones hasta que, sin volverse a mirarlo, ella le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—Stefano, vuelve dentro y vigila el azul.

Él asintió y, tras lanzar una última mirada a Orsola, se metió en el taller.

—Ven.

Maria la hizo salir del patio y la llevó a uno muy parecido al de los Rosso, con un pozo de piedra en el centro con urnas talladas en los cuatro lados. Las gallinas picoteaban a su alrededor y cloquearon indignadas cuando su dueña las apartó con el pie para poder apoyarse en el pozo. Allí olía a la albahaca que crecía en macetas puestas al sol. Teniendo en cuenta el éxito de los Barovier, no era nada ostentoso.

Maria Barovier cruzó los brazos.

—¿Qué quieres?

Orsola se lo explicó lo mejor que pudo, sabiendo que la mujer esperaba los hechos desnudos. Maria la escuchó con atención y solo arqueó las cejas al oír que Laura Rosso estaba embarazada.

—Vuestro mercader en el Rialto es Gottfried Klingenberg, ¿verdad? —dijo—. Lo vi en el funeral de tu padre. Fue un gran honor que asistiera. ¿Qué dijo exactamente cuando decidió no encargar más pedidos?

—Dijo que estaba agradecido por que hubiéramos conseguido acabar a tiempo los que teníamos, y que ya vería qué opinaban de esas piezas los clientes habituales.

—¿«Esas piezas»? ¿Eso fue lo que dijo?

—*Sì.*

—Eso quiere decir que eran diferentes de vuestras anteriores remesas. Las ha comparado con las de tu padre y no son tan buenas. Klingenberg sabe mucho de cristal. Todo el vidrio del mundo pasa por Venecia y él ha visto la mayor parte. Hablaré con él para averiguar qué defectos hay. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Puede que a tu madre o a tu hermano no se lo diga, pero disfrutará contándomelo a mí. Una vez que lo sepáis, podéis decidir si sois capaces de corregir esos fallos. Vuelve dentro de tres días.

La mujer se apartó del pozo con un impulso para dejar claro que la reunión había terminado. La acompañó por el patio hasta la puerta que daba a la calle. Después de abrirla, miró a Orsola de arriba abajo y le dedicó un leve asentimiento de aprobación, la única señal de que se había fijado y aprobaba el vestido nuevo.

Tres días después, Stefano abrió a Orsola la puerta del taller y se hizo a un lado siguiéndola con los ojos; ella notó su mirada clavada en la espalda como un palo que le fuera dando golpecitos.

—Las copas no son uniformes —anunció Maria Barovier, mientras las dos se paraban junto al pozo. Había un gato hecho un ovillo bajo el sol, junto a las macetas de albahaca—. Las bases son demasiado gruesas. Los cálices no se sostienen en equilibrio y tienen burbujas dentro. Tu hermano y sus trabajadores han perdido el control del cristal. Klingenberg se quedó con el pedido por respeto a tu padre, pero ha tenido que vender a pérdidas. No volverá a cometer ese error sentimental.

Orsola lo asimiló todo en silencio. Era lo que se esperaba, pero aun así resultaba doloroso escucharlo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó al cabo.

—Producir una mayor variedad de piezas —sugirió Maria—. Tu padre se centraba sobre todo en vasos, jarras y cuencos, ¿verdad?

Orsola asintió.

—¿Y si hacéis más tipos de cristalería? No solo copas, sino también vasos de uso cotidiano. *Goti* bonitos que puedan elaborar los *garzoni*. Platos. Fuentes. Piezas sencillas, no demasiado ornamentadas. Cabe la posibilidad de que a Marco se le den mejor esas cosas. O que Giacomo ya las haga con destreza, pero que no haya tenido ocasión de demostrar su valía. Tienen que tomarse un tiempo para decidir qué es lo que saben hacer bien, en lugar de seguir con lo que hacía tu padre. Cada vidriero es distinto, igual que cada cantante suena diferente o la pasta de cada mujer sabe diferente. El trabajo del *servente* de tu padre, Paolo, es excelente. Él puede enseñarles, aunque en último término no será quien lleve el taller, pues no es un Rosso. Pero deben decidirlo con rapidez, antes de que a Klingenberg se le acabe la buena disposición. No tardará mucho en hacer sus pedidos a otros talleres.

Era un consejo sensato, pero también lo que les podría haber dicho cualquiera; lo que Laura Rosso y, al final, incluso Marco habrían deducido.

—Otra cosa: cuentas —dijo Maria Barovier.

—¿Cuentas?

Los Rosso nunca habían hecho cuentas. Eran baratas y poco llamativas, y daban pocos beneficios a los vidrieros; era algo que los trabajadores producían entre piezas de más prestigio. La única cuenta que se había convertido en un objeto de valor era la *rosetta* de los Barovier.

—Cuentas que puedes hacer tú.

—¿Yo?

Orsola jamás había tocado el cristal. Ella hacía la colada y ayudaba a Maddalena a cocinar y limpiar; se encargaba del huerto y cuidaba de sus primos. De vez en cuando ayudaba a embalar piezas de vidrio para el transporte. Ni siquiera colaboraba en la tienda; su madre se ocupaba de eso. Maria Barovier era la única mujer vidriera que conocía y Orsola no estaba muy segura de cómo había ocurrido. Maria nunca se había casado. ¿Se debía aquello a que trabajaba con vidrio o era al revés: trabajaba con vidrio porque no se había casado?

—Las cuentas sirven para ocupar el tiempo entre otras cosas —explicó Maria—. No se interponen en el camino. Son intrascendentes, y por ese motivo las mujeres pueden hacerlas. Ningún hombre se sentirá amenazado si haces cuentas. Pero ahora están muy solicitadas. Se pueden llevar de viaje y utilizarlas para trocar. El rey de España encargó cuentas para los navíos que partieron de allí hacia el oeste.

—¿Al oeste?

Orsola estaba acostumbrada a oír de barcos que se dirigían a Oriente, a Constantinopla, Alejandría y Acre, pero al oeste solo llegaban hasta España. Más allá, no había nada.

—Están buscando una nueva ruta hacia Asia. Mis *rosette* los acompañaron.

A Maria se la veía moderadamente satisfecha con este triunfo.

—¿Vais a enseñarme cómo hacer *rosette*?

—No, chiquilla. Si fueras mi hija, lo haría. Pero el trabajo de los Barovier se queda con los Barovier. Sin embargo, puedes aprender a hacer otras cuentas. Más sencillas. Se pueden conseguir un montón de ventas con cuentas sencillas. No son la única solución al problema de tu familia, pero forman parte de ella.

—Mi hermano nunca accederá. ¡Una chica en el taller! Nadie lo permite.

Orsola se sonrojó, porque era evidente que eso era justo lo que habían permitido los Barovier.

Maria soltó una risita.

—Hazlas en la cocina, no en el taller. Marco no tiene por qué enterarse hasta que le hayas cogido el tranquillo. Si tienes la destreza suficiente, él mismo se dará cuenta del valor que poseen. ¿Has visto alguna vez cuentas hechas con lámpara?

Orsola negó con la cabeza.

—Hay dos métodos para elaborar cuentas: con bastones estirados, cortados y pulidos, o con una lámpara. Fundes un trozo de cristal bajo la llama y lo enrollas alrededor de una varita de metal; luego le das vueltas o lo trabajas con herramientas para darle la forma que quieras. A mí no se me da bien, pero tengo una prima que puede enseñarte. Mañana por la noche ve a ver a Elena Barovier detrás de San Pietro Martire y pídele que te muestre cómo se hace. Tiene una lámpara de sobra. Le diré que te la preste hasta que te construyas una.

¿Cómo iba a darle un puñado de cuentas un mordisco a la deuda que la familia Orsola podía contraer en breve?

—*Grazie, signora* Maria —dijo de todos modos—. Seguiré vuestro consejo.

Maria Barovier soltó un gruñido.

—Siempre quise tener una hija, para que destacara entre todos los hombres.

Elena Barovier era una de las decenas de Barovier que estaban afincados en Murano, y vivía en una casa familiar llena de vidrieros con sus mujeres y sus hijos. Elena era por lo menos veinte años mayor que Orsola, y su frente cuadrada, su mandíbula afilada y sus modales abruptos le recordaban a los de Maria. Ella tampoco se había casado y, en lugar de ingresar en un convento, se había integrado en la familia de uno de sus hermanos, hasta el punto de que casi resultaba imposible diferenciarla de las esposas y las madres. No se mostró especialmente amigable cuando Orsola apareció en su puerta, pero era evidente que Maria la había avisado de que vendría y que temía demasiado a su prima para desobedecerla. Había instalado su lámpara en una esquina de la mesa donde no hacía mucho la familia había terminado de cenar. Las mujeres y los niños que pasaban le dedicaban a Orsola miradas furtivas, aunque no preguntaron qué hacía una Rosso a la mesa de los Barovier. Maria también debía haber hablado con ellos.

—Nunca has hecho nada con cristal, ¿verdad? —Elena sonaba tan curiosa como condescendiente.

Orsola negó con la cabeza.

—Entonces empezaremos con algo modesto. Tienes que aprender a hacer una cuenta sencilla, de un único color, sin decoración. Primero, preparamos la lámpara. —Cogió una caja metálica en forma de pera del tamaño de su antebrazo y abrió la tapa sujeta con bisagras —. Metemos un poco de sebo, que le puedes comprar a tu carnicero, y

lo derretimos. —Sostuvo unos instantes la lámpara sobre el fuego hasta que el bulto empezó a flotar en un charco de grasa animal. Orsola arrugó la nariz e intentó reprimir las náuseas ante el hedor a carne rancia—. Ya te acostumbrarás —comentó Elena—. El trabajo con lámpara es pestilente.

Una vez derretido el sebo, colocó un cilindro de metal con un paño atravesado, para que un extremo quedara sumergido en el sebo y el otro se proyectara por arriba y sobresaliera a través de una tapa en un extremo de la lámpara. Lo puso sobre la mesa, prendió el paño y, a continuación, se sentó enfrente con un brazo en cada lado. Sujetó entonces una vara metálica con aspecto de pincho en una mano y, con la otra, cogió una pieza de bastón verde.

—Coloco esto en la llama, pero, ¿ves?, no pasa nada; no está lo bastante caliente. *Allora*, hago esto.

Señaló con un gesto debajo de la mesa, donde había un gran fuelle unido a un tubo, cuya boca sobresalía a través del tablero y apuntaba a la llama. Elena empezó a bombear con el fuelle usando el pie y, a medida que el aire fluía por el tubo, fue alimentando la llama, que se iluminó y se intensificó.

—El aire adicional permite que el fuego se caliente lo bastante para fundir el bastón. Ahora, cuando pongo el vidrio en la llama... Ahí está.

La punta del bastón verde se volvió naranja y empezó a reblandecerse y languidecer como una flor marchita. Elena apartó el cristal del fuego y enrolló un poco alrededor de la fina vara metálica, a la que luego hizo girar en ambos sentidos entre los dedos.

—Hay que girar una vez y media hacia un lado y lo mismo hacia el otro; una, y otra y otra vez —explicó—, para distribuir el cristal por igual y que quede simétrico. La simetría es fundamental con las cuentas, igual que con la mayoría de las cosas hechas de cristal. Como ya debéis saber los Rosso.

Orsola asintió, con la mirada clavada en la cuenta que, gracias a las vueltas, se estaba formando sin esfuerzo en la varilla de Elena. Esta la volvió a colocar sobre la llama para calentarla más y luego cogió una pequeña paleta y, sin dejar de girar la vara, empezó a pasarla por encima del vidrio, que adoptó primero forma de barril, luego ovalada y de nuevo redonda.

—*Canella, ulivetta, paternostro* —fue recitando con cada transformación.

«Está fanfarroneando», pensó Orsola. Aun así, estaba impresionada con su destreza y desenvoltura.

Elena pasó mucho rato estudiando y haciendo girar el redondo *paternostro*, llamado así porque se utilizaba para los rosarios, dando una vuelta y otra. Cuando quedó satisfecha, introdujo la varilla, con la

cuenta hacia abajo, en una caja metálica llena de ceniza, y la hundió hasta que el vidrio quedó bien cubierto.

—La dejamos así toda la noche para que se enfríe. Y ahora —se puso en pie— te toca a ti.

A pesar de las ganas que tenía de aprender, Orsola se sentó con reticencia delante de la lámpara. Hacía mucho tiempo que no tenía que aprender nada nuevo y, sin duda alguna, no con alguien como Elena Barovier supervisando su trabajo.

—Elige un color. —Elena señaló el haz de bastones que había sobre la mesa.

Orsola cogió uno de un rojo intenso. *Rosso* para una Rosso.

Elena negó con la cabeza.

—Demasiado difícil para una principiante. El vidrio rojo aborrece el calor; se quema con demasiada facilidad.

Orsola dejó el bastón rojo y cogió uno verde.

—No, opaco no. Se enfría más rápido, así que tienes que trabajar a más velocidad. Toma, usa este. —Le tendió el bastón más anodino, de un blanco transparente—. Es más indulgente.

Durante la siguiente hora, Orsola bregó con el vidrio blanco. Lo quemó y se quemó ella, se le cayó e hizo una cuenta desigual tras otra, abombadas en los sitios equivocados, feas y deformadas. Le resultaba imposible girar la varilla de manera incesante y uniforme y, al mismo tiempo, ocuparse de algo totalmente distinto con una paleta en la otra mano, y todo mientras activaba el fuelle con el pie. Era como hacer malabares con tres objetos de distintas formas y pesos.

—*Mariavergine* —refunfuñó Elena después de varias cuentas—. ¿Qué habrá visto en ti Maria para pensar que podías hacer esto?

Orsola se puso tan roja como el primer bastón que había elegido. Tampoco ayudaba que Elena no estuviera acostumbrada a enseñar. No explicaba cosas importantes, daba por hecho que sabía otras y se impacientaba con rapidez. Cuando uno sabe hacer algo, puede resultar difícil ponerse en la piel de alguien que lo ignora. A Orsola le recordó a Maddalena, que, cuando ella era más pequeña, había puesto los ojos en blanco y le había quitado el cuchillo al ver que le costaba aprender a cortar judías, o había puesto las manos encima de las de la niña para remover más rápido la pala en el cubo de agua con la colada.

Mientras ellas trabajaban —Orsola con dificultad y Elena corrigiendo y en ocasiones cogiendo la vara para evitar un desastre—, los miembros de la familia Barovier entraban y salían de la estancia para coger agua, limones, pan o aceitunas, o persiguiendo pelotas o unos a los otros. Algunos ni siquiera las miraban; otros echaban un vistazo por encima del hombro de Orsola para ver lo que estaba haciendo. Un niño oyó maldecir a Orsola entre dientes cuando estropeó la forma perfecta que había conseguido darle al cristal, y

salió corriendo y riendo al patio.

—*Maledizione*! ¡La chica Rosso ha dicho *maledizione*!

Al final, Orsola consiguió hacer una *ulivetta spoletta* pasable, ya que en la forma ovalada se disimulaban mejor los bultos asimétricos que en el redondo *paternostro*.

Elena asintió con la cabeza.

—Por ahora servirá.

Mientras Orsola la metía en la caja con ceniza junto a la que había hecho como modelo su profesora —la única que valía la pena conservar—, la embargó una sensación de agotamiento y orgullo. Se reclinó en el asiento y estiró su dolorida espalda.

Elena apagó la lámpara y luego dejó un vaso de vino delante de ella, su primera muestra de amabilidad, aunque enseñar a hacer cuentas a la hija de una familia rival era en sí mismo un acto de generosidad, pese a que fuera porque otra persona la había obligado.

—Te queda mucho por practicar antes de dominar la técnica —observó su profesora antes de darle un largo trago al vino.

Orsola solo había visto beber de esa manera a Marco. Creía que el vino había que beberlo a sorbos.

—Lo difícil es tener que hacer tres cosas a la vez —se lamentó Orsola—. Hacer girar el cristal, darle forma y bombear aire con el fuelle.

—Pues espera a cuando añadas un segundo y tercer color, para decorar. ¡Entonces sabrás lo difícil que es!

Orsola había estado tan centrada en perfeccionar su única y anodina cuenta blanca, que se le había olvidado que después de esa había que aprender muchas más técnicas.

—Además, cada color, y su transparencia, translucidez u opacidad responden de manera diferente al calor —continuó Elena—. Y tienes que aprender a trabajar con dos tipos de reacciones a la vez. Luego, cuando sumes un tercer o cuarto color, tienes que saber cómo añadirlo sin estropear lo que ya has hecho, porque cada vez que lo calientas en la llama, cambia. Y todos los colores parecen naranjas al calentarse, así que debes recordar cuál es cuál. Pero pasará una buena temporada antes de que puedas hacer algo complicado. ¿Tienes miel en casa? Transparente y líquida, no opaca.

Orsola asintió.

—Se parece un poco al vidrio fundido. Pon una gota en un palito, dale vueltas y pásala de un palito a otro. Así puedes practicar.

Orsola se vio a sí misma jugando con miel y palitos delante de su madre y sus hermanos. Puede que Giacomo lo aprobara, pero Marco se burlaría de ella y Laura Rosso menearía la cabeza y le diría que siguiera con la colada.

—No te desesperes —dijo Elena de repente—. Ya aprenderás. No

te queda otra, o al menos eso me dijo Maria.

—Lo hago para ayudar a mi familia.

—Bueno, yo trabajo con la lámpara para no tener que entrar en un convento.

Orsola asintió. Ella tampoco tenía intención de entrar en un convento, como hacían tantas mujeres que se quedaban solteras. Aunque tampoco tenía intención de quedarse soltera.

—¿Qué haces?

Marco se quedó mirando a su hermana mientras ella hacía girar un palito con miel en un extremo, al tiempo que le daba forma con otro. Se le había derramado toda por la mesa de la cocina y había tenido que salir al patio, donde el sol sacaba destellos dorados de la miel. Había supuesto que estaría sola y no esperaba que ninguno de los hombres saliera del taller. Su madre acompañaba a Marco.

—Estoy... jugando.

Marco chasqueó la lengua.

—¿Por qué me ha tenido que tocar una hermana tan perezosa?

Orsola se puso roja. La opinión de su hermano sobre ella ya era mala y, sin embargo, era a Marco a quien quería impresionar, a quien tenía que impresionar. Le parecía una tarea casi imposible.

Él no era un hombre curioso, así que se dio por satisfecho con esa única pregunta y su endeble respuesta. Llevaba en las manos su copa con las asas de león, así que era evidente que estaba ocupado.

—Debería ir contigo —le dijo Laura Rosso.

—No me hace ninguna falta llevar a mi madre pegada a los talones para ocuparse de mis asuntos.

Marco abrió la puerta y salió a la calle.

—¿Adónde va? —quiso saber Orsola.

—Le va a enseñar su copa a Klingenberg. Por lo que parece, el alemán quiere verla. Marco cree que el diseño es tan bueno que atraerá negocio para los Rosso.

Mientras Laura se marchaba apresuradamente tras su hijo, Orsola gritó:

—*Che San Nicolò te tegna 'na man sul cao*!

Aunque no estaba muy segura de que lo que necesitara su hermano fuese una bendición.

Se concentró de nuevo en su gota de miel, girando el palito en ambos sentidos entre el pulgar y el índice, e intentó ejercitar su mano para moverlo con fluidez y controlar la miel, en lugar de dejar que esta la controlara a ella. Había momentos en que se sentía al mando y creía que la miel la obedecía; entonces, como una chiquilla traviesa, se aceleraba y el denso líquido acababa deslizándose por el palito y cayendo sobre el plato que Orsola había puesto para recoger las gotas. Al cabo de una hora, estaba tan lejos de dominar la miel como al

principio.

—¿Qué haces? —Oyó de nuevo, aunque esta vez era Giacomo quien lo preguntaba, en un tono más amable que el de Marco.

Orsola dejó los palitos en el plato, donde se acumulaba la miel.

—Estoy intentando trabajar el cristal.

—¿Cristal? —Giacomo probó un poco de miel con un dedo—. Qué curioso, no sabe a cristal.

—Estoy practicando con miel.

Su hermano sonrió.

—No te rías —dijo ella—. Voy a... voy a aprender a hacer cuentas. Cuentas enrolladas, con una lámpara. ¿Las has visto hacer con esa técnica?

—Alguna vez. No es muy eficiente. Puedes hacer muchas más cortando un bastón estirado.

—Estas serían más bonitas. Decoradas.

Le explicó lo que había sugerido Maria Barovier sobre las cuentas, y cómo Elena Barovier le había empezado a enseñar a trabajar con la lámpara y el truco de la miel. Giacomo no la interrumpió, ni la miró con escepticismo ni la reprendió. Cuando Orsola acabó, se quedó un momento callado.

—Orsola, las cuentas no van a salvarnos —dijo al fin—. Tenemos demasiadas deudas. —Se interrumpió—. Ya sabes que Marco ha ido a Venecia con su copa para reunirse con Klingenberg. Piensa que será nuestra salvación.

—He visto cómo se la llevaba. ¿Sabes que una vez intenté beber agua de ella y se salió por todas partes?

—¡Yo también!

Se echaron a reír.

—Klingenberg no es tonto; es lo primero en lo que se fijará —dijo Giacomo—. Rechazará la oferta de Marco de hacerlas para él en exclusiva y nuestro hermano volverá hecho un ogro.

—Razón de más para que yo aprenda a hacer cuentas. No darán tanto como el taller, pero aportarán algún ingreso. Lo suficiente para comprar cosas en el mercado, quizá, o para el bebé.

Los dos se quedaron un momento callados, pensando en su futuro hermano o hermana.

Giacomo señaló la miel con la cabeza.

—¿Y cómo lo llevas?

—¡Fatal! No consigo controlarla.

—¿Cuánto te dijo Elena Barovier que tenías que practicar?

—Cada día durante tres semanas.

—¿Y cuántos días llevas?

Ella sonrió.

—Hoy es el primero.

—Haz caso a Elena y sigue practicando. ¿Sabes cuánto tiempo me pasé yo haciendo *goti*? ¡Seis meses! Tienes que tener paciencia. Me lo enseñó Paolo.

—Y tú tienes que fabricarme un fuelle.

Esa noche, Marco no regresó de Venecia. Por lo general la familia no se habría preocupado, pues tenía amigos en La Serenissima a los que a veces visitaba cuando estaba allí, pero aquel día había tenido su importante reunión con Gottfried Klingenberg. Orsola sabía que, si hubiera ido bien, habría vuelto directo a casa y se lo habría contado, para celebrarlo con su familia muranesa en lugar de con sus amigos venecianos. Venecia era el lugar donde encontrabas una taberna anónima y bebías para olvidar las malas noticias. A medida que se hacía cada vez más tarde, Giacomo, su madre y ella se quedaron sentados a la mesa del patio sin hablar mucho, esperando. Orsola intentaba remendar camisas a la luz de una vela, pero tenía que deshacer sus puntadas una y otra vez. Giacomo dibujaba bocetos en un papel y Laura no hacía nada.

—Debería haber ido con él —no dejaba de repetir, mientras se alisaba la falda por encima de la abultada barriga—. Klingenberg me conoce y me escucha. Pero Marco me ha dicho que no, que él es el maestro y que es trabajo suyo presentarle las piezas al mercader y negociar. Aunque no sepa hacerlo.

Giacomo se interrumpió con el carboncillo en la mano.

—Madre, ¿sabes que esa copa apenas retiene el líquido? ¿Y que se derrama por todas partes cuando intentas beber?

—Claro que lo sé. Lo intenté una vez.

La mirada de Orsola se cruzó con la de su hermano, y la joven sonrió al imaginarse a los tres probando la copa en secreto.

—¿No podría modificarla un poco? —sugirió—. Lo suficiente para que pueda usarse.

—No hará caso a nadie —dijo Giacomo—. Está tan orgulloso de ella que le dará vergüenza modificarla, se lo pida Klingenberg o lo hagamos nosotros.

«¿Cómo hemos acabado gobernados por un pequeño tirano?», pensó Orsola. Aunque en realidad lo sabía muy bien: sus padres no habían puesto límites a Marco, sino que le habían dejado siempre salirse con la suya y creerse que tenía razón. A lo mejor pensaban que con el tiempo maduraría, sentaría la cabeza y aprendería el valor de la humildad. Pero Lorenzo Rosso había muerto demasiado pronto y Marco había tenido que tomar el mando sin haber aprendido aún aquella valiosa lección. Y ese día, Klingenberg lo habría abochornado en la reunión y él la tomaría con ellos.

Al ver que a la tarde siguiente aún no había regresado, Giacomo le pidió a Paolo que se hiciera cargo del taller y pagó a Bruno, el

barquero muranés cuya góndola *traghetto* realizaba el trayecto entre Murano y Venecia, para que lo llevara allí a buscar a su hermano. Aunque los Rosso tenían una barca, la usaban sobre todo en Murano y, alguna vez, para cruzar la laguna hasta las islas más pequeñas, casi nunca a Venecia. Giacomo no tenía especiales ganas de remar con ella por los concurridos canales venecianos, en especial por el Gran Canal.

—Llévame contigo —le rogó Orsola—. Venecia es muy grande. Necesitarás ayuda para encontrarlo.

Giacomo vaciló, pero al final asintió. Ella intentó que no se notara lo emocionada que estaba de poder ir a Venecia. A pesar de lo cerca que se encontraba, Orsola solo había estado allí un puñado de veces y en todas ellas su padre se había quejado de que una niña era un peso innecesario para remar por la laguna.

Bruno se mostró encantado de poder cobrar a dos pasajeros por el mismo trayecto y no paró de hacer comentarios subidos de tono sobre Orsola, hasta que Giacomo le dijo que no pagaría el resto de la tarifa a menos que se callara.

—Entonces os dejaré en La Serenissima y podéis volver nadando —replicó Bruno con una risita.

Sin embargo, dejó de elogiar las curvas de Orsola y se centró en remar mientras la góndola entraba en las aguas más agitadas del centro de la laguna. Cada vez que pasaban delante de una iglesia, él se santiguaba y anunciaba el nombre con su voz estentórea: «San Michele. San Cristoforo. Santa Maria Assunta».

Esta última fue la primera que vieron al llegar a la *riva* septentrional de Venecia, con su alto campanario, que era habitual en muchas iglesias. A Orsola se le encogió el estómago al contemplar los concurridos edificios que bordeaban la *riva* y los canales. En Murano había edificios similares, pero allí Orsola conocía a todos y cada uno de sus habitantes. Las casas de Venecia tenían uno o dos pisos más que las de Murano, así como altas chimeneas que sobresalían con un remate cónico. Mientras se adentraban en el canal que llevaba al Gran Canal y la luminosa extensión de la laguna quedaba reducida a sombras, tuvo la sensación de que los edificios la cercaban. Por todas partes había colada tendida, a modo de banderines de mástiles que sobresalían de las ventanas, con las camisas blancas sujetas por el centro de la espalda y las mangas colgando. Las mujeres se asomaban a los largos ventanales para golpear las alfombras, arrojar agua al canal o sacudir la ropa blanca. Eran cosas que Orsola hacía a diario y, sin embargo, allí esos movimientos le resultaban exóticos y fascinantes.

Una vez que se encontraron entre las demás barcas del canal, Bruno se transformó en un hombre distinto. Allí había mucho más tráfico que en Murano y tuvo que demostrar su habilidad con el remo,

haciendo minúsculos ajustes para evitar choques. Se volvió más arrogante y se puso a silbar cancioncillas groseras y a soltar muchos más improperios que en las aguas de alrededor de Murano, donde la gente habría ido a contarle a su madre todos sus juramentos.

—*Oe, becco fotuo*! —gritó al ver que una góndola se les cruzaba en el camino.

El gondolero hizo una mueca.

—*Puttana di Dio*! —le contestó también a gritos—. *Ta morti cani*!

—*In mona a to mare*!

—*Eh, cazzeto, ocio, mona*! —gritó otro, ya que Bruno prestaba más atención a sus imprecaciones que a sus remos—. *Ti xei imatonìo*?

De pronto, fue como si todos los barqueros del canal se pusieran a lanzar maldiciones con júbilo e incluso a cantar insultos: *Buzaròn! Mona! Magnamerda! Visdecasso*!

—¡Tápate los oídos, Orsola! —exclamó Giacomo, pero a ella le hacían gracia tanto las vulgaridades como la perfecta transformación de Bruno en gondolero veneciano.

Pasaron por delante del Campo San Canciano, donde los muraneses solían desembarcar de los *traghetti* para dirigirse a pie al centro de la ciudad, y siguieron por el canal hasta desembocar en el Gran Canal. De pronto había barcas por todas partes, que parecían avanzar en todas las direcciones con muy poca organización. Sus remadas agitaban las aguas y los Rosso tuvieron que agarrarse a los lados del casco para no caer al canal. Había *sandoli* como el suyo, embarcaciones sencillas de fondo plano con un remero que transportaba a una o dos personas; *peate*, más grandes, que se desplazaban de un lado a otro con dos remeros y transportaban sobre todo mercancías; elegantes *caorline* con roas en forma de media luna tanto en proa como en popa; y muchas góndolas, largas y estrechas, con el fondo plano y un *felze* en el centro, una pequeña estructura con paneles negros desmontables que protegía a los pasajeros del sol y la lluvia. Estas las manejaban uno o dos gondoleros, ataviados con túnicas azules, negras o rojas, camisas blancas que asomaban por las aberturas de las mangas, calzones ceñidos rojos, o de rayas rojas y blancas o rojas y negras, y gorras rojas adornadas con plumas blancas. Su aspecto era llamativo, y ellos eran conscientes. Orsola intentaba no mirar sus piernas y traseros musculosos, pero la tentación era demasiado fuerte.

Igual de llamativos eran sus pasajeros, en su mayoría nobles con gorras y ropajes negros, así como damas con perlas y vestidos de terciopelo azul sobre las camisolas de mangas blancas. Una sujetaba un perrito blanco en el regazo. No parecían dirigirse a un destino concreto, sino que los llevaban en las góndolas para que pudieran mirarse unos a otros. A veces, dos góndolas se juntaban para que sus

ocupantes charlaran mientras los gondoleros remaban al unísono, se burlaban el uno del otro en tono jocoso y compartían chismorreos.

Orsola los observó maravillada y con envidia. Su vestido marrón rojizo, que tan elegante y favorecedor le había parecido en Murano, resultaba andrajoso en comparación. Ella nunca llevaría perlas; aunque había esposas de maestros que las lucían, no era el caso de Laura Rosso. En ese momento, Orsola deseó que la sencilla góndola de Bruno tuviera un *felze* bajo el que sentarse para no tostarse con el sol.

Las fondamentas que bordeaban el canal estaban igual de animadas, con venecianos que paseaban o se reunían en grupos, hablaban, discutían o compraban en los puestos. En su mayor parte eran hombres vestidos de rojo o negro, aunque también se veía a alguna que otra mujer acompañada por sus criados, así como criados solos que se apresuraban a hacer sus recados. Aunque el Gran Canal tan solo se encontraba a media hora de Murano si remabas con fuerza, parecía un país extranjero.

Y lo cierto era que había un montón de extranjeros. El lugar al que se dirigían Giacomo y Orsola, el Fondaco dei Tedeschi, junto al puente de Rialto, era un enorme almacén cuadrado de cuatro pisos con oficinas y viviendas en la parte superior, construido por entero para los mercaderes alemanes. Orsola había oído a su padre hablar de él, pero nunca había estado allí. Era más sobrio que los edificios que lo rodeaban y su único adorno eran los cinco grandes arcos del pórtico de entrada.

A medida que se acercaban por el Gran Canal, Bruno se sumó a la larga cola de barcas que se deslizaban hacia el pórtico. Aunque no era la primera vez que realizaba esta operación, se quedó callado y se puso a sudar mientras maniobraba sin chocar con la barca de delante, cargada con altas pilas de alfombras. Otras de las barcas que los rodeaban llevaban seda, madera, barriles de vino y especias; incluso había una llena de limones. Mientras esperaban su turno para desembarcar, Orsola vio una *peata* cargada de cajas de madera como las que utilizaban los Rosso, que pasó junto a ellos hacia el Gran Canal abajo. Estaban marcadas con letras, pero no pudo distinguirlas.

—Moretti —comentó Giacomo al ver su interés—. Su mercader habrá inspeccionado la cristalería aquí para hacer el inventario y ahora la llevan más allá de San Marco, donde la meterán en barcos que se dirigen primero al sur y luego al este o al oeste. Es lo mismo que hacen con la nuestra.

Orsola nunca había pensado en el viaje que hacía el cristal una vez que salía de Murano, aunque en ocasiones se imaginaba dónde acabaría: sobre una mesa en Londres, por ejemplo, con copas Rosso para todos los comensales. En su mente se parecía a las mesas de los banquetes en Murano, pues no tenía ni idea de que cómo era Londres;

para ella, tan solo era un nombre. Nunca había conocido a un inglés que le permitiera ponerles cara. Lo único que podía conjeturar era que se parecían a ella, pero con la piel más blanca.

Al final llegaron al pórtico donde se descargaban las mercancías, y Giacomo saltó a tierra para ayudar a su hermana a subir por los resbaladizos escalones y llevarla a donde el suelo era menos traicionero. Tras pactar con Bruno para que los recogiera en el puente de Rialto al cabo de varias horas, Giacomo abrió el camino a través de uno de los cinco amplios arcos hacia el húmedo patio, inundado por una exigua *acqua alta* hacía unas pocas horas. La mayoría de los edificios venecianos y muraneses estaban diseñados para acomodar las mareas altas con un *androne*: una zona en la planta baja que a menudo estaba inundada de agua del canal o la laguna. En el centro del patio del Fondaco dei Tedeschi había un gran pozo decorado con rosetones tallados. Las cuatro paredes que lo rodeaban estaban formadas por arcos redondos de piedra, más grandes en la planta baja y más pequeños en los tres pisos superiores.

Orsola estaba tan abrumada por el espectáculo de aquella batería de arcos que se paró y apoyó la mano en la tapa del pozo para mantener el equilibrio mientras miraba hacia arriba. Si hubiera estado con Marco, este le habría dicho que no se quedara embobada y le habría metido prisa, pero Giacomo entendió su asombro y aguardó. A su alrededor, los hombres se cruzaban unos con otros en el entresuelo y subían a las oficinas de los mercaderes, o entre varios cargaban cajas de madera o grandes fardos de mercancías envueltas en tela. Había tanto movimiento en el Fondaco dei Tedeschi como en el Gran Canal.

—*Andiamo* —dijo Giacomo al cabo—. Vamos a averiguar qué ha pasado con Marco.

Subieron la ancha escalera de piedra hasta el primer piso, donde Gottfried Klingenberg tenía su despacho. Tanto Lorenzo Roso como su padre, y su abuelo antes que él, habían utilizado a los Klingenberg como sus principales mercaderes para exportar. A medida que una generación pasaba el testigo a la siguiente, se creaba con fluidez una nueva relación en la que mercader y maestro seguían trabajando hombro con hombro, sin importar las bagatelas del tiempo. La muerte prematura de Lorenzo había alterado aquel eficiente acuerdo y lo había sumido en el caos.

Gottfried Klingenberg levantó la vista de su libro mayor y saludó a Giacomo y Orsola con un levísimo fruncimiento de ceño, que enseguida borró de su cara. Era un hombre alto con abundante cabellera y barba canosa, ataviado con una túnica negra; se había quedado viudo con una hija y tenía más o menos la misma edad que el difunto Lorenzo Rosso. Orsola lo había visto las veces que él se había pasado por el taller para observarlos trabajar el cristal. Su padre

siempre había apreciado el continuo interés de Klingenberg en la producción de vidrio, cuando tantos mercaderes lo veían tan solo como una mercancía que vender y exportar.

—*Buongiorno*, Giacomo —dijo, poniéndose en pie—. Y aquí tenemos a Orsola, hecha toda una mujer. Os parecéis mucho a vuestra madre.

Orsola se ruborizó al mismo tiempo que intentaba no reírse. El mercader hablaba un veneciano perfecto en el uso de las palabras, pero su acento alemán aplanaba la musicalidad de la lengua, ya que había pasado sus años de formación en Alemania y solo después había aprendido veneciano. Escucharlo era como intentar caminar entre las ruinas de un edificio con un suelo desigual, potenciales agujeros y piedras ocultas con las que podías tropezar.

Klingenberg señaló con la mano las dos sillas de caoba pulida, cuyos nudos estaban tallados en forma de leones con una exuberante melena y cuyos asientos estaban cubiertos con cojines hechos de kilims turcos.

—Mi secretario está abajo en los muelles; si no, lo mandaría a buscar unos *cicchetti* —se disculpó—. Aunque al menos puedo ofreceros vino.

Orsola estaba demasiado nerviosa para comer o probar el vino que les sirvió, así que se quedó mirando la gruesa alfombra persa con sus motivos geométricos en rojo, azul y dorado.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó el mercader una vez sentado de nuevo tras su escritorio, que también era de caoba y estaba cubierto de montones de papeles bien ordenados.

—Hemos venido a preguntar por nuestro hermano —explicó Giacomo en voz baja, como si le avergonzase sacar a Marco a colación —. Después de la reunión de ayer, no regresó a casa.

Klingenberg pasó el dedo por el borde de su copa de vino, que no era del taller de los Rosso, observó Orsola.

—Lo lamento. Marco estaba un poco… alterado cuando se marchó. Tuvimos una discusión.

No dio más detalles y Giacomo no preguntó. Pero a Orsola la incomodaba el silencio.

—¿Fue por la copa? —preguntó—. Porque sabemos que no retiene bien el líquido. Pero es bonita, y las asas de león a imagen de los de Venecia son ingeniosas. Marco tiene mucho talento, seguro que sois consciente. Hemos pensado que podemos convencerle de que la modifique para que siga siendo bonita y única, pero que se asegure de que retiene el vino. Paolo podría ayudarlo.

Estaba farfullando, y Giacomo y Klingenberg se la quedaron mirando, atónitos. Se suponía que una joven no hablaba con tan poco recato. Entonces, Klingenberg estalló en una repentina carcajada.

—No cabe duda de que os parecéis a vuestra madre, y no solo en el físico. Laura Rosso también dice lo que piensa. Pero me temo que me he adelantado a vuestra idea, *signorina*. Eso es precisamente lo que le sugerí a Marco, pues una copa tiene que servir para beber, cuando menos. No se lo tomó muy bien. De hecho, utilizó varias palabras que no había oído nunca. Por lo visto, los gondoleros venecianos no son los únicos que tienen creatividad para imprecar. Tendré que pasar más tiempo en Murano o pedirle a mi gondolero que me enseñe. En cualquier caso, ahora ya sé qué dicen los muraneses cuando prescinden de los servicios de su mercader.

Orsola ahogó un grito y Giacomo intentó replicar algo.

—No os preocupéis —lo interrumpió Klingenberg con una risita—. No me lo he tomado en serio..., al menos por el momento. Cuando se calme y controle su impulsividad, estoy seguro de que entrará en razón. Cuando vosotros lo tranquilicéis, porque asumo que ese es el motivo de vuestra visita, ¿no?

—¿Sabéis adónde fue cuando se marchó? —Giacomo trató de no sonar desesperado.

—No me lo dijo, pero es posible que alguno de los hombres del almacén lo sepa. Venid, yo se lo preguntaré. Tenía que bajar de todos modos a realizar una inspección.

Se puso en pie y Orsola se fijó en que su túnica de terciopelo estaba ribeteada de pieles, aunque ese día hacía calor. El mercader se puso el libro mayor bajo el brazo y salió, seguido de Orsola y Giacomo, que apuró lo que quedaba del vino antes de abandonar la estancia. Bajaron por la escalera hasta el patio mientras, por el camino, los demás mercaderes y los trabajadores del almacén daban un paso atrás y saludaban con la cabeza o la agachaban, según su rango. Era evidente que todo el mundo le tenía un gran respeto al mercader. Orsola no había sido consciente de ello hasta ahora; para ella, Klingenberg siempre había sido solo un nombre y una figura distante que veía de vez en cuando. Lorenzo Rosso habría dicho que era un mal necesario, el intermediario que no elaboraba nada sino que se limitaba a conectar a los compradores con los vendedores. Era el aceite que mantenía engrasados los engranajes del negocio, para que este funcionara sin contratiempos. A pesar de ello, Orsola se descubrió admirándolo, no solo por la caoba, la alfombra persa, las pieles y el vino caro, sino también porque era perspicaz y honesto sobre el negocio y su posición, y al mismo tiempo sentía curiosidad y admiración por el cristal. Las copas en las que les había servido el vino, por ejemplo, eran de una calidad excelente; mejores, tenía que reconocerlo, que la de los Rosso.

—*Perdonate, signore* —se atrevió a decir mientras entraban en el patio—, ¿quién hizo las copas de vuestro despacho?

Klingenberg le lanzó una mirada.

—El maestro Seguso. Aunque yo no lo represento. Nunca utilizo las piezas de mis clientes, para que no crean que favorezco a unos por encima de otros.

«Muy inteligente», pensó ella.

El mercader los llevó a una esquina del patio donde dos hombres habían abierto con una palanca varios cofres. Orsola echó un vistazo al interior. Estaban llenos de sacos anudados con un cordel. Klingenberg sacó un cuchillito del bolsillo de su túnica y abrió uno para dejar a la vista unos palitos de un marrón leonado, parecido al color del vestido de Orsola. El mercader pasó la mano por encima y asintió.

—Están secos. Eso es lo más importante cuando se transportan especias en barcos. Tomad, coged uno. —Le tendió un palito a Orsola—. Canela de Alejandría y, antes, de un lugar más al sur, en África. Rascadla con la uña.

Orsola la rascó y luego se la acercó a la nariz. Era una corteza seca y enrollada con un olor penetrante y dulce, un aroma que hacía pensar en un lugar seco y cálido. No tenía ni la menor idea de qué hacer con ella, aunque sabía que era cara y preciosa, así que le dio las gracias a Klingenberg y se la metió en el bolsillo, para aspirar su fragancia hasta que acabara disipándose.

Él se puso a hablar con los hombres y estos se apresuraron a preguntar por Marco a los demás. Mientras esperaban, Klingenberg quiso saber cómo se encontraba su madre y en qué estaba trabajando Giacomo. No hizo mención de las copas disparejas ni los inestables cálices, ni del hecho de que no había realizado un nuevo encargo a los Rosso. Su actitud era sosegada, profesional, un poco distante.

Orsola jugueteó con el palo de canela que tenía en el bolsillo y lo rascó de nuevo para que desprendiera su especiado aroma. En una pausa de la conversación, carraspeó antes de preguntar:

—¿También comerciáis con cuentas, *signore*?

Klingenberg la miró, en esta ocasión menos sorprendido de que ella hablara.

—A veces. Son una rareza en los países donde no se trabaja el vidrio. Eso las puede hacer muy valiosas.

—Maria Barovier me sugirió que aprendiera a trabajar con la lámpara, para ayudar a la familia. Su prima me está enseñando.

La expresión formal de Klingenberg se suavizó.

—Maria Barovier —repitió su nombre como si recitara un poema. Un poema alemán—. Claro. Me preguntó por el negocio de los Rosso. —Miró a Orsola con un nuevo respeto—. Os conviene tenerla de vuestra parte. *Allora, signorina* Rosso, cuando hayáis aprendido a hacer cuentas que estén a la altura de las expectativas de Maria Barovier,

traédmelas y hablaremos. Puede que tardéis cierto tiempo, pero soy un hombre paciente.

Ella asintió al tiempo que miraba de reojo a su hermano. Si hubiera sido Marco, se habría puesto furioso, pero Giacomo se limitó a menear la cabeza con una sonrisa de perplejidad.

Los encargados del almacén regresaron y hablaron con Klingenberg, que se volvió hacia los Rosso.

—Habéis tenido suerte. Venecia es una ciudad muy bulliciosa y hay muchos sitios a los que vuestro hermano podría haber ido. Si se hubiera decidido por el Arsenale, por ejemplo, os habría resultado imposible encontrarlo. Pero uno de los hombres lo vio anoche en San Polo, cerca de la Frari. Cabe la posibilidad de que ya no esté allí, por supuesto, pero podríais empezar por las tabernas de esa zona.

Giacomo se mantuvo impasible.

—¿Vais a pie? —Klingenberg seguía mostrándose calmado, pero en su voz se percibía un atisbo de la impaciencia propia de un mercader que tenía cosas importantes que hacer.

Orsola y Giacomo asintieron. Habían contratado a Bruno para ir solo hasta el Rialto.

—Cruzad el puente de Rialto y subid por el lado del mercado. Luego girad a la izquierda y, siempre con el Gran Canal a vuestra izquierda, continuad más o menos en línea recta; todo lo recto que se puede ir a pie en esta ciudad. Seguid hacia el campanario más alto que veáis. Es el de la Frari.

—*Grazie, signore* —dijo Giacomo.

—Una vez que encontréis a vuestro hermano y él se haya recuperado de su jarana veneciana, decidle que se olvide de su elaborada copa y se centre en hacer mejor las cosas que domina el taller Rosso: jarras, cuencos y copas más sencillas. Lo que producía vuestro padre. Su asistente, Paolo, sabe cómo hacerlo, no en vano tiene casi tanta destreza como vuestro padre. Marco tiene que dejar que Paolo tome el mando durante un tiempo para mantener el negocio a flote antes de empezar a hacer cosas nuevas. Yo ya se lo he dicho, pero necesita volver a escucharlo, de vuestra boca y la de vuestra madre.

Giacomo asintió y le dio de nuevo las gracias al mercader. Klingenberg agachó la cabeza y se volvió hacia el cofre de especias, con la mente centrada de nuevo en los negocios. Pero en el último momento, se dio la vuelta hacia Orsola.

—Saludad de mi parte a la *signora* Barovier —dijo con un brillo en los ojos—. Siento un gran respeto por ella.

El puente de Rialto era el único que cruzaba el Gran Canal en aquella época y siempre estaba abarrotado. Se accedía a él a través de una rampa de madera que salía de las fondamentas de cada lado, y la

sección central podía retirarse si tenía que pasar una barca muy alta. A ambos lados había una serie de puestos, así que además de la gente que lo cruzaba para ir de San Marco a San Polo, también estaba lleno de compradores. El puente chirriaba, crujía y se balanceaba como un barco con demasiados pasajeros, y a Orsola la ponía nerviosa la idea de cruzarlo. Había oído que en una ocasión se había hundido bajo el peso de demasiada gente. Si hubiera podido, se habría cogido del brazo de Giacomo, pero se veían obligados a caminar en fila india entre los numerosos hombres que avanzaban con dificultad arriba y abajo. Orsola notaba sus miradas y sus manos sobre ella, y tuvo que lanzar un fuerte codazo a su espalda para acabar con toda aquella atención indeseada.

—Si nos separamos, ¡quedamos otra vez en el Fondaco dei Tedeschi! —gritó Giacomo por encima de la algarabía de la multitud.

Pero ella no pensaba separarse de él: la mera idea le resultaba aterradora.

Cruzaron el puente y subieron por un lado del mercado, que aún estaba más abarrotado, si eso era posible. Orsola estaba acostumbrada a los mercados de Murano, que eran un remanso de paz comparados con el del Rialto. Aquí los chicos se abrían paso a empujones a través del gentío cargados con rollos de seda, cestas con pigmentos, candelabros, pilas de sillas talladas, alfombras persas enrolladas y loros que cacareaban en sus jaulas. Orsola tuvo la tentación de hacerse a un lado y contemplar el espectáculo, pero Giacomo se abría camino con dificultad más adelante y debía mantener su ritmo.

Al llegar a uno de los extremos del mercado giraron a la izquierda y entraron en una calle ancha bordeada de edificios, que enseguida se volvió más angosta y oscura. En Murano los pasajes eran más amplios y las casas solo tenían dos pisos. Allí, muchas tenían cuatro o cinco plantas, que se elevaban hacia el cielo y bloqueaban la luz del sol. Seguía habiendo gente que caminaba apresurada, y Orsola tuvo la sensación de que su hermano y ella no podían pararse o todo el mundo se daría cuenta de lo que eran: muraneses fuera de su elemento.

Salieron a un campo donde la luz volvía a brillar. De las ventanas de las casas colgaba la ropa limpia, y las mujeres se llamaban entre ellas y también a sus hijos, que jugaban abajo, con un acento sibilante que a Orsola le pareció tan disonante como atractivo, como la carne chamuscada.

Giacomo se paró. Había cuatro pasajes entre los que elegir y ninguno seguía recto por el camino que llevaban. De hecho, había muy pocos que fueran en línea recta durante mucho rato. Venecia era un embrollo caótico de canales, calles y campos; resultaba mucho más sencillo desplazarse por el agua que a pie. El hermano de Orsola

escogió un pasaje al azar, pero no tenía salida y olía a orina, así que tuvieron que deshacer el camino. Tomaron otro, que los llevó de vuelta al Gran Canal. Al final le preguntaron a un sacerdote que cruzaba el campo y este señaló hacia otro pasaje que no habían visto.

En el siguiente campo buscaron en vano el alto campanario del que les había hablado Klingenberg, pero los edificios les bloqueaban la vista, así que se decidieron por la calle que tomaba la mayoría de la gente. Los edificios se cerraron a su alrededor en los angostos pasajes y los venecianos que sí sabían adónde dirigirse iban apartándolos de su paso a empujones. Orsola se había desorientado por completo y no tenía la menor idea de cómo volver al Rialto o al Fondaco dei Tedeschi, donde por lo menos Klingenberg podía ofrecerles ayuda si la necesitaban. Tenía la sensación de que su hermano y ella se adentraban cada vez más en un laberinto del que quizá nunca podrían salir.

Llegaron a un enorme campo, más grande que cualquier espacio que hubiera en Murano, y Orsola supuso que la iglesia que tenía enfrente era la Frari, pero en la distancia se veía un campanario más alto; cuando Giacomo reunió el valor suficiente para preguntar, descubrieron que se hallaban en Campo San Polo. Se sumergieron de nuevo en el laberinto, aunque esta vez guiados por los esporádicos atisbos del alto campanario entre las casas, hasta que, tras cruzar un puente de arco apuntado, salieron al modesto campo que había frente a la Frari, donde la iglesia estaba amarrada como si fuera un inmenso barco de ladrillos. Tenía varias ventanas alargadas y arqueadas, además del campanario en un extremo con una torre hexagonal encima, pero por lo demás era una construcción sobria. La basílica de Santi Maria e Donato en Murano era mucho más imponente, pensó Orsola. Aunque a lo mejor el interior era más interesante.

Sin embargo, no estaban allí para visitar iglesias.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Giacomo tenía el rostro tenso por la preocupación. Habían llegado al final de las indicaciones de Klingenberg y era evidente que no sabía por dónde seguir. Mientras lo observaba, Orsola entendió por qué Marco debía ser el maestro —y no era solo porque fuera el hermano mayor—, así como por qué ella deseaba tanto su aprobación y no la de Giacomo. Este era un buen vidriero, pero le faltaba la fortaleza de carácter necesaria para tomar las decisiones pertinentes. Orsola quería a Giacomo porque era bueno, amable y poco exigente, pero eso también significaba que poco se le podía reclamar a él.

—Mira, el *rio* discurre junto a la Frari —dijo ella—. Seguro que está lleno de tabernas. Empecemos por ahí.

Él la siguió hasta la primera taberna, atestada de pescadores que silbaron al verla acercarse. Orsola se paró.

—Entra tú —le pidió a Giacomo.

Él la miró, asustado.

—¿Y qué digo?

—Diles que estás buscando a tu hermano, que se parece a ti pero en mayor y más bajo. Di que es un vidriero de Murano. Seguro que por aquí no hay muchos e igual se acuerdan de él.

Orsola prácticamente tuvo que empujarlo para que entrase. Mientras esperaba, hizo caso omiso de la atención que le dedicaban los pescadores reunidos en el exterior para beber.

Nadie recordaba a Marco en la primera taberna, ni en la segunda ni en ninguna de las que bordeaban ese canal. Cada una la frecuentaban hombres de una profesión diferente: en una solo había carniceros; en otra, verduleros; en una tercera, marineros. En Murano, los vidrieros y los pescadores también bebían en sitios distintos.

Echaron a andar por otro *rio*, zigzagueando por las calles que a veces discurrían junto a él y a veces acababan en el agua. Habría sido mejor ir en barca, aunque Orsola dudaba que Bruno estuviera familiarizado con aquellos pequeños canales. Mientras avanzaban no perdieron de vista en ningún momento el campanario de la Frari, que sobresalía por encima de las casas. A medida que la rodeaban, Orsola se planteó la inutilidad de la tarea que habían emprendido. Marco podía estar en cualquier lugar de aquel laberinto de canales y pasajes. Y, además, ¿qué iban a hacer si lo encontraban? ¿Acaso les permitiría él que lo llevaran de vuelta a casa?

Al final llegaron a una tranquila taberna, con tan solo un puñado de hombres sentados fuera que bebían y reían con el dueño. Cuando Giacomo repitió su guion, el dueño refunfuñó:

—Estuvo aquí anoche. No paraba de soltar sandeces sobre el «flujo» del vidrio. Nada de lo que decía tenía sentido —afirmó con orgullo, como si no quisiera entenderlo.

Giacomo y Orsola intercambiaron una mirada. Marco solo se ponía sentimental y hablaba de cómo se transformaba el vidrio al calentarlo, y de cómo debía dominar su flujo, cuando estaba muy borracho.

—¿Sabéis adónde fue, *signore*? —preguntó ella.

El dueño se encogió de hombros.

—Si tuviera que seguir a todos mis clientes, no tardaría en quedarme sin negocio, ¿no creéis? Aunque a ti no me importaría seguirte por una calle —añadió con la mirada clavada en su pecho.

Orsola abrió la boca para increparlo, pero Giacomo se le adelantó:

—¿Ni siquiera en qué dirección se marchó? O tal vez vuestros clientes hablaron con él…

—Yo hablé con él. Bueno, más bien lo escuché. —El joven al que pertenecía la voz estaba sentado en los blancos escalones que bajaban

al canal contiguo a la taberna. Su pelo, un revoltijo de largos rizos rubio oscuro, enmarcaba un rostro de anchas mejillas, cejas pobladas, ojos de un azul verdoso oscuro y una expresión concentrada, como si su esencia se hubiera condensado en aquel gesto—. Tú debes ser Giacomo —añadió—. Y tú, Orsola.

Orsola trató de ignorar el vibrante tamborileo que recorrió su cuerpo cuando le oyó decir su nombre.

—Marco tenía que estar muy borracho si nos mencionó —contestó—. Si no, jamás lo habría hecho.

El joven se rio entre dientes.

—Lo estaba.

—¿Sabes adónde fue después de hablar contigo? —preguntó Giacomo.

—Se marchó hacia el Campo Santa Margherita. —El chico miró a Orsola—. Dijo que iba a los burdeles que hay por allí.

—¿Está muy lejos?

—No. —El joven empezó a señalar pero enseguida llegó a la misma conclusión que Klingenberg: que eran dos muraneses perdidos —. *Andiamo*. Os acompañaré.

Se puso en pie de un salto y cruzó un puente que los alejaba de la Frari mientras Giacomo lo alcanzaba. Orsola se quedó atrás un instante para contemplarlo. Tenía un cuerpo fuerte y fornido, con brazos y piernas robustos, y un ancho pecho. Llevaba unos calzones marrones ceñidos como los de los gondoleros y Orsola fue incapaz de apartar la mirada del movimiento de sus generosas y musculosas nalgas.

Era mucho más fácil desplazarse por Venecia con un guía. El joven giró a la derecha, luego a la izquierda, pasó por delante de otra gran iglesia, cruzó un campo y después un puente, y finalmente llegó a un largo campo con la forma de la proa curvada de una barca. A cada lado se erguía una iglesia. En el centro, dispuesto en una franja alargada, había un animado mercado de verduras con productos traídos de los campos de Giudecca, la isla que se encontraba al sur de Venecia en la laguna. Era mucho más grande que los mercados de Murano. Orsola se quedó mirando las cestas colmadas de relucientes zanahorias.

—Estoy segura de que no saben mejor que las que tenemos en casa —le comentó a su hermano, deseosa de poner a Venecia en su sitio.

El joven la miró de reojo, divertido.

—Claro, Murano es famoso por sus zanahorias, ¿verdad?

—Tendrás que probarlas para saberlo, *bufòn*.

—¡Orsola! —Giacomo se volvió hacia el joven—. Perdona la grosería de mi hermana. Está preocupada por nuestro hermano; si no,

no hablaría así.

El hombre sonrió.

—Tendré que probar las zanahorias de vuestra isla. Y a lo mejor otras cosas: melocotones, melones...

Orsola notó cómo se le sonrojaban las mejillas.

—¿Cómo podemos...? ¿Dónde podemos...? —Giacomo no parecía capaz de terminar la frase.

—¿Encontrar a vuestro hermano? Si la experiencia es un grado... No la mía, *ovviamente*; solo hablo por lo que me han contado otros... —Le guiñó un ojo a Orsola—. Vuestro hermano fue anoche a un burdel y hoy estará durmiendo la mona en uno de los pequeños pasajes que hay entre aquí y el Rio de Santa Margherita. Seguidme.

Los llevó por un pasaje que terminaba en un canal, luego regresó al campo y bajó por otro, y por otro. A medio camino encontraron a Marco, hecho un ovillo detrás de un montón de verdura podrida: restos del mercado. Apestaba a alcohol y cosas peores, y Giacomo tuvo que sacudirlo bastante rato para que se despertara. Cuando por fin abrió los ojos y miró hacia arriba, no pareció sorprenderse de ver a sus hermanos inclinados sobre él. Apoyó las manos para incorporarse y señaló al joven con la cabeza.

—Vaya, veo que habéis conocido a Antonio —dijo—. Le he hablado del cristal, y dice que quiere venir a trabajar a Murano y dejar atrás la vida veneciana.

Marco se quitó de la manga una pringosa hoja de lechuga.

—Ah, ¿sí? —Giacomo se volvió hacia el joven—. No nos has dicho que trabajabas el cristal. Pero aquí no te permiten hacerlo.

Hacía ya doscientos años, el Dux había enviado a los vidrieros a Murano para que trabajaran únicamente allí, donde sus feroces hornos quedaban lejos de la poblada ciudad y él podía tenerlos controlados para que no huyeran al continente con los secretos del cristal de Murano.

—No trabajo el cristal —contestó Antonio—. Me dedico a la pesca con mi padre y mi tío. Pero tengo cuatro hermanos, así que no me necesitan.

—Entonces, ¿por qué el cristal? —quiso saber Orsola—. Podrías construir barcas o hacer cuerdas.

—Prefiero trabajar con cosas bonitas. He visto lo que hacen los maestros.

—El cristal es lo mejor que existe —afirmó Marco al tiempo que se levantaba apoyándose en la pared, luego se tambaleaba un poco y casi acababa cayendo sobre las verduras—. Todos los colores, todas las formas. Frágiles y robustas. Puedes hacer cualquier cosa con él. Lo que quieras. Como con una mujer.

Orsola puso los ojos en blanco.

—*Mamaluco*.

Antonio se rio.

—Por lo visto, tengo el cuerpo adecuado para trabajar el cristal, según vuestro hermano. Con un tren superior fuerte. Mi padre dice que soy demasiado corpulento para la barca. Prefiere que seamos pequeños y nervudos.

Marco, a quien se le había pasado la jovialidad, miró a su alrededor.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios está? —Se puso a rebuscar entre el montón de verdura.

Orsola sabía lo que buscaba.

—¿Cómo vamos a tener alguna idea del qué? Nosotros no estábamos aquí. Ojalá no veamos nunca más esa pieza inútil —añadió por lo bajo.

—¿Te refieres a la copa? —preguntó Antonio—. ¿Con las asas de león?

—*Sì, sì*! ¿Dónde está?

—La llevabas encima cuando te marchaste de la taberna. Dijiste que ibas a venderla en el burdel.

Marco se incorporó.

—*Mimorti*!

Se alejó apresuradamente por el pasaje y los demás lo siguieron hasta el Campo Santa Margherita. Marco se protegió del sol con la mano y miró en todas direcciones; de pronto ya no se lo veía tan arrogante, sino tan solo perdido en un concurrido campo veneciano. Al final, se volvió hacia Antonio:

—¿Adónde fui?

El pescador lo miró con sus ojos del color de la laguna.

—Te encontraré la copa, pero a cambio tienes que contratarme como aprendiz.

—¡No puede hacer eso! —gritó Orsola—. No contratamos a venecianos. Además, los *garzoni* empiezan primero como *garzonetti*, y se encargan del horno y de barrer los suelos. Niños de diez años. Tienen que dedicarse a ello durante cinco años antes de poder tocar siquiera el cristal.

Antonio se encogió de hombros y sonrió.

—Ese es el precio veneciano por encontrar copas extraviadas.

—*Va bene* —accedió Marco—. Ve a buscarla.

—Necesito dinero para recuperarla.

Marco hurgó en sus bolsillos.

—No tengo nada. Las putas debieron robármelo.

Antonio meneó la cabeza y se marchó a toda prisa.

—Marco, ¿te has vuelto loco? —exclamó Orsola—. ¡No puedes contratarlo! No necesitamos otro *garzone*. Klingenberg te explicó lo

que tienes que hacer para sacar a flote el negocio, y no es contratar a un aprendiz o hacer esa copa. ¿Qué dirá madre?

Pero incluso mientras argumentaba en su contra, no pudo evitar emocionarse ante la idea de tener a aquel veneciano en el taller, en el patio, sentado a su mesa con su pelo, sus ojos y sus caderas estrechas.

—Necesito esa copa.

Orsola se volvió hacia Giacomo, que se encogió de hombros pero no le recriminó nada a su hermano. Cuando Antonio volvió, las campanas de la iglesia repiqueteaban para la misa de la tarde y el mercado se estaba llenando de gente. El joven le tendió un saquito a Marco.

—A los leones se les ha desprendido un trozo, pero supongo que puedes arreglarlo.

Marco sacó la copa y la estudió.

—Sí, puedo arreglarlo.

Antonio también se la quedó mirando, no con la obsesión fanática de un amante, como Marco, sino con la expresión de alguien que no sabe leer pero intenta descifrar las palabras. Orsola tuvo la tentación de arrebatarle la copa y arrojarla al canal más cercano, por todos los problemas que les había ocasionado.

—¿Cuánto te han pedido por ella? —quiso saber Marco.

Antonio sonrió con una comisura de los labios.

—Tú la intercambiaste por una levantada de falda. Ellas me la han vendido por el precio de dos revolcones.

—¡Esta copa vale cien buenos revolcones!

—No si no se puede beber con ella, que es lo que han descubierto. *Comunque*, me debes diez *soldi*.

—No, tengo el dinero.

Antonio miró a Giacomo, que suspiró y le entregó una moneda de la que no podía permitirse desprenderse. El pescador se la metió en el bolsillo y luego los llevó de nuevo al Rialto sin necesidad de que se lo pidieran, como si tuviera claro que ellos solos no serían capaces de encontrar el camino de vuelta.

Orsola caminó detrás de sus hermanos y él para poder observarlo. La confianza de Antonio la irritaba y la atraía a partes iguales; su forma de avanzar por los abarrotados pasajes sin chocar con nadie, su forma de sonreír y saludar con la cabeza a tantas personas, su paso ligero y grácil. Ella también quería caminar por Venecia con la espalda así de erguida. Al menos en Murano sabía orientarse y podría saludar a tanta gente como él estaba haciendo ahora. «Tú ven a Murano y a ver cómo te las apañas», pensó. Salvo que no le cabía duda de cómo se las apañaría: conquistaría a todo el mundo.

Bruno se encontraba en la estación de *traghetto* más cercana al Fondaco dei Tedeschi, donde se reunían los barqueros a esperar a las

familias para las que trabajaban o a los clientes que querían ir a Dorsoduro, San Marco o más lejos, al Arsenale. Mientras mataban el tiempo en la *fondamenta*, se dedicaban a cantar y a burlarse de los barqueros muraneses, que trataban de estar a la altura de las canciones y los tacos. Al acercarse, oyeron a Bruno cantar una canción procaz sobre una monja de Murano y sus amantes.

Cuando terminó, uno de los gondoleros le dio una palmada en la espalda.

—¿Conoces el dicho *Muranesi maganzese*? Bueno, pues nos acabas de demostrar que es falso. ¡No tienes nada de arisco, *puteletto de Muran*!

Sin darle importancia a la condescendencia, a Bruno se le iluminó el rostro.

Orsola seguía caminando un poco por detrás de los hombres y los gondoleros empezaron a armar lío.

—*Oe, che bea cocheta*! —exclamaron al tiempo que hacían ruido de besos.

Sus chascarrillos habrían ido a más si Orsola no se hubiera adelantado para colocarse junto a Marco, Giacomo y Antonio, pero en cuanto lo hizo los comentarios se interrumpieron en seco, como si les hubieran tapado la boca con la mano.

Había una única boca que no hacía falta tapar. Sentado entre los demás había un joven gondolero africano, alto y delgado, con el pelo muy corto y unos grandes ojos negros. Llevaba una bonita túnica roja, una gorra con una pluma blanca y unos calzones con un moderno diseño adiamantado que recordaba a los suelos de mosaico de Santi Maria e Donato. Orsola trató de no mirarlo para no evidenciar una vez más lo poco mundana que podía ser una chica de Murano. En las escasas ocasiones en las que había ido a Venecia, había visto a turcos con sus turbantes y judíos con sus casquetes, pero jamás había visto a un africano con aquella piel tan oscura.

Se sorprendió al oír que Antonio lo saludaba con un «*Buongiorno*, Domenego» y el otro le devolvía el gesto levantando la mano.

—¿De qué lo conoces? —preguntó, adoptando un tono despreocupado para disimular su curiosidad.

—A veces cazamos patos juntos en la laguna, cuando mi padre no me necesita y él puede escaparse de su familia.

—¿Su familia está aquí?

—La familia para la que trabaja —la corrigió Antonio—. La suya propia debe de estar en África.

Ella asintió y estudió a Domenego por el rabillo del ojo mientras fingía mirar a otro lado. El joven no se reía ni bromeaba como los demás gondoleros, sino que permanecía en silencio, quieto y cauteloso. La sorprendió mirándolo de reojo y clavó la mirada en ella,

que agachó la cabeza, avergonzada de que la hubieran pillado.

—Bruno, *basta* —ladró Marco, rompiendo la magia del momento como siempre.

Bruno se apartó de sus colegas venecianos a regañadientes y abrió el camino hacia su góndola. Por lo visto, su nuevo apodo era Puteletto de Murano y todos se lo gritaron con entusiasmo mientras se alejaba.

—¿Cuándo puedo ir a Murano para que cumplas tu promesa? —le preguntó Antonio a Marco.

El hermano de Orsola adoptó una expresión de incomodidad. El efecto del alcohol había empezado a disiparse y ahora era consciente de que había accedido a contratar a un aprendiz sin la menor experiencia con el cristal.

—Dentro de seis meses, después del parón del verano —contestó al cabo—. En agosto y septiembre el horno está apagado, así que no tiene sentido que vengas entonces.

Giacomo y Orsola intercambiaron una mirada. Por lo visto, estaban a punto de contratar a un nuevo empleado.

—*Va bene. Arrivederci*! —se despidió Antonio.

Mientras Bruno maniobraba para alejarse de la *fondamenta*, Orsola no pudo evitar mirar hacia atrás y vio que tanto Antonio como Domenego le estaban sonriendo.

El enfado de Marco no se manifestó hasta el día siguiente. En Venecia todavía estaba lo bastante borracho como para no prestar atención al hecho de que su familia hubiera ido a buscarlo. En el camino de vuelta a Murano entretuvo a Bruno con descripciones de lo que había hecho con las rameras de Santa Margherita, al punto que Orsola tuvo que obligarse a no escuchar y se puso a mirar hacia los campanarios que se recortaban en el cielo por encima de Venecia. En algún lugar entre los edificios apretujados, los canales hediondos y los bulliciosos campos, había un pescador veneciano con una moneda de los Rosso en el bolsillo.

Después de lavarse, comer y dormir, Marco apareció sobrio y enfadado, sujetando su copa por el asa que seguía intacta. Orsola, Giacomo y Laura Rosso estaban comiendo en la cocina. Marco dejó la copa con cuidado sobre la mesa y fulminó con la mirada a sus hermanos.

—¿Cómo os atrevéis a ir a buscarme a Venecia —comenzó en un tono bajo que no tardó en elevar—, como si fuera un niño que necesita que lo cuiden? Habéis avergonzado a la familia y habéis malogrado la relación con nuestro mercader. Si el negocio de los Rosso se arruina, ¡será culpa vuestra!

—No digas estupideces —se apresuró a contestar Orsola—. Eres tú quien trató de despedir a Klingenberg. Por suerte, él es lo bastante listo como para ignorarte.

—¿Quién se cree esta para hablar en nombre de la familia? Cierra el pico. Tu sitio está en la cocina o abierta de piernas.

—¡Marco! —Laura se puso en pie, con el rostro henchido de ira—. No vuelvas a hablarle así a tu hermana ni a nadie de la familia. La familia es lo primero, ¡siempre! —Marco intentó hablar, pero ella continuó por encima de él—: Deberías estar agradecido a tus hermanos por ir a buscarte o sabe Dios cómo habrías acabado. Muerto en un canal, seguramente. —Se santiguó—. Deberías darles las gracias. *Allora*, ¡dales las gracias! —Cruzó los brazos sobre el pecho y lo atravesó con la mirada.

—¿Qué? ¡No! —Marco también cruzó los brazos y le devolvió la mirada asesina a su madre, que ahora parecía más alta.

Orsola los observó, fascinada. Su madre por fin se estaba enfrentando a su hijo y, ahora que lo había hecho, era evidente quién iba a ganar.

Al final, Marco bajó la mirada y los brazos.

—Dales las gracias —le ordenó Laura.

—*Grazie* —masculló él.

—Más alto. Di: «Gracias, Orsola y Giacomo».

—*Grazie*, Orsola y Giacomo.

—Un hermano siempre tiene que proteger a su hermana. Nunca dice esas cosas sobre ella, o a ella. Pídele perdón.

Marco se volvió hacia Orsola con la cabeza gacha.

—*Mi dispiace, sorella.*

Ella asintió, aunque su perdón no la tranquilizaba. Un Marco humillado podía ser más peligroso que uno enfadado. El enfado se extinguía, mientras que la humillación podía llegar a lo más hondo y quedarse allí, hasta desbaratar cualquier posibilidad de que algún día él llegara a valorar su trabajo y a ella misma.

—*Ecco*, madre, ¿qué vamos a hacer? —preguntó intencionadamente Giacomo a su madre en lugar de a Marco—. Klingenberg dice que debemos mejorar lo que ya producimos. Si lo hacemos, es posible que vuelva a trabajar con nosotros. Pero tenemos que darnos prisa, porque los clientes no van a esperar.

No añadió que Marco había hecho la tontería de prometer contratar a otro *garzone*.

Laura volvió a sentarse y se masajeó los riñones. Aunque todavía le faltaban varios meses para dar a luz, ya lucía una barriga prominente. «*Mio Dio*, que no sean gemelos —pensó Orsola—. Puede que pronto no tengamos con qué alimentarlos».

Su madre se estaba estudiando las uñas.

—Hay otra solución.

Sus hijos la miraron mientras ella se limpiaba la suciedad de debajo de una uña.

—Roberto Testa se ha ofrecido a casarse conmigo. Se haría cargo de nuestra deuda, e incluso aceptaría a este —se puso la mano sobre la barriga— como hijo suyo.

—¿Testa? —gritó Marco—. ¿Qué hace ese perro viejo olisqueando por aquí?

Orsola lo entendió con más rapidez que sus hermanos. Roberto Testa era un viudo sin hijos y con un pequeño taller. Tenía dos posibilidades: que uno de sus hermanos absorbiera su negocio o fusionarse con otro taller. O comía o se lo comían. Era evidente que el taller de los Rosso estaba en dificultades, así que la propuesta tenía sentido.

Fuera porque estaba resacoso, cansado o lento, Marco no cayó en la cuenta.

—¿Por qué ibas a dejarnos por él?

—No os dejaría. Las dos familias se unirían.

Marco entornó los ojos.

—Pero... ¿dos maestros?

—En primer lugar, aún no eres maestro. Todavía tienes que pasar esa *prova*. Segundo, no lo entiendes. Testa sería el maestro y tú seguirías siendo el *servente*. Solo se casará conmigo si puede quedarse con el taller de los Rosso y cambiarle el nombre por el de Testa.

—Pero ¡yo soy quien heredó la vidriería Rosso! No puedes dársela a nadie porque no es tuya.

—Es cierto. Pero somos una familia y esa es la oferta de Testa.

—¡Jamás! Padre se horrorizaría si supiera que te lo estás planteando.

—Tu padre se horrorizaría si te viera hacer cuencos que se tambalean.

Marco hizo una mueca.

—*Comunque* —continuó su madre—, no le he dicho ni que sí ni que no. Solo os estoy contando que es una posibilidad. Una manera de saldar nuestras deudas y poner comida en la mesa.

—Pero ¿qué pasará conmigo? ¿Con nosotros? —Marco señaló a Giacomo con un gesto.

—Seguiríais trabajando, haciendo las mismas cosas, pero no llevaríais el negocio.

—¿Quieres decir que trabajaríamos para él, de ayudantes? —preguntó Giacomo—. ¿Y qué pasa con Paolo?

—Paolo tendría el puesto que nosotros decidamos. Como os he dicho, todavía no le he contestado.

—¿Tú quieres casarte con él? —quiso saber Orsola.

—A este le iría bien tener un padre y algo de seguridad —contestó Laura Rosso al tiempo que se daba una palmadita en la barriga.

Orsola asintió. Era normal que una madre buscara seguridad para su hijo, pero no podía imaginarse a Laura volviendo a casarse tan solo unos meses después de quedarse viuda. No obstante, su madre siempre había sido una mujer pragmática.

—Pero nosotros podemos darle seguridad al niño —insistió Marco—. La seguridad de los Rosso.

Los ojos oscuros de Laura se clavaron en su hijo mayor.

—Si lo que quieres es darle seguridad a este niño, vas a tener que encauzar el taller. Haz lo que ha dicho Klingenberg y arregla tus cuencos inestables y tus copas con pies gruesos.

—Deja que Paolo tome el mando durante un tiempo —propuso Giacomo—. Padre le enseñó bien; tiene la experiencia necesaria.

Marco caminaba de un lado a otro de la cocina.

—Por el bien de la familia —añadió Laura—, olvídate de esa copa con asas.

Marco salió al patio a grandes zancadas, soltando improperios. Los otros esperaron mientras lo veían entrar y salir. La tercera vez que entró, se fue directo a su obra maestra y la barrió de la mesa de un golpe. La copa se estrelló contra el suelo y las esquirlas de cristal se desperdigaron por todas partes. A continuación, Marco se marchó dando traspiés y gritó por encima de su hombro:

—*Andiamo*, Giacomo; el cristal nos espera.

Giacomo se mordió el labio y lo siguió.

Orsola cogió una escoba y se puso a barrer el desaguisado. Por lo general, su madre nunca se quedaba quieta, pero en esta ocasión se sentó y se limitó a mirarla.

—¿Te encuentras bien, madre? —preguntó Orsola.

—El bebé está dando patadas. Celebra la victoria —dijo Laura con una sonrisa fingida—. Hemos conseguido el resultado que queríamos, ¿verdad? Me alegro de ver esa cosa hecha trizas. —Señaló con la barbilla los trozos de la copa que su hija había barrido en un montón.

Por enervante que fuera Marco, a Orsola la entristeció ver su copa hecha añicos; su sueño esfumado, relegado en pos de un negocio más pragmático. Se planteó decir alguna cosa, pero Laura Rosso se había llevado una mano a la mejilla en un gesto que parecía de dolor. De hecho, le dio la impresión de que lloraba, hasta que soltó un resoplido y Orsola se dio cuenta de que estaba intentando reprimir la risa.

—¿Madre? —se aventuró a decir, desconcertada.

Laura se echó a reír con tanta fuerza que tuvo que apoyar la cabeza en la mesa. Su risa le provocó una sonrisa a Orsola, aunque no sabía la razón. Al final, las carcajadas de Laura remitieron y, tras levantar la cabeza, se secó los ojos con el dorso de la mano.

—¡Y pensar que todos os habéis creído que Roberto Testa me ha pedido que me case con él! De verdad que os lo creéis todo.

Orsola apoyó la escoba en la pared.

—¡Nos has mentido! —exclamó.

—Por una buena causa. Ha servido para que Marco vuelva al estudio con un poco más de cordura entre las orejas.

Marco se entregó con tanto vigor a salvar el taller de los Rosso que apenas pasaba por casa, aparte de alguna que otra comida aquí y allá, e incluso se hizo cargo de varios de los turnos nocturnos, pues el horno funcionaba día y noche. Por lo general eran los aprendices quienes lo utilizaban por la noche para practicar, pero ahora era Marco quien lo hacía. Obligó a Paolo a revisar con él una y otra vez la fabricación de cuencos, hasta que logró que no se balancearan al ponerlos sobre una mesa. Luego pasaron a los juegos de copas y por último a las jarras, con la complicación de hacer una tapa por la que el agua saliera con fluidez y un asa con el tamaño y la ubicación adecuados. Marco no había prestado suficiente atención mientras su padre le enseñaba, pero, ahora que el taller estaba en peligro, asumió el papel del hijo salvador del negocio familiar y lo interpretó como si se hallara frente a un público de miles de personas. Pronto, Orsola empezó a alegrarse cuando Marco no se presentaba a comer porque, cuando lo hacía, se ponía a hablar con soberbia y arrogancia sobre el cristal y su volubilidad, y la necesidad de que hubiera maestros capaces de dominarlo y mostrar a la materia quién mandaba; sobre los proveedores de madera y sus regateos; sobre los competidores y cómo iba a descollar. Orsola solía encontrar algo interesante en lo que decía, pero ahora Marco solo monologaba, no dialogaba, y el resto de la familia no podía aportar nada sin que él hablara por encima de ellos o los regañara por su ignorancia. Escucharlo era aburrido y agotador.

Le asombraba la paciencia que mostraba su madre, que escuchaba pontificar a su hijo sin poner los ojos en blanco, burlarse ni gritar: *Basta*! Estaba intentando apoyarlo, Orsola lo sabía, para que Marco superase el proceso de aprendizaje que necesitaba para convertirse en un maestro capaz de hacer productos fiables de manera consistente.

«Lo próximo que querrá nuestra madre será que se case», pensó Orsola un día mientras se sentaba a la mesa para otra tediosa cena. Resultaba difícil imaginar a alguien capaz de soportar a su hermano. Había gente que lo consideraba apuesto, aunque a ella no se lo parecía; su pronunciada barbilla manifestaba sarcasmo y crueldad. Sin embargo, algunas mujeres estarían encantadas de aguantar sus mordaces comentarios si ello les permitía llevar las pieles que lucían las esposas de los maestros.

Y, en efecto, para agosto ya se había casado con Nicoletta, una muchacha delicada con unos ojos enormes, miembro de una familia de vidrieros a la que los Rosso conocían de toda la vida, y que mantendría la boca cerrada y llevaría las pieles a modo de protección.

Era una cocinera horrible y le faltaba músculo para hacer la colada, pero, una vez casada, se hizo un sitio en el hogar del Rosso a base de mostrarle a Marco una devoción absoluta que lo alentó y lo ablandó, hasta suavizar algunos de sus rasgos más virulentos.

Durante los siguientes meses, Orsola se dedicó a las cuentas, inclinada sobre la lámpara en una mesita de una esquina de la cocina. Cuando Laura Rosso dio a luz a Stella en septiembre, poco después de la boda de Marco y Nicoletta, Orsola dominaba ya la confección de unas sencillas cuentas simétricas monocromas del mismo tamaño. Hacía muchas rojas en honor al apellido Rosso, pero su color preferido era el de la laguna: verde oscuro con un atisbo de cielo reflejado en él.

Tras el nacimiento de Stella, de pronto ya no le quedó tiempo para dedicarse a las cuentas. Laura Rosso era mayor para ser madre y el parto la dejó débil e incapaz de amamantar a la niña. Orsola tuvo que buscar a una nodriza y se ocupó de cuidar de su nueva hermana mientras su madre se recuperaba. Se quedó atónita al descubrir la cantidad de atención que requerían los recién nacidos. Alimentarlos, cambiarlos, acunarlos, ponerlos a dormir. Se pasaba el día corriendo de casa de los Rosso, por el Ponte Longo que cruzaba el Gran Canal, hasta el hogar de una mujer de una familia de pescadores que tenía que ocuparse también de su propio bebé. Con Laura fuera de juego y Nicoletta adaptándose todavía a un nuevo hogar, la tarea de hacer la colada también le correspondía a Orsola, un trabajo además ampliado gracias a la interminable cantidad de ropa de bebé que ensuciaba Stella. Orsola quería mucho a su hermana, pero todo el trabajo generado por su llegada le impedía dedicarse a las cuentas. Tenía miedo de olvidarse de todo lo que había aprendido durante los últimos meses si dejaba de practicar de manera constante, y de tener que empezar de nuevo de cero, con la miel y los palitos.

Una tarde de octubre, Orsola volvía con Stella de casa de la nodriza y decidió tomar el camino más largo, para ir junto al Gran Canal de Murano. Comparado con el de Venecia, del que había disfrutado brevemente, era muy tranquilo, pero había varios *palazzos* que admirar y ricos venecianos que veraneaban en ellos a quienes espiar. El bebé estaba sumido en la modorra de después de comer, así que Orsola no tenía prisa alguna por regresar a la apestosa colada y la mugrienta casa que Nicoletta era demasiado inútil para limpiar. Se paró junto al agua, siempre en movimiento y espejeante bajo el sol otoñal, y sacó una cuenta que había hecho antes de que naciera Stella y que ahora llevaba en el bolsillo. Era de un verde translúcido, como el canal, del que no se veía el fondo. Orsola trabajaba con tres tipos de cristal: transparente, opaco y translúcido; este último no era ni lo primero ni lo segundo: se podía ver parcialmente a través de él y hacerse una idea de lo que había al otro lado. Orsola había

descubierto que era el que más le gustaba, porque era más sutil que los otros.

Sostuvo la cuenta en alto para comparar su color con el del agua.

—Admirando tu trabajo, ¿eh, Orsola Rosso? —Maria Barovier se había acercado y se había detenido a su lado.

Orsola bajó la mano, avergonzada.

—No... no he tenido ocasión de trabajar mucho.

Señaló con la cabeza a Stella, dormida sobre el hombro de su hermana.

—No te dejan tiempo para nada, ¿verdad? Enséñamela.

Le tendió la mano y Orsola dejó caer a regañadientes la cuenta verde sobre su palma, antes de contener la respiración mientras la mujer la inspeccionaba.

—Todavía no —dijo al tiempo que se la devolvía—. La forma y el color quedan bien juntos, pero la simetría todavía no está conseguida.

Orsola suspiró.

—Es muy difícil controlar el cristal.

—Eso es lo que me gusta de él. Es un amante impredecible; tiene sus propias leyes. Debes practicar más antes de enseñarle tus cuentas al *signor* Klingenberg. No puede tener ningún motivo para rechazarlas. Si no hay mujeres en el negocio del cristal es porque nuestro trabajo tiene que ser perfecto para que los hombres lo acepten, y, con el vidrio, la perfección no existe.

—Pero vos formáis parte del negocio.

Maria Barovier se encogió de hombros.

—Soy una rareza, la excepción que confirma la regla. Pero sospecho que pasará mucho tiempo antes de que se acepten mujeres en el mundo del cristal. Cientos de años. —Miró a su protegida—. ¿Estás segura de que quieres pasar toda la vida llamando a la puerta del taller?

—Tal vez.

—Imagínate a ti misma en el futuro, entonces, intentando ganarte la vida. Haciendo cuentas para caballeros, para condesas, incluso para emperatrices. Imagina que las rechazan. Por capricho, un cambio en las modas, guerras, pobreza o la peste. Cosas que no puedes controlar. ¿Puedes imaginarte todo eso y, aun así, trabajar con la lámpara?

Orsola miró hacia el agua cambiante y resplandeciente, mientras pensaba en el camino cambiante, resplandeciente e impredecible que se abría ante ella.

—Sí —contestó al final—. Sí que puedo.

Porque lo cierto era que ya estaba unida a su lámpara como si esta fuera una hija.

Maria asintió.

—En ese caso, toma esto. Un regalo para que no decaigas.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó una flamante *rosetta* y se la entregó a Orsola, antes de dar media vuelta y alejarse sin ni siquiera decir adiós. Orsola estudió la cuenta, biselada para que las capas de vidrio rojo, blanco y azul brillaran con un motivo festonado, y sonrió.

—*Grazie, signora* Maria —le gritó a la vidriera.

Maria Barovier agitó una mano en el aire sin volver la vista atrás.

Orsola se metió la *rosetta* en el bolsillo junto con la cuenta verde. Se estaba cambiando a Stella de hombro cuando un penetrante silbido le hizo alzar la vista. Una góndola se deslizaba hacia ella con dos remeros: un africano alto y un fornido veneciano con rizos dorados. Al detenerse a su lado, Antonio se quedó mirando el bebé que sujetaba en brazos; a Orsola le complació ver la expresión de su cara.

—*Buongiorno, signorina* Rosso —dijo con más corrección de la que ella se esperaba.

—¿Qué haces aquí? —Ella no pensaba ser cortés ni explicar quién era Stella, al menos todavía.

—He venido a ver a tu hermano para que cumpla la promesa que me hizo.

—Ya se habrá olvidado —observó ella, aunque el corazón le dio un vuelco.

—Oh, ya lo ayudaré a recordar. —Antonio se interrumpió—. Veo que has estado ocupada. —Señaló a Stella con un gesto de la cabeza —. Cuando viniste a Venecia, no me di cuenta de que estabas... Aunque no recuerdo que tu vestido fuera ancho. Más bien al contrario.

Orsola levantó un poco el bulto.

—Es mi hermana.

Antonio se relajó visiblemente.

—Ah, *me ralegro! Allora*, ¿puedes acompañarme a ver a tu hermano?

—Cuando te hizo esa promesa estaba borracho, así que no cuenta. Será mejor que vuelvas con tu pescado.

Orsola echó a andar por la *fondamenta*, consciente de que él la estudiaría a fondo.

—No importa, le preguntaremos a todo el que veamos dónde está el hermano de la descarada chica de los Rosso. Seguro que saben a quién nos referimos.

Ella no se paró, pero gritó por encima del hombro:

—Estamos en la boca del Gran Canal, a la derecha, no mucho después de la entrada por la laguna. Te esperaré en el muelle.

Antes de que él pudiera contestar, ella se volvió y cruzó a la carrera el Ponto Longo, el único que atravesaba el Gran Canal. Una vez que estuvo fuera de la vista de la góndola, aminoró el paso para recobrar la compostura mientras se dirigía a casa.

Orsola sospechaba —más bien esperaba— que Antonio acabaría

por presentarse en Murano. Después de la tarde en que lo había conocido, meses atrás, se había recreado recordando hasta el más mínimo detalle de su encuentro en Venecia: lo que había dicho él, lo que había dicho ella, el modo en que él la había mirado. Durante un tiempo, este repaso mental había reavivado el tamborileo por su cuerpo, pero, al final, de tanto darles vueltas a los pocos recuerdos de Antonio y de ese día, estos acabaron por gastarse, como si les hubiera exprimido todo su jugo. Y entonces llegó Nicoletta, y Stella, y Orsola había estado tan ocupada cuidando de ellas y de su madre, y ocupándose de la apestosa colada, que no le había quedado tiempo para pensar en él. Hasta ahora. Apenas lo había visto un instante y ya volvía a notar que le vibraba todo el cuerpo.

Sin embargo, no tuvo mucho rato para pensar. La carrera había despertado a Stella, que empezó a lloriquear. Orsola no quería encontrárselo de nuevo con un bebé sumido en el llanto y tuvo que pararse en el pasaje que llevaba a casa de los Rosso para consolarla y mecerla hasta que se calmó. Para cuando Orsola llegó a casa y cruzó el patio para alcanzar el agua, detrás del taller, Domenego y Antonio ya se veían en la distancia, remando con ahínco.

Al llegar junto a ella, Antonio arrojó al muelle un hatillo de ropa bien atado y luego le dio una moneda al gondolero.

—*Grazie*, Menego —dijo al tiempo que sorteaba la borda para bajar de la embarcación—. Pásate por aquí cuando los Klingenberg te den un día libre e intentaremos cazar patos en esta parte de la laguna.

—¿Trabajas para los Klingenberg? —preguntó Orsola.

Domenego asintió al tiempo que se alejaba del muelle.

Orsola no había visto al gondolero africano traer a Gottfried Klingenberg al entierro de su padre, aunque lo cierto era que tampoco había prestado demasiada atención porque tenía la mente ocupada en otras cosas. Se quedó tan sorprendida que tardó un momento en tomar conciencia de que Domenego había dejado a Antonio allí.

—¿De verdad has venido para quedarte?

Antonio sonrió.

—*De certo, bella*. Le envié un mensaje a tu hermano. Me está esperando.

—Pero si no sabes nada sobre el cristal.

—Aprenderé.

—No es como pescar.

—Ya me va bien.

—Y los *garzoni* no tienen días libres para ir a cazar patos.

—Qué bienvenida más calurosa. Cualquiera que te oyese pensaría que no me quieres aquí. ¿Tan desagradable te parezco?

—No, es que... —Orsola no sabía por qué estaba siendo tan grosera, pero no podía evitarlo—. Trabajar con Marco como maestro

no será fácil.

—Trabajar con mi padre tampoco es fácil. —Antonio hizo un gesto con la cabeza—. ¿Qué estabas mirando cuando Domenego y yo te hemos visto en el Gran Canal?

—No miraba nada.

—No mientas, estabas mirando algo. Enséñamelo.

Orsola se sacó la cuenta verde del bolsillo y, al dársela, sus manos se rozaron. Antonio la sostuvo en alto para que le diera la luz.

—*Meravigliosa*! ¿Quién la ha hecho?

—Yo.

—¿Tú?

Orsola asintió.

—Cuando me salgan bien, se las llevaré a Klingenberg para que las venda.

Un vecino que pasaba en un *sandolo* miró a Antonio de arriba abajo y arqueó una ceja en dirección a Orsola. Ella pensó que era la primera mirada de muchas y luego se colocó bien a Stella sobre el hombro.

—Bueno, pues será mejor que entres.

Se dio la vuelta y se dirigió al patio del taller, mientras Antonio recogía su hatillo.

—¿Seguro que este bebé no es tuyo? —preguntó al tiempo que la seguía—. Porque es clavadito a ti. Tiene el ceño fruncido.

—Solo sonríe a la gente que le cae bien —dijo Orsola, y sonrió para sí misma.

—Mucho mejor así.

—Gr… ¡Si ni siquiera me ves la cara!

—He visto cómo se te movían las mejillas.

—Pues deja de mirar.

—¿Vas a pasarte el resto de nuestras vidas discutiendo conmigo?

—No voy a gastar saliva —repuso Orsola, aunque por dentro pensó: *Sì.*

2

Ha llegado el momento de dar un salto en el tiempo. Es algo que se puede hacer con el tiempo *alla veneziana*.

Estamos de nuevo con la piedra plana en la mano, de pie en la *riva* de Venecia desde la que se ve Murano. Sujétala con el dedo índice curvado sobre su borde y arrójala con fuerza a ras de agua por la laguna, para que se dirija hacia la Isla del Cristal mientras rebota con suavidad sobre la superficie. Murano se encuentra demasiado lejos para que la piedra la alcance, pero aquí las reglas del juego son distintas. Con un solo salto, la piedra avanza ochenta años.

En una mesa en la esquina de la cocina, Orsola Rosso gira en ambos sentidos sobre la lámpara una cuenta verde translúcida. Levanta la vista y ya no estamos en 1494, sino en 1574. Sin embargo, las cosas no han cambiado mucho para ella. En este lugar mágico donde el tiempo transcurre de manera distinta, tanto ella como las personas que le importan no se han hecho mayores. Orsola tiene dieciocho años.

Ese súbito salto en el tiempo: ¿qué más da un siglo u otro, siempre que Orsola esté acompañada de las personas a las que quiere, a las que necesita e incluso a las que odia? Si estas personas surcan los años a su lado, Orsola puede saltar junto con la piedra para llegar a los momentos importantes, sin preocuparse de qué o quién se queda atrás.

(Aunque la gente envejece y muere, atrapada incluso por el tiempo *alla veneziana*. Un minuto de silencio, por favor, por Maria Barovier, que ha muerto de vieja).

Tanto los venecianos como los muraneses pasan por encima de lo que ha sucedido en el resto del mundo. A lo largo de estos ochenta años se han forjado nuevas naciones, se han librado nuevas guerras, se ha sucumbido a viejas enfermedades. Gracias a Vasco de Gama y otros exploradores, las nuevas rutas comerciales ya no pasan por Venecia. Se ha empezado a explorar y explotar continentes recién descubiertos. Una nueva rama del cristianismo exaspera a los católicos. Una reina inglesa lleva dieciséis años en el trono, en el que permanecerá durante veintinueve más. El arte florece gracias a artistas como Leonardo, Miguel Ángel, Carpaccio, Rafael, Giorgione, Tiziano.

El cristal también florece...

A Orsola se la podía perdonar por creer que entre ella y el pescador veneciano convertido en vidriero iban a saltar chispas de inmediato. Que habría encuentros secretos en calles en las que

estrecharían sus cuerpos; botellas de vino robadas y compartidas en rincones secretos de Murano; paseos en barca por la laguna al amanecer, con los pescadores y el sol recién salido como únicos testigos. Estas fantasías solo existían en la cabeza de Orsola: sueños que reproducía una y otra vez mientras hacía la colada, consolaba a su hermana o arrancaba las malas hierbas del huerto. La realidad era que, desde el principio, su relación había estado marcada por la formalidad y ambas partes se habían alejado de la llama que casi había prendido entre ellos. Tal vez se debiera a la casilla que Antonio marcó en el contrato que Marco le presentó su primer día de trabajo, en el que se formalizaba su periodo como aprendiz; una casilla en la que renunciaba a su derecho a cortejar a la hermana del maestro.

A Antonio le asignaron una habitación junto al taller, que compartía con otro *garzone*, y Orsola tenía que verlo cada día porque comía con la familia. Al principio le resultaba insoportable rozarle el hombro cuando se inclinaba para servirle, descubrirlo mirándola desde el otro lado de la mesa, ruborizarse cuando eso pasaba, sentirse expuesta delante de tanta gente.

Para su sorpresa, nadie le gastó bromas sobre el atractivo joven de pelo rubio oscuro que tenía al alcance de su mano, ni tampoco la advirtieron de que se mantuviera alejada de él. Ni su madre, que desde el nacimiento de Stella estaba mucho más callada, ni su cuñada Nicoletta con una tímida insinuación. Ni siquiera Maddalena, hermosa y robusta, a la que saltaba a la vista que le gustaba Antonio y que apartaba a Orsola de un codazo para ser ella quien le pusiera delante su plato de hígado, *sarde in saor* o *bigoli al nero di sepia*, cuya tinta teñía los labios de Antonio de un negro cautivador.

Como se esperaba de él, el joven coqueteaba con Maddalena, aunque nunca parecía hacerlo en serio. Ella tampoco: Orsola sabía que Maddalena le había echado el ojo a un criado que venía regularmente de Venecia con una familia noble a su *palazzo* en Murano. Antonio aprovechaba la coyuntura para gastarle bromas.

—Puedo enseñarte cómo son los hombres venecianos —le decía.

—Y yo a ti lo que las mujeres muranesas esperan de un hombre —replicaba Maddalena—. ¡Nada que ver con esos modales tan finos de los venecianos!

Con Orsola, Antonio mantenía una distancia respetuosa y ella se encontró en la humillante posición de desear ir tras él. Después de un periodo de incomodidad, Orsola se sintió aliviada cuando él empezó a verse primero con la hija de un pescador, después con la hija de un cordelero y al final, durante una temporada más larga, con la hija del carnicero de la familia. Estaba enfadada, por supuesto. De vez en cuando pillaba a Antonio mirándola pesaroso y sentía deseos de darle una buena bofetada. Además, odiaba apasionadamente a las hijas del

pescador, el cordelero y el carnicero. Aunque le dedicara una sonrisa a la chica del carnicero cuando se la encontraba, por la espalda le echaba mal de ojo.

Al final, lo que sentía por Antonio se redujo a un nudo apretado bajo la superficie que podía ignorar la mayor parte del tiempo, pero que de vez en cuando presionaba para sentir su agradable dolor.

De todas formas, Orsola estaba bastante ocupada, sobre todo consolando a Stella —que era llorona desde que había nacido—, cuidando a su debilitada madre, trabajando hombro con hombro con Maddalena para que todo el mundo estuviera alimentado y limpio, además de intentando enseñar a Nicoletta cómo llevar una casa y luego cuidando de ella mientras su menudo cuerpo sufría para cargar el peso de su primer embarazo. Tenía la sensación de que velaba por todo y por todos.

Lo que aguardaba: que Stella estuviera dormida. Que su ropa sucia estuviera a remojo en una cuba en el patio. Que las ollas estuvieran fregadas y los suelos, barridos. Que la colada estuviera seca, alisada, doblada y guardada. Que las gallinas estuvieran encerradas en el gallinero. Que Nicoletta y Laura Rosso estuvieran cómodamente sentadas en su silla con los pies en alto. Que todas estas cosas ya hubieran pasado para, si le quedaba energía, sacar su lámpara y hacer cuentas en la esquina de la cocina, en una mesa con un fuelle que Giacomo le había fabricado. Era algo que le permitía distraerse de Antonio, además de ser su pasión, una mucho más grata que un hombre porque al final había algo concreto y hermoso, algo que se podía coger, girar, estudiar y acariciar con el pulgar, algo con una forma simétrica y colores que se fundían o contrastaban. Podías enhebrarlas en un cordel y usarlas como rosario, para contar y rezar. O crear con ellas un collar para los días de fiesta, que todo el mundo pudiera verte colgado del cuello. O podías llevar una en el bolsillo a modo de talismán. A veces, Orsola les daba las que no quedaban perfectas a los niños de la calle, que jugaban con ellas y las usaban para hacer trueques como si fueran monedas. Aunque no lo expresase, Orsola se sentía orgullosa de que los niños, que no se amilanaban a la hora de calificar algo como feo, aburrido o inútil, apreciasen sus cuentas. Era un comienzo.

De tarde en tarde, cuando encontraban el momento, Elena Barovier le daba una clase con la lámpara. Mientras trabajaban juntas con la cabeza inclinada sobre sus respectivas llamas, perdían la noción del tiempo y les pasaban las horas sin que se dieran cuenta. Elena le enseñaba a hacer diferentes formas y, durante mucho tiempo, Orsola se dedicó a hacer únicamente cuentas de un solo color y practicar para conseguir la forma perfecta y mantener la simetría. Solo cuando por fin consiguió dominar la técnica y producir una cuenta tras otra del

mismo color, tamaño y forma, Elena introdujo elementos decorativos, como lágrimas, puntos, líneas y florituras de colores. Le enseñó a calcular la temperatura necesaria para fundir colores y opacidades diferentes, cada uno de los cuales respondía de manera distinta al calor, así como a mantener el pulso firme mientras decoraba y los colores que quedaban mejor juntos.

Al principio, Orsola decoraba todas las superficies de las cuentas con puntos y tentativas de flores y líneas que se entrelazaban, lo que dificultaba ver el color de fondo. Elena chasqueó la lengua en señal de desaprobación cuando le enseñó una de esas elaboradas creaciones: una cuenta negra con flores rojas de cinco pétalos rodeadas de círculos naranjas y blancos, con puntos azules intercalados.

—Vosotros los jóvenes siempre os excedéis —señaló—. Tienes que aprender el valor de la sencillez. Dos colores en la superficie, no cinco. Puntos o flores, no ambos. Y deja que el color de base de la cuenta se distinga. Lo has hecho tú, así que ¿por qué cubrirlo con tantos elementos? Es como si te avergonzaras de tu trabajo e intentaras ocultarlo.

—La *rosetta* de Maria Barovier no es sencilla.

Ambas se quedaron calladas al recordar a Maria. Orsola se llevó la mano al bolsillo, donde todavía llevaba la *rosetta* que le había regalado su mentora.

—En realidad sí que es sencilla —explicó Elena—. Solo tres colores, una forma agradable, un diseño geométrico. Complicada de hacer, sí, pero no complicada a la vista. Practica tus formas. Practica tus técnicas. Luego ya podrás incorporar elementos artísticos. *Allora*, vuelve a empezar.

Los Rosso reaccionaron de distintas formas al trabajo de Orsola con la lámpara. Su madre no dijo nada; al fin y al cabo, era ella quien en un principio había animado a su hija a acercarse a Maria Barovier para buscar ayuda, y aquel era el resultado. Giacomo la apoyaba, pero le desconcertaba que su hermana quisiera trabajar el cristal. Nicoletta se quedaba a veces de pie detrás de su cuñada y observaba con la boca abierta, asombrada. Cuando Orsola se ofreció a enseñarle a hacer cuentas, sin embargo, soltó un gritito y se apartó de un salto, con sus enormes ojos marrones aún más abiertos.

—¡Yo sería incapaz de hacerlo! Es tan peligroso que me quemaría. Además…, es un trabajo de hombres, ¿no? ¿El cristal?

Nicoletta estaba obsesionada con quién hacía qué, a pesar de que ella misma hacía muy poco, o quizá precisamente por eso. Se pasaba el día enumerando las tareas de Orsola y Maddalena, y las contaba con sus dedos delgados igual que una niña, como si quisiera grabarse en la cabeza las responsabilidades de cada miembro de la familia. De manera parecida, le preocupaba el estatus de su marido. Marco

todavía no ostentaba el título de maestro —en algún momento acabaría presentándose a su *prova*—, pero Nicoletta siempre se refería a él como «*il maestro*» y se aseguró de ponerse sus pieles de esposa de maestro para la *passeggiata* en cuanto hizo frío suficiente para llevarlas; incluso en octubre, mucho antes que las demás esposas. Era tan bajita que arrastraba las pieles por el suelo.

Sin embargo, era la reacción de Marco a su trabajo con la lámpara lo que más preocupaba a Orsola. Sospechaba que se enfadaría al considerarlo una intromisión en su terreno, aunque él nunca se molestaría en dedicarse a lo que ella hacía. También podía tomárselo como una crítica, en el sentido de que su hermana se atrevía a contribuir a la producción de cristal de los Rosso porque él era incapaz de mantener a flote el negocio familiar tan solo con el trabajo de él y sus ayudantes en el taller. Desde la crisis que los había asolado tras la muerte de su padre, había conseguido que la familia saldara sus deudas, pero el negocio de los Rosso no era próspero, ni siquiera durante lo que muchos consideraban la edad de oro de los vidrieros de Murano.

Pero Orsola debería haber imaginado la reacción de Marco a sus cuentas, pues fue muy típica de él: apenas reparó en ellas. Su hermana era para él un ángulo muerto, y sus actividades cotidianas, un ruido de fondo; que se dedicara a hacer cuentas encajaba en la categoría de cosas sin importancia de las que no tenía que preocuparse. Marco nunca se fijaba en lo que ella hacía, y no le preguntó cómo había aprendido a crear cuentas o qué pensaba hacer con ellas. Lo único que admiró fue el ingenioso fuelle de pie de Giacomo. Por lo demás se limitó a quejarse del olor del sebo que Orsola quemaba. Esta pensó en lo que le había dicho Maria Barovier: que los hombres no se tomaban en serio a las mujeres que trabajaban el vidrio, y supo que, por mucho que la irritara, era a Marco a quien más quería complacer. Hasta que su hermano valorase su trabajo, tenía la sensación de que no existiría como productora de cuentas. Aunque a lo mejor eso era pedir demasiado de él; en su actitud hacia las mujeres, su hermano no era distinto de la mayoría de los hombres de Murano.

A veces, Orsola notaba que, cuando Antonio entraba en la casa para buscar un trapo limpio o unas velas, él miraba por encima de su hombro mientras ella seguía haciendo sus cuentas y se esforzaba por ignorarlo; mantenía sus manos firmes, al tiempo que se concentraba en aplicar paletas al vidrio para conseguir que fuera lo más uniforme posible o en añadir puntos decorativos impolutos. En una ocasión hizo dos cuentas rojas seguidas perfectamente redondas mientras él observaba; Antonio captó su mirada de reojo y asintió con la cabeza. Era la primera vez en semanas que se comunicaban.

No mucho después de esto, Orsola se lo encontró junto al pozo del

patio, sin camisa y echándose agua en la cabeza para refrescarse después del intenso calor del horno y limpiarse el sudor. Era un momento insólito en que los dos estaban solos sin nadie más cerca. Orsola se paró a su lado y dejó en el suelo el cubo lleno de ropa empapada que amenazaba con adueñarse de su vida, pues a Nicoletta le quedaba poco para dar a luz y eso iba a doblarle el trabajo.

—¿Cuándo va a venir Domenego a cazar patos contigo? —le preguntó al tiempo que él levantaba su cabeza mojada.

Orsola se esforzó por no mirar su torso desnudo, aunque sentía un deseo apremiante de pasar la mano por las curvas de sus músculos.

—El domingo que viene, después de misa. ¿Por qué?

—Tengo algo que quiero que le lleve a Klingenberg.

—¿Cuentas?

Orsola asintió y Antonio sonrió; no de la manera insinuante que les dedicaba a las mujeres en el mercado, ni con la condescendencia que lo hacía un maestro a su ayudante, sino con una sonrisa sincera y entusiasta: el reconocimiento de un creador hacia otro.

—Ni una palabra a Marco —dijo ella.

—*Naturàl.* —Antonio cogió su camisa y se secó la cara con ella antes de volver a ponérsela.

—Antonio...

—*Sì*?

Él la miró y, por un instante, Orsola sintió deseos de decir algo; sobre él, sobre ellos. Entonces Maddalena apareció en el patio procedente de la cocina y el momento pasó.

Orsola meneó la cabeza y se rio.

—Ten cuidado no te vayas a caer al pozo de tanto mirar tu reflejo en el agua —dijo, y se alejó con paso tranquilo sin darle tiempo a responder.

El domingo, sus cuentas estuvieron por fin listas. A comienzos de semana había ido a ver a Elena Barovier, que había examinado su trabajo y había dado su aprobación. La mujer le había aconsejado que no se limitara a meter las cuentas para Klingenberg en un saquito de paño, sino que las enhilara por tamaño, color y diseño, y luego las prendiera en un trozo de cartón jaspeado que le dio —un papel especial veneciano que Orsola no podía permitirse—, de modo que la presentación fuera la mejor posible para que el mercader las apreciara. Elena le dio incluso un retal de seda para anudar el saquito de lino que Orsola había confeccionado para meter dentro el cartón. Aun así, la joven Rosso se había mostrado escéptica ante aquellos detalles.

—Pero ¿a él no le importará solo la calidad de las cuentas?

—Por supuesto, pero así conseguirás que tenga una buena primera impresión. Hasta un mercader experimentado como

Klingenberg disfruta de una presentación cuidada. ¿Acaso no sabe mejor la comida cuando se presenta bien? Enhebra las cuentas con cuidado, cose bien el saquito, mejor en un lino de color crema que en este blanco, que es demasiado frío, y haz un lazo con la seda.

Orsola hizo todo lo que le había aconsejado Elena. Cuando, durante la misa en Santi Maria e Donato, Antonio le indicó con un gesto que se reuniera con él al terminar, ella dio unas palmaditas al paquete que llevaba en el bolsillo y durante la liturgia de la eucaristía ensayó mentalmente lo que le diría a Domenego: «Guarda esto con cuidado para que no se moje y entrégaselo a Klingenberg de inmediato. Dáselo con ambas manos y una reverencia. Dile: "De parte de la *signorina* Rosso, como prometió, *con complimenti*". Y si se te cae en la laguna por accidente mientras cazas, te mataré con mis propias manos. Os mataré a los dos».

Orsola le dijo todo esto al gondolero cuando Antonio y ella se reunieron con él en un amarradero al norte de la iglesia, lejos de los chismorreos de la gente al salir de misa. Domenego la escuchó sin inmutarse mientras Antonio sonreía junto a él. Cuando ella hubo terminado, cogió el paquete con ambas manos e hizo una reverencia al tiempo que decía:

—*De certo, signorina* Rosso.

Orsola entornó los ojos, sospechando que tanta solemnidad era una manera de burlarse de ella, pero no podía acusarlo de eso porque lo necesitaba.

Al acabar el día, cuando Antonio depositó tres patos para la familia en el patio, ella lo interrogó acerca de las cuentas. ¿Dónde las había puesto Domenego? ¿Las había vigilado mientras cazaban? ¿Iba a volver directo a ver a Klingenberg?

Antonio se rio entre dientes.

—Igual te sorprende, *bella*, pero no hemos hablado en absoluto de tus cuentas. Lo cierto es que prestábamos más atención a las aves que íbamos a cazar para que las cocinaras en tu cazuela.

—*Bastardo* —masculló Orsola.

Se pasó la semana siguiente esperando a un mensajero que viniera a informarla de que Klingenberg deseaba verla, de que quería comprar cientos —miles— de cuentas. Soñaba con abrir su propio taller y enseñar a sus primos, a Giacomo e incluso a Nicoletta y a su madre a hacerlas. Es fácil soñar cuando no se recibe respuesta.

Pero, a medida que pasaban los días sin noticias del mercader, empezó a buscar excusas que justificaran la falta de respuesta por parte de Klingenberg. Ahora aborrecía el lazo de seda y el cartón jaspeado que había usado para el paquete, y deseaba no haber pedido jamás consejo a Elena Barovier. Alguien de una familia rival no podía evitar sabotearla, por más que hubiera simulado ayudarla. A lo mejor,

en ese momento, Klingenberg se estaba riendo de su esmerado paquete con sus colegas mercaderes y sus risas resonaban por el patio del Fondaco dei Tedeschi. O estaba enfermo. O Domenego no le había entregado las cuentas sino que las había vendido.

Orsola estaba tan preocupada que empezó a tomarla con todo el mundo. Stella lloraba cuando la tenía en brazos, Nicoletta la evitaba, Laura Rosso le gritaba y Maddalena la pinchaba porque tenía su *mar rosso*. Giacomo la observaba, perplejo. Un día, al levantarse después de comer, Antonio le dijo en un murmullo:

—Paciencia, Orsola.

Sus palabras le parecieron un detalle y consiguió esbozar una pequeña sonrisa de gratitud.

Al cabo de diez días se había convencido de que Klingenberg creía que su trabajo era chapucero: una simetría defectuosa, colores y formas que no armonizaban o, sencillamente, piezas anodinas. Era posible que hubiera otros que estuviesen haciendo lo mismo mucho mejor, así que ¿por qué arriesgarse con una mano sin contrastar? Esa tarde, Orsola se encontró inesperadamente con tiempo libre entre sus manos, pero no se sentó a su lámpara, sino que salió con su familia a la *passeggiata* y encontró a un joven *garzone* de otra familia de vidrieros con el que pasó un breve rato en un pasaje, explorando ambos sus cuerpos con las manos. Fue una distracción temporal.

Unos días después, estaba tendiendo sábanas en los campos de blanqueo de detrás del convento de Santa Maria degli Angeli cuando apareció, sin aliento, el hijo de unos vecinos.

—¡Ha venido el mercader, con su gondolero *moro*! —gritó.

Y tras comunicar el mensaje, echó a correr antes siquiera de recuperar el aliento.

Orsola bajó la vista hacia su cesta de sábanas mojadas. Si no las tendía en ese momento, era posible que no se secaran a tiempo y tuviera que volver a lavarlas, una tarea tediosa que aborrecía casi tanto como limpiar la ropa de Stella. Pero si no iba…

Regresó a casa, corriendo durante todo el camino.

En el taller, su madre estaba de pie en un rincón, mientras que Paolo, Giacomo, Antonio y los *garzonetti* hacían cola como si estuvieran recibiendo al mismísimo Dux. Ataviado con su túnica negra, Klingenberg se hallaba junto al horno con Marco. Era evidente que la familia había dejado de lado todo lo que estaban haciendo para atenderle. Marco lo llevaría a la tienda y el almacén, y le mostraría incluso los montones de leña y los orinales si quería inspeccionar eso.

El mercader apenas miró a Orsola cuando ella se escurrió en el taller para colocarse junto a su madre.

—Esos candelabros azules que me mandasteis el mes pasado con los delfines alrededor de la base… han tenido muy buena salida en

Praga. ¿Tenéis uno aquí?

Marco le hizo un gesto con la cabeza a Antonio, que fue al almacén y trajo uno para entregárselo al mercader con una reverencia.

—Este es.

Klingenberg lo cogió de manos del aprendiz, lo sostuvo entre las suyas y le dio vueltas para comprobar su uniformidad. Pasó el pulgar por los dos delfines entrelazados. Por lo general, los delfines venecianos —ya fueran de vidrio, piedra o metal— se representaban gordos y voluminosos, con aspecto de niño. Estos eran largos y estilizados, con un aspecto más parecido al de los delfines reales.

—Maravillosamente ejecutados —declaró—. Y una combinación muy poco habitual de fuego y agua. Velas y delfines. ¿A quién se le ocurrió?

Se hizo el silencio en el taller. Antonio se miró los pies con una sonrisita. Marco se esforzó por no fruncir el ceño.

—Fue idea del *garzone*. —Laura Rosso dio un paso al frente para disipar la incomodidad del momento—. Antonio Scaramal.

Lo señaló con la cabeza y él le hizo una reverencia a Klingenberg. No se lo veía tímido o avergonzado, como podría haberle pasado a otro. Orsola lo admiró por ello.

—¿Cuánto tiempo hace que eres aprendiz de los Rosso, Antonio? —preguntó Klingenberg.

—Nueve meses, *signore*.

Klingenberg arqueó sus pobladas cejas.

—Impresionante. Tienes muy buen ojo, joven.

Era verdad que Antonio tenía un talento para el cristal totalmente inesperado en el hijo de un pescador. La mayoría de los *garzoni* tardaban años en empezar a soplar cristal o diseñar nada que fuera más allá de un simple *goto*. Orsola había oído a Marco y Paolo hablar sobre la sorprendente destreza de Antonio, y había percibido la incredulidad de ambos ante el hecho de que alguien que no había crecido rodeado del cristal de Murano pudiera hacerlo tan bien con tanta rapidez. Incluso se estaba enseñando a sí mismo a leer y a utilizar los números.

«Puede que sea bueno, pero no tiene sangre muranesa en las venas —había dicho Marco—, así que ¿por qué iba a guardar lealtad a los Rosso?». Aquella era una preocupación constante entre los maestros con respecto a sus aprendices, a pesar de que ellos mismos se los robaban con regularidad unos a otros. Lo único inusitado en Antonio era su origen veneciano. Orsola estaba secretamente orgullosa de él por lo rápido que aprendía, por su buen ojo y su firme mano. Aunque por supuesto, nunca se lo diría.

—Tener un buen maestro también ayuda. —Klingenberg señaló a Marco con la cabeza, sacándole así la espinita que con toda seguridad

le había clavado al alabar a Antonio.

Marco no se molestó en comentar que quienes enseñaban a Antonio eran sobre todo Paolo y Giacomo.

—Voy a encargar cincuenta pares más de estos candelabros —continuó el mercader—. Mi intención es venderlos en Venecia, París y Lisboa. Hacedlos en varios colores: azules, sí, pero también en un rojo intenso, un blanco adornado con filigranas y tal vez uno con pan de oro. Aunque los delfines deberían ser siempre azules o verdes. Por supuesto, jamás se me ocurriría deciros exactamente lo que tenéis que hacer, pero supongo que entendéis mis sugerencias, *sì*?

En ese momento, Nicoletta apareció desde el patio llevando con manos trémulas una bandeja con copas y una garrafa de vino. Seguro que había insistido en encargarse de ese honor en lugar de Maddalena, a pesar de que su cuerpo era ya muy voluminoso por el bebé, y se había puesto sus pieles, a pesar de que le quedaban demasiado largas y no era la estación para llevarlas. Orsola puso los ojos en blanco y el único que se dio cuenta fue Antonio, que le dedicó una sonrisa. En ese momento, Nicoletta se pisó las pieles con el tacón y Orsola tuvo que adelantarse de un salto para rescatar la bandeja, que se deslizó sobre la mesa de trabajo.

Puesto que Nicoletta casi había ocasionado un desastre, fue Orsola la que sirvió el vino y le tendió una copa a Klingenberg, no sin antes asegurarse de que era una de las mejores de los Rosso: de vidrio transparente, con un equilibrio perfecto entre el cáliz y la base, con filigranas en el fuste y la base decorada con diminutas fruslerías. Él le dedicó un gesto apreciativo con la cabeza y sonrió.

—*Grazie, signorina* Rosso.

Le sostuvo la mirada un instante más de lo acostumbrado, pero no lo suficiente como para que alguien más se percatara. Por fin había reparado en su presencia y le había dado una señal. Orsola tendría que encontrar la manera de quedarse a solas con él.

Entregó una copa de vino a todo el mundo menos a Antonio; nadie esperaba que un *garzone* tomara parte en la celebración. De hecho, después de haber dado su opinión sobre el candelabro de Antonio, Klingenberg lo ignoró y se centró en Marco para los negocios, y en Laura Rosso para la nostalgia. La madre de Orsola parecía encantada con la atención; debía de recordarle la época en que su marido llevaba el taller y ella era la esposa del maestro. Klingenberg incluso presentó sus respetos a Nicoletta, que sudaba bajo sus ridículas pieles, entre las que asomaba su enorme barriga. Mientras estaban todos ocupados, Orsola pudo escabullirse hasta el agua para buscar a Domenego y decirle adónde llevar al mercader al salir, para poder reunirse con él.

Cuando volvió al taller, Paolo, Giacomo y Antonio se habían

puesto a trabajar de nuevo, pero Marco había servido más vino a Klingenberg a pesar de la firme negativa del alemán. Estaba claro que al mercader no le gustaba beber, aunque admiraba la copa de vino; seguramente intentaba mantener la mente clara para los negocios y esperaba que un maestro hiciera lo mismo. Al final, el mercader se puso en pie, dejando su copa llena.

—Me gustaría ver qué estáis haciendo ahora —anunció, y se volvió hacia los hombres que estaban ocupados en la mesa de trabajo.

Paolo estaba acoplando un asa dorada a una jarra transparente con la ayuda de Giacomo y Antonio, que le tendían las herramientas que necesitaba y metían de nuevo el asa en el crisol para recalentarla. Solo cuando Paolo quedó completamente satisfecho con la jarra, Giacomo la metió en el arca de recocido para que se enfriara.

Marco se ofreció a enviarle la jarra a Klingenberg al cabo de unos días.

—Como regalo —añadió con una sonrisa. Tenía los dientes manchados de rojo por el vino.

—No es necesario —contestó el mercader, que procedió a ceñirse las vestiduras y despedirse de las mujeres con un gesto de la cabeza, antes de echar a andar hacia el muelle, donde le esperaba Domenego con la góndola—. Me basta con que hagáis los candelabros lo más rápido posible.

Orsola cruzó a la carrera el Ponte di Mezzo y bajó por la *Fondamenta* dei Vetrai hasta el extremo más meridional de Murano, donde un puñado de barqueros muraneses y venecianos se agrupaban en la *riva* a la espera de clientes que fueran a Venecia. Allí, los barqueros venecianos se comportaban mejor, pues sabían que se hallaban fuera de casa; Bruno era el que más descollaba con sus canciones y sus historias. Orsola trató de pasar por delante sin llamar su atención, pero no lo consiguió.

—*Oe* —gritó Bruno—, me he enterado de que últimamente estás muy generosa con tus encantos. ¿Cuándo me va a tocar un poco a mí?

—El día que lleves al Dux por el Gran Canal, *cretino* —replicó ella.

Justo en ese momento, Stefano, el ayudante de los Barovier de ojos negros y curiosos, apareció en la *riva*. Orsola lo saludó con la cabeza. Él se puso rojo, como le pasaba siempre que se cruzaban, y luego se volvió hacia Bruno.

—*Andiamo*, Bruno, nuestra barca hace agua y necesitamos que lleves una caja al Rialto.

—*D'accordo.*

Bruno desató con rapidez su góndola y le dio la vuelta para ponerse a remar Rio de Vetrai arriba. Los Barovier no eran una familia a la que uno hiciera esperar.

Orsola dejó atrás los *traghetti* y continuó hasta un lugar más al oeste siguiendo por la *riva*, lejos de las miradas escudriñadoras que podían informar a Marco de que habían visto a su hermana hablando a solas con Klingenberg.

Poco después, Domenego apareció en la distancia de pie sobre la popa, con las piernas separadas y remando de la manera característica y única de los gondoleros: dando un vigoroso y rápido impulso al mango del remo para alejarlo de sí, para luego girarlo media vuelta y acercárselo otra vez al pecho lentamente, de modo que el remo apenas parecía sumergirse en el agua antes de deslizarse de nuevo sobre su superficie. Era parecido al movimiento que uno hacía para remover la sopa, pero de manera regular. Era difícil creer que aquellas remadas pudieran impulsar una barca hacia delante y, sin embargo, se desplazaba con rapidez y confianza.

Klingenberg estaba sentado bajo el *felze* para protegerse del sol del verano. Se le veía más pálido que en casa de los Rosso y estaba sudando. Aunque su expresión era casi tan impertérrita como la de su gondolero, tras ella se percibía una incomodidad que Orsola reconoció: el mercader estaba mareado. Casi no lo creyó: ¿quién podía permitirse marearse en una ciudad construida sobre el agua? Si querías ir a cualquier parte, tenías que hacerlo en barca: aquello era parte de la vida veneciana.

Levantó la mano para saludarlo.

—*Grazie, signore*, por venir a Murano a vernos.

Klingenberg hizo una mueca mientras una ola provocada por otra barca balanceaba la góndola.

—Quería echar un vistazo a ese *garzone*, Antonio Scaramal. Marco acertó al decidirse por él.

Orsola no desveló que la única razón por la que Marco había contratado a Antonio era para pagar una deuda.

—¿Recibisteis mis cuentas? —preguntó en cambio.

—Sí, en efecto.

Klingenberg se quedó callado el rato suficiente para que a ella se le cayera el alma a los pies. «No le gustan —pensó—. Le gusta el candelabro de delfines de Antonio». Pero entonces, él la sorprendió.

—*Molto belle,* Orsola. Tu padre estaría orgulloso.

—¡Oh! *Grazie.*

Bajó la vista, ruborizada, y deseó que su padre o Marco estuvieran allí para escuchar el elogio.

—Las formas están bien, los tamaños iguales, también, y la simetría es excelente. Son sencillas, por supuesto, pero no hay nada de malo en la sencillez. Con el tiempo ya añadirás decoraciones más complejas. Pero estas se venderán. Voy a hacer un pedido de cien cuentas al mes durante los tres próximos meses, a medio *soldo* la

cuenta. En rojo, verde, azul y blanco.

Orsola mantuvo una expresión neutra. El precio no era tan alto como había esperado. Domenego pateó con suavidad la góndola, que empezó a balancearse, y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Klingenberg se dio unos toquecitos en la frente y la parte superior del labio con el pañuelo. Orsola se maravilló de su blancura, pues sabía cuánto había que frotar y blanquear para que un pañuelo quedara así. Cuando le pareció que él estaba lo bastante mareado, aprovechó para hacer su contraoferta:

—Dos *soldi* por cuenta.

Klingenberg cerró un instante los ojos. Orsola sintió deseos de aconsejarle que no lo hiciera, pues eso empeoraba el mareo; cualquier veneciano lo sabía, aunque tal vez no un alemán nacido en *terraferma*. Pero él era un hombre orgulloso y ella no se atrevió a desvelar que había detectado su debilidad.

—Un *soldo* por cuenta —anunció el mercader.

—De acuerdo —convino Orsola, ya que ese era el precio que tenía en mente. Domenego cambió de postura con gesto despreocupado y la góndola se estabilizó—. *Grazie, signore*, por darme esta oportunidad.

Se quedó callada y Klingenberg le dedicó una mirada más sagaz, ahora que la barca ya no se balanceaba.

—¿Qué sucede, *signorina* Orsola?

—¿Es necesario que Marco conozca nuestro acuerdo?

—Veo que quieres tener tu propio negocio, independiente del de tu hermano, ¿verdad? Muy sensato. Maria Barovier lo habría suscrito. Sin embargo, es difícil mantener un secreto en Murano e incluso en Venecia. No le diré nada a Marco, pero es probable que lo averigüe por su cuenta y, cuando eso ocurra, tendréis que resolver las diferencias que surjan entre vosotros.

Orsola asintió. Klingenberg la apoyaría encargándole cuentas, pero no iría más allá. Se pondría de parte de quien pudiera sacar más dinero, que era Marco y su taller de cristal.

El mercader la miró.

—Sé benévola con tu hermano, *signorina*. No es fácil para él llevar una vidriería con lo joven que es. Tal vez seas demasiado dura con él. —Sin darle tiempo a responder, añadió—: ¿Quieres que me encargue también de guardar tu dinero? ¿Qué vas a hacer con él, si no esconderlo debajo del colchón? Yo puedo mantenerlo a salvo.

—*Grazie, signore*.

—Espero con ganas que me envíes más cuentas el mes que viene. Ahora, Domenego, vámonos a casa.

Orsola no pudo contenerse y, mientras se alejaban, gritó:

—¡Mantened la vista fija en el horizonte, *signor* Klingenberg! Y la próxima vez, masticad unas hojas de menta.

Ahora que habían cerrado el trato, no le importaba que él se diera cuenta de que se había percatado de su debilidad.

Klingenberg suspiró.

—No hace falta que me lo digas, Orsola Rosso. Menta, jengibre, mantener la vista fija en el horizonte, ponerme cobre alrededor de la muñeca: hace años que conozco todas las posibles curas gracias a los consejos tanto de venecianos como de muraneses. Parece que todos disfrutáis mucho diciéndole qué hacer a este alemán amante de la tierra firme. Y nada funciona.

Saber que las cuentas que hacía iban a venderse supuso una gran diferencia para Orsola. Era como si antes solo hubiera estado jugando con el cristal, como una niña que hiciera pasteles de barro en lugar de uno de verdad, comestible. Se volvió mucho más crítica con su trabajo. Daba forma a una cuenta roja que, en apariencia, estaba perfectamente elaborada; entonces se la imaginaba como una pieza más de un collar de cuentas que llevaba una aristócrata en un palacio parisino, que en su imaginación tenía el mismo aspecto que el *palazzo* da Mula, ubicado en el Gran Canal de Murano. Teniendo en mente que sus cuentas iban a acabar en el mundo real, que alguien iba a comprarlas y a ponérselas, empezó a ver defectos en ellas: un bultito minúsculo, una parte demasiado plana o con una burbuja dentro, así que procedía a volver a fundir el vidrio y empezar de nuevo. Dejó de sentirse cómoda al trabajar con la lámpara; ahora se notaba tensa, rara y demasiado consciente de todo lo que hacía. Durante varios días fue incapaz de hacer nada a derechas.

Y entonces, Nicoletta dio a luz a un niño muy pequeño y bien formado al que pusieron de nombre Marco, aunque lo llamaban Marcolin, y de pronto Orsola vio cómo sus días y sus noches estaban por completo ocupados cuidando de su cuñada y del bebé. Se maldijo por haber desperdiciado unos días preciosos haciendo cuentas de mala calidad, cuando ahora no disponía de tiempo para trabajar en ellas. Empezó a preguntarse si sería capaz de terminar el pedido de Klingenberg. Sin embargo, la falta de tiempo pareció encender una chispa en ella que la llevaba a aprovechar cualquier momento libre para trabajar, sobre todo por la noche, cuando los niños y Nicoletta dormían. Y finalmente, durante esas madrugadas, Orsola comenzó a producir cuentas que no le daba vergüenza vender.

Cuando por fin tuvo listo el primer pedido, no se lo mandó a Klingenberg a través de uno de los barqueros que llevaban mensajes de una isla a otra, sino que se dirigió ella misma a Venecia, sola, después de escabullirse de casa aprovechando que todos estaban ocupados. No contrató a Bruno, no solo porque este le contaría a su familia que la había llevado, sino también porque lo más probable era que se pasara el viaje de ida y vuelta molestándola. Así que se unió a

una familia de la cercana isla de Burano que se dirigía a Venecia con su *sandolo* para vender encaje en los mercados. Para llegar a la Piazza San Marco tomaron los pequeños *rios* en lugar de recorrer el Gran Canal, y ella permaneció sentada mientras veía pasar las iglesias y las casas, en cuyos pórticos paraban las barcas para entregar barriles de vino, haces de leña, hatillos de ropa y sacos de harina. Todo le parecía más natural y menos espectacular.

Hasta que llegaron a San Marco. Allí, el espectáculo era abrumador y Orsola tomó conciencia de lo peligroso de su situación: una joven muranesa sola en una ciudad abarrotada. Se separó de mala gana de la familia encajera de Burano, no sin antes quedar con ellos al cabo de unas horas. Se apoyó sobre uno de las decenas de pilares que había frente al palacio del Dux y cerró los ojos por un instante ante el esplendor del ladrillo rosa y blanco dispuesto en patrones geométricos, y las interminables hileras de columnas superpuestas una sobre otra. Bajo los pórticos arqueados se veía a hombres vestidos de rojo y negro dándose importancia mientras caminaban apresuradamente con sus mensajes para o del Dux. Como hacía a menudo desde que había empezado a producir cuentas con más regularidad, Orsola buscó inspiración en los colores y formas del edificio, pero no encontró nada que quisiera copiar en forma de cuenta. El palacio era espectacular pero demasiado amazacotado para poder reproducirlo en vidrio.

Lo mismo sucedía con la propia Piazza San Marco, un descomunal rectángulo delineado por más hileras de pórticos con columnas, anclado al suelo por el campanario en una esquina y ocupado por un inmenso mercado que no tardó en engullir a la familia de encajeros. Todo era demasiado grande para ella, demasiado bullicioso, así que se dirigió a la iglesia de San Marco, junto al palacio del Dux. Ese edificio sí que la inspiró. Era más redondeado que el palacio, con una cúpula principal flanqueada por dos más pequeñas y la fachada llena de arcos y semiarcos redondos, con elaboradas tallas y salpicados aquí y allá con mármol y mosaicos con pan de oro. Chapiteles y estatuas se elevaban hacia el cielo como si fueran agujas. A pesar de su tamaño y su peso, el edificio parecía flotar sobre las nubes, y a Orsola le recordó a un cuenco de vidrio amarillo y blanco con adornos. Se lo quedó mirando un largo rato, mientras se preguntaba si habría alguna manera de capturar aquella majestuosidad en una cuenta.

En ese momento notó un pequeño tirón en el costado, como un ratón que la mordisqueara, y agarró una mano más pequeña que la suya abriéndose camino hacia el saquito de cuero que llevaba colgado de un hombro. Dentro estaban las cuentas, envueltas en lino.

—*Ehi! Ti! Ladronetto*! —gritó Orsola al tiempo que retorcía la mano, que pertenecía a un niño que apenas le llegaba a la barbilla.

El aspirante a ladronzuelo se soltó de un tirón y se alejó

tranquilamente hacia el mercado, mientras Orsola seguía gritándole, enfadada por que él ni siquiera se molestara en correr.

Agarró el saquito con fuerza y echó a caminar por aquella ciudad llena de movimiento, de gente, de mercancías y de agua. Era un lugar en el que no podías quedarte parado si no querías arriesgarte a que te robaran. El corazón le latía un poco más rápido de lo habitual. Se abrió paso por un pasaje en la dirección aproximada del Rialto mientras se regañaba a sí misma por ser tan descuidada y haber estado a punto de perder el trabajo de más de un mes. Después de lo que le había ocurrido, no se atrevía a preguntar a nadie si aquel era el camino correcto. Aunque a juzgar por el flujo constante de personas que recorrían esa misma calle y giraban con actitud confiada aquí y allá, enseguida le quedó claro que sí lo era. Orsola se dejó llevar por la multitud igual que a un palito lo conduce inexorablemente la corriente, y así abandonó el centro político y religioso de la ciudad para adentrarse en el barrio comercial.

Mientras caminaba, no dejaba de mirarlo todo con los ojos muy abiertos. Un mono sentado en el hombro de un mercader. Una mujer con una tiara de perlas cultivadas suspendida sobre su elaborado peinado. Un hombre con un turbante naranja oscuro y ropajes blancos que el polvo veneciano no había manchado. Un pescador que cargaba con una jaula de langostinos. Un hombre con una silla de caoba tapizada de seda atada a la espalda. Y los olores. El penetrante aroma a rosa que desprendía la capa de una mujer. La delicada intensidad de los bollos de azafrán sobre una bandeja que alguien sostenía en alto. El hedor de los canales que cruzaba, llenos de verduras podridas y el contenido de los orinales. Y los sonidos. Oía mucho veneciano, pero también una caterva de idiomas que desconocía y hacían que se sintiera como en la Torre de Babel. ¿Turco? ¿Griego? ¿Árabe? ¿Alemán? ¿Inglés? ¿Francés? Era posible que los estuviera escuchando todos, y también ninguno. Aquella Venecia era excitante y Orsola sentía que no quería estar en ningún otro lugar que no fuera aquel; sin embargo, una parte de ella también deseaba encontrarse en su hogar, a salvo de todos esos estímulos que tan extraños le resultaban.

El flujo de personas la expulsó frente al Fondaco dei Tedeschi y fue un alivio aterrizar en un lugar conocido. Atravesó el patio exterior con más confianza y subió por la amplia escalera hasta los aposentos de Klingenberg, disfrutando del frío de la piedra después del sofocante calor estival del exterior. Pero el mercader no se encontraba allí. Sentado a su escritorio había un hombre joven con una barba recortada a la altura de la mandíbula, que la miró fijamente por encima de su pluma y el libro mayor con unos ojos color avellana y la informó, con un marcado acento alemán, de que *Herr* Klingenberg no se encontraba allí y que no debería haberse presentado sin una cita. Se

las apañó para ser al mismo tiempo claro y educado, además de despectivo. Orsola reprimió el impulso de darle una respuesta cortante; tenía allí sus cuentas y necesitaba hacérselas llegar a Klingenberg. Le dio su nombre y lo informó del encargo de un centenar de cuentas, al tiempo que sacaba el paquete de tela y empezaba a deshacer el nudo del bramante para enseñárselas, pero él la detuvo.

—Llega tarde.

—Solo una semana.

—Diez días.

—Me costó encontrar bastones y mi cuñada ha tenido un hijo, así que...

Orsola se dio cuenta de que nada de lo que decía hacía mella en él. Dudaba que alguna vez hubiera cogido a un niño en brazos.

—Dejadlas aquí. —El hombre señaló una esquina del escritorio—. *Herr* Klingenberg las inspeccionará cuando regrese.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó ella.

Igual si esperaba a que el mercader volviera de sus recados, podría ver cómo Klingenberg desenvolvía las cuentas y las sostenía una a una a contraluz para admirarlas.

—De aquí a varias semanas —contestó el secretario, y volvió a centrarse en el libro mayor, dejando claro que no tenía más que decir.

—¿Semanas? —exclamó Orsola—. ¿Y qué pasa con mi pago?

—Si *Herr* Klingenberg queda satisfecho con el trabajo, se encargará de guardar vuestro dinero, tal como acordasteis. Y ahora, si me disculpáis, estoy muy ocupado. *Addio*.

—Pero... ¿qué hago yo? ¿Empiezo a preparar otro pedido o espero?

El joven dejó la pluma sobre la mesa, se acercó el paquete de cuentas y empezó a desanudar el bramante.

—Esperad en la antecámara.

Orsola distinguió un banco a través de la puerta, pero no se movió, y el hombre dejó de deshacer nudos.

—No voy a quedarme sentada ahí fuera —dijo ella—. Puede que os surjan preguntas. O puede que tratéis de robar unas cuantas.

El joven frunció los labios.

—Son cuentas, *signorina*, no perlas. Ni oro. Ni granos de pimienta.

Era evidente que no iba a continuar hasta que ella le obedeciera, así que Orsola cedió y fue a sentarse en el banco con el corazón acelerado, enfadada consigo misma por transigir ante aquel *sprotìn*.

Al cabo de unos minutos, él la llamó. Había envuelto de nuevo las cuentas y se había puesto a escribir otra vez. Ni siquiera alzó la vista.

—El mismo pedido para el mes que viene.

Klingenberg debía de haber dejado instrucciones para ella.

—Necesito parte de mi pago ahora, para poder comprar más bastones.

Con un suspiro, él le entregó sus veinte *soldi* y Orsola agarró las monedas con satisfacción. Aquel era un dinero que se había ganado.

Una vez fuera, se dirigió al Ponte di Rialto, con tiempo libre y dinero que gastar. Cruzó el puente entre los empujones de la gente, tratando de ignorar el chirrido de la madera, y encontró el camino hacia el mercado de pescado. Le había entrado un hambre repentina y se compró un puñado de sardinas fritas envueltas en un cucurucho de papel que le abrasaron la lengua al comérselas mientras estaba sentada en la *fondamenta* con la espalda apoyada en la pared mientras contemplaba la acción en el canal. Por todas partes había barcas que transportaban personas o mercancías, o que iban vacías a excepción de los barqueros colocados en la popa y en el cuerpo de la embarcación, y se abrían paso con los remos. A pesar de parecer una situación caótica, Orsola sabía que había un orden subyacente, que las imprecaciones de los gondoleros estaban intercaladas con direcciones, advertencias, saludos: «*Oe! A premando! A stagando*! *De longo*!».

Domenego siempre destacaba entre el resto de los barqueros venecianos. Con sus calzones blancos y negros, y su ceñida túnica roja, remaba en ese momento hacia Cannaregio con dos mujeres jóvenes en su góndola, una de las cuales era claramente la doncella de la otra. La señora tenía un rostro ancho con los pómulos marcados y unos ojos grandes demasiado separados. Llevaba un vestido azul recogido de una manera desmañada para realzar su incipiente busto. Su peinado, en cambio, estaba más logrado: una torre de relucientes rizos rubios coronada por una peineta de marfil.

A pesar del ajetreo que había en el agua y del interminable flujo de personas que pasaba, a Domenego no pareció costarle divisar a Orsola en la *fondamenta*. No la llamó, pero sí la saludó con la cabeza y le indicó con un rápido gesto de la mano que se quedara donde estaba. Aunque lo hizo con mucha discreción, las muchachas de la góndola se dieron la vuelta y se la quedaron mirando mientras pasaban frente a ella.

Orsola se reclinó y sonrió mientras el sol le daba en la cara. Conocía a alguien en la ciudad. No era como estar en Murano, donde conocía a todo el mundo. En Venecia, podía disfrutar de ser una extranjera siempre y cuando no distinguiera un rostro familiar entre la multitud.

El gondolero regresó al cabo de media hora y Orsola se acercó mientras él se paraba ante la *fondamenta*.

—¿Qué haces en Venecia, *signorina*? —preguntó, de pie en la popa sin perder el equilibrio pese a las olas que las otras barcas generaban en el canal.

—Le he traído mis cuentas a Klingenberg —contestó ella con orgullo, permitiéndose presumir un poco.

—No está en la ciudad. Se ha ido a Augsburgo. Su madre está enferma.

—*Che Dio lo tegna*. —Orsola se santiguó. No conocía a nadie que pasara tanto tiempo en *terraferma*—. ¿A quién llevabas antes?

—A su hija, Klara.

—Tiene un pelo bonito.

Se contuvo para no pasarse los dedos por su propio pelo moreno y sin lavar, que se había limitado a peinar con rapidez antes de ir a Venecia.

Domenego no contestó a su comentario: era poco probable que dijera algo sobre la familia de su señor. En lugar de eso, se centró en el negocio.

—¿Has dejado las cuentas allí?

—Sí; se las he dado a su secretario. Me ha hecho otro encargo. Y me ha pagado una parte.

—¿Te ha escrito Jonas un recibo?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, al tiempo que la expresión del rostro de Domenego cambiaba ligeramente. Ahora que lo conocía un poco mejor, fue capaz de distinguir un atisbo de desaprobación tras su máscara de neutralidad.

—Vuelve y pide un recibo. Y no te vayas hasta que no te lo den.

—Pero...

—Si se niega, dile que informarás a Klingenberg de que se olvidó de darte uno. Sube, te llevaré al otro lado.

Era de largo la barca más lujosa en la que había estado nunca. El *felze* de la góndola era negro como el interior del casco y los paneles estaban levantados, de modo que podía ver y ser vista. El interior estaba tapizado con seda azul y amarilla, y los cojines tenían el mismo diseño que la alfombra turca que había visto en el despacho de Klingenberg. Domenego remaba con más delicadeza que Bruno, aunque tal vez aquello se debiera a contrarrestar los mareos que sufría Klingenberg. Además, era veloz: llegó a la entrada del Fondaco dei Tedeschi mucho antes de lo que ella hubiera deseado.

—*Grazie*, Domenego —le dijo mientras él la ayudaba a bajar.

—No le digas a Jonas que he sido yo quien te ha hecho volver a por el recibo —contestó él—. Si quiere, podría meterme en un buen lío.

Ella asintió al tiempo que miraba la góndola con anhelo. La expresión de Domenego se suavizó.

—¿Cómo vas a volver a Murano?

—He quedado luego con unas personas en San Marco.

—En estos momentos no estoy ocupado. Puedo llevarte hasta allí.

—¡Vaya! *Grazie.*

Orsola le dedicó una sonrisa y, cuando Domenego se permitió devolvérsela, su rostro se transformó.

Orsola regresó aferrando el recibo que el secretario de Klingenberg, Jonas, le había entregado a regañadientes y que ella no sabía leer. Domenego la esperaba en la estación de *traghetto* donde Bruno los había recogido a ella y sus hermanos el año anterior. Los demás barqueros se quedaron en silencio mientras el africano le tendía la mano para ayudarla a subir a la góndola y luego se alejaba remando con rapidez hacia el centro del Gran Canal.

Orsola nunca había estado más de unos pocos minutos en el Gran Canal. Mientras pasaban bajo el puente de Rialto, había tanto que ver desde ese nuevo lugar privilegiado que no sabía en qué centrarse, una sensación que cada vez le resultaba más familiar en Venecia. La gran extensión de agua frente a ella, abarrotada de embarcaciones. Los *palazzos* que lo bordeaban, con las fachadas de vivos colores y las hileras de ventanas arqueadas y balcones, desde donde los miembros de las familias nobles venecianas, ataviados con elaborados ropajes, contemplaban las aguas atestadas de gente y bebían vino mientras difundían el último chismorreo, organizaban el próximo matrimonio o hablaban de cómo ganarse el favor del Dux o del Concilio de los Diez.

Sin embargo, lo que más intrigaba a Orsola era lo que sucedía en las barcas que la rodeaban y que llevaban a otros nobles, en su mayor parte hombres aunque también había mujeres, solos o en pareja, charlando o en silencio, casi todos con el *felze* abierto pero algunos cerrados, de manera misteriosa. Los pasajeros no miraban a su alrededor abiertamente igual que hacía ella, como buena visitante entre nativos. A lo mejor simplemente ellos eran más discretos. Tenían una actitud afectada, sabedores de ser el centro de todas las miradas. Miraban a Orsola por el rabillo del ojo, cosa que la hizo tomar conciencia de lo desharrapada que iba ella: el pelo sin adornos, el sencillo vestido cuya tela le había dado Maria Barovier, la ausencia de joyas. La elegancia de Domenego y el lujo de la góndola de los Klingenberg, recién pintada de negro, con la *forcola* de madera pulida que sujetaba el remo y la seda que se vislumbraba en el interior del *felze*, lo compensaban un poco. Lo único que desentonaba era la pasajera. Orsola irguió la espalda, echó los hombros hacia atrás, juntó las manos sobre el regazo y elevó la barbilla como si estuviera posando para un retrato.

Los pasajeros de las embarcaciones no hacían mucho alboroto. Los más ruidosos eran los gondoleros, que se gritaban unos a otros al tiempo que remaban con destreza, animados y divertidos. A Domenego, sin embargo, lo trataban con menos familiaridad: una pausa antes de pasar junto a él, una despreocupación intencionada.

Era como si dijeran: «Aunque tu piel sea distinta de la nuestra, no le vamos a prestar importancia». Los venecianos se jactaban de ser muy cosmopolitas. En los canales de Murano lo habrían mirado con descaro.

—¿Te gusta trabajar de gondolero? —preguntó Orsola.

Domenego se encogió de hombros al tiempo que ella hacía una mueca ante lo grosera que había sido su pregunta. ¿Acaso era posible que te gustara algo que estabas obligado a hacer? Pero, incapaz de reprimirse, insistió en meter la pata:

—¿Cómo viniste a Venecia?

El gondolero tenía la mirada clavada en un punto en la distancia y la expresión de su rostro no solo era impasible, sino también rígida. Orsola pensó que no le iba a contestar, pero al final él dijo:

—En un barco. Muchos días. Perdí la noción del tiempo.

—¿Te acuerdas de tu hogar?

Él le lanzó una mirada.

—Por supuesto.

Orsola se puso roja y agachó la cabeza. Sería mejor que se quedara callada. Pero entonces él dijo:

—Nunca me lo pregunta nadie.

¿Qué réplica era la más adecuada?

—Eres muy hábil manejando la góndola —dijo—. ¿También existen en África?

A Domenego se le borró la expresión imperturbable y se echó a reír a carcajadas con tantas ganas que dejó de remar, de modo que la góndola se desvió y se interpuso en el camino de otras barcas. Los barqueros gritaron: «*Oe*!» y lo increparon en tono más franco que bromista, al tiempo que trataban de esquivarlo con torpeza.

—Domenego, *ocio*! —gritó Orsola.

Domenego cogió de nuevo el remo y, con leves movimientos, volvió a colocarse en la fila de barcas.

—*Scusème, scusème*! —les dijo a los barqueros antes de dirigirse a Orsola—: Vosotros los venecianos sois muy graciosos. Dais por hecho que el resto del mundo es como aquí.

—No soy veneciana, soy muranesa.

—Ya, bueno... Yo crecí en una aldea junto al mar, pero las barcas eran diferentes. Utilizábamos velas que se henchían con el viento, y no remos. Al llegar aquí tuve que aprender a hacer esto. —Señaló su remo—. Los canales y las lagunas no se parecen al mar.

—Si pudieras, ¿volverías allí?

—Comprar mi libertad me llevaría mucho tiempo. Y para entonces, todo habría cambiado demasiado, así que intento no pensar en ello.

Era evidente que sí pensaba en ello.

Habían tomado una amplia curva y se dirigían al lugar donde el Gran Canal se cruzaba con el canal de Giudecca. Allí, las barcas a las que se enfrentaban eran más grandes: barcos procedentes de Oriente y del oeste que entregaban y recogían los bienes que tan famoso habían hecho el comercio de Venecia. Comparadas con aquellos enormes navíos con velas más grandes que todas las sábanas de los Rosso juntas, su miríada de cabos y sus rudos marineros paseándose por cubierta, las góndolas venecianas parecían de juguete. Domenego remaba con fuerza, concentrado en mantener la estabilidad de su barca.

Cuando paró *riva* arriba, cerca de la Piazza San Marco, el agua estaba agitada por las olas originadas por los barcos, y Orsola se agarró a la mano que él le tendía para bajar a tierra sin riesgo.

—*Grazie*, Domenego —dijo.

Él asintió.

—¿Adónde irás ahora?

—Voy a echar un vistazo por el mercado.

Ahora ya estaba un poco más confiada para vagar por las calles en medio de la multitud. Domenego señaló la *riva* hacia el este.

—No vayas por allí.

—¿Por qué?

—Dicen que en la *Riva* degli Schiavoni, cerca del Arsenale, hay un convento por el que circula una enfermedad. No vayas más allá de San Zaccaria.

—¿Qué clase de enfermedad?

Domenego vaciló antes de responder:

—La peste.

La peste no llegó como una ola que rompe en la orilla, sino como una de esas tormentas veraniegas que se ven y se oyen sobre el mar, pero que nunca terminan de acercarse. Hubo rumores de muertes en varios *sestieri* de Venecia; luego, todo se calmó antes de que llegaran más muertes.

Durante todo ese otoño hubo murmullos constantes en la distancia sobre la peste. Los Rosso los escucharon pero no les afectó, salvo por la reducción del tráfico entre las dos islas. Había menos *traghetti* que realizaran el trayecto de ida y vuelta, aunque los vidrieros seguían enviando sus mercancías para que las inspeccionaran y las consignaran. Al llegar el invierno, las noticias de las muertes remitieron. Después de haber vivido más de una epidemia, la *nonna* de Orsola ya se lo había dicho: la peste no sobrevivía con el frío. Parecía que tanto Murano como Venecia se habían librado de algo peor.

Cada mes, Orsola envolvía sus cuentas y enviaba el paquete al Fondaco dei Tedeschi con un mensajero de confianza: uno de los jóvenes que iban y volvían de Murano a La Serenissima con sus

embarcaciones a remos para trasladar mensajes y mercancías. Tras regresar de Augsburgo, Klingenberg enviaba cada mes un recibo y *soldi* suficiente para comprar bastones, e iba añadiendo gradualmente pedidos para que hiciera más cuentas y de otros tipos: «Veinte con filigrana blanca», escribía, o «Cincuenta de pan de oro, de colores variados». Orsola tenía que mostrarle las notas a Elena Barovier para que se las descifrara y le pedía que le enseñara las técnicas que no podía desentrañar ella sola. Estaba tan ocupada y absorbida con su trabajo que dejó de pensar en Antonio y en su muchacha carnicera, y también de preocuparse de que Marco descubriera que estaba vendiendo cuentas.

Cuando consiguió ahorrar un poco, decidió contratar a alguien para que ayudara con la colada y, así, disponer de más tiempo y no estar lavando continuamente ropa de bebé sucia. Se lo comentó a su madre un día que estaban en la cocina amontonando leña que les habían traído de *terraferma*. Al oírla, Maddalena inspiró hondo y chasqueó la lengua en señal de desaprobación mientras freía masa en una sartén para hacer *fritole*, los buñuelos fritos típicos de la época de Carnevale. Laura Rosso, por su parte, se paró con un tronco en cada mano y se quedó pensativa.

—Práctico —dijo finalmente, al tiempo que arrojaba la leña en lo alto del montón.

—Desconocidos en casa para que hagan tu trabajo. —Maddalena volvió a chasquear la lengua.

Sin embargo, por mucho que lo desaprobara, no le dijo nada a Marco. Tampoco lo hizo Laura ni —sorprendentemente— Nicoletta, que podría haberle dejado caer a su marido con gran facilidad que su cuñada estaba haciendo cuentas para venderlas. La cuestión era que las mujeres parecían estar admiradas por lo que hacía Orsola y, por ello, no se quejaban cuando no realizaba todas sus tareas, ni cuando ellas tenían que cargárselas a la espalda ni cuando trajo a una chica para hacer la colada y empezó a elaborar cuentas tanto durante el día como durante la noche. Orsola se sumergió en un agradable flujo de trabajo y, por lo visto, a Klingenberg también debía de agradarle, ya que empezó a realizar encargos mayores. La interpretación de Orsola fue que estaba satisfecho con su trabajo.

Tras la calma del invierno y, a medida que empezó a hacer más calor, los rumores sobre la peste volvieron a circular por Venecia. Orsola los oyó en primer lugar donde se enteraba de la mayoría de las novedades: en el mercado, en esta ocasión en el puesto de verduras de la madre de Bruno. Mientras cogía alcachofas y evaluaba su peso —las quería densas pero no demasiado grandes—, una mujer se inclinó hacia la madre de Bruno y le susurró a gritos, para que todo el que se encontraba cerca pudiera oírla:

—¡Dos muertos en Dorsoduro!

—¿De qué? —quiso saber la madre de Bruno.

—Ya sabes, ¡de peste!

Todos los que la escucharon se santiguaron.

Una semana después, los muertos ascendían a cinco, y luego hubo cinco más en Castello, un *sestiere* que ni siquiera era contiguo a Dorsoduro. Después, la peste empezó a campar a sus anchas por la ciudad. Los *provveditori alla sanità* venecianos entraron en acción y nombraron delegados civiles en cada *sestiere* para que controlaran los casos de su zona, llevaran la cuenta de los contagios y muertes, entablaran las casas donde vivían las víctimas de la peste, averiguaran con quién habían estado en contacto y los confinaran en sus casas. Se cerraron calles y sectores enteros de la ciudad, en los que no se permitía comerciar ni viajar. Se establecieron toques de queda y se restringieron los mercados de comida.

Las iglesias también cerraron; sin embargo, los sacerdotes temían que Dios los estuviera castigando por no adorarlo con suficiente fervor y, para compensar la falta de misas, celebraban procesiones siempre que podían.

Tanto a las autoridades como a la población les resultaba difícil responder con la suficiente rapidez. Existía una sensación de incredulidad perpetua, de que las cosas no iban a ser tan malas como al final acababan siendo. ¿Qué tenía que ver con el resto de la ciudad un puñado de muertes en un *sestiere* lejano? ¿Cómo podía afectar eso a los demás? La gente se moría todo el tiempo. Familias enteras fallecían de enfermedades, de hambre, en incendios. ¿Por qué iba a ser esto distinto?

Pero lo era. Las víctimas padecían fiebre muy alta, diarrea y delirios, y sus cuerpos se cubrían de bubas repletas de pus. Poco se podía hacer por ellas. De cada diez contagiados por la peste, siete morían. Y la enfermedad se transmitía con facilidad.

Para Orsola, la extensión de agua que separaba Murano de Venecia suponía una bendición que protegía a los muraneses y les permitía ocuparse de sus propios asuntos. Los hornos continuaban en marcha y se seguían elaborando copas, espejos, lámparas de araña y jarrones. Se arrancaban las malas hierbas de los huertos, se blanqueaba la colada, se pescaban peces y se reparaban las barcas. Los niños jugaban en los *campi* y las mujeres preparaban sopa. Las criadas barrían. Los hombres bebían. Se concebían niños que luego nacían. Orsola se enteraba de todo lo que ocurría en Venecia, pero no creía que ellos también fueran a tener que enfrentarse a aquellas cosas: cuarentena, casas entabladas, calles cerradas, ropa quemada, recuentos por parte de los funcionarios. Murano estaba a salvo de todo eso.

Al este de Murano se hallaba la isla de Sant’Erasmo, donde se cultivaban frutas y verduras, y justo al norte de esta estaba Lazzaretto Nuovo, con sus almacenes llenos de mercancías de Damasco, Constantinopla, El Cairo y Marsella que esperaban el final del periodo de cuarentena. Cada día había más barcos anclados en la laguna alrededor de Sant’Erasmo y embarcaciones más pequeñas a lo largo de sus orillas. Eran para los familiares de las víctimas de la peste. La abuela de Orsola le explicó que si alguien se ponía enfermo, se lo llevaban a Lazzaretto Vecchio, otra isla delante del Lido, donde se había instalado un hospital para la peste. Al mismo tiempo, la familia de la víctima se trasladaba durante cuarenta días a Lazzaretto Nuovo para pasar su propia cuarentena, por si acaso se ponían enfermos, y a menudo se llevaban su propia barca y vivían en ella.

—¿Los enfermos se van solos a Lazzaretto Vecchio? —le preguntó Orsola a su *nonna*, horrorizada.

—Si les importa su familia, prefieren ir solos, porque eso supondría también su muerte —contestó ella—. Y para entonces están ya tan enfermos que no se dan cuenta de lo que pasa.

Su abuela no había dejado de desvainar guisantes con las manos mientras le daba esa sombría explicación. Más tarde, Orsola recordaría sus viejos pulgares abriendo las vainas y sus dedos arrancando guisantes mientras hablaba con tanta naturalidad sobre la muerte.

Había un lugar al que a Orsola le gustaba ir a veces, para alejarse de la familia, la colada y las cuentas: un punto en el nordeste de Murano al que se llegaba tras cruzar el puente de Santi Maria e Donato y recorrer el Rio di San Matteo hasta su extremo, donde desembocaba en la laguna. Para ello había que pasar por delante de L’Omo Salvadego, una ruidosa taberna a la que Marco iba a beber en ocasiones, pero más adelante, Orsola podía sentarse en la desierta *riva* y mirar hacia el norte, a las montañas del continente. A veces había nieve en las cimas incluso en verano y Orsola las contemplaba, pensativa. Aunque no quería vivir en *terraferma*, le entraba la curiosidad por saber qué se sentiría al habitar en las alturas, rodeada de tanta tierra.

Un día, sentada en la *riva*, Orsola oyó pasos a su espalda y, al volverse, vio acercarse a Antonio, que se paró en seco, claramente sorprendido de encontrársela allí.

Ella resopló.

—¿Qué, me estás siguiendo?

Él esbozó una sonrisa, pero esta era más sombría de lo habitual.

—A veces vengo aquí a mirar las montañas, y también todo lo demás.

Dirigió la mirada a Lazzaretto Vecchio, que apenas se veía. Orsola señaló la isla con la cabeza.

—Cada día hay más barcos. Pobres almas.

Antonio se estremeció y en ese momento ella entendió qué buscaba él y deseó poder volver a meter las palabras en su boca. No se disculpó —eso no haría más que empeorar la situación—, pero sí que dulcificó su tono al añadir:

—¿Sabes algo de tu familia?

Antonio mantuvo la vista clavada en las pequeñas embarcaciones amarradas alrededor de Lazzaretto Nuovo. Debía de estar buscando la de su padre.

—Hace semanas que no tengo noticias de ellos. Menego los vio y me contó que por ahora están bien. Aunque lo más seguro es que, a estas alturas, ya no vaya hasta allí con la góndola.

—¿Dónde viven?

—En San Polo, no lejos de la Frari. Donde nos conocimos tú y yo.

Orsola se ruborizó. Así pues, recordaba su primer encuentro. Nunca antes lo había mencionado. Como no se le ocurría nada que decir acerca de su familia que pudiera reconfortarlo, se limitó a santiguarse y miró hacia las montañas.

—¿Has estado alguna vez? ¿En *terraferma*?

Antonio se sentó a su lado con las piernas colgando por el borde de la *riva*, como ella. El agua brillaba un metro por debajo de ellos.

—Una vez. Fui a cazar jabalíes. No lo había hecho nunca.

—¿En las montañas?

—No. En los bosques cerca del mar.

—¿Te gustó?

Él sonrió, más animado ahora gracias al recuerdo.

—Es extraño estar en un lugar desde donde no se ve el mar. No paraba de buscar el agua.

—¿Cómo era la gente?

—No muy distinta de nosotros.

—De ti, querrás decir.

Antonio se rio.

—¿Cuánto tiempo tengo que vivir en Murano para que me consideren muranés?

—Nunca serás muranés.

—Doy gracias a Dios cada día por ello.

Ella le dio un manotazo en el brazo.

—En *terraferma* la gente es diferente —dijo Antonio—. Nosotros, tanto los venecianos como los muraneses, estamos aislados del resto del mundo. Nos parece que todo avanza con lentitud.

—Ya. Bueno, a mí me gusta cómo somos aquí. No quiero que nada cambie.

—¿Nunca piensas en los lugares a los que va el cristal? Ámsterdam. París. Sevilla. Londres. ¿Cómo serán esas ciudades? Yo

me imagino las copas que elaboramos adornando una mesa en París, bajo una lámpara de araña de Murano. ¿Admira la gente la copa de la que bebe? ¿Se pregunta quién la ha hecho?

A Orsola le sorprendió que él también tuviera visiones de quién utilizaba o se ponía las piezas de cristal que ellos hacían.

—Lo más probable es que se limiten a emborracharse. —Orsola hizo una pausa antes de continuar—: Yo también he imaginado esas mesas —le confió—. Y las damas que se sientan a ellas luciendo mis cuentas.

Antonio no apartó la mirada de las montañas, aunque en su rostro se había dibujado una sonrisa.

—¿Qué clase de cuentas? ¿Las que llevan pan de oro dentro?

—¿Cómo conoces esas?

—Un día te vi haciéndolas. Estabas tan enfrascada que no te enteraste de nada.

—¿De qué color eran?

—De un azul verdoso muy intenso, como el color de la laguna, luego de pan de oro y después de vidrio transparente.

Aquellas le habían quedado bien. Menos mal que no la había visto cuando estaba cansada y era incapaz de controlar el cristal.

—Lo estás haciendo bien, Orsola. Menego se lo oyó decir a Klingenberg. Y yo mismo lo he visto con mis propios ojos.

Ella se puso roja como la grana, igual que si estuviera junto a un horno ardiente. Le era tan difícil aceptar un cumplido suyo como le habría resultado escuchar sus críticas. Trató de encontrar algo ingenioso o cortante que decir, pero no se le ocurrió nada.

—¿Cómo está tu muchacha carnicera? —Fue lo mejor que le vino a la cabeza.

—No está mal. Por ahora.

Orsola se puso en pie de un salto.

—No puedo quedarme todo el día aquí sentada. —Se dio la vuelta para marcharse mientras se preguntaba si él la seguiría, pero Antonio se quedó donde estaba, contemplando *terraferma* al otro lado del agua—. Sabes que no puedes ir allí —le dijo—. No es solo que el tiempo avance más rápido, es que existen leyes. Los vidrieros de Murano tienen que quedarse aquí para preservar nuestras técnicas de trabajo. Si intentas marcharte, enviarán gente a buscarte y te matarán.

—Eso me han dicho.

Sin embargo, siguió con la mirada clavada en las montañas.

«Ni se te ocurra —pensó ella—. Te mataré yo misma».

Igual que había ocurrido el verano anterior, parecía que la peste iba a permanecer en Venecia e iba a dejarlos tranquilos. Su presencia era como una mosca atrapada en una cortina, que emitía un zumbido apagado pero nunca salía al exterior. Marco seguía dirigiendo el taller

igual que siempre, a pesar de que Klingenberg había suspendido las actividades comerciales porque todo se retrasaba, tanto el transporte de fletes como los pagos y los nuevos pedidos. Seguía habiendo comida en abundancia, la que producía el huerto de los Rosso y la que compraban en el mercado de Sant'Erasmo. Había menos vino, menos aceite de oliva, y el pescado procedía tan solo de la laguna y no del mar. Pero se las apañaban. Orsola elaboraba sus cuentas y se las enviaba a Klingenberg para que las almacenara hasta que la situación mejorase. El tiempo pasaba con la misma cadencia impredecible.

Entonces, la mosca atrapada en la cortina encontró la manera de salir a la habitación.

El primero en caer fue uno de los mensajeros, un chico que se creía inmortal y quería cobrar la cuantiosa recompensa prometida por llevar la nota de un hombre de Murano a su amante en la Ciudad del Agua, a pesar de que las barcas tenían prohibido ir y venir entre las islas. Para cuando se puso enfermo, su madre ya había ido al mercado y había contagiado a la madre de Bruno, quien sucumbió con tal rapidez que ni siquiera tuvieron tiempo de llevarla al hospital de la peste Lazzaretto Vecchio. En Murano se habían nombrado dos magistrados de salud, que enviaron a Bruno y al resto de su familia a Lazzaretto Nuovo. Esa tarde, Orsola fue a la *Riva* di San Matteo para intentar ver la góndola de Bruno. Su coqueteo y los tacos que soltaba la molestaban, pero también formaba parte de su vida y no podía soportar imaginárselo allí atrapado. Sin embargo, desde donde se encontraba, las barcas parecían puntitos.

Casi de la noche a la mañana se cerraron las tabernas y la venta en los mercados se limitó a los productos esenciales. El mercado de Campo Santo Stefano quedó devastado tras la muerte de la madre de Bruno y el posterior fallecimiento de varios de sus clientes, de modo que la gente no se quedaba a charlar, sino que se guardaba sus compras y regresaba apresuradamente a casa.

Aunque el horno de los Rosso no dejó de funcionar, Marco envió a casa a los *garzonetti*. Los hombres continuaron trabajando, pero la familia dejó de ver a otras personas. Orsola y su madre ya no llevaban a los niños a jugar al Campo San Bernardo, sino que los obligaban a quedarse en el patio de los Rosso. A la pequeña Stella no le gustaba estar encerrada y encontraba múltiples ocasiones para escaparse y echar a correr por las calles, casi tan rápido como podía hacerlo Orsola.

—Esta será una pesadilla cuando crezca —gruñó Laura Rosso cuando Orsola trajo de vuelta a su díscola hermana una vez más, agarrada bajo el brazo mientras la pequeña agitaba las piernas.

Le dijeron a Maddalena que saliera solo para comprar comida, pero ella insistió en visitar también a su madre. Paolo dejó de ir a su

casa para ver a sus padres y empezó a dormir en una habitación que había junto al taller. Antonio y los demás *garzoni* también recibieron instrucciones de no alejarse, aunque resultaba difícil mantener en casa a chicos jóvenes cuando había barcas con las que remar y chicas a las que conocer.

Nicoletta volvía a estar embarazada y salía de cuentas en verano. Se pasaba la mayor parte del tiempo dentro de casa, cuidando de sus tobillos hinchados y los pliegues de piel entre los muslos y las ingles, doloridos por el volumen de su barriga. Orsola trataba de tener paciencia hasta que, un día, Laura Rosso se llevó a Stella a que la ayudara con el huerto y le pidió a Nicoletta que vigilara a Marcolin, para así poder trabajar en sus cuentas. Su cuñada, que estaba tendida sobre un banco en el patio abanicándose con un pañuelo, la miró con los ojos muy abiertos.

—Vaya, no creo que pueda —contestó al tiempo que agitaba de un lado a otro el pedazo de tela frente a su cara sonrojada—. Tengo tanto calor y estoy tan cansada que soy incapaz de correr detrás de Marcolin.

—¿Para qué vas a tener otro si ni siquiera eres capaz de cuidar de este?

Orsola se arrepintió al instante de sus palabras al ver que Nicoletta se encogía como si estas fueran un puño alzado.

—Lo... Lo intentaré —dijo su cuñada, y tendió los brazos—. Marcolin, ven con *mamma*.

Marcolin no se acercó a su madre, sino que se fue corriendo a una esquina del patio, donde un gato perseguía a una polilla.

—¡Marcolin, no! —gritó Orsola, pero era demasiado tarde: el niño ya le había agarrado la cola al gato.

El animal le arañó la cara y el pequeño salió corriendo hacia su tía, en cuyo regazo hundió su rostro dolorido mientras Nicoletta lo observaba con impotencia.

—¡Voy a lavarle la cara, pobrecito! —exclamó al tiempo que Orsola lo cogía en brazos y se lo llevaba al pozo para hacer precisamente eso.

Ese día no trabajó en sus cuentas.

Entonces, la mosca que se había dedicado a volar en círculos por la habitación cayó sobre la mesa de los Rosso, a la vista de todos. Había llegado la peste.

Antonio había pedido prestada la barca y, tras remar por la laguna, regresó con dos cubos de sardinas para la familia. Ahora que los pescadores venecianos ya no suministraban pescado a Murano, este se había convertido en un bien escaso. A los Rosso les encantaban las sardinas, sobre todo cómo las cocinaba Maddalena: fritas hasta que quedaban crujientes. Ella misma depositó una gran fuente en la mesa

del patio esa noche; todos se abalanzaron con voracidad sobre los pececitos a pesar de que les quemaban los dedos, y disfrutaron de una cena larga y relajada por primera vez en lo que parecían meses, ignorando por un día la mosca de la habitación. Después, una vez que se hubieron zampado la fuente entera, se quedaron sentados apaciblemente alrededor de la mesa, con el estómago lleno.

—*Grazie*, Antonio! —exclamó Laura Rosso al tiempo que se chupaba los dedos—. Estaban deliciosas. Eran tan pequeñas que se han derretido las espinas, como debe ser.

Por lo general no le dedicaba mucha atención a Antonio; Orsola sospechaba que su madre tenía la sensación de que el joven había aprovechado un momento de debilidad de los Rosso para conseguir un puesto en su taller. Tal vez aquello fuera cierto, pero su trabajo era tan bueno que Marco y Giacomo no parecían tenérselo en cuenta. Sentado entre ambos mientras todos comían su pescado y la matriarca lo felicitaba, daba la sensación de que Antonio se había integrado por fin, de que había encontrado su lugar entre ellos, a su mesa, en lugar de ser un extranjero que merodeaba por los bordes. Eso hizo que Orsola se lo quedara mirando un rato de más y sus miradas se cruzaran. Intercambiaron una sonrisa.

La época de la hija del carnicero había llegado a su fin, pensó ella.

Estaba tan distraída que tardó más que su madre en darse cuenta de que Nicoletta se desplomaba sobre su marido.

—Marco, ¡sujétala!

Las bruscas palabras de Laura Rosso atravesaron la cháchara vespertina. Nicoletta cayó hacia atrás y habría volcado el banco si Marco no hubiera llegado a agarrarla. Laura se plantó a su lado en un instante.

—*Cara*, ¿es el bebé? —preguntó—. ¿Tienes dolores?

Nicoletta volvió en sí y negó con la cabeza, asustada y avergonzada. Al ver las dos manchas de un rojo intenso que coronaban sus mejillas, Orsola la recordó abanicándose con el pañuelo el día anterior y el miedo le atenazó el corazón.

Laura le puso la palma de la mano en la frente a Nicoletta.

—Está ardiendo.

Fue como si, de pronto, la mesa entera estuviera sumergida bajo el agua y las personas que la rodeaban se volvieran borrosas y sus movimientos, lentos e inciertos; como si el tiempo se parara. Marco sostenía a su mujer con cautela, como si quisiera apartar las manos pero supiera que no debía hacerlo. De un momento a otro pasó de ser un marido cariñoso a sentir repulsión por su esposa. Giacomo y Paolo se quedaron sentados muy quietos, apoyados el uno en el otro: Paolo con la cabeza calva agachada como si rezara; Giacomo rodeándose el

cuerpo con los brazos cruzados alrededor del torso. Antonio miró a Nicoletta con una expresión de lástima. Maddalena se quedó de pie, petrificada, mientras sujetaba la fuente de pescado vacía, cuyo peso hacía que se le marcara el músculo del antebrazo. Orsola entrelazó las manos en la nuca como un yugo y juntó los codos. Por lo menos los niños estaban dormidos, gracias a Dios, agotados por la comida y el calor.

Su madre inspiró hondo e irguió los hombros, como si adoptara físicamente el peso de encargarse de todo.

—Orsola y yo meteremos a Nicoletta en la cama y cuidaremos de ella. Nadie puede acercarse a la habitación. Marco, tú dormirás con Giacomo. Mañana trabajaremos como un día normal. Hay que quemar en el horno toda la ropa que llevamos puesta. Y también hierba y brea, Giacomo, ve a buscarla a la barca, en la casa y el taller, para ahuyentar la peste. Nuestros vecinos ya lo hacen de todos modos, así que no llamaremos la atención. Porque eso sí: nadie puede enterarse. —Los miró uno a uno, como si los desafiara a llevarle la contraria—. Ni una palabra. Si alguien dice algo, se llevarán a Nicoletta y quizá también al resto de nosotros. —A Nicoletta se le escapó un leve gemido—. Tenemos que actuar como si no ocurriera nada e intentar pasar desapercibidos. Nada de *passeggiata* por la tarde. *Capite tutti*?

Todos lo entendieron.

Laura Rosso se volvió hacia Maddalena.

—Puedes volver a casa de tu madre, si quieres.

Maddalena adoptó una expresión de esperanza y desconcierto, y dejó la fuente sobre la mesa.

—*Signora*, no puedo... —se interrumpió, sin saber muy bien qué era lo que no podía hacer.

Laura la miró de arriba abajo y decidió por ella.

—Vete a casa con tu madre. Pero ni una palabra sobre el motivo. Invéntate algo.

Maddalena asintió y luego se echó a llorar. A continuación, la madre de Orsola se dirigió a Antonio:

—Tengo una tarea para ti, aunque es arriesgada. ¿Puedes ir a Venecia a comprar triaca veneciana? Te costará encontrarla porque en este momento todo el mundo la busca. Igual tienes que recorrer la ciudad entera para conseguirla.

La triaca veneciana era una pócima para protegerse de la peste compuesta de numerosos ingredientes, el principal de los cuales era la víbora desecada. Los boticarios elaboraban lotes anualmente, que debían reposar durante seis años antes de poder usarse. Lo más seguro era que en ese momento solo quedaran los lotes más nuevos, que serían menos eficaces. Pero tenían que probar cualquier remedio a su disposición.

Al igual que le había pasado a Maddalena, por el rostro de Antonio desfiló toda una gama de emociones: orgullo, desconcierto, miedo, esperanza. Orsola, por su parte, tan solo sentía miedo por él, sobre todo cuando lo oyó contestar:

—Iré ahora mismo, si puedo coger el *sandolo*.

El corazón de Orsola se puso a latir a gran velocidad. «No me dejes», pensó.

Su madre miró a Marco. Por fin, una decisión que su hermano podía tomar como cabeza de familia. Él hizo un gesto con la mano con la que no sujetaba a Nicoletta.

—Cógelo.

Orsola trató de llamar la atención de Antonio, pero él ya estaba ocupado pensando en asuntos mucho más importantes que ella: salir a la laguna y dirigirse a La Serenissima para encontrar lo imposible.

Durante la siguiente semana, Orsola estuvo tan ocupada que apenas tuvo tiempo de pensar, comer o dormir. Ahora que Maddalena no estaba y Nicoletta necesitaba cuidados constantes, su madre y ella tenían que repartirse las tareas de atenderla, cocinar, limpiar y ocuparse de los niños. Orsola prefería las tareas domésticas a los cuidados de la enferma, que implicaban intentar que Nicoletta comiera y bebiera, colocarle compresas húmedas en la frente, limpiarla cuando perdía el control de sus intestinos y calmarla cuando se ponía nerviosa, todo lo cual fue resultando más difícil a medida que la enfermedad se adueñaba de ella. Si cuando gozaba de buena salud Nicoletta había sido delicada, ahora en cambio se excitaba tanto que a veces despotricaba y golpeaba a quien estuviera con ella, como si se intentara defenderse así de la peste, día y noche.

Había mucho que hacer y nadie que ayudara, hasta tal punto que Orsola comenzó a pagarlo con los niños y a quedarse dormida encima de la sopa. Su hermana pequeña Stella resultaba especialmente difícil, con su manía de correr arriba y abajo por la calle y de rebelarse porque no quería quedarse encerrada en el patio. Un día, Orsola perdió los estribos y le dio un bofetón después de que Stella arrancara todas las hojas de las plantas de albahaca y las machacara para hacer una bola fragante. Giacomo, que presenció la bofetada, cruzó el patio hacia su hermana, que no paraba de chillar, y su desconcertado sobrino Marcolin, que estaba decidiendo si sumarse o no al llanto; los cogió en brazos, le dedicó una significativa mirada a Orsola y se los llevó a casa de *nonna* y *zia* Giovanna. Orsola se sintió fatal, sobre todo cuando tuvo que contarles a su madre y a Nicoletta que los niños ya no estaban allí. Las dos madres observaron a Orsola, luego intercambiaron una mirada y a continuación bajaron la vista hacia sus manos. No habían tenido ocasión de despedirse de sus hijos, a los que era posible que no volvieran a ver nunca. Luego, Laura suspiró.

—Es mejor para ellos —afirmó—. Más seguro. Allí no se pondrán enfermos.

Orsola también se sentía aliviada, ya que ahora era más fácil ocuparse de la casa y de Nicoletta. Los niños consumían una gran cantidad de tiempo y energía, en especial cuando no había nadie más a quien dejárselos cuando estabas cansada o tenías mucho trabajo. Por primera vez entendió qué podía haber impulsado a Maria Barovier a no tener hijos. Como le había dicho Elena Barovier en una ocasión, las cuentas que hacían se convertían en sus hijos, diseminados por el mundo entero.

Orsola seguía saliendo para ir al mercado, al huerto y a misa —ya que las iglesias de Murano todavía no estaban cerradas—, y para ella suponía un alivio escapar del confinamiento de la casa. Sus interacciones eran siempre breves, aunque al mismo tiempo trataba de comportarse como si no pasara nada para no despertar las sospechas de las autoridades, que estaban al acecho del menor signo de enfermedad.

Mientras pasaban los días y Antonio no regresaba, Nicoletta empeoró y le aparecieron bubas negruzcas en brazos y piernas. Orsola empezó a sentirse abatida. Sin el *garzone* veneciano, los niños y Maddalena, la casa se había quedado demasiado silenciosa. Marco, Giacomo y Paolo estaban enfrascados en su trabajo, aunque sus expresiones eran sombrías y no había charlas, canciones ni silbidos.

Marco iba cada día a ver a su mujer y se quedaba en la puerta del cuarto. A Nicoletta le olía mal el aliento y, pese a la brea y la lana que quemaban sin cesar, la habitación apestaba a heces y llagas supurantes. Aunque Orsola y Laura Rosso ya se habían acostumbrado, Marco palidecía al verla y respiraba por la boca.

Nicoletta seguía agitada y con fiebre, pero, siempre que aparecía Marco, se esforzaba por tener un aspecto radiante para él.

—*Mi dispiace tanto, amore mio* —susurraba, y tendía las manos hacia su marido al tiempo que se disculpaba.

Él adoptaba una expresión de incomodidad y vergüenza, y no se acercaba para cogérselas.

—¿Qué sabemos de Marcolin? —insistía ella, y, aunque dejaba caer las manos sobre la cama, era evidente que trataba de forjar un vínculo con él a través del amor que compartían por su hijo.

—*Bene, bene*; está bien. Tengo que volver al trabajo.

Marco se marchaba abruptamente, enfadado con su mujer por estar enferma, o bien con Dios por permitir que sucediera todo aquello, o incluso con él mismo por su debilidad y su miedo.

Una noche, Nicoletta se puso a maldecir mientras luchaba contra la fiebre e hicieron falta las dos mujeres para mantenerla acostada. Al final, agotada, se sumió en un sueño ligero, mientras se le escapaban

gemidos de vez en cuando. Aunque en el cuarto hacía calor, dejaron una vela prendida para poder verla. Orsola contempló la respiración jadeante y superficial de su cuñada, que apenas movía la protuberante barriga de embarazada que sobresalía de su cuerpo demacrado.

—No va a sobrevivir, ¿verdad? —le susurró a su madre, aunque, en el estado febril en el que se encontraba Nicoletta, lo más probable era que fuera incapaz de entender lo que decía.

—No digas eso —respondió Laura Rosso, frunciendo el ceño—. Me han dicho que en Venecia hay gente que se ha recuperado de la peste y nosotros somos mucho más fuertes que los venecianos. Tenemos que hacer que esté lo más cómoda posible. Al fin y al cabo, está embarazada de tu sobrino.

—Podría ser una niña.

—Será un niño. *Allora*, ¿dónde está Antonio? Hace cuatro días que se marchó. Necesitamos esa triaca veneciana.

—Seguramente es difícil de encontrar; tú misma lo dijiste —repuso Orsola, defendiéndolo—. A lo mejor ha ido a ver a su familia.

Se ahorró compartir con ella su miedo a que el joven hubiera caído enfermo.

—Debería centrarse menos en su familia y más en nosotros, que somos los que le estamos enseñando el oficio.

La acritud de su tono no era propia de Laura, pero saltaba a la vista que estaba agotada.

—Ve a descansar un rato, madre —le dijo Orsola—. Nicoletta está dormida; ya me quedo yo con ella.

Laura Rosso asintió y se tumbó en un jergón que tenían en una esquina y utilizaban por turnos, donde se quedó dormida al instante.

Orsola se sentó a la tenue luz de la vela escuchando el sonido de la respiración de ambas mujeres: una larga y profunda, la otra corta y superficial. En ese mismo momento podría estar haciendo muchas cosas: fregar ollas, lavar sábanas sucias, cribar judías y ponerlas en remojo. Sin embargo, no hacer cuentas. Eso ni siquiera se lo planteaba. Orsola cerró los ojos y deseó que Antonio regresara a casa.

Nadie se sorprendió cuando llamaron a golpes a la puerta del patio, pues Marco esperaba un cargamento de leña procedente de *terraferma*. Orsola, que estaba removiendo las sábanas en un caldero, se dio la vuelta y corrió hacia el taller.

—¡Ha llegado la madera! —gritó, y se dirigió apresuradamente a la puerta de la calle.

Sin embargo, titubeó antes de abrirla: su proveedor de leña solía llevar su *peata* llena de troncos al muelle de detrás del taller y, al llegar, los avisaba a gritos. Pero la peste lo había puesto todo patas arriba. ¿Era su imaginación o detrás de la puerta se oía un silencio denso? No podía hacer otra cosa que abrirla.

Quizá debería haber estado más preparada para lo que se encontró, pero Orsola no se había permitido especular. Retrocedió y se rodeó el cuerpo con los brazos. En la calle, frente a su casa, estaba uno de los médicos de la peste.

Aunque Orsola había oído hablar de ellos, nunca había visto uno. Llevaba una larga capa y guantes de cuero, un sombrero plano también de cuero y una máscara picuda rellena de hierbas para protegerse. Iba cubierto por todas partes, sin una sola zona del cuerpo desprotegida. Parecía un hombre pájaro andante con escasos rasgos humanos. Era la encarnación de las pesadillas infantiles, y Orsola se alegró de que Stella y Marcolin no estuvieran allí, pues, si lo hubieran visto, se habrían pasado meses despertándose a gritos en mitad de la noche. Se preguntó, aunque aquello no tuviera mucho sentido en aquel momento, qué maestro había elaborado las piezas de cristal que le cubrían los ojos.

A su lado iba el carnicero cuya hija había estado viéndose con Antonio. Lo habían nombrado magistrado de salud en Murano y se encargaba de controlar la propagación de la peste por la isla. Junto a él, un hombre pintaba ya una cruz roja en su puerta, mientras otro dejaba caer un montón de tablas de madera bajo las ventanas y sacaba un puñado de clavos del bolsillo de su túnica, preparado para entablarlas.

—*Mariavergine* —dijo Orsola por lo bajo, al tiempo que retrocedía y se santiguaba varias veces, como si, a fuerza de repetir el gesto, este fuera a adquirir un mayor poder para proteger a su familia de aquella visita.

—*Signorina* Rosso, ¿puedo pasar? —preguntó el carnicero con gran gentileza, aunque era evidente que no esperaba su permiso para hacerlo.

Orsola apenas podía mirarlo, incapaz de apartar la vista del médico de la peste. Se quedó un momento paralizada, mientras a su espalda alguien tomaba aire con fuerza. Al volverse vio a Marco, Giacomo y Paolo, que habían salido del taller y observaban al médico desde el patio. Por encima de sus hombros distinguió a Antonio, que entraba apresuradamente en el taller por la puerta trasera con expresión satisfecha. Sin embargo, al divisar la figura del carnicero y el médico, se paró en seco como si un fantasma se hubiera cruzado en su camino y su satisfacción se transformó en horror. Orsola le hizo un gesto brusco con la cabeza para que desapareciera antes de que ella dejara entrar a aquellos hombres.

—Hágase a un lado, *signorina* —indicó el carnicero.

Orsola retrocedió al tiempo que Marco se adelantaba. Hasta su hermano parecía intimidado. Ella no se quedó a escuchar al carnicero, pues ya sabía lo que iba a decir. En lugar de eso, corrió de vuelta al

almacén con sus estanterías llenas de piezas de cristal, donde Antonio esperaba.

—¡No salgas! —siseó Orsola—. Si el carnicero te ve, te enviará a Lazzaretto Nuovo con nosotros.

—Toma. —Antonio le tendió un paquete—. Tuve que escabullirme a escondidas a *terraferma* para conseguirlo. Por eso he tardado tanto.

—*Grazie*. Pero ahora tienes que marcharte. Sálvate. —Orsola se esforzó por no echarse a llorar—. Sal por detrás y coge la barca. Y ve a casa de mi abuela y mi tía para contarles lo que ha pasado. Diles que se queden con los niños.

Antonio vaciló y luego asintió con la cabeza.

—*Mi dispiace*, Orsola. Haré todo lo que pueda por vosotros.

A continuación retrocedió, como si no pudiera soportar la idea de darle la espalda, aunque al final lo hizo y atravesó el taller para dirigirse al *sandolo*. Ella lo contempló mientras se iba, con un nudo en la garganta.

Marco estaba discutiendo con el carnicero en el patio.

—Se encuentra mal por el embarazo, ¡nada más! Pronto se pondrá bien. No hay necesidad de que la asustéis con esto. —Hizo un amplio gesto con la mano para señalar la vestimenta del médico de la peste.

—Traedla.

—Está muy cansada. No puedo hacerle eso a mi mujer.

—Traedla —repitió el carnicero—. No tenemos intención de entrar en la casa, donde la miasma es peor.

Continuaron discutiendo mientras Giacomo, Paolo y el médico permanecían en silencio. A pesar de su bravata, Marco sabía que iba a perder la batalla; tan solo estaba posponiendo por unos instantes lo inevitable.

—¿Quién os ha dicho que Nicoletta estaba enferma? —quiso saber—. Quienquiera que fuese no tiene ni idea de lo que habla.

—Vuestra criada, Maddalena, ha muerto esta mañana —contestó el carnicero.

Orsola ahogó un grito.

—Y ahora su madre está enferma —añadió el hombre—. Ha sido ella la que nos ha contado de quién se contagió su hija. Tengo que hablar con Nicoletta para rastrear los sitios en los que ha estado y así poder aislar a las personas a las que ha tocado.

—No ha ido a ninguna parte —intervino Orsola—. Tiene los tobillos tan hinchados que lleva semanas sin salir de casa. A lo mejor fue Maddalena quien la contagió a ella, y no al revés.

—Bajadla para que la podemos examinar.

Al carnicero se lo veía cansado. Orsola sospechaba que, al cabo de un mes, él mismo estaría muerto, víctima de aquel trabajo que no

había elegido. Miró a su hermano Marco, que tenía una mueca en la cara como si le dolieran las entrañas. Cuando al fin asintió, Orsola subió por la escalera hacia el cuarto.

Gracias a Dios, Nicoletta estaba dormida, y Laura Rosso se dedicaba a meter sábanas en un saco.

—Coge unas velas, hierba y brea —ordenó—. Tengo que pensar qué nos llevamos de comida, aunque tampoco es que coma mucho. De todos modos, yo sí voy a necesitarla.

Orsola se quedó paralizada.

—¿Madre? ¡No!

La mirada de Laura Rosso taladró a su hija.

—¿Crees que voy a dejar que se la lleven sola en este estado? ¿Quién cuidará de ella? ¿Y de mi nieto cuando nazca?

—Pero... nadie vuelve de allí —dijo Orsola en un susurro, por si Nicoletta estaba en realidad despierta.

—¡Sí que vuelven! Vuelven —insistió Laura en voz más baja—. Nosotras lo conseguiremos.

—Pero te necesitamos aquí. ¿Qué pasa con Stella? Necesita a su madre.

—Estaréis bien. Y Stella te tiene a ti. —Laura se sentó en la cama y zarandeó con suavidad a Nicoletta para despertarla—. *Mia cara*, ha llegado el momento. Tenemos que irnos, tú y yo, como te dije.

Nicoletta abrió los ojos y miró fijamente a su suegra.

—¿Ahora?

—*Sì*. Pero no te preocupes, no te dejaré sola.

Laura incorporó a Nicoletta hasta dejarla sentada. Las mujeres le habían puesto un camisón limpio hacía un rato, casi como si supieran que iba a tener que aparecer en público y por eso debía estar presentable. La madre de Orsola la ayudó a bajar las piernas por el borde de la cama.

—Espera —dijo Orsola, y cogió un peine para pasarlo por el pelo grasiento y apelmazado de Nicoletta.

Aunque no sirvió de mucho, tuvo la sensación de que debía hacer alguna cosa.

—*Grazie*, Orsola —susurró Nicoletta—. Siempre has sido buena conmigo.

«No es cierto», pensó Orsola. Se había mostrado despectiva con ella, y su debilidad le había resultado irritante. Ahora, sin embargo, mientras se ponía en pie y caminaba por la habitación con ayuda de las dos mujeres, lenta pero segura, Nicoletta desprendía una extraña dignidad. Orsola no pudo evitar un sollozo, que reprimió en cuanto su madre le dedicó una mirada de advertencia.

Con dificultad, la bajaron por la escalera hasta el patio. Una vez allí, y al ver al médico, a Nicoletta la abandonó el valor. Se encogió y,

tambaleándose, trató de alejarse. Orsola y su madre la acompañaron hasta un banco, donde Laura Rosso consiguió calmarla. Marco no se acercó a su mujer, sino que se hizo a un lado y se mantuvo alejado.

Cuando Nicoletta dejó de gritar, el doctor se dirigió a ella y le cogió la muñeca con la mano enguantada para tomarle el pulso. Usó el palo largo que llevaba para levantar el camisón y dejar al descubierto las heridas negruzcas que buscaba en el cuello y los brazos. A continuación asintió, y el carnicero retrocedió.

—*Signora* Rosso, necesito saber dónde habéis estado y a quién habéis visto —explicó el carnicero, al tiempo que se sentaba a la mesa y sacaba pluma, tinta y papel—. ¿A quién le habéis comprado? ¿Con quién habéis hablado en el campo durante la *passeggiata*? ¿Habéis dado besos a algún bebé? ¿Al lado de quién os habéis sentado en misa?

Nicoletta se lo quedó mirando, desconcertada. Cada pregunta que le planteaba el hombre la confundía más que la anterior. Orsola se preguntó si entendía siquiera lo que le decían. Sin embargo, al cabo de un momento, le contestó con lentitud y largas pausas entre frases para recuperar el aliento, aunque con la claridad suficiente para que se la entendiera:

—Llevo aquí… semanas… Mis tobillos… Nada de *passeggiata*… Nada de misa. Solo he estado con… ellos. —Hizo un gesto que abarcaba todo el patio en general pero, al mirar a su alrededor, dio la sensación de que estaba calculando—. Todos los que hay aquí, y…

—¿Quién más?

«No —pensó Orsola—. No digas su nombre».

—Maddalena —contestó Nicoletta.

Orsola, que había estado conteniendo la respiración, dejó escapar el aire.

—Ella se lo confirmará —añadió Nicoletta—. La encantadora Maddalena… Hacía sardinas… ¿Dónde está?

Nadie la miró.

—¿Alguien más? —inquirió el carnicero.

Nicoletta tenía las mejillas chupadas y sonrojadas, los ojos vidriosos, y estaba tiritando.

—¿Dónde está Maddalena? —gritó—. ¿Dónde están los niños?

—Sí, los niños —convino el carnicero—. ¿Dónde están?

—Dejadlos tranquilos —intervino Laura Rosso—. Se encuentran a salvo con mi madre.

—Puede que tengan que hacer cuarentena. En cuanto al resto de la familia, tenéis que ir…

—Vamos a discutirlo —lo interrumpió Marco.

Nicoletta temblaba tanto que le castañeteaban los dientes.

—Hace frío —susurró—. Quiero mis pieles.

Laura vaciló. Las pieles habían sido suyas y eran una posesión muy preciada para la familia.

—Ve a buscarlas —le dijo de pronto a su hija—. De todas formas, insistirán en quemarlas si no nos las llevamos.

Orsola corrió al interior de la casa a buscar las pieles, que estaban guardadas en un arcón de cedro. Le preocupaba que Nicoletta le hablara de Antonio al carnicero si tardaba demasiado en regresar.

En efecto, cuando entró de nuevo apresuradamente en el patio, Nicoletta estaba indicando con la cabeza los distintos sitios que habían ocupado todos en la mesa durante la cena de las sardinas. Al llegar al de Antonio se interrumpió, incapaz de recordar de quién se olvidaba. Hasta que su rostro se iluminó cuando le vino a la memoria.

—¡Nicoletta, tus pieles! —Orsola se las echó por los hombros.

—¡Ah! —Nicoletta levantó la mano y acarició las pieles, antes de hundir el rostro en ellas.

El carnicero esperó, expectante, pero Nicoletta solo tenía ojos para aquella lujosa prenda que tanto la reconfortaba.

Marco hizo señas al carnicero para que se acercara. Mientras ellos hablaban, Laura Rosso le indicó a Orsola qué más tenía que empaquetar: pan, puñados de lentejas, *pancetta*, harina, una olla pequeña, un cuchillo y un poco de sosa cáustica para limpiar.

—Es posible que tú también necesites todo esto si os mandan a Lazzaretto Nuovo —añadió—. Eso es lo que está negociando tu hermano: que os dejen quedaros aquí. Es mucho mejor estar encerrados aquí que ir a esa isla. Si pese a todo acabáis allí, no te separes de tus hermanos. He oído historias de marineros aburridos que buscan diversión para sobrellevar los cuarenta días.

Por lo visto, Marco había tenido éxito en sus negociaciones. Al regresar hizo un leve gesto de asentimiento a su madre, que le cogió la cara entre las manos y le dio un beso en las mejillas.

—Cuida del negocio —le dijo—. Haz que nos sintamos orgullosos del apellido familiar. —Después besó a Giacomo y le indicó—: Cuida de tus hermanas.

Orsola lanzó los brazos alrededor de su madre y la estrechó con fuerza, como si así pudiera hacer que se quedara en casa.

—Cuida de los niños —le pidió Laura al tiempo que se sacaba de encima las manos de su hija.

Orsola tomó aire, temblorosa, y al acordarse de la triaca veneciana, se la tendió.

—Antonio la ha conseguido —susurró.

Laura asintió y la añadió al saco. Luego se acercó a Nicoletta, que seguía sentada en un estado de estupor febril.

—*Andiamo, cara*. Tenemos que irnos.

Ayudó a levantarse a su nuera, que se ciñó las pieles y,

apoyándose en Laura, logró atravesar el patio con más elegancia de la que Orsola le había visto mostrar nunca. Parecía haberse olvidado por completo de Marco, pero, al llegar a la puerta de la calle, se dio la vuelta y le hizo una reverencia.

—*Addio*, Marco —se despidió antes de desaparecer de su vida.

Orsola contempló a su madre y su cuñada alejarse calle abajo, detrás del carnicero y el médico, hacia el Rio dei Vetrai, donde una barca las esperaba para llevárselas a Lazzaretto Vecchio. Nicoletta se apoyó con fuerza en su suegra mientras la pequeña procesión pasaba por delante de los vecinos, que habían salido a sus portales a mirar. La actitud de la gente había pasado con rapidez de cordial a recelosa; de dar un paso adelante a retroceder, de abrir los brazos a cruzarlos sobre el pecho.

El hombre con las tablas de madera y los clavos cerró la puerta de Orsola en sus propias narices. A continuación se empezaron a oír martillazos, tanto delante como en el muelle de detrás, adonde otro hombre había llegado en barca para entablar esa puerta. Al final se hizo el silencio y se quedaron atrapados en el interior. Orsola, sus hermanos y Paolo se miraron unos a otros. Una semana atrás, la casa estaba llena de gente; ahora, solo quedaban cuatro.

—¿Cómo vamos a conseguir las cosas que necesitamos? —preguntó ella—. ¡No tenemos comida suficiente para cuarenta días!

—Han entablado todas las ventanas menos una en el primer piso —explicó Marco—. El carnicero ha dicho que podemos utilizar un cesto y una cuerda. *Nonna* nos mandará cosas.

—¿Y qué pasa con el horno? —quiso saber Giacomo—. ¿Podemos trabajar?

Marco negó con la cabeza.

—Tenemos que dejar que se apague, aunque lo íbamos a hacer de todos modos ahora que se acerca el descanso del verano. Y estamos obligados a quedarnos dentro de casa. —Bajó la voz para añadir—: Le he pagado para que haga la vista gorda y nos deje usar el patio, pero no podemos hacer ruido. —Se volvió hacia Giacomo y Paolo—. Debemos prepararnos para cerrar. —Mientras se dirigían hacia el taller, volvió la cabeza para gritar—: Orsola, trae todo lo que haya que quemar antes de que se apague el horno.

Ella se quedó un momento sola e inmóvil en el patio, contemplando el pálido cielo azul y escuchando los sonidos procedentes del exterior. Aunque la peste había hecho que todo estuviera más silencioso, oyó niños llorando, mujeres que se llamaban unas a otras, barqueros silbando y, en la distancia, en el Ponte di Mezzo, gritos aún más estridentes, que seguramente anunciaban ya la cuarentena de los Rosso.

Orsola preparó una comida que ella misma fue incapaz de tocar,

pero que los hombres devoraron como si lo ocurrido no hubiera afectado en lo más mínimo a su apetito. Mientras los miraba comer, se preguntó dónde estarían en ese momento su madre y Nicoletta. Lazzaretto Vecchio quedaba muy lejos de Murano; para llegar, había que rodear el extremo oriental de Venecia y bajar hasta la altura del Lido, un trayecto de dos horas a remo. Se preguntó si Nicoletta sería capaz siquiera de sobrevivir al viaje.

La conversación de los hombres se centró únicamente en el negocio: el trabajo que no habían terminado y el que podían hacer en frío con el cristal cuando el horno se apagara. Orsola se sumió en sus pensamientos mientras intentaba con todas sus fuerzas no llorar.

De vez en cuando se oían golpes en la puerta, que producían las piedras que la gente arrojaba a la casa, y también gritos de *Demoni*! y *Buzaroni*! en la calle. La noticia de la cuarentena de los Rosso se había propagado por la isla. Si bien los hombres parecían ser capaces de ignorarlos, llegó un momento en que Orsola no pudo soportarlo más.

—¡Basta! —gritó al tiempo que corría hacia la puerta que daba a la calle y luego se puso a dar puñetazos contra la madera—. *Bastardi*!

Oyó los chillidos de los niños que se alejaban corriendo entre risas sin ser conscientes de que, al día siguiente, también ellos podrían estar contagiados. Giacomo la hizo callar mientras se la llevaba de la puerta.

—No sirve de nada.

—¿Cómo se atreven a decir esas cosas? Estas personas eran amigas nuestras hasta ayer, ¡y ahora se comportan como si hubiéramos traído la peste aquí a propósito! Además, ¡fue Maddalena, no nosotros!

Orsola se echó a llorar con unos sollozos largos y jadeantes, mientras las lágrimas y los mocos le corrían por la cara y le goteaban por la barbilla. Giacomo la rodeó con el brazo y Paolo le puso una mano en el hombro, y ambos la sostuvieron hasta que su llanto se apagó.

—Pobre Maddalena —dijo Orsola cuando recuperó el aliento.

—La pobre Maddalena se veía con un criado de uno de los *palazzos* de los venecianos —repuso Marco, que apuró su copa de vino y la dejó de nuevo junto a la jarra para que su hermana le sirviera más —. Esa *bauca* trajo aquí la peste y envenenó a mi mujer.

—Hablas como los de ahí fuera. —Orsola hizo un gesto brusco con la cabeza en dirección a la puerta de la calle—. Y deja ya el vino; no nos queda mucho.

Marco cogió la jarra y se sirvió él mismo.

—Podemos conseguir más. El problema es cómo vamos a pagarlo. ¿Tú tienes dinero?

Ella lo miró. ¿Acaso sabía algo de las cuentas que le vendía a

Klingenberg?

—¿Qué quieres decir? Claro que no tengo dinero.

—Nos va a salir muy caro habernos quedado aquí en lugar de ir a Lazzaretto Nuovo, como pretendían. El trato con el *bastardo* del carnicero me ha costado un ojo de la cara. Entre eso y las ventas que vamos a perder por esta cuarentena y la peste en general, el taller está en dificultades.

Orsola pensó en el dinero que se había ido acumulando poco a poco para ella en Venecia y se preguntó cómo podía hacerse con él. No podía mandar un mensaje a Klingenberg porque el tráfico de barcas entre las islas estaba prohibido. La comida que tenían iba a durarles solo unos días y necesitaban más leña, velas y ropa de cama, pues los habían obligado a quemar los jergones de paja y todas las sábanas usadas; cualquier cosa a la que se pudiera haber transmitido la peste.

Los hombres se quedaron hasta tarde en el patio, bebiendo y jugando a las cartas. Orsola se acostó en la habitación que, hasta hacía solo unas horas, habían ocupado su madre y Nicoletta. Se envolvió con una sábana, se tendió en el duro suelo y contempló el techo, pensando en la muerte de su padre y en lo rápido que habían cambiado sus vidas desde entonces. La epidemia de peste era un contratiempo más, y no se veía el final. Habían perdido a Maddalena, Nicoletta y Laura Rosso. Y de los que quedaban, cualquiera podía ponerse enfermo, incluidos los niños que estaban en casa de *nonna*, así como la misma *nonna* y *zia* Giovanna. Desde que Nicoletta había enfermado, Orsola prestaba mucha atención a sus síntomas físicos. ¿Le había subido la temperatura? ¿Tenía los intestinos sueltos? ¿Le dolían las piernas o los brazos? El mero hecho de pensar en esas cosas le daba mal cuerpo. En ese momento estaba tumbada en la habitación preguntándose si tenía fiebre o si tan solo era el calor propio de una noche de verano.

Durante los siguientes días, cada dolor de cabeza, cada tirón muscular, cada dolor de barriga o cada vez que le ardían las mejillas le ponían de los nervios; se descubría tratando a su cuerpo como si fuera un jarrón hecho de un cristal finísimo, que podía romperse al menor contacto. La inactividad forzada también era difícil de llevar. Orsola no podía ir al mercado, cuidar de los niños, blanquear la colada en los campos ni atender a Nicoletta. Solo tenía que cocinar para cuatro y había poca comida entre la que escoger. Orsola hizo un puchero con las verduras frescas de las que disponía y esperó que durara. Dedicó los dos días siguientes a limpiar la casa a fondo con vinagre para ahuyentar la peste y lavó la ropa y las sábanas que no habían quemado. Una vez acabadas estas tareas, le quedó poco que hacer. Los hombres tenían la misma sensación: tras dejar que el horno

se apagara y poner en orden el taller, se quedaron sin trabajo a excepción de pulir y grabar algunas piezas, cosa que les llevó poco tiempo. Giacomo dibujó varios esbozos con ideas mientras Paolo lo miraba por encima de su hombro, haciendo sugerencias. Por lo demás, jugaban a las cartas o a los dados en el patio, y apostaban con esquirlas de cristal en lugar de con dinero.

El cordón umbilical de los Rosso con el mundo exterior era el cesto y la cuerda que colgaban de la ventana del piso de arriba. Desde allí, Orsola observaba lo que sucedía en la calle, aunque se hacía a un lado para que nadie la viera y la insultara a gritos. De vez en cuando, la gente miraba la casa entablada con la cruz roja en la puerta del patio aunque, al cabo de unos días, dejó de ser una novedad y empezaron a ignorarla.

Ahora que tenía prohibido salir, la calle le resultaba infinitamente fascinante y entretenida: hombres que iban y venían con haces de leña, arena y ceniza para fabricar vidrio; pescadores que repartían sus capturas por las casas o acarreaban sus redes, sus cabos y sus velas; mujeres cargadas con pan de la panadería, verduras de sus huertos, harina del molinero o carne del carnicero; niños que se perseguían, hacían recados, jugaban a las canicas o daban patadas a una pelota. La presencia de la peste —en su calle en particular, pero también en la isla en general— hacía que el exterior estuviera menos bullicioso de lo habitual, pero aun así la gente seguía con su vida y pasaba el tiempo con los demás. Eso acentuaba los celos de Orsola. Aunque agradecía la presencia de Paolo y de sus hermanos, tenía la sensación de que necesitaba a alguien nuevo y fresco, al igual que una charca necesita alimentarse de agua corriente para no estancarse.

El segundo día de la cuarentena apareció *zia* Giovanna, con Stella cogida de la mano y Marcolin en brazos. Orsola los llamó desde la ventana, esta vez sin esconderse. Stella gritó su nombre y tendió los brazos hacia arriba, como si su hermana pudiera asomarse, alargar las manos y cogerla para meterla en la casa. Marcolin, concentrado en la raspa de un pez que se había encontrado en la calle, no se emocionó tanto, sino que se agachó para inspeccionarla. La tía de Orsola parecía asustada y no paraba de mirar a su alrededor como si esperara que los vecinos le dijeran algo. No se quedó mucho rato, pero les trajo pan y prometió volver con velas, vino y vinagre. Luego se llevó a los niños a rastras mientras Stella llamaba a su hermana a gritos y Marcolin chillaba por la raspa que su tía le había obligado a tirar. Cuando se fueron, Orsola derramó más lágrimas ardientes.

Esa noche, después de cenar y mientras los hombres jugaban de nuevo a las cartas, Orsola se quedó parada en la ventana, contemplando el cielo y preguntándose qué harían su madre y Nicoletta. ¿Estarían vivas? Sabía que lo más probable era que

Nicoletta muriese, pero su madre era fuerte. No se había contagiado de la peste mientras cuidaba de su nuera; a lo mejor tampoco la cogería en Lazzaretto Vecchio.

—*Buonasera, bella*. Oyó.

Mientras Orsola escrutaba la calle, Antonio apareció de entre las sombras. Se alegró tanto de verlo que no hizo un comentario ingenioso ni fingió que no le importaba, sino que lo llamó por su nombre y se asomó a la ventana para alargar la mano, igual que había hecho Stella con ella. No podía alcanzarlo, pero quería estar lo más cerca posible de él.

Antonio le dedicó una sonrisa.

—He oído que os dejaron quedaros. He traído algunas cosas. —Sostuvo un saco en alto—. Me lo ha dado tu tía; está todo lo que le has pedido y algo más. Pescado, aceite, miel y un puñado de fresas.

Orsola le dio las gracias y bajó el cesto con la cuerda.

—¿Qué más necesitáis? —preguntó él mientras metía las provisiones dentro.

—Sábanas y paja. Hemos tenido que quemarlas.

Antonio asintió.

—Mañana.

Orsola se emocionó ante la perspectiva de que él acudiera cada día. Si lo hacía, era posible que aguantara los cuarenta días encerrada.

—¿Hay más gente enferma?

Él meneó la cabeza.

—Algunos. No se ha propagado como en Venecia. Al menos no todavía.

Orsola se quedó quieta al oír sus últimas palabras.

—Cuando fuiste a buscar la triaca veneciana, ¿viste a…? Tu familia, ¿alguien ha…?

Él la interrumpió:

—Ha sobrevivido mi hermano. Y un sobrino.

—*Mi dispiace tanto*, Antonio.

Orsola se santiguó y él hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Luego se quedaron callados, mirándose el uno al otro. Había tanto dolor en el mundo. Orsola no era capaz de imaginarse lo que debía sentirse al perder a toda su familia.

—¿Cómo estáis? —preguntó él al cabo—. ¿Tus hermanos? ¿Paolo?

—Todos bien. Juegan mucho a las cartas. A este paso se van a olvidar de cómo se trabaja el cristal.

—Orsola, ¿os queda dinero? Tu tía ha dicho que no puede pagar lo que necesitas.

Ella negó con la cabeza.

—Marco no tiene nada. Ya sabes que este último año, con la

peste, hemos recibido menos pedidos y, además, Klingenberg se ha retrasado con los pagos.

—¿Y tú? ¿Tienes algo de dinero?

—Sabes que sí. Pero me lo guarda Klingenberg. No puedo acceder a él.

Antonio se quedó pensativo, mordiéndose el labio.

—¿Tenéis alguna pieza para trocar? ¿Vasos, jarras?

—Le preguntaré a Marco, pero creo que estaban haciendo jarrones grandes. Dudo que alguien intercambie harina o jamón por algo así.

—Será mejor que me vaya.

Antonio se había dado cuenta de que los vecinos habían empezado a asomar la cabeza por puertas y ventanas para mirarlos. Sin embargo, se quedó.

—¿Dónde vives ahora? —susurró ella.

—En un cobertizo detrás de la casa de tu abuela. Paso la mayor parte del tiempo ahí para que no me vean. Pero si voy con cuidado, puedo salir a la calle.

—Pues estar aquí metida es horrible. Daría todas las cuentas que hago por poder ir a la *Riva* di San Matteo a contemplar las montañas.

Antonio la miró con curiosidad.

—¿Tienes cuentas en casa?

—Unas cincuenta, de un pedido. ¿Por qué?

—Puede que la gente quiera intercambiar algo por ellas.

Orsola se apoyó en el alféizar, pensativa. Siempre había elaborado cuentas con la intención de conseguir dinero y no se había planteado la posibilidad de intercambiarlas directamente por otras cosas. Para eso estaban las monedas: dos *soldi* por una hogaza de pan, cinco *soldi* por un cubo de calamares, veinte *soldi* por una medida de ropa blanca.

Cada vez había más vecinos asomados a la ventana.

—Un *soldo* por cuenta —dijo ella.

Antonio asintió.

—*Addio*, Orsola. *A domani*.

Ella lo miró mientras se alejaba por el pasaje y las mujeres del vecindario se volvían para contemplar sus esbeltas piernas. Como la marea, se había acercado y ahora se alejaba.

A la noche siguiente, Antonio trajo ropa de cama y Orsola metió en el cesto diez cuentas blancas translúcidas con forma de barril, con un hilo azul celeste enrollado alrededor. Con eso debería bastar para pagar lo que él les había traído hasta el momento. Antonio las agitó en la palma de la mano.

—Son muy bonitas. —Alzó la vista hacia ella—. Pero necesito diez más. La gente sabe que tu tía y yo compramos para los Rosso, así que nos cobran más.

—¿Qué? ¿Cómo pueden aprovecharse de nuestra desgracia? —Orsola estaba tan enfadada que lo dijo a gritos, para que sus vecinos se enteraran de lo que opinaba de que todos ellos, tanto el carnicero como el molinero, el tejedor o el vinatero, los estafaran.

—Orsola, están aterrorizados —explicó Antonio en voz baja.

—¿Por qué? ¡No van a ponerse enfermos por vendernos algo!

—Todo el mundo tiene miedo: de contagiarse o de que sus padres, hijos, hermanos o hermanas se mueran. —Tragó saliva, y ella se ablandó al recordar a su familia—. Y también de perder el negocio. Todo el mundo intenta sacar lo que pueda para ahorrar, por si llegan tiempos peores.

—Pero tú no tienes miedo.

—¿Cómo voy a tener miedo de ti? Y, además, estoy agradecido a tu hermano por acogerme y enseñarme a trabajar el cristal. Es lo mínimo que le debo.

Orsola metió diez cuentas más en la cesta.

—No me quedan muchas —dijo mientras bajaba la cuerda.

—¿Puedes hacer más? ¿Tienes el cristal y el sebo necesarios?

Orsola vaciló. Eso implicaba que tendría que hacer cuentas delante de Marco y era una actividad de la que prefería que su hermano no se enterara, al menos hasta que fuera tan buena que a él no le quedara otro remedio que reconocer su destreza. Hasta entonces se las había apañado para que su trabajo con la lámpara le pareciera un pasatiempo a Marco. Pero, por lo visto, no le quedaba otro remedio. Al menos así estaría ocupada.

Asintió con la cabeza.

Hablaron un rato más y Antonio la puso al día de las noticias de la isla. La madre de Maddalena también había muerto. La abuela y la tía de Orsola, así como los niños, estaban bien, aunque Stella intentaba escaparse continuamente y preguntaba todo el rato por su madre y su hermana.

—¿Con quién hablas? —Oyó decir a alguien a su espalda. Marco se acercó a la ventana y se asomó al exterior, la primera vez que lo hacía en los cuatro días que llevaban en cuarentena—. ¡Antonio! *Dime*! —Apartó a su hermana y ocupó todo el hueco de la ventana.

Orsola no se quedó a escuchar sus preguntas sobre los demás vidrieros, sobre cuántas barcas había en Lazzaretto Nuovo y cuántos casos de peste en Venecia y las otras islas. En lugar de eso, fue a mirar cuánto cristal tenía.

A la mañana siguiente sacó el bastón, la lámpara y el sebo, y se puso a trabajar. Como había poco que hacer, los hombres todavía dormían, pero cuando la grasa animal se calentó y empezó a desprender su olor a rancio, Giacomo apareció frotándose la cara y con la nariz fruncida.

—¿Cómo lo soportas?

Orsola se encogió de hombros.

Él se cortó una rebanada de pan y luego se quedó de pie mirando cómo ella manejaba el fuelle con el pie para calentar la llama, y luego colocaba el extremo de un bastón de cristal blanco bajo la llama para derretirlo. Orsola alzó la vista. Giacomo mostraba una expresión de envidia; tras cinco días de inactividad era evidente que tenía ganas de volver a trabajar el vidrio. Por un instante, Orsola se planteó la posibilidad de enseñarle a hacer cuentas, pero solo había una lámpara y un juego de fuelles, y apenas quedaba bastón suficiente para mantenerla ocupada a ella. Y si algo deseaba era estar ocupada. Además, ¿y si con lo bien que Giacomo dominaba el cristal, resultaba que se le daba mejor que a ella hacer cuentas? Era la única de la familia que las hacía; no quería competencia.

Él observó cómo Orsola hacía girar la cuenta, la trabajaba con la paleta para darle forma de tonel y luego fundía un bastón fino de vidrio azul celeste para enrollarlo alrededor del barril, reproduciendo así las cuentas que le había dado a Antonio. Todavía no sabía qué iba a hacer para intercambiarlo por bienes. Para empezar, al menos, seguiría con lo que ya conocía.

Había metido la cuenta acabada en una caja de ceniza para que se enfriara y empezaba a hacer otra cuando se oyeron los pasos de Marco resonando por la escalera.

—*Mio Dio*, ¡qué mal huele! ¡Deja eso ahora mismo! ¿Qué te crees que haces? ¿Es que quieres apestar la casa con esas… —echó un vistazo a la cuenta que Orsola sostenía bajo la llama— … baratijas, para que nos vayamos?

A diferencia de su hermano, Marco no parecía sentir envidia del trabajo con la lámpara. Para él, todo era o bien una complicada copa, un imponente jarrón o una elaborada jarra, o bien nada. Prefería dormir y jugar a las cartas que hacer algo tan básico como una cuenta.

—Así me mantengo ocupada —contestó Orsola con suavidad al tiempo que daba una vuelta y media a la vara de hierro hacia un lado y luego hacia el otro, como le había enseñado Elena Barovier.

—Qué manera de desperdiciar el cristal —masculló Marco mientras arrancaba un pedazo de pan y le daba un mordisco.

—Antonio necesita dinero para lo que compran nuestra tía y él; si no se lo damos, no podrán comprar nada más.

—*Canagia* avaricioso —replicó Marco con la boca llena—. Sabe muy bien que no lo tenemos.

Orsola dejó de dar vueltas a la vara y la cuenta se fundió y se derramó sobre la mesa.

—¿Qué esperas que haga? ¡Suerte tenemos de que nos ayude!

Marco le dedicó una larga mirada sin dejar de masticar.

—¿Le has echado el ojo, *sorella*? Yo me lo pensaría dos veces.

Orsola abrió la boca, pero entonces vio a Giacomo negando con la cabeza tras la espalda de Marco.

—Si no tenemos dinero, podemos usar las cuentas para intercambiarlas por lo que necesitamos, igual que hacen en África —sugirió Giacomo.

Marco adoptó una expresión escéptica.

—¿Para qué iba alguien a querer cuentas en una isla donde se pueden encontrar a montones?

—Porque están bien hechas y son bonitas.

Giacomo cogió la vara de la caja de templado, con la nueva cuenta blanquiazul en un extremo, le dio unos golpecitos para desprender la ceniza y se la tendió a Marco. Este puso los ojos en blanco, pero el interés profesional pudo más que su escepticismo y acabó por examinarla con mirada crítica. Aún no era posible ver de qué color iba a ser; seguía tan caliente que solo había pasado del naranja al gris. Sin embargo, sí que pudo admirar su simetría y el diseño decorativo. Orsola esperó, estrujándose las manos. Antonio y Giacomo la habían felicitado en persona por su trabajo, y Klingenberg de manera indirecta. ¿Haría Marco lo mismo?

—¿Qué te pueden dar a cambio de esto? —preguntó él al cabo.

Reconocer que la cuenta tenía algún valor era lo más parecido a un cumplido por su trabajo que Orsola iba a recibir.

—Medio *soldo* por cuenta —contestó Orsola—. Normalmente sería un *soldo*, pero la gente se aprovecha de nuestras circunstancias.

Marco entornó los ojos.

—¿Normalmente? ¿Qué sabes tú del precio de las cuentas?

Ella se removió en el asiento.

—He vendido alguna, aquí y allá. Ya sabes que llevo un tiempo haciéndolas. ¿O te creías que era solo un pasatiempo?

Saltaba a la vista que Marco nunca se había parado a pensar en sus cuentas. Tampoco lo hizo en ese momento, aparte de decir:

—Haz las suficientes para que podamos alimentarnos.

No le dio las gracias ni la elogió, pero el hecho de que hubiera accedido era bastante.

Orsola hizo todas las cuentas que pudo para que Antonio las usara con los intercambios, pero enseguida se quedó sin bastón. En el taller había cristal, pero se había elaborado para trabajarlo a grandes trozos en el horno caliente, y el calor de su débil lámpara apenas lo afectaba. Una noche, bajó con el cesto las últimas cuentas para Antonio.

—Se me han acabado —dijo—. A menos que consiga más bastón, no puedo seguir haciéndolas. Pero no tengo con qué comprarlo y quienes los fabrican no querrán fiarnos.

Antonio estaba agachado junto al cesto contando las cuentas.

—¿No puedes pedírselo a alguien?

Orsola se lo pensó.

—A Elena Barovier. Es posible que me ayude.

Antonio asintió.

Al día siguiente, Orsola oyó un silbido procedente del exterior y se apresuró a acercarse a la ventana. Se moría de ganas de ver a Antonio, pero a quien se encontró fue a Stefano, el *servente* de los Barovier, que le traía un puñado de bastones de varios colores. Mientras Orsola bajaba el cesto, él lanzó miradas en todas direcciones como si quisiera controlar quién los miraba, pero no había nadie: el vecindario se había aburrido de vigilar a la familia en cuarentena. La gente había dejado de arrojar piedras a la casa, de recitar versitos hirientes sobre los Rosso y de orinar en la puerta.

Cuando él hubo asegurado el cristal con un cordel, Orsola tiró de la cesta hacia arriba. Al ver la paleta de colores, pensó que debía de haberla elegido Elena Barovier: en su mayor parte eran azules, verdes y blancos, aunque había unos cuantos rojos como la sangre, en honor al apellido Rosso. Había incluido también varios bastones amarillos de distintos diámetros, un color que Orsola apenas usaba.

—Dale las gracias a Elena de mi parte —gritó hacia la calle—. Y dile que le pagaré en cuanto pueda.

Stefano asintió. Ahora que había cumplido con su encargo, parecía que no quería irse. Se la quedó mirando con una expresión de preocupación en sus grandes ojos negros, pero no dijo nada.

—¿Cómo van las cosas ahí fuera? —preguntó ella—. ¿Están bien los Barovier?

—*Sì.*

—¿Hay alguien enfermo? ¿O en cuarentena?

Orsola tenía la sensación de estar montada en una barca que se alejaba flotando en la que la única oportunidad de sobrevivir era lanzándole a Stefano una cuerda para que él la arrastrara hasta la orilla. Pero Stefano no agarró la cuerda. Se limitó a asentir con la cabeza antes de alejarse a grandes zancadas.

Fue Antonio quien, esa tarde, le contó que había cinco casas más en cuarentena, casi todas de vidrieros que vivían al otro lado del Rio dei Vetrai. Una quedaba cerca de la de la familia de Laura Rosso.

—¿Cómo están mi abuela y mi tía? ¿Y los niños? —preguntó ella.

—Siguen todos bien.

—¿Has visto a Domenego? Ojalá pudiera ponerse en contacto con Klingenberg de alguna manera para que me mandara mi dinero.

Antonio negó con la cabeza.

—Pero se me ha ocurrido una idea. A la gente le gustan tus cuentas: el color, la forma, el diseño. Cada vez que alguien coge una, se nota que quieren tocarlas, que quieren quedárselas y no

revenderlas. Le di un puñado a la anciana que vende vino y se puso a frotar una entre el pulgar y el índice; no la soltaba. La siguiente vez que la vi, seguía frotándola.

—Como si fuera un rosario.

—*Sì, così*. Y también vi a otra mujer haciendo lo mismo: la esposa del panadero. Cuando le pregunté qué hacía con ella, me dijo que la usaba para protegerse de la peste. Como tú no te has puesto enferma, cree que si se pasa la cuenta por los dedos ella tampoco la cogerá.

Orsola se había temido que pasara justamente lo contrario: que nadie quisiera tocar sus cuentas porque las había hecho en una casa que estaba en cuarentena. Y, sin embargo, ahora resultaba que les atribuían cualidades mágicas. No solo a sus cuentas, sino también a ella.

—Podrías dedicarte a eso —continuó Antonio—. A hacer cuentas como protección para la peste, con un diseño único. Y luego venderlas.

—Pero... no estoy segura de que la peste funcione así. Una cosa es la triaca veneciana, que tiene ingredientes que pueden ayudar a prevenirla: víbora desecada, canela y miel. Pero el cristal es solo cristal. Es bonito pero no cura nada.

—¿No es el consuelo una especie de cura?

Orsola no acababa de verlo claro.

—Eso es aprovecharse del miedo de la gente.

—Pero tú necesitas el dinero para mantener a tu familia. A tu tía y a tu abuela ya no les queda nada. Me han pedido que te diga que necesitan que les des algo para alimentar a los niños.

Orsola se tomaba sus cuentas con una actitud pragmática. Una cosa era llevarlas con orgullo alrededor del cuello para un banquete en un *palazzo* o coserlas en una máscara para Carnevale. Eso no era magia, sino un adorno. Pero llevar una a modo de protección se parecía más a la brujería. Aunque le habría encantado que sus cuentas salvaran a la gente, sabía que no era así. Sin embargo, si tenías miedo, encontrar consuelo en algo era reconfortante. Pensó en su madre, que cuidaba de Nicoletta en aquella espantosa isla que los barqueros evitaban por los gemidos y el hedor. Si Laura Rosso tuviera una cuenta a la que aferrarse, ¿la ayudaría en algo?

—Está bien —dijo—. En un par de días podré darte alguna cosa.

Como hacía demasiado calor para dormir, Orsola se pasó la mayor parte de la noche pensando en el diseño de las nuevas cuentas. Sabía qué forma les daría: *ulivetta spoletta*, redonda en el centro y ahusada en los extremos, como un pistacho largo o una aceituna, para que pudiera frotarse con naturalidad entre los dedos. Simétrica pero con un elemento impredecible. La superficie sería completamente lisa, pues era más agradable al tacto.

Decidir el color le resultó más difícil. Aunque ella prefería el rojo, el color de la vida misma, era posible que a la gente la hiciera pensar en la enfermedad, en sangre escupida o defecada. El azul y el verde eran los colores del agua, que formaba parte de la vida cotidiana de los muraneses. Orsola no quería verse afectada por asociación. Podía usar el blanco, el color de la pureza. Pero por alguna razón, se vio atraída por el amarillo que había incluido Elena Barovier en sus bastones. El color del calor, de los fuegos que ahora ardían por todas partes para ahuyentar la miasma.

A primera hora de la mañana siguiente se puso a trabajar. Hizo varias cuentas opacas amarillas sin adornos, para practicar, pero tuvo la impresión de que debía añadir otro color. Un poco de negro, por la peste a la que se suponía que debía ahuyentar. Aunque Elena Barovier no le había enviado bastones negros, encontró uno fino en un rincón del taller. Probó a salpicar de puntos negros la superficie amarilla, pero se parecían demasiado a las bubas. Pasó a hacer líneas, pero el resultado le recordaba a un abejorro. El negro era necesario, pero su presencia tenía que ser más discreta.

Hizo una pequeña cuenta negra y la cubrió con una capa exterior de amarillo translúcido; sin embargo, el negro destacaba demasiado. Y si ponía una capa opaca de amarillo, no se veía nada de negro.

Frustrada, Orsola se reclinó en la silla y estiró los brazos doloridos. Necesitaba una mirada fresca.

Paolo fue el primer hombre en levantarse. Callado y constante, el ayudante era el músculo silencioso del taller. Llevaba los punteles, con el cristal fundido en los extremos, del horno a la mesa de trabajo y viceversa, soplaba las cañas mientras Marco o Giacomo daban forma al cristal y trasladaba las piezas terminadas al arca de recocido. A pesar de no ser especialmente creativo, era pragmático. Por lo general, Orsola no le pedía consejo, pero cuando él miró por encima de su hombro para ver lo que hacía, acabó explicándole sus dificultades.

Paolo se quedó tanto rato callado que ella empezó a limpiar la mesa a su alrededor; agrupó los bastones y barrió las esquirlas sobrantes hasta formar un montón.

—Las cuentas tienen que ser bonitas y dar esperanza —dijo él al cabo.

—¿No tendrían que hacer referencia a la peste de alguna manera?

Él la miró y su silenció obligó a Orsola a pensar. ¿Qué querría llevar la gente en el bolsillo para ahuyentar la peste? No algo que se la recordara, sino algo sencillo que ensalzara la vida. Al añadir el negro, no había hecho más que complicar en demasía el diseño.

Se puso a trabajar de nuevo e hizo una *ulivetta spoletta* más larga y gruesa que las anteriores; lo importante era que fuera cómoda de sujetar, así que necesitaba peso. Utilizó un bastón amarillo translúcido

que simbolizaba la imposibilidad de vislumbrar el futuro o saber lo que pasaría durante la epidemia, así como la necesidad de ver brillar un rayo de luz a través del cristal. Esa era la belleza de la translucidez: claridad y misterio a un mismo tiempo. En el interior de la cuenta añadió una espiral de amarillo opaco, que parecía el humo que se elevaba de las hogueras que encendía la gente para ahuyentar la peste. Orsola quedó tan satisfecha con el resultado que, al día siguiente, una vez que se había enfriado, le regaló la primera a Paolo en señal de agradecimiento. Él sonrió y se la llevó a Giacomo para que la admirara.

Antonio se sorprendió al ver las cuentas de la peste, tal vez porque esperaba algo más elaborado. No obstante, empezó a venderlas por cinco *soldi* —el precio de un pollo— y, durante varios días, tuvieron mucho éxito, el suficiente para que Orsola, sus hermanos y los niños disfrutaran de un montón de pollos.

Pero entonces la peste arremetió con fuerza y barrió Murano, dejando la mayor parte de las casas en cuarentena y enviando a numerosas familias a las islas Lazzaretti, y la fugaz fe de la comunidad en la magia de las cuentas declinó.

Orsola ya sabía que no eran mágicas: cinco días después de darle a Paolo su primera cuenta amarilla, Giacomo se lo había encontrado muerto en su cama. La enfermedad lo había asaltado por la noche y se lo había llevado antes de que llegara la mañana. Orsola nunca olvidaría el plañido que lanzó su gentil y silencioso hermano, tan desgarrador que debía de haberle destrozado la garganta. Marco y ella corrieron hacia la habitación de Paolo y encontraron a Giacomo aferrado al cuerpo de su maestro mientras lloraba a mares.

—No, Giacomo, no —murmuró ella al tiempo que intentaban apartar sus manos del cadáver—. No lo toques o enfermarás tú también.

—¡Quiero ponerme enfermo! —gritó su hermano—. ¡Quiero morirme yo también!

—No, no lo quieres. Ni se te ocurra decir eso.

—¡Sí que quiero!

Marco cogió a su hermano y tiró de él.

—*Basta*! Tenemos que permanecer unidos o la familia se irá al traste.

Giacomo siguió sollozando con los ojos cerrados con fuerza, pero Orsola asintió con la cabeza. Por primera vez, la firmeza de Marco le pareció una virtud y no un defecto.

Después, la vida se volvió aún más difícil. Tras la muerte de Paolo tuvieron que abrir la casa para entregar el cuerpo a las autoridades. El carnicero los visitó de nuevo en calidad de magistrado de salud. Esta vez no pidió más dinero para dejarlos quedarse en la casa: había ya

tanta gente en Lazzaretto Nuovo que no cabía nadie más. Sin embargo, insistió en que los Rosso no podían seguir utilizando el patio y que no iba a dejarse convencer por más dinero que le ofreciera Marco, un dinero que, de todos modos, no tenían.

Hizo que entablaran con clavos la puerta que llevaba de la casa al patio y dejó a los Rosso dentro, después de obligarlos a quemar toda la ropa que llevaban puesta y las sábanas que les había traído Antonio. Orsola se quedó con un único vestido: el marrón rojizo confeccionado con la tela que le había regalado Maria Barovier. No tenía nada que ponerse cuando lo lavaba y, encerrados como estaban en la calurosa y oscura casa, su cuerpo empezó a oler a sudor de tanto cocinar y hacer cuentas. Por si fuera poco, tampoco podían usar la letrina y tenían que arrojar las heces y la orina por la ventana abierta, del cubo a la calle. Toda la casa presentaba un aspecto nauseabundo por el hedor a excrementos y miedo.

En ese momento la cuarentena no se limitaba a casas individuales: calles enteras e incluso barrios quedaban aislados. Las existencias en los mercados se redujeron a los productos más básicos. Las barcas tenían completamente prohibido navegar; tan solo se permitía salir a los pescadores. Dejaron de celebrarse misas en las iglesias, aunque las procesiones estaban autorizadas. Orsola y sus hermanos vieron pasar una por debajo de su ventana abierta; un sacerdote la encabezaba cargando con una cruz mientras, detrás de él, otro agitaba el incensario, que ahora también servía como protección para la peste. Los muraneses que no estaban encerrados en sus casas los seguían recitando oraciones. Algunos levantaron la vista hacia los Rosso, que los miraban desde la ventana, y se santiguaron.

Los magistrados de salud y el médico de la peste caminaban a menudo por la calle aunque, a medida que sucumbían a la enfermedad, el personal iba cambiando. El médico, con su pico y sus ojos de cristal, había perdido su aire siniestro después de haberlo visto ya varias veces, y ahora a Orsola le parecía que tenía un aspecto más bien ridículo.

Marco y ella se pasaban la mayor parte del tiempo en la habitación de la ventana abierta. Era la única estancia con luz natural y en la que corría un mínimo de aire, aunque fuera la ardiente y sofocante brisa veraniega. Con la muerte de Paolo, su cuarentena había vuelto a empezar y Marco hacía marcas en la pared para llevar la cuenta: dos días, cinco días, diez días, veinte días. El tiempo les jugaba malas pasadas al deslizarse al ritmo de un canal estancado. A veces, Orsola tenía la sensación de que era un año más vieja cuando en realidad solo había pasado un día. Al final dejó de prestarle atención. Hasta el hecho de medir el paso del tiempo le parecía absurdo.

Sus hermanos no hacían nada aparte de permanecer sentados y dejar pasar los días. Dejaron de jugar a las cartas. Dejaron de hablar del futuro o del presente. Giacomo se había sumido en un silencio absoluto y la muerte de Paolo le había grabado unas profundas arrugas en las comisuras de los ojos y la boca.

Orsola se mantenía un poco más ocupada: llevaba el inventario de la comida que les quedaba y cocinaba una vez al día. Aparte de eso, hacía cuentas abajo, en la cocina, donde no había otra luz que la de las velas que encendía. Ahora que ya no tenía que centrarse en las cuentas de protección para la peste, podía hacer lo que quisiera, quizá diseñara algo nuevo para mantener a raya el miedo de preguntarse quién sería el siguiente y si la muerte sería rápida y compasiva, o larga y agónica.

Se quedaba sentada largo rato contemplando el bastón con el que tenía que trabajar, pero le resultaba imposible encontrar inspiración en medio de aquella agobiante oscuridad en la que no veía con claridad los colores. Además, era incapaz de desviar la atención de cada retortijón de su estómago y cada mínima molestia en los brazos y las piernas. Con aquel calor, era más difícil concentrarse. Estaba acostumbrada al calor de la lámpara con la que trabajaba y al del horno que te quemaba la cara en invierno aun cuando tuvieras la espalda congelada. Pero el calor de aquella casa tapiada, donde incluso las cerraduras estaban selladas con harapos, era abrumador. Hacía tanto calor allí dentro que resultaba difícil distinguir dónde terminaba el calor de fuera y empezaba el de su propio cuerpo. Era como vivir dentro de la fiebre, aunque ella no la tuviera.

La principal razón por la que no conseguía trabajar, no obstante, era que no estaba inspirada. Para inspirarse era necesaria la novedad: gente nueva, lugares nuevos, historias nuevas, comidas nuevas. Cristal nuevo.

Al final volvió a centrarse en los diseños que ya dominaba y que podía hacer prácticamente con los ojos cerrados. Había algo reconfortante en los colores y las formas conocidos, y el trabajo mecánico con la lámpara mantenía su mente ocupada y no la dejaba pensar en nada más. Orsola terminaba una cuenta tras otra: esferas, barriles o elipsoides, lisos y adornados. No estaba segura de qué haría con ellas, de si Antonio podría usarlas para pagar ahora que había tanta gente en cuarentena o de si Klingenberg seguiría siquiera con vida para vendérselas. Pero era mejor que quedarse sentada sin hacer nada.

Ahora que sus hermanos estaban siempre en la habitación de la ventana, Orsola no pudo quedarse a hablar con Antonio cuando este vino a traerles provisiones a los pocos días de empezar la nueva cuarentena. Al verlo acercarse, se puso de pie en el hueco como

siempre y él le dedicó una sonrisa.

—¿Te has puesto ese vestido porque sabías que venía? —intentó bromear, antes de que apareciera Marco y se pusiera a lanzarle sus propias preguntas.

Antonio les traía malas noticias: muchos enfermos, muchos muertos, muchos en cuarentena. En el mercado la oferta era escasa y las tiendas estaban cerradas, así que era difícil conseguir comida. Marco subió con la cuerda las sábanas y la comida que Antonio les había traído. Después de abrir la cesta, Orsola se hizo sitio de nuevo junto a su hermano.

—¿Cómo estás, Orsola? —preguntó Antonio.

Ella sintió deseos de llorar. De saltar por la ventana a la calle. De decirle que sus visitas eran lo único que la mantenía con vida..., aunque eso no era del todo cierto. Las cuentas también la ayudaban.

—*Sto bene* —lo tranquilizó—. *Grazie di tutto*. —Señaló con un gesto las sábanas, el pan, el queso y las lentejas que había a su espalda, y luego sostuvo en alto un saquito—. He hecho cuentas. ¿Crees que la gente las querrá?

Antonio vaciló.

—Bájalas —dijo al cabo—. Lo intentaré. Dime qué necesitas.

Ella quería pedir algo fresco y dulce, algo que no le recordara que estaba encerrada, sino que le trajera reminiscencias de los jardines y campos del norte de la isla. El cuerpo le pedía decir: «Trae flores». Sin embargo, se mostró pragmática.

—*Pancetta* y harina —le pidió—. Y más aceite.

—Melocotones —añadió Giacomo, al tiempo que se asomaba al hueco de la ventana desde el otro lado de Marco.

Era la primera palabra que pronunciaba en días. A Paolo le encantaban los melocotones.

Al oírlo, a Antonio se le iluminó la cara y Orsola pensó que ojalá se le hubiera ocurrido a ella. Era extraño pensar que los melocotones seguían creciendo y madurando mientras ellos permanecían encerrados en casa, atemorizados por la muerte.

—¿Cómo están Marcolin y Stella? —preguntó.

—Hartos. Stella se escapó y tuve que ir a buscarla. Había cruzado el Ponte Longo y echó a correr por la *fondamenta*.

La travesura hizo sonreír a Orsola, pero Marco refunfuñó:

—¿Qué pasa con *zia* Giovanna? ¿Es que no puede ni vigilar a los niños?

Antonio frunció el ceño.

—Hace todo lo que puede. Las cosas aquí fuera no son fáciles.

Orsola contuvo la respiración. El *garzone* se estaba enfrentando a su maestro. Notó cómo Marco se enfurecía.

En lugar de alargar el momento, Antonio se limitó a decir:

—Traeré lo que pueda en un par de días.

Luego saludó a Orsola con un gesto de la cabeza y se alejó caminando por la calle. Los Rosso contemplaron con envidia su relativa libertad.

—*Muso da mona* —mascculló Marco.

—Ni se te ocurra —replicó Giacomo—. Lo necesitamos.

Dos días después, Antonio les trajo melocotones y pescado. Había conseguido salir en un barco con pescadores muraneses y había capturado el suficiente para alimentar a los Rosso. El resto lo usaría como moneda de cambio.

—Me temo que la gente ya no quiere tus cuentas —añadió en tono de disculpa—. Me las quedaré por si cambian las cosas, pero no hace falta que me des más.

Orsola se puso roja y se guardó las cuentas que había pensado bajarle con la cesta. Durante un breve tiempo había disfrutado de la embriagadora sensación de saber que sus cuentas valían lo suficiente como para mantener alimentada a su familia.

A pesar de todo siguió fabricándolas, tanto por costumbre como para ocupar el tiempo. Giacomo también había empezado a hacer cosas, como tallar palos de madera y transformarlos en juguetes que enviaba a los niños a través de Antonio. El único incapaz de encontrar un pasatiempo era Marco, que se dedicaba a molestarlos e incluso llegó a pedirle a Orsola que le enseñara a trabajar con la lámpara, aunque enseguida se cansó.

—¿Qué son estas bolitas de cristal? Parecen *escrementi di coniglio* —refunfuñó al tiempo que arrojaba al suelo una de las varas de hierro de su hermana, con una cuenta deforme en un extremo—. ¡Cagadas de conejo! Lo que yo quiero es trabajar con tanto cristal que me duelan los brazos. Que el calor del horno me queme la cara. Transformar un gran pedazo de cristal en una preciosa copa, ¡no hacer zurullitos!

Orsola lo entendía. A Marco le gustaba la dimensión dramática del taller, con el horno, el vidrio y los hombres trabajando al ritmo que él establecía desde el centro. La danza del cristal, más que el esfuerzo individual. Si tuviera ocasión de hacerlo, Orsola creía que a ella también le habría gustado manejar un puntel, soplar el cristal y dar forma a un jarrón, una copa de vino con filigranas o una lámpara de araña. Pero se conformaba con trabajar con la lámpara. En sus cuentas crearía mundos en miniatura, algo que en sí mismo ya era satisfactorio. Sin embargo, siempre valdrían menos que las piezas grandes y nunca despertarían la admiración de Marco. Orsola nunca se convertiría en una vidriera respetada como Maria Barovier. Esa puerta estaba firmemente cerrada.

Los días se fundían unos con otros y era difícil distinguirlos: cocinar, comer, lavar, hacer cuentas, sudar, esperar a Antonio,

intercambiar unas palabras o una mirada si venía, y luego dormir y aguardar al día siguiente.

Lo único que rompió la monotonía fue una visita inesperada: Stefano fue a verlos con más bastones de cristal de parte de Elena Barovier. Orsola le dio las gracias al tiempo que los izaba. Mientras ella echaba un vistazo al lote, Marco se asomó por la ventana y le preguntó por las últimas novedades. A diferencia de Antonio, Stefano tenía información sobre las idas y venidas de los diversos talleres y, aunque por lo general era un hombre callado, Marco lo acribilló a preguntas y consiguió sacarle la información que buscaba: no solo quién había muerto y quién estaba en cuarentena, sino también quién vendía, qué se estaba elaborando y de quiénes copiaban o robaban los diseños. A Orsola le parecía de lo más aburrido; lo que ella quería saber era si en el mercado había melocotones que comprar, si las barcas volvían a navegar entre Murano y Venecia, si alguien sabía algo de la gente que habían enviado a Lazzaretto Vecchio, o conocía al menos el destino de Nicoletta y Laura Rosso.

Esa misma noche, cuando hubo refrescado un poco, Marco fue el primero en dormirse y Giacomo y Orsola se sentaron junto a la ventana abierta para disfrutar de la brisa, con el ronquido constante de su hermano de fondo. Era rara la ocasión en la que los dos hermanos podían hablar a solas, sin que Marco los escuchara.

—¿Por qué no ha dicho Marco nada de Nicoletta? —quiso saber ella—. ¿O de madre? ¿Y por qué nunca pregunta a Antonio sobre Marcolin? ¿Es que no le preocupa su propio hijo?

—Claro que le preocupa —respondió Giacomo—. Lo que pasa es que su manera de lidiar con los problemas es ignorarlos. Le resulta más fácil así. Ser el hermano mayor siempre ha sido una carga para él, una carga pesada, y la muerte prematura de padre antes de que él estuviera preparado no hizo más que empeorarlo. Lo cierto es que tú eres tan dura como él a la hora de juzgar a los demás.

—¡No es verdad!

Giacomo no contestó y Orsola tuvo que reprimir su indignación. Luego se quedaron un rato callados, escuchando los ronquidos de su hermano.

—¿Qué vais a hacer sin Paolo? —A Orsola le costó pronunciar su nombre.

Giacomo meneó la cabeza. Tras una larga pausa tragó saliva como si estuviera haciendo desaparecer la pena.

—Casi todo lo que sé me lo enseñó él. Sobre todo durante los turnos nocturnos, cuando Marco no estaba y se trabajaba mejor, con menos tensión. Aunque no presumía de ello, era muy habilidoso. Y cuando estábamos los dos solos, compartía sus conocimientos conmigo. —Giacomo se interrumpió y pareció que iba a añadir algo

más, pero al final se dio la vuelta mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

Un día, el magistrado de salud se pasó por la casa, pero ya no era el carnicero, sino el cordelero. Esa noche, Antonio les contó que el carnicero había cogido la peste y se lo habían llevado a Lazzaretto Vecchio. Orsola no le preguntó por la hija.

Había algo en la actitud de Antonio, allí parado en la calle mirando hacia arriba, que la inquietó.

—Tienes algo más que contarnos.

Él asintió y luego se quedó mirándose los pies. Orsola solo veía su coronilla, hasta que por fin él volvió a alzar la vista.

—Tu *nonna*.

Si se lo hubiera dicho unas semanas atrás, ella se habría sentado y se habría lamentado entre gemidos, medio desmayada. Pero la peste negra había calado en todos ellos y los había apaleado de tal manera, que ya nadie sentía nada. Marco y Giacomo permanecieron en silencio. Orsola tragó saliva y luego asintió.

—¿Y los niños? ¿Nuestra tía?

—Nadie más está enfermo. Aunque sí que los han puesto en cuarentena, así que no puedo seguir viviendo allí.

—¿Adónde has ido?

—A la *Riva* di San Matteo. Estoy durmiendo en la barca.

—Y desde allí miras las montañas.

—Y desde allí miro las montañas.

Antonio iba a verlos casi todas las noches y, cuando no lo hacía, Orsola se reconcomía pensando que había enfermado, que había acabado en Lazzaretto Vecchio o Lazzaretto Nuovo, o que estaba encerrado, muerto en el *sandolo* de los Rosso o enterrado en una de las fosas para los muertos de la peste, entre decenas de cuerpos. Estaba atenazada por el miedo hasta que volvía a verlo, aunque entonces no le hablaba de su preocupación. Bastante tenía él con desplazarse por la isla ahora que muchas calles y puentes estaban cerrados a cal y canto, y las autoridades animaban a la gente a quedarse en casa. Antonio se arriesgaba a que lo multaran o incluso a que lo desterraran si no iba con cuidado. Él no se quejaba; estaba contento de poder hacer algo para ayudar no solo a los Rosso sino también a las otras familias para las que hacía recados. Orsola conocía la sensación, el alivio que producía estar activo en lugar de limitarse a esperar a que pasara algo.

Cada vez que Antonio se marchaba, los tres Rosso lo contemplaban alejarse por el pasaje y envidiaban su libertad. Todos anhelaban que llegara el día en que pudieran caminar libremente por la *Fondamenta* dei Vetrai, pararse a comer ostras en Campo Santo Stefano, beber algo en L'Omo Salvadego, entrar en Santi Maria e

Donato para rezar o admirar los mosaicos del suelo, pasear por los jardines del norte y coger cerezas o aspirar el aroma de los lirios del valle. O bien ir al Campo San Bernardo y enterarse de quién estaba peleado y quién se iba a casar, quién esperaba un hijo y quién estaba agobiado por tener demasiados; qué taller destacaba sobre los demás y cuál podía tener que cerrar sus puertas; a quién se le había estropeado el vino y quién tenía un excedente de queso; con quién se veía el aprendiz de los Rosso y a quién quería de verdad. Las pequeñas cosas de la vida que eran realmente importantes.

Las marcas de Marco en la pared, la única medida concreta del paso del tiempo en un mundo que flotaba a la deriva, se iban acumulando. Nadie se puso enfermo y, de pronto, llegó el cuadragésimo día de la cuarentena. A Orsola casi no le quedaba bastón, así que hacía pocas cuentas. Preparó un guiso con lentejas y el pescado que había traído Antonio la noche anterior, y luego se sentó con sus hermanos junto a la ventana para contemplar la escasa actividad de la calle. Resultaba difícil imaginar que pronto se unirían a ella, que serían libres de salir; que Marco podría encender de nuevo el horno y trabajar, que los niños podrían regresar; que podrían retomar la vida, que el tiempo volvería a correr, rápido o lento.

A última hora de la tarde apareció el magistrado de salud con dos hombres para retirar las tablas de ventanas y puertas, así como para explicarles las restricciones a las que estaban sujetos: qué partes de Murano estaban cerradas, la prohibición de utilizar barcos para ir a Venecia, a otras islas y a *terraferma*. Una vez que terminó y los hombres se marcharon, una vez que las ventanas quedaron despejadas y las puertas abiertas de par en par, los Rosso no las cruzaron de inmediato, sino que permanecieron en el umbral igual que habían hecho en la ventana del piso de arriba y se asomaron afuera. A ambos lados de la calle había puertas con cruces rojas pintadas encima y ventanas entabladas como habían estado las suyas. Orsola tenía la sensación de haberse recobrado de una larga fiebre y de que debía aprender de nuevo a caminar después de pasar semanas en la cama; aprender a hablar con la gente, a vivir.

Solo se movió cuando vio aparecer a Antonio por el extremo de la calle. En ese momento echó a correr, aunque sus piernas no tuvieran fuerza por la falta de actividad; echó a correr pese a todo y esquivó gatos, aguas negras, cuerdas de tender, carretillas y mendigos, todos los signos de la vida que continuaba y que tanto había echado de menos. Corrió y corrió hasta refugiarse entre sus brazos, sollozando, sin importarle que Marco, Giacomo y la calle entera los vieran. Lo único que le importaba era la solidez y la seguridad que emanaban de él y de los brazos que la rodeaban.

Por encima del hombro de Antonio distinguió a una mujer que

avanzaba sigilosamente por la calle vestida con unos harapos mugrientos, el pelo apelmazado y el rostro tan chupado que se le marcaban los huesos en la piel. Orsola tardó un instante en reconocer a su madre. Laura Rosso sujetaba un bulto contra su pecho, que abrió los pulmones para informar a gritos a Orsola de que había sido tía por segunda vez.

3

El canto plano que has arrojado con pericia sobre la superficie de la laguna rebota una vez más y cae en 1631. El tiempo *alla veneziana* se pone de nuevo en marcha.

La peste ha seguido su curso, como hacen todas las epidemias, y ha matado a casi una tercera parte de la población de Venecia. Es algo que se repetirá una y otra vez. Por suerte, también suceden otras cosas en el mundo. Shakespeare, por ejemplo. El Bardo llega incluso a presentar dos obras en Venecia. ¿Visitó acaso un taller y compró allí un adorno de cristal? Galileo le cuenta a la humanidad que no es el centro del universo. (La cosa no acaba muy bien). Caravaggio domina el arte del claroscuro y mata a alguien. En Europa comienza la complicada guerra de los Treinta Años. Al otro lado del Atlántico empiezan a colonizarse tierras. Se difunde el mito de que los neerlandeses han comprado la isla de Manhattan a la tribu de los lenape por una bagatela y un puñado de —sí— cuentas. Es tentador pensar que son las de Orsola Rosso, pero no es así. Y los lenape tienen otro concepto de la propiedad: para ellos, nadie es dueño de la tierra, ni puede comprarla ni venderla.

Más cerca de casa, el reinado de Venecia como encrucijada comercial ha terminado de verdad. La Ciudad del Agua vuelve gradualmente a la normalidad, en la que aterriza con una sacudida, pero ese golpe jamás la despojará por completo de su gloria renacentista. Y los artesanos de la Isla del Cristal siguen siendo reconocidos como los mejores vidrieros del mundo.

Sentada a la mesa de la cocina, Orsola está enfrascada en hacer girar en ambos sentidos bajo la llama una cuenta de un amarillo translúcido que cubre una espiral de amarillo opaco. Alza la vista. En el mundo exterior han transcurrido cincuenta y seis años, y otra epidemia de peste acaba de remitir, pero ella y aquellos que le importan siguen teniendo la misma edad…

Nicoletta, Maddalena, *nonna*, Paolo. Cuatro huecos que hay que rellenar en la familia Rosso.

El relevo más urgente era el de Nicoletta, pues su hijo necesitaba sustento. Orsola cogió a Raffaele —era el nombre que le había puesto su abuela— de los esqueléticos brazos de Laura Rosso y, a pesar de haber estado casi dos meses encerrada por la cuarentena, caminó con él hasta el Campo San Bernardo para buscar a la nodriza que habían utilizado con Stella. Orsola no tenía ni idea de si seguía con vida ni de si tenía un recién nacido y leche de sobra, pero no se le ocurría otra

cosa.

Monica Vianello estaba viva, tenía una recién nacida —Rosella— y se llevó a Raffaele al pecho sin dudarlo. Era hija de un pescador; su rostro estaba curtido de trabajar al aire libre reparando redes y sus manos, llenas de cicatrices de destripar peces. Sus ojos tenían forma de almendras alargadas y el color de un reluciente cristal azul, y siempre llevaba un viejo vestido azul a juego con ellos. Aunque era de esperar que una nodriza tuviera unos pechos abultados, los suyos eran pequeños y duros, pero no por ello dejaban de producir una cantidad prodigiosa de leche. No tardó en irse a vivir con los Rosso: la peste había matado a su marido y a su otro hijo, y era más práctico tenerla cerca que ir llevando a Raffaele arriba y abajo.

Monica amamantaba al hijo de Nicoletta, pero Orsola no había contado con que la nodriza también la reemplazara en el lecho de Marco. Una mañana, solo una semana después de haberse instalado, Orsola la vio salir del cuarto de su hermano y casi dejó caer al suelo el montón de sábanas que cargaba. La nodriza la miró y luego se dirigió a su propia habitación, donde se enganchó a los dos sollozantes niños a los pechos y se sentó junto la ventana a mirar el patio mientras ellos mamaban. Tenía un aire tan fiero que Orsola no se atrevió a preguntarle qué había estado haciendo con Marco. Se casaron en cuanto encontraron a un sacerdote que no hubiera sucumbido a la peste.

Antonio se rio cuando Orsola le habló de Monica y Marco.

—No quiero saber nada de los asuntos del maestro —dijo—. Yo no me voy a meter en los suyos y espero que él no se meta en los míos.

Cuando se lo contó a Giacomo, este se encogió de hombros.

—Es una solución muy práctica. Marco necesita una esposa y una madre para los niños, y ella está aquí y tiene la leche.

A su madre no le dijo nada, pues sabía que se horrorizaría al enterarse de que habían reemplazado a Nicoletta con tanta facilidad. Laura Rosso había regresado tan exhausta de Lazzaretto Vecchio que estaba casi irreconocible. Orsola y Monica lo intentaban todo para que ganara peso, pero ella no tenía interés alguno por la comida. Su mirada estaba atormentada por todo lo que había presenciado y no había nada que pudiera ahuyentar esos recuerdos. Laura no hablaba de su calvario; tan solo decía que la muerte de Nicoletta había sido una bendición porque había acabado con su sufrimiento. Lo único que aliviaba momentáneamente su horror era Raffaele, que durante el resto de su vida sería su nieto preferido.

El siguiente hueco en la familia que había que ocupar era el de Maddalena. Eso les llevó más tiempo, pues mucha gente temía entrar a trabajar para una familia a la que había afectado la peste. Durante

una temporada, las mujeres Rosso tuvieron que apañárselas solas: Laura débil y deprimida, Monica con los brazos llenos de bebés y Orsola sin parar ni un momento. Una vez más, no le quedó tiempo para dedicarse a las cuentas. Le fue bien que pasaran meses hasta que los negocios recuperaron la normalidad y Klingenberg volvió a hacer pedidos.

Al final, Monica convenció a una prima de su extensa familia para que ayudara a los Rosso. Isabella Vianello era hija de otro pescador, callada y muy trabajadora, con una mirada de soslayo que podía matarte si la clavaba en ti. Monica y ella no se parecían en nada a Maddalena, que había sido blanda como el pan, de llanto fácil y con una tendencia a involucrarse en todos los dramas familiares. Las primas Vianello se parecían más a anzuelos: afilados y relucientes; productivos si estaban de tu parte y letales en caso contrario.

Varias semanas después de instalarse, Isabella también atrapó a un hermano Rosso. La mañana que Giacomo salió detrás de ella de su cuarto, se lo veía aturdido y un poco confuso, como si lo deslumbrase el reflejo del sol en el agua. Esta vez Orsola no le dijo nada a nadie, curada ya de espantos con aquellas pescadoras. Además, las necesitaban. Cuando Monica e Isabella se hicieron cargo de la casa, la manejaron con mucha más eficacia de lo que había logrado jamás Maddalena, aunque las comidas de Isabella eran mucho menos refinadas. Pese a venir de una familia de pescadores, sus sardinas nunca fueron tan sabrosas como las de Maddalena.

Nonna, que era una figura irreemplazable, parecía haber salido de su propio cuerpo para encarnarse en el de su hija pequeña. *Zia* Giovanna había envejecido bastante durante la cuarentena: las arrugas de su rostro eran más profundas y tenía el pelo más canoso que Laura Rosso, pese a ser más joven. Cuando Giovanna llevó a Marcolin y a Stella a casa al terminar la cuarentena, Stella se alejó corriendo de ella sin mediar palabra mientras que, tras entregarles al niño, su tía dio media vuelta y se marchó apresuradamente sin quedarse a comer o hablar, ni siquiera con su hermana. Al día siguiente, Laura fue a verla y llevarle comida, y regresó antes de lo esperado. Les explicó que Giovanna no había pronunciado palabra excepto para decir que estaba cansada y quería dormir. No era la única a quien le sucedía: para muchos, salir de la cuarentena era casi tan difícil como sobrellevarla. Cuando uno estaba encerrado había pocas decisiones que tomar; no había nada que hacer aparte de esperar y mantenerse con vida. Al terminarla, llegaba súbitamente la libertad y, con ella, las decisiones.

Los dos niños regresaron cambiados. Habían presenciado de primera mano la muerte de la abuela de Orsola, y la subsiguiente cuarentena con su tía los había marcado, aunque de maneras distintas. Marcolin se había acostumbrado tanto a estar dentro de casa, que

ahora los espacios abiertos le daban miedo y prefería quedarse en la cocina o el almacén de cristal, o simplemente dentro del taller. Cada vez que Orsola lo llevaba al mercado, al agua o a un campo a jugar con otros niños, empezaba a gritar. Los espacios públicos lo ponían nervioso, igual que las multitudes, y rehuía a cualquiera que se acercara demasiado a él, con una mirada de miedo en sus ojos oscuros igual que la de Nicoletta.

A Stella le había sucedido todo lo contrario: después del confinamiento estaba más decidida que nunca a pasar tiempo fuera, y mejor aún si nadie sabía dónde se encontraba. La familia tenía que cerrar con llave la puerta de la calle para evitar que se escapara y echara a correr. Pero eso no la frenaba: esperaba a que alguien entrara o saliera, y se escurría por su lado para salir disparada. Una vez, Giacomo la encontró en el barco amarrado en la parte de atrás, intentando deshacer con sus deditos los nudos del cabo para poder alejarse flotando. Al final, los Rosso se rindieron y dejaron que Stella recorriera la isla a su antojo; al fin y al cabo, era pequeña, y así la vida resultaba más sencilla para todos. Orsola sospechaba que su hermana sería siempre la corredora de la familia: la mensajera, la encargada de ir a buscar a alguien o algo. La que huiría a Venecia o, aún peor, a *terraferma*.

Orsola ocupaba sus días buscando comida, haciendo la colada, vigilando a Marcolin y Stella, reviviendo el huerto de los Rosso —con lo poco que se podía cultivar en otoño— y cuidando de su madre mientras esta se recuperaba. Trabajaba duro hasta que todo estaba hecho, limpio y guardado; hasta que los niños y Laura Rosso se dormían, y las Vianello se llevaban a sus hermanos a la cama para entretenerlos; y entonces se escapaba con Antonio. A veces iban a la *Riva* di San Matteo, un lugar tranquilo y lo bastante alejado de su casa como para relajarse de todas las obligaciones que los atenazaban. Otras veces, Antonio la llevaba con el *sandolo* a la laguna y remaba alrededor de Sant'Erasmo, Burano y Torcello, evitando siempre Lazzaretto Nuovo. De noche, los únicos que había en el agua eran los pescadores, que sabían lo que hacían los dos allí y no los molestaban.

Los dos meses de encierro por la cuarentena, unidos a la cantidad de tiempo que habían pasado con anterioridad manteniendo una respetuosa distancia, hicieron que explotaran en cuanto pudieron estar juntos. Orsola no había creído posible que las caricias de alguien pudieran afectarla tanto ni que las suyas pudieran excitarlos a ambos. Eran incapaces de quitarse las manos de encima. Ella exploraba hasta el último centímetro del cuerpo de Antonio, desde sus anchos hombros, pasando por las ondulantes colinas y valles de sus largos brazos, sus musculosas pantorrillas, hasta su firme trasero, que por fin podía agarrar, mientras sentía el sólido y placentero peso de su cuerpo

sobre el de ella. Antonio pasaba las manos por encima de ella, por dentro de ella, por cada superficie y recoveco; y al hacerlo, le descubría su propio cuerpo de formas hasta entonces insospechadas: sus turgentes pechos, su aterciopelada espalda y la suave piel de la parte interna de sus muslos, que recorría arriba y abajo con los dedos y la lengua.

La primera vez que Antonio entró en ella, Orsola se quedó tan sorprendida por el íntimo dolor y la escalada de sensaciones —una dicha inesperada tras tantos meses de penurias— que rio y lloró al mismo tiempo. Tras recobrar fuerzas quiso repetirlo una y otra y otra vez, siempre que podían escaparse. En ocasiones se frotaban uno contra el otro tumbados en la barca y él se deslizaba dentro de ella mientras el agua los balanceaba. En otras, cuando necesitaban tierra firme para empujar y equilibrar sus cuerpos llenos de energía, se paraban en una de las minúsculas islas deshabitadas que punteaban la laguna.

A Orsola le encantaba todo lo que hacían juntos: cada caricia, cada embestida, cada broma y cada risa. Pero lo que más le gustaba era quedarse tendida después en la barca con Antonio y contemplar el cielo nocturno con los dibujos cambiantes de la luna, las estrellas y las nubes. Era en esos momentos cuando más plena se sentía, liberada del tiempo, de la familia, del taller, de los niños con su ropa sucia y de su lámpara, que acumulaba polvo en un rincón.

Mientras vagaban a la deriva, hablaban de muchas cosas: de conseguir que Laura Rosso recuperara la salud, del alejamiento de *zia* Giovanna, de las correrías de Stella, de la dirección que estaba adoptando el taller, de cómo las primas Vianello habían tomado el control del hogar y de los hermanos Rosso. Orsola desconfiaba especialmente de Isabella Vianello, incapaz de concebir que Giacomo e Isabella pudieran encajar de la misma manera en que lo hacían Antonio y ella con tanta naturalidad. A diferencia de Marco, Giacomo siempre se había mostrado tímido con las chicas de Murano. Su nueva esposa no era tímida, sino mordaz e impaciente con su marido. A Orsola le dolía presenciarlo.

Antonio defendía a las primas frente al escepticismo de ella.

—Las familias de pescadores no llevan el mismo tipo de vida que las de vidrieros —le explicó una noche mientras flotaban por la laguna, agotados tras su vigoroso intercambio—. Siempre tienen pescado de sobra para comer, por supuesto, pero no casas tan grandes, ni criados ni ropa de cama buena. Monica e Isabella vieron una oportunidad para mejorar su vida. ¿Acaso puedes reprochárselo?

Orsola estaba tumbada con la cabeza apoyada en su pecho y levantó la vista hacia el perfil de la mejilla de Antonio, recortado contra el cielo nocturno e iluminado por un farol que habían traído

con ellos.

—¿Fue eso lo que hiciste tú también cuando nos conociste? ¿Viste una oportunidad y la aprovechaste?

—Claro. Y con un incentivo añadido. —Él le apretó el muslo.

—¿Eso es lo que me consideras? ¿Un incentivo?

—*Sì, bella*. Soy un pescador con suerte.

Ella le mordió el hombro.

—*Ahia*! Igual no tengo tanta suerte. —Antonio se frotó el mordisco—. *Ecco*, no te preocupes por las chicas. Tus hermanos están en buenas manos. Monica e Isabella nunca han tenido dinero, así que no saben cómo gastarlo. Lo que han aprendido es a hacerlo todo sin muchos recursos, y además son rápidas. Sin ofender a Maddalena y Nicoletta —hizo una pausa al tiempo que se santiguaba—, pero ¿no te parece que la casa funciona mejor ahora que la llevan las Vianello?

—Supongo que sí.

Orsola sabía que era cierto, pero no quería darle la razón con tanta facilidad, pues le molestaba que Antonio se hubiera aliado tan rápidamente con la familia de pescadores. Ahora ya no trabajaba con el pescado sino con el cristal, y era a los Rosso a quienes debía lealtad. Sin embargo, Antonio se había llevado bien con Monica e Isabella desde el principio, como si los tres hablaran un idioma que el resto desconocía.

El mismo que no hablaban Antonio y ella: el del matrimonio, aunque lo que hacían en la barca y en las islas fuera el preámbulo.

Un día que estaba amamantando a los bebés, Monica pidió a gritos un vaso de agua. Cuando Orsola se lo llevó, ella lo dejó en la mesa sin bebérselo y le indicó con un gesto de la cabeza que se sentara. La joven Rosso se sorprendió: su cuñada y ella todavía no tenían la confianza suficiente para sentarse a charlar. Pese a todo, se acomodó en el borde de la cama. Aún la asombraba ver cómo Monica amamantaba a dos bebés al mismo tiempo, mientras los sostenía bajo el brazo como si fueran paquetes.

—¿Sabes cómo tomar precauciones con Antonio? —preguntó Monica.

Orsola arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A las idas y venidas que os traéis cada noche. Es lo que hace una cuando quiere tener un hijo. ¿Es eso lo que deseas?

Orsola abrió la boca para protestar, pero la mirada de Monica era tan directa y penetrante que se merecía que fuera sincera.

—Todavía no quiero un hijo —contestó en voz baja.

—Entonces supongo que sabes que tienes que hacerle salir para que no te meta su semilla dentro, ¿no?

Orsola negó con la cabeza y trató de disimular su estupefacción

cuando Monica le explicó con detalles lo que debía hacer.

—¿Eso es lo que haces tú con Marco? —preguntó al cabo, aunque le horrorizaba tener que imaginarse a su hermano en esa situación.

—Claro que no. Yo quiero tener un hijo con él, aunque es poco probable que suceda mientras siga dando de mamar a estos dos. El cuerpo es consciente de cuándo es el momento oportuno. ¿No lo sabías? Me parece que hay muchas cosas que desconoces, ¿verdad?

Orsola sintió la necesidad de defenderse de aquel dardo.

—Sé mucho sobre el cristal. Sobre cuentas.

—¿Cuentas?

—Sí, hago cuentas.

—¿Y te dan dinero por ellas?

Orsola asintió y le habló de Klingenberg.

—No se lo digas a Marco —añadió instintivamente al percibir que su cuñada no era la clase de mujer que se lo contaba todo a su marido —. No sabe lo del dinero. Tengo que perfeccionar mi trabajo con las cuentas para que no pueda quejarse de que estoy perdiendo el tiempo y desperdiciando cristal.

—Muy lista. ¿Le enseñarás a Rosella cuando sea mayor?

Monica señaló con la cabeza a su hija, que se había quedado dormida bajo un brazo mientras Raffaele continuaba mamando desde el otro. La petición sorprendió a Orsola, que no le había prestado mucha atención al bebé de Monica. En ese momento, tan solo era otra niña que contribuía al montón de ropa sucia.

—Tiene que aprender a cuidar de sí misma, por si no la aceptan —añadió su cuñada.

—¿Qué quieres decir, «si no la aceptan»? Si no la acepta, ¿quién?

—Los Rosso.

—¡Claro que la aceptaremos!

La boca de Monica se torció en una sonrisa escéptica.

—¿Estás segura? ¿De verdad crees que será una Rosso más? ¿Que se casará con un vidriero? ¿Que llevará pieles como la esposa de un maestro?

—*D'accordo* —dijo Orsola al cabo de un momento—. Cuando Rosella sea mayor, le enseñaré a trabajar con la lámpara. Pero solo seguiré si se le da bien.

Monica asintió, satisfecha.

El método de la marcha atrás que Monica le había enseñado habría resultado útil, por muy aparatoso y ligeramente insatisfactorio que fuera, pero ya era demasiado tarde. A Orsola no le vino el *mar rosso* cuando le tocaba, sus pechos se volvieron más sensibles y empezó a tener náuseas en momentos inusuales. No acudió a Laura Rosso, sino a Monica. Sus consejos directos y prácticos, que le daba sin juzgarla, eran justo lo que Orsola necesitaba, no la desaprobación

de su madre.

Se lo contó mientras su cuñada estaba otra vez dando de mamar a los bebés, sin nadie cerca que pudiera escucharlas.

—Me dijiste que todavía no querías tener un hijo —señaló Monica al tiempo que la miraba atentamente y sujetaba la cabeza de Raffaele y Rosella mientras mamaban—. ¿Todavía piensas lo mismo?

—Creo que ahora ya no me queda otro remedio, ¿no?

—Claro que sí. Hay cosas que puedes tomarte y una mujer a la que puedes acudir, cerca de los campos de blanqueo.

Orsola vaciló. Había oído rumores acerca de esa clase de cosas y mujeres, pero nunca había estado segura de su existencia. Era un pecado y, si alguien se enteraba, le prohibirían la entrada en misa o algo peor. Además, siempre podía tener un hijo con Antonio; eso sellaría su unión y sus vidas. Sin embargo, otro bebé en una casa que ya estaba llena de niños y cuyo número seguramente aumentaría en breve la alejaría definitivamente de sus cuentas.

—Me lo pensaré —dijo.

Al final no tuvo que tomar una decisión: su cuerpo lo hizo por ella. Una mañana, se levantó con calambres en la barriga y sangre entre las piernas, y ese fue el primero de los muchos hijos que perdería. Monica la metió en la cama e informó a Laura Rosso de que su hija tenía muchos dolores por el *mar rosso*. Nadie lo puso en duda, ni siquiera Antonio, aunque en último término Orsola tuvo que confesarle la verdad, ya que Monica le prohibió salir en barca durante varias semanas para dar tiempo a su cuerpo a recuperarse.

El último reemplazo de la familia, el de Paolo, el *servente* del maestro, se demoró más, pues el taller no podía recuperar la normalidad hasta que Klingenberg empezara a hacerles pedidos de nuevo. Marco se las arregló para enviar un mensajero al mercader del Fondaco dei Tedeschi para averiguar qué debía hacer el taller de los Rosso y recibió una respuesta escueta: esperar. Pero Giacomo y él no podían esperar. La ausencia de pedidos les daba tiempo para experimentar y producir piezas que, en un momento dado, tal vez Klingenberg decidiera vender. Habían perdido a varios de los trabajadores más jóvenes —los *garzonetti* y *garzoni*—, así que no podían hacer nada que requiriera mucha gente. Podrían haber retomado la producción de los candelabros con los delfines entrelazados en la base que tanto habían gustado a Klingenberg, y que se habían vendido bien. Pero Marco decidió que quería crear algo nuevo.

—Nunca le gustaron esos candelabros —le dijo Antonio a Orsola una tarde.

Estaban sentados en la *Riva* di San Matteo, apoyados contra la pared de un almacén con las piernas entrelazadas. Habían logrado

escabullirse antes de que anocheciera y contemplaban la puesta de sol, que bañaba de luz rosada las montañas cubiertas de nieve.

—¿Por qué? Eran bonitos, se vendían bien y Klingenberg estaba satisfecho.

—A Marco no le gustan los delfines. Dice que los peces no pintan nada en el cristal. Que el fuego y el agua no combinan bien.

Orsola resopló.

—Qué ridiculez. Hay un montón de vidrieros que representan peces en sus piezas. Un maestro hizo una lámpara de araña para un *palazzo* en el Gran Canal que estaba hecha toda de colgantes en forma de pez.

—Los delfines fueron idea mía y a Marco no le gustó que Klingenberg los elogiara. —Antonio se quedó un momento callado antes de añadir—: Más bien diría que no le gusto yo.

—Eso es… —Orsola se interrumpió.

Lo cierto era que no podía negarlo. Últimamente se había dado cuenta de que Marco se arrepentía de haber aceptado a Antonio como aprendiz en un momento de debilidad, aunque hubiera resultado ser una afortunada incorporación. Antonio era abierto y alegre, mientras que su hermano era cerrado y calculador y estaba lleno de sombras impredecibles. Después de aquel impetuoso primer abrazo en la calle cuando terminó la cuarentena de los Rosso, Antonio y Orsola se habían guardado muy mucho de mostrar su atracción delante de los demás, en parte porque ella sabía que Marco trataría de estropear su relación si tenía ocasión.

—Ahora está centrado en hacer fuentes —le contó Antonio—. Giacomo y yo somos los encargados de elaborar frutas para decorarlas, aunque Giacomo lo hace casi todo. ¡Marco me obliga a ocuparme del fuego y a barrer el suelo como si fuera un *garzonetto* y no un *garzone*! No creo que sea capaz de soportarlo cuatro años más, hasta que llegue mi *prova*.

En la *prova* evaluarían todo lo que sabía sobre el cristal y, si la pasaba, se convertiría en *servente*. La mayoría de los vidrieros seguían siendo *serventi* durante el resto de su vida; eran muy pocos los que, como Marco, acababan siendo maestros. Todo el mundo daba por hecho que, en último término, Antonio ocuparía el hueco que había dejado Paolo en la familia como *servente* de Marco, junto con Giacomo.

—Te he hecho una cosa —continuó Antonio.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una figurita de cristal, que dejó caer en la palma de Orsola. Era un delfín azul verdoso que medía la mitad de su pulgar, alargado y esbelto, y con unas aletas puntiagudas como los de los candelabros. La boca y la cola estaban curvadas a modo de pequeños ganchos para poder colgarlo de una

cadena o un cordel.

—He usado un color parecido al de tus cuentas: el color de la laguna.

—*Bellissimo*! Es muy realista. ¿Alguna vez has visto delfines?

—Cuando pescaba, a veces entraban en la laguna y nadaban cerca de Giudecca. Te lo puedes poner, si quieres.

—*Grazie*. —Orsola le dio un beso—. No me lo pondré todavía; no quiero que Marco lo vea. Pero lo llevaré en el bolsillo.

Y se lo guardó junto a la *rosetta* de Maria Barovier.

Unos días después, Stella entró corriendo en la cocina al tiempo que gritaba:

—*Moro! Moro*!

Monica e Isabella se quedaron desconcertadas, pero Orsola atravesó el taller a la carrera hasta llegar al muelle trasero. Antonio y ella no habían tenido noticias de Domenego y no sabían si seguía con vida. Al verlo hablando con Marco, se le dibujó una sonrisa en el rostro y no se le borró ni siquiera cuando distinguió su rostro chupado, sus brazos y piernas escuálidos, y la expresión turbada, que le recordó a la de su madre. Saltaba a la vista que había estado enfermo, pero que de alguna manera había sobrevivido. Antonio estaba de pie a su lado, como para sostenerlo si lo necesitaba.

Había llegado el momento: Klingenberg estaba preparado para ver qué producía el taller. Domenego le comunicó a Marco que al cabo de un par de días se llevaría varias piezas. El hermano de Orsola se emocionó al oírlo.

—*Ecco*, ¡no me equivocaba al trabajar en piezas nuevas! —argumentó, como si alguien se lo hubiera refutado.

De todos modos, Orsola se alegró por él y por el taller. Los Rosso dependían tanto del mercader que si este moría o decidía no continuar representando a la familia, lo más probable era que fueran a la quiebra.

Domenego le lanzó una mirada mientras se daba la vuelta para marcharse y Antonio ladeó levemente la cabeza mientras seguía a su amigo. Orsola asintió y, a continuación, se escabulló fuera de la casa y recorrió apresuradamente el Rio dei Vetrai hasta la *riva,* donde los *traghetti* volvían a navegar y donde había hablado por primera vez con Klingenberg de sus cuentas.

No tardaron mucho. Antonio había cogido un segundo remo y remaba con Domenego, no con tanta elegancia pero con más fuerza. Al pararse junto a ella, le tendió la mano para ayudarla a subir.

—Ven con nosotros; nos divertiremos —dijo.

Tras alejarse del tráfico de barcas que iban y venían entre Murano y Venecia —la prueba más evidente de que la peste negra había terminado—, ambos hombres se sentaron y dejaron que la góndola

flotara a la deriva por delante de la costa muranesa hacia el canal de Serenella, que atravesaba la parte occidental de la isla. Si hubieran querido, podrían haber rodeado Murano a remo, pero a Domenego ya le iba bien estar sentado. Se lo veía exhausto. El trayecto desde Venecia debía de haberlo cansado.

—Has estado enfermo —dijo Orsola.

Domenego se encogió de hombros.

—¿Tuviste que ir a Lazzaretto Vecchio?

Él negó con la cabeza.

—A los *mori* no nos dejan ir. Y mucho mejor para mí; seguramente por eso sigo con vida.

—¿Dónde te quedaste, entonces? ¿Te dejaron vivir en el Fondaco dei Tedeschi?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Me echaron en cuanto me puse enfermo. Me escondí en una casa abandonada, más allá del Arsenale. Toda la familia que vivía allí había muerto.

—¿Sin nadie que te cuidara?

Al recordar lo mucho que Nicoletta había dependido de ella y de su madre, Orsola se quedó horrorizada y se preguntó cómo podían ser tan crueles los criados de Klingenberg como para echarlo. Por otra parte, nadie quería tener la peste en casa. Aunque nunca se lo diría a nadie, ella misma se había sentido secretamente aliviada cuando se llevaron a Nicoletta.

—Ahora estoy bien —insistió Domenego—. No quiero pensar en ello.

—*Attenzione, bella*, te vas a ahogar.

Antonio la salpicó con agua en un evidente intento de cambiar de tema. Orsola le devolvió la salpicadura y ambos empezaron a forcejear mientras Domenego trataba de mantener la góndola estable.

—Veo que las cosas han avanzado —dijo con un gesto que los abarcaba a los dos. Ellos dejaron de pelearse sin apartar las manos del otro—. Habéis tardado lo vuestro.

Orsola intentó separarse, avergonzada por haberse mostrado tan descarada delante de Domenego, que seguramente no tenía mujer alguna con la que pelearse. Parecía estar muy solo. Al final consiguió liberar las manos y las colocó sobre el regazo con actitud remilgada.

—Klingenberg quiere otro lote de cuentas —anunció el gondolero. Era el segundo mensaje que había ido a llevar a Murano—. Las mismas que antes, aunque si tienes diseños nuevos también quiere verlos.

Orsola recordó el periodo de la cuarentena durante el que había hecho cuentas. Aparte de las amarillas para protegerse de la peste, que no tenía intención de volver a hacer jamás, se había ceñido a los

diseños que ya dominaba. Desde el final de la cuarentena, meses atrás, no había hecho cuentas nuevas. La peste la había descolocado; los había descolocado a todos. Los acontecimientos que marcaban su vida cotidiana —comprar en el mercado, visitar a la familia, ir a misa, la *passeggiata* vespertina— se habían alterado de tal manera que Orsola había olvidado cuándo era la última vez que había hecho algo o incluso cuántos años tenía. En medio de toda aquella vorágine, el tiempo parecía haberse detenido. Sin embargo, una vez pasado, el episodio parecía muy corto. A lo que se aferraba ahora era a los instantes concretos. Las caricias de Antonio. Una risa con Monica. Un inusual abrazo de Stella. La sonrisa de Raffaele cuando le salieron los dientes. Tal vez necesitara también el tacto concreto del cristal entre sus dedos para anclarse a la vida.

El pedido de Klingenberg hizo que Marco perdiera la cabeza. A pesar de lo mucho que hacía que esperaba noticias del mercader, de pronto no estaba seguro de qué mostrarle. ¿Copas, jarras y candelabros viejos que sabía que Klingenberg había vendido antes y seguramente podría vender de nuevo? ¿O artículos nuevos por completo, como fuentes, botellas o candelabros de pared, que reflejaran la creatividad y la flexibilidad del taller? ¿O quizá un poco de cada? Se pasó dos días corriendo de un lado a otro por el taller, incapaz de concentrarse, mientras insistía en hacer piezas nuevas cuando tenía estanterías repletas en el almacén. Durante esos días, las mujeres Rosso oyeron a menudo el sonido del cristal haciéndose añicos en el taller.

Al final, tras otro estrépito y una retahíla de maldiciones, Laura Rosso levantó la vista de su zurcido, sentada a la mesa del patio.

—¡Monica! —rugió.

Monica apareció por la puerta de la cocina, secándose las manos en el delantal. Su suegra casi nunca la llamaba y ella se quedó parada mientras esperaba órdenes con actitud respetuosa. Laura señaló el taller con la cabeza.

—*Per favore*, por el bien de todos, haz algo con tu marido.

Ambas se sostuvieron un instante la mirada antes de que Monica asintiera. Se quitó el delantal, se lo tendió a Orsola, se ajustó el vestido azul y se dirigió al taller, en el que apenas entraba. Como su padre, a Marco no le gustaba ver mujeres por allí. Al cabo de un minuto salió llevando a su marido de la mano, lo metió en la casa y los dos subieron a su cuarto en el piso de arriba. Se quedaron allí el resto del día, salvo cuando Monica salió para darles el pecho a los niños a última hora de la tarde. Aunque Raffaele y Rosella ya comían sólido, Monica seguía amamantándolos antes de dormir. Isabella les llevó una bandeja con vino y comida a su prima y su cuñado.

—Como recién casados —comentó con una risita.

Un día y una noche enteros en la cama fueron la solución. Al día siguiente, Marco amaneció mucho más calmado y con las ideas más claras para elegir lo que quería mostrarle a Klingenberg.

—Solo las piezas nuevas —decidió—. Tiene buena memoria, así que conoce muy bien lo que ya hacemos.

Tras dar a los *garzonetti* el día libre, Giacomo y él procedieron a envolver con cuidado las piezas que había elegido y luego pagaron a Bruno para que los llevara a los dos al Fondaco dei Tedeschi.

El taller casi nunca estaba totalmente vacío, y Orsola y Antonio se aprovecharon de ello. A diferencia de su maestro, a él no le molestaba que una mujer tocara el cristal. Calentó un pedazo en el extremo de un puntel y luego hizo que Orsola se arrodillara y soplara mientras él hacía girar la vara hasta formar una burbuja. Ella se sentó en el banco y, siguiendo las instrucciones que le daba Antonio, hizo girar el vidrio sobre el mable y utilizó la presión y las pinzas para manejarlo y darle forma. Era muy distinto de hacer cuentas; el trozo de cristal era mucho más grande y requería músculos, movimientos y una sincronización diferentes. El horno le abrasó la cara pero le dejó la espalda fría, de modo que sudaba y tiritaba al mismo tiempo.

Rompió varias piezas, con gran regocijo de Antonio, pero al final consiguió dar forma a un sencillo *goto* verde del que se podía beber, con el fondo abultado, la boca más estrecha y tan solo un poco torcido. Lo metieron en el arca de recocido para que se enfriara lentamente durante uno o dos días, oculto detrás de otras piezas para que Marco no se diera cuenta de que era demasiado tosco para que lo hubieran hecho sus hombres.

—Si quieres, puedo enseñarte a hacer cuentas —le propuso Orsola mientras barrían el cristal que había roto para hacer aquel *goto* defectuoso.

—Me encantaría.

Antonio no lo dijo solo por educación: se le veía genuinamente interesado en todos los procesos, aprendía todas las técnicas y ya dominaba muchas de ellas, y se sentía tan cómodo con los grandes gestos como con los pequeños detalles. Se estaba convirtiendo en un vidriero talentoso.

Cuando acabaron de despejar el taller de todos sus errores, se sentaron juntos en el embarcadero que había detrás, con los pies colgando sobre el agua y los muslos muy juntos.

—¿Qué artículo crees que escogerá Klingenberg de todos los que le va a enseñar Marco? —quiso saber Orsola.

—Las fuentes —contestó Antonio—. Le gustarán las frutas de los bordes. Pero ¿te has dado cuenta de que Marco solo se ha llevado a Venecia las fuentes con la fruta que ha hecho Giacomo? No se ha llevado ninguna de las piezas en las que he trabajado yo. Ni un solo

candelabro de pared.

Antonio había elaborado candelabros de pared con el brazo en forma de pez. Eran bonitos y alegres; Orsola sabía que a Klingenberg le habría resultado fácil venderlos.

—Seguro que es casualidad —dijo, aunque tenía menos certeza de la que mostraban sus palabras—. No significa nada.

Antonio le dedicó una escueta sonrisa.

—Ya conoces a tu hermano, Orsola. No hace nada por casualidad. Lleva meses dándome trabajos estúpidos que podría hacer un *garzonetto*. Tengo la sensación de que ya no formo parte del equipo. Creo que... —Se interrumpió.

—¿Qué?

—Quiere echarme.

—¡Pero si tú tienes que ocupar el puesto de Paolo!

—¿Estás segura?

—*Da bon*!

Aunque él no dijo nada más, esa conversación provocó un zumbido sordo de ansiedad que latía por debajo de todo lo que hacía Orsola: cuando tendía la colada, cuando arrancaba las malas hierbas en el huerto, cuando daba de comer a las gallinas, cuando corría detrás de Stella o cuando se movía debajo de Antonio en la barca por la noche. Si se marchaba, ¿adónde iría él? ¿Y ella?

Marco y Giacomo regresaron exultantes de ver a Klingenberg. Al mercader le habían gustado las piezas nuevas y había encargado fuentes de frutas y botellas.

—¡Dice que mi trabajo está mejor que nunca! —exclamó Marco mientras bebían vino en el patio para celebrarlo—. Ahora estaremos ocupados. ¡Tengo tantas ideas! Por la noche no puedo conciliar el sueño. Bueno, no solo por eso. —Le dedicó una sonrisa a Monica, que le estaba llenando de nuevo la copa.

—¿Qué pasa con el puesto de Paolo? —preguntó Laura Rosso. Giacomo, Orsola y ella se santiguaron—. ¿Quién será tu otro *servente* junto con Giacomo?

—En breve lo decidiré.

Orsola miró a Antonio, que estaba apoyado en el marco de la puerta del taller. Cuando se dio la vuelta y desapareció en el interior, ella se quedó con la vista clavada en la entrada vacía mientras experimentaba una punzada de dolor.

Una tarde regresó a casa después de recoger las sábanas secas del campo de blanqueo. Se le había hecho un poco tarde; se había encontrado a *zia* Giovanna, que estaba inusualmente habladora, y se había quedado a escucharla. Cuando por fin llegó, la familia estaba cenando en la mesa del patio.

—No os imagináis lo que ha decidido *zia* Giovanna —anunció

mientras se apresuraba a sentarse—. ¡Va a ingresar en el convento de Santa Maria degli Angeli!

Se interrumpió al mirar a su alrededor y ver que había un invitado sentado a la mesa: Stefano, del taller de los Barovier. Stefano, el de la mirada de ojos negros, el mismo que la había visto acercarse al horno de los Barovier para secarse cuando era una niña y que le había traído bastón durante la cuarentena. Ahora, sentado entre Antonio y Giacomo, la miraba fijamente. Giacomo estaba abatido. Antonio tenía aspecto de querer pegar a alguien.

—Orsola, ya conoces a Stefano —dijo Marco, ignorando las noticias sobre su tía—. Va a incorporarse al taller como mi *servente*.

—¿Qué? ¿Va a ocupar el puesto de Paolo? Pero...

La leve sacudida de Antonio con la cabeza la cortó en seco. Tenía razón: no era el lugar ni el momento. Su falta de entusiasmo pareció provocar a Marco, que empezó a justificarse:

—¡Stefano sabe hacer espejos! Ya tiene una idea para cubrir las fuentes de fruta con una superficie de espejo, de modo que las piezas que coloquen encima se vean dobles. Y también sabe grabar un poco. Sus habilidades cubrirán las carencias de nuestro taller y nos permitirán ampliar el negocio.

Orsola controló su genio. Era cierto que Stefano tenía más experiencia que Antonio y venía de un taller prestigioso. Le sorprendía que los Barovier lo hubieran dejado escapar y más aún que él quisiera unirse a los Rosso. Lo pilló mirándola todavía desde el otro lado de la mesa y se puso roja de la vergüenza; de pronto intuyó aquello que dudaba que Marco entendiera conscientemente. Y tampoco lo hizo Antonio porque, aunque estaba enfadado, no tenía motivo alguno para relacionarla con el nuevo ayudante. Orsola no diría nada. Era mejor así; tal vez de esa manera no sucediera.

Se levantó y se puso a recoger los platos, aunque apenas acababan de terminar. Laura Rosso la miró con el ceño fruncido, pero no le dijo que lo dejara; tras su ceño había lástima. Era obvio que ella también había percibido lo que los hombres no eran capaces de ver.

Esa noche, Antonio la llevó con el *sandolo*, pero no se paró en una zona tranquila de la laguna ni amarró en una isla desierta para que pudieran yacer juntos. Estaba demasiado rabioso y necesitaba remar y remar hasta agotar su ira. Orsola pensó que aunque remara hasta *terraferma* y volviera no conseguiría aplacar su enfado.

—¿Por qué ha elegido a Stefano y no a mí? —repetía sin cesar.

Cada vez, ella intentaba darle una respuesta que no lo enfureciera más. «Porque tú eres veneciano». «Porque eres pescador». «Porque eres más guapo que él». «Porque Stefano aporta los conocimientos de los Barovier». Lo que no le decía era la verdad: que Stefano tenía más experiencia y, en consecuencia, era un vidriero más hábil que Antonio.

Puede que este llegara a superar a Stefano algún día, pero de momento le llevaba muchos años de ventaja: había empezado como *garzonetto* a los diez años y se había convertido en *servente* tras pasar la *prova* para la que Antonio aún se estaba preparando. Desde un punto de vista estrictamente profesional, Marco no se equivocaba al escoger a Stefano por encima de Antonio. Tal vez no fuera una decisión muy leal, pero cualquier maestro ambicioso habría tomado la misma.

Al final, Antonio dejó de remar y se sentó junto a ella. Estaban casi en Mazzorbo, la isla que había al lado de Burano. Era un lugar pequeño, ocupado en su mayor parte por viñedos y con unas pocas casas desperdigadas. En la *riva*, un niño jugaba a lanzarle un palo a un perrito negro para que fuera a buscarlo. Se interrumpió un momento para mirarlos, pero el perro era más interesante que una pareja de enamorados y, tras un breve saludo con la mano, se concentró de nuevo en el palo.

—Sinceramente, *mia amata* —comenzó a decir Antonio mientras la rodeaba con el brazo—, si no fuera por ti, me...

—¿Qué, qué harías?

Él meneó la cabeza.

—¿Qué futuro me espera con los Rosso? ¿Barrer el suelo y hacer *goti*?

—Claro que no. Marco te encarga más cosas.

—Pero siempre tendré que hacer lo que él me diga. Y detesto trabajar para él.

De repente oyeron un chapoteo y un grito. Al mirar hacia la orilla, vieron al niño chillando y señalando una pequeña forma oscura en el agua. Debía de haber arrojado el palo a la laguna y el perro lo había perseguido.

—*Maledizione*! —exclamó Antonio, que se puso en pie de un salto y agarró su remo.

—¿Los perros no saben nadar?

—No todos —contestó él mientras remaba con ahínco—. Prepárate para sacarlo.

Aunque a Orsola no le gustaban mucho los perros —no se fiaba ni de sus ladridos ni de sus colmillos—, no quería ver cómo uno se ahogaba. Así pues, se arrodilló sobre el *sandolo* y, cuando llegaron a la altura del bultito en el agua, lo cogió por el cogote y lo alzó hasta la barca. Parecía que habían llegado demasiado tarde. Inerte y empapado, el perrito permaneció inmóvil.

—*Maledizione* —masculló de nuevo Antonio, y Orsola se echó a llorar.

Qué final más espantoso para un día espantoso.

Pero entonces el cuerpecito mojado tosió y escupió y, tras vomitar

el contenido de un estómago en agua, se puso a ladrar. Mientras, el niño no había dejado de gritar. Al oírlo, el perro se incorporó dispuesto a lanzarse por la borda y ahogarse de nuevo para regresar con su dueño. Orsola lo agarró y lo sostuvo entre los brazos mientras Antonio remaba hasta la *riva*. Cuando lo dejaron, el perro echó a correr y se detuvo una vez para volverse y ladrarles como si fueran sus enemigos. El niño siguió al perro sin darles las gracias, aunque si no hubiera sido por ellos su compañero habría muerto.

—Ahí tienes a la gente de Mazzorbo —comentó Orsola—. Seguro que el perro casi se ahoga cada día.

Antonio estalló en carcajadas.

—Siempre puedo contar contigo para soltar un comentario ingenioso, *bella*.

Remó de regreso a casa de mejor humor, aunque fuera solo un poco, y no volvieron a hablar de Marco ni de Stefano. Sin embargo, más tarde, Orsola cayó en la cuenta de que era la primera vez que salían con la barca y volvían sin haberse acostado. Esa noche, en la cama, pensó en el perrito, ahogándose pero sin ahogarse, muerto y luego vivo, todo en un instante.

Volver a hacer cuentas supuso un alivio. Cuando Orsola instalaba su lámpara en la mesa de la esquina de la cocina, las primas Vianello no le hacían preguntas ni se quejaban del olor, sino que se aseguraban de que nadie le pidiera nada mientras trabajaba. De vez en cuando, mientras calmaba a alguno de los bebés, Monica incluso miraba por encima del hombro de Orsola. La pequeña Stella también se colaba en la cocina para mirar aunque, cuando su hermana le preguntaba si le gustaría hacer cuentas algún día, la niña siempre negaba con la cabeza con vehemencia mientras sus rizos le azotaban las mejillas.

A Orsola no le costó mucho retomar las cuentas que Klingenberg ya conocía: *paternostri* lisas en azul, verde o rojo, con cristal transparente por encima; *ulivette spolette* blancas y ovaladas, con el hilo azul en espiral alrededor; *canelle* transparentes con flores verdes. Le resultaba más difícil crear diseños nuevos. No encontraba la inspiración; no podía quitarse a Antonio de la cabeza y Stefano merodeaba siempre por los alrededores. La relación entre los dos hombres era tensa; sin duda, Stefano era consciente de haberle quitado a Antonio el puesto que esperaba obtener, mientras que este intentaba ignorarlo. Antonio dejó de comer con ellos en ocasiones, para no tener que sentarse con su rival, y en cambio salía a pescar con la barca, aunque la primera hora de la tarde no era el mejor momento para la pesca. Orsola y él ya no salían tanto juntos por las noches, pues ella estaba haciendo cuentas y él no estaba de humor. La presencia de Stefano sacaba lo peor de él: en lugar de mostrar su habitual naturalidad y encanto, estaba callado, huraño, cortante.

Una tarde, Giacomo entró en el almacén, donde Orsola estaba embalando fuentes. La joven miró a su hermano. Se veía cansado; aunque, más que cansado, triste. Desde la peste no había vuelto a ser el mismo. Ni siquiera el matrimonio le había ayudado; en realidad, a veces daba la sensación de que había empeorado las cosas. Entre su mujer y él había pocas muestras de afecto, y Giacomo se negaba a discutir cuando Isabella afilaba su lengua. Monica era la única capaz de silenciar a su prima con una mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Orsola con toda la suavidad que pudo.

Giacomo respiró hondo.

—¿Le puedes decir algo a Antonio?

—¿Sobre qué?

—El taller. Nuestro trabajo ha empeorado.

—¿Por qué?

—Es la combinación de Marco, Antonio y Stefano; no fluye. Todo iba mejor antes.

—¿Con Paolo?

Giacomo se estremeció.

—No es culpa de Stefano; tiene una gran destreza y puede encajar. El problema es que Antonio es infeliz.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó Orsola al tiempo que enrollaba una larga pieza de paño alrededor de una fuente ovalada de un blanco opaco, con cerezas, albaricoques e higos de cristal por todo el borde.

—Que trate de llevarse bien con Stefano.

—¿Por qué iba a hacerlo? Le ha quitado el puesto.

—Si no conseguimos trabajar juntos en armonía, el vidrio se resiente. Puede que Marco acabe despidiendo a Antonio si cree que es lo mejor para el taller. Aunque entiendo el enfado de Antonio, si sigue así podría acabar quedándose sin trabajo. Será mejor que se lo adviertas.

—¿Por qué no se lo dices tú? Eres tú quien trabaja con él.

—Pero él te escucha más a ti que a ninguna otra persona. —Giacomo tenía ojos en la cara; era evidente que había visto cómo evolucionaba la relación entre Orsola y el aprendiz.

Ella suspiró.

—Lo intentaré, cuando vea el momento adecuado.

Pero el momento adecuado nunca llegó. Esa noche, Orsola estaba demasiado ocupada terminando el encargo de cuentas de Klingenberg para hablar con Antonio. A la mañana siguiente, él se fue a Venecia a ver a su único hermano vivo y no volvió hasta el día siguiente, ya tarde, porque era agosto y los hombres habían apagado el horno para el descanso estival.

A última hora de la tarde, Marco llamó a Orsola al patio, donde

su madre y él estaban sentados. A su lado, Stefano permanecía de pie, incómodo. «*Mio Dio,* no —pensó Orsola—. No. No puede ser». Había albergado la esperanza de volver a quedarse embarazada y evitar así lo que estaba a punto de suceder. Pero el enfado de Antonio había sido más fuerte que su lujuria y ya no se acostaban tan a menudo. Esa misma mañana le había venido el *mar rosso*.

Marco sirvió cuatro copas de vino.

—Ven, Orsola; estamos de celebración. —Le tendió una copa.

—¿De qué? —Orsola miró a su madre, que apartó la vista y se dedicó a limpiar la mesa de unas migas imaginarias.

—Stefano me ha pedido tu mano y he aceptado. *Me ralegro, sorella*. —Cogió una copa y la levantó en dirección a Stefano—. ¡Bienvenido a la familia Rosso!

—No.

Marco arqueó las cejas y Laura le dedicó a su hija una mirada de advertencia. Stefano no sabía dónde meterse.

—Voy a casarme con Antonio —declaró ella.

—Orsola, no vas a casarte con un pescador veneciano. —No fue Marco quien dijo esto, sino Laura, a quien era mucho más difícil enfrentarse.

Sin embargo, Orsola lo intentó.

—No es pescador —argumentó—. Ha aprendido a trabajar el cristal y se le da bien. Además, Marco y Giacomo están casados con hijas de pescadores.

—No es lo mismo. Tu matrimonio será beneficioso para el taller de los Rosso; gracias a él, Stefano se quedará con nosotros.

Era evidente que a su madre le incomodaba tener que plantear argumentos relacionados con el negocio delante de Stefano, pues estaba claro que si él quería casarse con Orsola, era por motivos que no tenían nada que ver con el taller.

—¿Y Antonio? —preguntó Orsola—. ¿Acaso no lo necesitamos también en el taller? ¿Cómo podéis hacerle esto después de todo lo que ha hecho por nosotros? ¡Si sobrevivimos a la cuarentena fue gracias a él!

—No le estamos haciendo nada; eres tú la culpable al haberle dado esperanzas cuando no tenías ni idea de si podíais llegar a casaros. Vergüenza debería darte, por poner tus prioridades por delante de las de la familia.

Orsola cerró los ojos para dominar su creciente ira.

—Orsola, haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz.

Al abrir los ojos, se encontró con la mirada oscura de Stefano. Ahora ya no albergaba dudas de que ella era el motivo por el que él había entrado a trabajar en el taller de los Rosso. Su madre tenía razón: si se casaban, Stefano se quedaría. Su matrimonio beneficiaría a

todo el mundo menos a Antonio y a ella.

Orsola se enorgulleció de su autocontrol. No masculló ni gritó a su hermano, a su madre o a Stefano. Se limitó a dejar la copa sobre la mesa, dar media vuelta y salir a la calle por la puerta. Nadie la llamó ni la siguió para intentar traerla de vuelta. Prefirieron esperar a que la caminata consumiera su enfado.

Furiosa, Orsola recorrió toda la isla, evitando a la gente para no tener que hablar, pues no estaba segura de lo que podía salir por su boca. Más tarde regresó a casa, entró con disimulo y se fue directa a su habitación. Esa noche durmió mal y al día siguiente salió a primera hora para trabajar en el huerto familiar, que se encontraba en el norte de la isla, donde permaneció hasta que no quedó una sola mala hierba que arrancar, para no tener que estar en casa. Luego fue a visitar a *zia* Giovanna en el convento y le llevó parte de las verduras que había recogido. Su tía se mostró encantada de que Orsola no tuviera prisa por marcharse y se quedara a escuchar sus aburridos chismes sobre las demás monjas y sus quejas sobre la comida

A media tarde llamaron a *zia* Giovanna a oración y Orsola se marchó por fin a casa. Aunque no esperaba que Antonio hubiera regresado todavía, se asomó al taller, donde Stefano les enseñaba a Marco y a Giacomo una técnica de grabado. Los hombres no la vieron y ella se alejó.

Laura Rosso estaba sentada en el patio mientras los niños jugaban alrededor de sus pies, menos Stella, que se dedicaba a tirar guijarros al pozo. Al ver a su hermana mayor, corrió hacia ella y se abrazó a sus piernas.

—Calor —murmuró Stella, pegando la cara sonrojada a sus piernas—. Los otros no gustan. Solo tú.

Orsola puso la mano sobre el pelo rizado de su hermana y las dos se quedaron allí paradas un momento. Su madre empezó a decir algo, pero Orsola negó con la cabeza. No estaba preparada para escuchar. Tras desenredar a Stella de sus piernas, entró en la casa, donde Monica e Isabella recogían y limpiaban la mesa después del almuerzo. Le señalaron un plato tapado que le habían guardado.

—Después —dijo Orsola—. Hace demasiado calor para comer.

Miró a su alrededor. Por una vez, no tenía tareas pendientes: había poca ropa sucia, los niños estaban entretenidos, la comida estaba hecha y el huerto, limpio. Podía ponerse a hacer cuentas, aunque la idea de quemar sebo con aquel calor le daba náuseas. También podía echarse a dormir. Se decidió por eso último, a pesar de que la habitación que compartía con Stella era una especie de horno.

Estaba mirando el techo cuando Monica entró. Los postigos estaban cerrados para protegerse del calor, pero un fino rayo de sol iluminó a su cuñada mientras se sentaba al borde de la cama.

—Antonio ha venido —dijo.

Orsola se incorporó.

—¿Cuándo?

—Mientras estabas fuera. Ha vuelto pronto.

—¿Sabe lo de Stefano?

—Se lo he contado. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Dónde está? —preguntó Orsola al tiempo que empezaba a levantarse.

Monica le tocó el brazo.

—Un momento. Se va a ir luego.

—¿Se va a ir?

—El *moro* lo va a llevar a *terraferma*.

—*Terraferma*? —Orsola se estremeció—. ¡No puede hacer eso! ¿Qué va a ser de él?

—Chissst.

—Creía que volvería a Venecia.

«Creía que iba a convertirme en la mujer de un pescador», estuvo a punto de añadir. ¿No era por eso por lo que Antonio había ido a ver a su hermano, para pedirle que volvieran a pescar juntos?

—No ha podido coger sus cosas porque los hombres estaban en el taller. Me ha pedido que las recoja yo y se las lleve antes de irse, junto con algo de comida.

Monica dejó un fardo sobre la cama y Orsola lo agarró de inmediato.

—¿Dónde?

—San Matteo, dentro de una hora. —Monica hizo una pausa antes de añadir—: Me espera a mí, pero he pensado que deberías verlo.

—¿Iba a marcharse sin decirme nada? —Orsola volvió a elevar el tono de voz.

Monica le dedicó una penetrante mirada azul con la intención de calmarla.

—No se puede confiar en los hombres. Es mejor no encariñarse demasiado con ellos.

Intentaba ayudar, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario: Orsola se derrumbó y se echó a llorar. Aunque Monica no era una persona afectuosa, rodeó con los brazos a su cuñada y la abrazó con fuerza hasta que a esta se le agotaron las lágrimas.

Después de que Monica bajara de nuevo a la cocina, Orsola se quedó sentada, pensativa. Antonio debía de haber pensado en marcharse antes incluso de que Stefano pidiera su mano. De otro modo, no podría haber organizado con tanta rapidez que Domenego lo llevara al continente. Eso quería decir que ya tenía un plan. Orsola abrió el hatillo. Además de pan, queso y salchichas, había una camisa, una túnica, varios anzuelos, cuerda, un cuchillo y un fajo de papeles.

Les echó un vistazo: eran dibujos de algunas de las piezas que había hecho, incluido el pequeño delfín que le había regalado. También había páginas escritas, pero Orsola no sabía leer y se maldijo por no haber aprendido. No obstante, se imaginaba lo que eran. Por último, envuelto con la camisa, estaba el *goto* verde torcido que Orsola había hecho con él en el taller. Se lo quedó mirando un buen rato, lo envolvió de nuevo con la camisa y, tras estampar el puño encima, escuchó el sonido amortiguado del cristal roto.

Se metió los papeles en el bolsillo y volvió a atar el fardo. Al bajar y cruzar la cocina, solo se paró para darle un apretón en el hombro a Monica. Luego atravesó apresuradamente el patio en dirección a la puerta, mientras Laura Rosso y Stella la llamaban a gritos:

—¡Orsola! ¡Orsola!

Cerró de un portazo tras de sí y salió disparada calle arriba hacia el Ponte di Mezzo. No tardó en oír a su espalda los pasos de Stella, que seguía llamándola, y tuvo que acelerar para deshacerse de ella. Su hermana se echó a llorar y, aunque a Orsola se le rompió el corazón, no se dio la vuelta.

Cruzó un primer puente, un segundo y un tercero. Pasó por el mercado de Santo Stefano, el Campo San Bernardo y la basílica de Santi Maria e Donato. Por el camino se encontró con lo que le dio la impresión de que eran todos los habitantes de la isla, que la llamaban por su nombre. Se negó a pararse y explicar adónde iba, lo cual seguramente ofendió a muchos. Esta vez, aunque los hombres que bebían delante de L'Omo Salvadego le gritaron algo, no se molestó en volver la cabeza para responderles con un insulto. A lo mejor Antonio estaba dentro, brindando por su futuro una última vez. Tras rodear el último edificio, se detuvo. Él aún no había llegado. Se sentó con la espalda apoyada en la pared, a la espera, agotada, acalorada y sedienta, e incapaz de pensar.

Él no llegó desde Murano, como habría hecho un vidriero. Apareció por el agua, como un pescador, en la góndola de Domenego; no por los canales sino desde la laguna. Habían remado juntos por el canal que llevaba a la parte oriental de la isla, donde había menos gente que pudiera verlos, y estaban rodeando la punta de la isla en dirección a ella. A la barca le faltaba el *felze* de madera; debían de haberlo quitado para aligerar la carga en el largo viaje a *terraferma*.

Al verla esperándolo, la expresión de Antonio pareció entre aliviada y avergonzada. Incluso cuando Orsola le dio un bofetón que le cruzó la cara. Incluso cuando le dijo:

—No sabes cuánto te odio. ¡Me alegro de que te vayas!

Incluso cuando le dijo:

—Siempre has sido un arrogante veneciano. Te crees mejor que yo. Que nosotros. ¿Dónde está tu lealtad a Murano, a tu horno?

¡Podría matarte! Lo que debería hacer es atravesar tu corazón traicionero con un cuchillo. ¡Dame uno y lo haré ahora mismo!

Echó un vistazo a su alrededor con una mirada salvaje, como si buscara de verdad ese cuchillo.

Él escuchó mientras la vergüenza y el alivio se alternaban en su rostro, hasta que le puso la mano en la mejilla a Orsola y dijo su nombre. En ese momento, ella se interrumpió y se quedó quieta, con la frente apoyada en el pecho de él. Se sentía como Stella cuando la engatusaban para acabar con sus berrinches.

Domenego permanecía sentado en la popa con la mirada baja, intentando pasar desapercibido.

—Me han ofrecido un puesto que nunca podré alcanzar con Marco —le explicó él con la boca entre su pelo—. Me han garantizado que seré *servente* en cuanto pase la *prova* y puede que algún día me convierta en maestro. Pero para eso tengo que irme lejos de aquí. Lejos del Véneto. —Se interrumpió antes de añadir—: Aquí ya no me queda nada.

Orsola alzó la cabeza.

—Yo estoy aquí, ¿es que se te ha olvidado? Ibas a marcharte sin decirme nada. *Bastardo.*

Antonio respiró hondo.

—Ven conmigo.

Ella retrocedió.

—¿A *terraferma*? Jamás.

La mera idea le revolvió el estómago, como si estuviera a bordo de una barca con el mar encrespado. Si se iba con Antonio, perderían su vínculo con Murano, Venecia y su familia, y entrarían en un mundo completamente distinto que se movía a su propio ritmo. Le resultaba imposible tomar esa decisión. Apenas se creía que él estuviera dispuesto a asumir ese riesgo.

—Quédate —le pidió—. Cásate conmigo. Mi madre te aceptará. Marco... Olvídate de él. Podemos vivir en Venecia si hace falta. Puedes volver a pescar. Tengo prohibido hacer cuentas allí, pero renunciaré a mi trabajo con la lámpara. Por ti.

—Orsola, mi futuro está allí. —Antonio señaló las montañas que esperaban a que las cruzara.

—¿Qué futuro es ese? —gritó—. ¿En un sitio donde te despertarás sin mí? ¿Donde no sabrás si soy joven o vieja, si estoy viva o muerta?

«¿Donde yo no lo sabré?», pensó.

—Tendré que arriesgarme.

—¿No te da miedo?

—Un poco. Pero también es emocionante, por el cambio y la novedad.

Una súbita furia embargó a Orsola. Daba la sensación de que

Antonio ya tenía un pie fuera del mundo que ambos conocían.

—Pues vete —declaró—. ¡Pero no te vas a llevar los secretos de los Rosso para vendérselos a los norteños!

Se sacó los papeles del bolsillo y los arrojó al agua antes de que él pudiera impedirlo. Antonio hizo ademán de ir a cogerlos, pero se detuvo al ver que la tinta se corría y se disolvía al instante.

—Supongo que me lo merezco.

—Eso y más. Irán a por ti y te matarán por llevarte al norte las técnicas de Murano; eso si el tiempo no acaba contigo antes. Y cuando lo hagan, yo me reiré. —Mientras lo decía, se dio cuenta de que ni él la creía.

El fuego que se había desatado en su interior se estaba apagando; le costaba demasiado esfuerzo mantenerlo. Lo único que deseaba Orsola era dejarse caer al suelo y apoyar la cabeza en sus rodillas. En lugar de eso, permaneció frente a él y suplicó con la mirada al hombre que la iba a abandonar.

—Dejarte me rompe el corazón —dijo Antonio con lágrimas en los ojos, que empezaron a correrle por la cara.

Orsola solo había visto llorar a un hombre: a Giacomo, por la muerte de Paolo. Los hombres de Murano no lloraban. Pensó que debía de ser el veneciano que había en él. Alargó la mano y enredó los dedos en su pelo. La respuesta de Antonio fue enlazar sus propios dedos en el pelo de ella. Se quedaron así, de pie, con la mano en el pelo del otro, y fue el momento más doloroso y placentero de su vida. Hasta entonces, Orsola no había sabido que ambos sentimientos pudieran estar tan imbricados.

A su espalda, Domenego tosió.

—Tenemos que marcharnos. En cuanto se den cuenta de que te has ido, saldrán en tu busca. Tienes que sacarles un día de ventaja.

Más tarde, Orsola sentiría que el fugaz instante en la *Riva* di San Matteo, con las manos enredadas en el pelo del otro, era el momento al que la había llevado su vida entera y del que luego se había alejado, como la marea que subía y bajaba. La diferencia era que la marea siempre regresaba y él no iba a volver: se había convertido en un traidor a Murano y a ella, se iba a marchar a Berlín, Múnich o Ámsterdam, y quizá nunca pudiera perdonarlo.

Orsola se quedó en la *riva* mirando cómo partía la barca. Antonio, que aún no se había puesto a remar, se volvió hacia ella en medio del crepúsculo. Su cara tenía el tamaño de un plato, después de un platillo y luego de un punto, mientras se alejaban más y más hasta que, al final, Domenego, la góndola y él desaparecieron de su vista. Contempló durante largo rato la superficie vacía del agua, suspirando por verlo una última vez. No había nada que pudiera hacer para evitar que ese momento y ese hombre desaparecieran de su vida.

Regresó caminando desde San Matteo y fue directa a su cuarto, rehuyendo a su familia. Tumbada en la oscuridad, dejó que las lágrimas cavaran cálidos surcos por los lados de su cara. Incapaz de conciliar el sueño, les dio vueltas y más vueltas a las decisiones que habían tomado Antonio y ella: él, no quedarse allí con ella; ella, no acompañarlo a *terraferma*. Los dos, tercos como una mula, se habían negado a ceder. Alimentada por la rabia y una dolorosa sensación de traición, la decisión que había tomado Orsola le había parecido la adecuada en el momento, pero ahora, tan solo unas horas después, habría dado cualquier cosa por estar en la barca con él, navegando hacia una nueva e incierta vida.

Al día siguiente por la tarde, Marco entró hecho un basilisco en el almacén donde ella barría con apatía, una tarea que le había asignado Monica apiadándose de su estado. Orsola se lo había agradecido; prefería estar allí solo con la escoba y sus pensamientos que en el patio, donde los niños jugaban y Laura Rosso e Isabella desvainaban guisantes.

—¿Dónde está? —preguntó Marco—. Sus cosas han desaparecido y ayer te pasaste casi todo el día fuera de casa. Alguien me ha dicho que te vieron en San Matteo. ¿Dónde está?

Orsola dejó de barrer y se encaró con él con la mirada apagada. Cómo no, alguno de los hombres de L'Omo Salvadego debía de haberla visto y se lo había contado a alguien. Antonio y ella no habían sido precisamente discretos.

¿Qué había dicho Domenego? Que Antonio necesitaba un día de ventaja. «*Amor mio* —pensó—, casi se lo has sacado. Date prisa».

—Se ha ido a *terraferma* —contestó, sabiendo que Marco no tardaría en averiguarlo.

—¿Y tú le has dejado? ¿Por qué no me lo dijiste al instante?

—Nunca me escuchas. Y es culpa tuya que se haya marchado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si hubiéramos podido casarnos, todavía estaría aquí, a salvo.

Marco soltó un resoplido.

—Nunca te habrías casado con ese veneciano. *Comunque*, tampoco es tan bueno. No nos hace falta. Lo que no quiero es que robe las técnicas de los Rosso y las difunda por el norte.

Orsola visualizó los papeles en la laguna, las instrucciones que se le habían escurrido de las manos a Antonio, y por un instante deseó haber dejado que se las llevara. De todas formas, lo más seguro era que se acordara de muchas; su destreza residía en los ojos y en las manos, no en unas palabras escritas.

—Informaré a las autoridades de que se ha ido —dijo Marco al tiempo que se dirigía a la puerta de la calle—. Enviarán hombres en su busca.

Al Concilio de los Diez veneciano le interesaba que las técnicas y los secretos muraneses continuaran confinados en la isla. Si acababan en el norte, ayudarían a la competencia y les robarían clientes. Muy pocos de los vidrieros que se habían ido a *terraferma* habían regresado. En un intento de disuadir la huida de la gente, se hacían correr rumores por Murano de que los habían asesinado.

Al principio, el recuerdo de Antonio y de aquel momento que habían compartido en la *Riva* di San Matteo era tan reciente e intenso que Orsola creía que nunca sería capaz de olvidarlo, que la sensación ardería en su interior para siempre, como una fiebre. Repasaba la escena de su despedida y recordaba hasta el más mínimo detalle, incapaz de pensar en otra cosa mientras barría, frotaba las sábanas, hacía pasta, sacaba a los niños a la calle o se sentaba en misa.

Lo que empezó a comprender durante esos primeros días febriles fue que los hombres no eran como las mujeres. Sentían las cosas de forma distinta, tal vez porque por lo general eran ellos los que se marchaban, y no los que se quedaban abandonados en la *riva*. Antonio iba a tener cosas nuevas que mirar, gente nueva a la que conocer, un sitio nuevo al que acostumbrarse. Distracciones. No le iba a quedar tiempo para alimentar la fiebre. Mientras tanto, a Orsola le tocaba interpretar el papel de la mujer abandonada y caminar junto a los canales, que conocía tan bien que podía recorrerlos en la oscuridad sin caer en ellos. Todos los edificios le resultaban familiares, todas las personas con las que se cruzaba eran conocidas. Para ella, no había nada nuevo.

Poco a poco, los detalles de la despedida empezaron a palidecer y la medianoche de un azul profundo se transformó en un pálido cielo matutino. Un día, se dio cuenta de que solo había dedicado la mitad de cada minuto a pensar en Antonio y aquel momento, en lo que él había dicho y en cómo le había tocado la cara. Otro día, fue uno de cada tres minutos, luego un cuarto de cada hora y después una vez cada hora, cuando sonaban las campanas de Santi Maria e Donato. Como esa era su manera de medir el tiempo, se preguntaba si, allá donde él estuviera, las campanas sonaban igual. La idea de que no fuera así le dolía en lo más hondo.

Vivir con ella durante esa época debió de ser una pesadilla: estaba siempre sombría, melancólica, perdida en sus pensamientos. Seguía con la mente a Antonio mientras él cruzaba las montañas y tomaba caminos que ella apenas era capaz de imaginar, tan nuevos y extraños para alguien que había crecido en el agua. Repasaba mentalmente todas las veces que habían estado juntos en la barca y en islas desiertas, deslizándose dentro del otro, pegados, dándose placer. Por encima de todo, recordaba con nitidez y en detalle la primera vez que se había arrojado en sus brazos después de la cuarentena, y el

momento en que él se había alejado de ella en San Matteo.

Orsola comía menos porque la comida ya no le interesaba y su falta de apetito contrastaba con la voracidad de las primas Vianello, que se encontraban ambas en la flor de su embarazo. No la dejaban entrar en la cocina porque su indiferencia hacía que todo lo que preparaba quedara soso. En misa se sentaba y no rezaba las oraciones. Dejó de chismorrear en el mercado. Prefería quedarse sola en Campo San Bernardo que ir a caminar durante la *passeggiata*. Los niños se aburrían con Orsola porque no jugaba con ellos y ni siquiera les dedicaba una sonrisa. A la única que soportaba era a Stella, que a veces se sentaba con ella y le daba palmadas en la pierna con las manitas, sin pedirle nada.

En ocasiones, el recuerdo de la partida de Antonio regresaba con un rugido, como si acabara de suceder. Pero con el tiempo, aquel estado febril se fue diluyendo. Con gran esfuerzo —se pellizcaba cada vez que su mente se extraviaba—, Orsola logró limitar el tiempo que pensaba en él a cuando estaba en la cama, con la respiración regular de su hermana a su lado mientras ella parpadeaba para no llorar en la oscuridad; y también cuando iba a San Matteo, donde él la había dejado.

A veces se llevaba las cuentas amarillas que había hecho para ahuyentar la peste y que habían empezado a reaparecer por la isla; la gente todavía las usaba para trocar en el mercado, y los niños, para jugar. Orsola las aborrecía debido a su falso poder, y también porque le recordaban a Antonio. Siempre que podía, las intercambiaba por otra de sus cuentas y luego se las llevaba a San Matteo y las arrojaba a la laguna desde la *riva*. Al final, pensaba, acabarían todas allí, en un único lugar, y su magia se esfumaría.

Durante esas semanas febriles, su familia no dijo nada sobre el vidriero huido; ni siquiera Marco, que estaba al corriente de las novedades de su búsqueda, a pesar de lo tentador que debía de ser para él atormentar a su hermana con aquella información. Orsola sospechaba que Monica estaba detrás de su silencio. Ni él ni Laura Rosso volvieron a sacar el tema de su matrimonio con Stefano. Fueron pacientes con ella y dejaron que atravesara su dolor para poder recuperarse y, en último término, tomar una decisión propia. Una vez más, Orsola sospechaba que, con su actitud siempre pragmática, la mano de su cuñada estaba detrás de todo aquello.

Al cabo de un tiempo, el recuerdo de Antonio se suavizó hasta transformarse en una historia que habitaba en su cabeza, como las cuentas cuyos bordes afilados había que frotar para poder llevarlas encima. Aunque eso mitigaba el sentimiento, al mismo tiempo lo hacía soportable. Orsola no podía llevar su historia con Antonio sin que esta la cortara.

Una noche, Monica la interrumpió mientras Orsola fregaba las sartenes.

—Yo lo haré —dijo—. Así tendrás más tiempo para las cuentas.

Señaló con la cabeza la esquina de la cocina, donde la lámpara, el bastón de cristal y sus herramientas descansaban sobre una mesita. Orsola no las había tocado desde la marcha de Antonio. En lugar de contestar, siguió frotando arena por la sartén.

—¿No tienes que terminar un pedido para el mercader?

Orsola aclaró con agua la arena de la sartén.

—No me importan las cuentas.

—¿Por qué?

Orsola no contestó y Monica la atravesó con la mirada.

—¿Vas a dejar que ese pescador veneciano te quite también las cuentas?

Orsola se puso roja.

—No me ha... —Se interrumpió. Era probable que Monica tuviera razón.

—Quiero que Rosella aprenda a hacerlas cuando sea mayor —continuó su cuñada—. Me lo prometiste. No puedes olvidar tus técnicas antes de enseñárselas.

Orsola cerró un momento los ojos. Luego los abrió y se apartó de la sartén, al tiempo que Monica ocupaba su lugar con un movimiento sincronizado. Encontró un poco de sebo, que quemó en la pequeña lámpara, y luego encendió la mecha. Al pasar junto a ella, Laura Rosso frunció la nariz pero no dijo nada.

Orsola empezó a accionar los fuelles con el pie. Tras coger un bastón al azar y colocarlo bajo la reluciente llama, notó cómo algo encajaba en su interior: el ya familiar flujo de fundir, girar y dar forma. Por mal que fueran las cosas en su vida, aquel proceso creativo seguía estando en sus manos y en sus ojos, seguía deleitándola y reconfortándola.

Poco a poco, Orsola retomó su trabajo. Su melancolía no remitió, pero al menos había vuelto a hacer cuentas.

Solo dejó que el recuerdo de Antonio se colara en su lámpara en una ocasión, para diseñar una cuenta que los representara a los dos: una esfera perfecta y translúcida de cristal rojo —rojo por Rosso— con motas de pan de oro dentro que le recordaban a su pelo. Cuando le pareció que habían quedado perfectas, cogió una docena y se las llevó a Klingenberg en persona. Aunque para entonces ya llevaba varios meses haciendo cuentas, siempre las enviaba mediante un mensajero: si lo encontraba, Bruno, pues le sabía mal que hubiera perdido a su madre por la peste y hubiera tenido que luchar por su vida en Lazzaretto Nuovo. El barquero seguía coqueteando con ella y haciéndole bromas subidas de tono, pero se notaba que ya no era el

mismo.

—Tienes que casarte, Bruno —le dijo Orsola un día, al entregarle la última partida de cuentas—. Eso te animará.

—Yo podría decir lo mismo de ti —replicó él—. ¿Nos casamos?

En esa ocasión tomó el *traghetto* a Campo San Canciano y recorrió a pie el resto del camino hasta el Fondaco dei Tedeschi. Venecia ya no le producía el mismo asombro que antes. Antonio la había llevado allí varias veces y moverse por los canales con un nativo que se los conocía al dedillo le había quitado misterio a la ciudad. Además, había vivido ya lo suficiente como para que el espectáculo que desplegaban los venecianos con objeto de suscitar admiración ya no la intimidara. Orsola llevaba su vestido Barovier y una ristra de sus cuentas rojas y doradas, y eso hizo que no se sintiera tan desaliñada mientras recorría los serpenteantes pasillos del Fondaco dei Tedeschi. No obstante, no llevaba máscara. Estaban a finales de diciembre —la temporada de máscaras previa al Carnevale—, pero los Rosso no las usaban. Las máscaras eran un símbolo de la frivolidad y los secretos de los nobles, y los vidrieros no tenían tiempo para esas cosas.

A pesar de no esperarla, Klingenberg no se mostró sorprendido al verla cruzar la antecámara ignorando a Jonas, que escribía en una esquina, y aparecer en la puerta de su despacho. El mercader se puso en pie e inclinó la cabeza mientras su secretario farfullaba algo detrás de ella.

—Vaya, Orsola, me imagino que vienes a traerme más cuentas. Siempre es un placer recibir tus lotes. Por favor, toma asiento.

Le indicó con un gesto las mismas sillas de caoba con tallas de cabezas de león y tapicería de kilim en las que Giacomo y ella se habían sentado para preguntar por el paradero de Marco, el mismo día que Orsola conoció a Antonio. Era como si su recuerdo la persiguiera.

—Jonas —llamó el mercader—, tráele una copa de vino a la *signorina* Orsola. Yo también tomaré una.

Jonas desapareció y regresó con dos copas y una botella, que Orsola reconoció como piezas del taller de los Barovier.

—*Allora*, ¿qué os trae por aquí? —preguntó Klingenberg con la mirada clavada en las cuentas que le colgaban del cuello.

Aunque ese era el motivo por el que se las había puesto, a Orsola le puso nerviosa su intensa atención y bebió un sorbo de vino. De sabor profundo e intenso, era mucho más caro que el vino de mesa que bebían los Rosso en casa.

—He traído vuestro último encargo. —Señaló con la mano el paquete que había dejado en su escritorio.

—*Bene. Grazie.*

—Me he fijado en que, desde que volví a hacer cuentas, el pedido no se ha incrementado. Antes sí lo hacía.

Klingenberg se reclinó en la silla. En su pelo había ahora destellos canosos.

—Estoy satisfecho con tu trabajo, Orsola. Es de buena calidad y fiable. —Orsola no estaba segura de que sus palabras fueran un cumplido—. Sin embargo, ya sabes que ahora hay mucha más gente que hace cuentas, tanto en Venecia como en Murano.

Orsola era consciente de ello. Se había quedado atónita al descubrir la cantidad de cuentas producidas en Murano, en su mayor parte por mujeres. No había esperado tener competencia. Y, además, ahora también se permitía trabajar con la lámpara en Venecia. Durante los últimos trescientos años, el trabajo del cristal se había confinado por ley a Murano, pero eso parecía estar cambiando. Si el trabajo con la lámpara se asentaba en La Serenissima, ¿quería eso decir que los talleres también podrían trasladarse allí? Venecia ya tenía a sus pintores, sus astilleros, sus impresores, sus libros, sus artesanos del papel y sus perfumes. Murano bien podía quedarse con su cristal.

—¿Vendéis cuentas de alguien más, aparte de las mías? —Intentó adoptar un tono de curiosidad que disimulara sus celos.

—Unas pocas —contestó Klingenberg con cierto desdén—. Lo cierto es que ya no hay tanta demanda de cuentas como antes; ni de cristal de Murano, en realidad. Seguro que tus hermanos y tú sabéis que ahora hay vidrieros en Praga, en Alemania y en Ámsterdam. Y trabajan bien. Algunos tienen empleados procedentes de Murano que les enseñan.

Hizo una pausa, una silenciosa alusión a la huida de Antonio, que era evidente que conocía. Lo más probable era que se hubiera enterado cuando el chismorreo muranés se difundió por Venecia. Su marcha había sido la comidilla de Murano. Durante meses, Orsola había tenido que soportar miradas de reojo y murmullos a su espalda en el mercado o en la *passeggiata*, como si de alguna manera ella fuera la culpable de la partida de Antonio, cuando en realidad era el único motivo que podría haber hecho que se quedara.

—Ámsterdam es la que más me preocupa —continuó Klingenberg—. Los neerlandeses son ambiciosos. Están estableciendo sus propias rutas comerciales, que le restan relevancia a Venecia. Seguro que te has fijado en que hay menos tráfico de navíos, aunque me imagino que desde Murano no se ven los barcos mercantes. Presta atención hoy, cuando camines por Venecia. Ya no es la misma ciudad bulliciosa de años atrás.

Orsola debió de adoptar una expresión consternada.

—Oh, el comercio no ha perdido su vigor —intentó tranquilizarla Klingenberg—. Pero he perdido clientes aquí y allí, y me resulta más difícil que antes reemplazarlos. Parte de la clientela neerlandesa se ha

pasado al cristal de Ámsterdam. ¿Para qué esperar un cargamento de Murano cuando puedes comprar un producto casi igual de bueno en tu casa, sin costes de envío ni aranceles?

Sus palabras no la tranquilizaron.

—¿Marco sabe todo esto?

—Sus pedidos todavía no se han visto afectados. Por supuesto, su vidrio ha cambiado en los últimos meses con el… cambio de trabajadores.

—¿Han empeorado las piezas? —Orsola recordó cómo había elogiado el mercader a Antonio.

—No es eso. Pero se nota que las manos que trabajan el cristal son distintas. Esa fuente con espejo es todo un acierto; incluso compré una para mi hija. Es el nuevo *servente*, Stefano, ¿verdad? Ha aportado nuevas técnicas a los Rosso.

Orsola se quedó callada. No quería hablar de Stefano.

—¿Sabes adónde ha ido Antonio Scaramal?

La pregunta directa del mercader la cogió desprevenida. Klingenberg también quería evitar la exportación de las técnicas de Murano.

—No lo sé —contestó—. No me lo dijo. Ni siquiera supe que se iba hasta el último momento.

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta, decidida a no llorar delante de aquel afable mercader alemán que la miraba con atención y que parecía conocer su vida.

—Tiene amigos muy leales —dijo él al cabo.

Se oyó a Jonas gruñir desde la antesala. Lo más seguro era que estuviera tomando nota de todo lo que decía Orsola.

—*Allora*, tus cuentas. Me gustaría ver las que llevas puestas.

Era lo que ella había esperado que dijera. Orsola se desató la ristra y se la tendió, aún caliente por la piel de su cuello. Él frotó varias entre el índice y el pulgar para evaluar su lisura, y luego las observó a contraluz.

—¿Eso son motas de pan de oro?

—*Sì*. No es muy difícil de hacer —añadió, y al instante se arrepintió de su modestia.

Klingenberg sonrió.

—Nunca digas eso, si no quieres que el precio baje. Tienes que hacernos creer que te ha costado un gran esfuerzo. *Signorina* Orsola, voy a encargarte veinticuatro de estas, suficientes para dos collares. Cuantas menos hagas, más insólitas serán. No queremos inundar Europa con ellas.

—Si va a haber pocas, entonces valen más. Además llevan oro, así que tenéis que pagarme más. Debo costearme el pan de oro.

Él asintió.

—Estás aprendiendo, Orsola. *Brava*. ¿Qué precio me sugieres?

Ella le propuso el doble de lo que esperaba conseguir. Klingenberg se inclinó hacia delante y regatearon hasta llegar a una cifra con la que ella no quedó contenta del todo. Y él tampoco.

—Veréis —dijo él cuando se pusieron de acuerdo—, el valor real de cualquier cosa es el precio con el que ninguna de las dos partes se queda satisfecha, cuando ambas creen que deberían sacar más.

Orsola esbozó una sonrisa irónica.

—Eso parece una lección de vida.

Antes de marcharse, se detuvo en la puerta.

—¿Decís que podéis reconocer la mano del vidriero cuando miráis una pieza de cristal?

—Normalmente sí.

—Si alguna vez... —Orsola se interrumpió para tragarse otro nudo —. Si alguna vez veis la mano de Antonio, ¿me avisaréis?

Klingenberg frunció el ceño.

—*Signorina* Orsola, no voy a enviar a mi mejor productora de cuentas a los brazos de un traidor. —Era tanto un cumplido como una amenaza.

Orsola consiguió pasar frente a Jonas y salir del Fondaco dei Tedeschi antes de echarse a llorar.

Se acurrucó en la esquina donde convergían dos edificios y se secó los ojos sin que nadie le prestara atención. ¿Tan habitual era que las mujeres lloraran en Venecia como para que la ignoraran de esa manera? Ya recuperada, se aventuró a salir para ver por sí misma lo que le había dicho Klingenberg sobre el cambio de la ciudad. Lo primero que hizo fue recorrer el Gran Canal; al pasar frente al puente de Rialto, le pareció que estaba tan abarrotado como siempre, a pesar de la población que había perdido Venecia debido a la peste. El canal también estaba repleto de embarcaciones.

Entre ellas había una góndola que reconoció al instante. Domenego conducía con maestría a través de las demás góndolas a sus pasajeras: la hija de Klingenberg y su doncella, ambas enmascaradas como mandaba la época del año. Orsola trató de no mirar mientras caminaba e intentó no llamar la atención. Justo cuando llegó al extremo de la *fondamenta*, Domenego la divisó.

—¡Orsola! —la llamó.

Klara Klingenberg giró la cabeza a un lado y otro para escrutar la *fondamenta*, al tiempo que su máscara relucía bajo el sol.

Orsola tomó un pasaje y se alejó apresuradamente del gondolero y del Gran Canal, mientras Domenego seguía llamándola. La había visto por última vez seis meses atrás en San Matteo, cuando estaba a punto de llevar a Antonio a *terraferma*. No era culpa de él que Antonio quisiera irse, pero Orsola no podía evitar relacionarlo con su

abandono y no sentía deseo alguno de verlo.

Corrió hasta un campo, recorrió una calle hasta llegar a otro y así sucesivamente, como si los campos fueran cuentas espaciadas a lo largo de la ristra de pasajes. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero aminoró el paso y dejó que el gentío la arrastrara. Quizá esa fuera la mejor manera de recorrer Venecia: dejar que la ciudad se desplegara a tu alrededor y te guiara, en lugar de intentar dominarla con un mapa en la cabeza. Cuando Antonio y ella habían ido a Venecia, a Orsola le había parecido más fácil desplazarse en barca que a pie. La entrada principal de todos los edificios daba al agua, y las familias nobles y muchas de las familias de los mercaderes se trasladaban en góndola. Dudaba que la hija de Klingenberg caminara por aquellos pasajes.

Llegó a Campo San Stefano, con la gran iglesia de ladrillo en un extremo y gente atareada entrecruzándose por delante de ella, y siguió dejándose llevar por la corriente a través de una serie de pasajes hasta acabar en la Piazza San Marco. Tras atravesarla, cruzó la *piazzetta* que había junto al palacio del Dux y siguió hasta la *riva* en la que amarraban los barcos procedentes de la laguna. A medida que se acercaba, el bullicio fue aumentando y vio a chicos y hombres que la adelantaban a la carrera. La escena alrededor de los barcos atracados era caótica: marineros que tiraban de los cabos desde ambos extremos, hombres que gritaban, grandes cajas que se trasladaban a barcos más pequeños o se llevaban a la aduana, funcionarios que las acompañaban para que nadie pudiera ocultar las mercancías y evitar así los aranceles. No se veía a ninguna mujer. Ni tampoco máscaras de Carnevale. Aquel era un lugar para trabajar, no para jugar. Orsola se mantuvo apartada para que nadie reparara en ella.

«Así que aquí es donde mis cuentas emprenden su viaje», pensó. Deseó poder ver cómo las subían a bordo y cómo el barco zarpaba hacia el mar.

Detrás de los navíos, las aguas del canal de Giudecca —tan ancho que parecía una laguna— estaban agitadas por el movimiento de barcos. Al otro lado se encontraba la isla de San Giorgio Maggiore, y más lejos, hacia el oeste, la costa de la isla de Giudecca, con el agua muy plana en comparación, las pulcras casas rectangulares de colores, los puentes arqueados sobre la entrada de los canales y las figuras en miniatura que paseaban a lo largo de la *riva*. Orsola distinguió el Redentore, una imponente iglesia construida tras la peste negra que se había llevado a su *nonna*, a Nicoletta, a Paolo y a Maddalena. Cada julio se creaba un espectacular puente hecho de barcos amarrados unos a otros que recorría todo el canal de Giudecca, desde San Marco hasta el Redentore, y que los peregrinos cruzaban para dar gracias a Dios por permitir que Venecia sobreviviera a la peste. Orsola, a la que

no le gustaba que le recordaran aquella época, nunca había asistido, pero se santiguó cuatro veces por aquellos a los que había perdido.

Contemplar el movimiento que había en la *riva* era fascinante y se quedó allí un buen rato hasta que, al final, le dedicaron un silbido que llamó la atención de los marineros. Se vio obligada entonces a escapar de las bromas que le dedicaban y volvió a la Piazzetta San Marco, donde la gente que se beneficiaba de todo aquel comercio se dedicaba a pasear, ajena al duro trabajo que se realizaba tan cerca de allí.

Y entonces, Orsola chocó con Domenego, que caminaba hacia ella con largas zancadas en sentido opuesto.

—¡Ay! —exclamó ella. Miró a su alrededor en busca de un pasaje por el que escapar pero en última instancia decidió que aquella era una actitud muy infantil. No podía evitar eternamente al gondolero—. *Buongiorno*, Domenego —lo saludó, recobrando la compostura—. ¿Cómo me has encontrado?

—He preguntado. En Venecia es imposible pasar desapercibido. ¿Por qué has huido de mí?

Orsola ignoró su pregunta.

—¿No te espera la hija de Klingenberg?

—La *signorina* Klara no tiene prisa. Está disfrutando de los saltimbanquis. —Señaló con la cabeza al otro lado de la *piazzetta*, donde varios hombres con calzones ceñidos y el pecho descubierto habían formado una pirámide humana, en lo alto de la cual un saltimbanqui hacía malabares con antorchas encendidas.

Orsola casi nunca había estado con Domenego en tierra firme; era raro verlo fuera de su embarcación con su ropa de gondolero: la túnica roja, las calzas a rombos blancos y negros, y el sombrero rojo con su bamboleante pluma de avestruz. Lejos de su góndola daba la sensación de ir disfrazado para el Carnevale y no vestido para la vida cotidiana.

—Tengo algo para ti —dijo él al tiempo que se sacaba un paquete del bolsillo de la túnica y se lo tendía.

Orsola se lo quedó mirando con manos trémulas. Aunque había hecho todo lo posible por no encontrarse con Domenego, el gondolero era su único y tenue vínculo con Antonio. Abrió el retal de lino atado con un cordel, mugriento después de haber pasado por las numerosas manos que lo habían transportado a lo largo de cientos de kilómetros. Dentro había un minúsculo delfín de cristal, en esta ocasión blanco, tan hermosamente proporcionado como el azul verdoso que guardaba en el bolsillo y exactamente del mismo tamaño. Antonio había logrado reproducir el primero sin tenerlo delante y sin el dibujo del diseño.

«Está vivo —pensó con una sensación de alivio—. Y piensa en mí. Marco cometió un error estúpido al prescindir de su talento. Al obligarlo a prescindir de mí».

—¿Sabes dónde está? —preguntó.

Domenego se estremeció.

—Me lo han preguntado un montón de veces. No, no lo sé.

—¿De dónde lo has sacado? —Orsola sostuvo en alto el delfín y su envoltorio de lino.

—Lo dejaron a mi nombre en los aposentos de Klingenberg. Por suerte, la *signorina* Klara estaba allí en ese momento, así que pudo recogerlo y luego me lo dio. Si llega a ser el *signor* Klingenberg, Jonas o cualquier otro, lo más probable es que se lo hubieran quedado y hubieran vuelto a interrogarme.

—¿Quién te ha interrogado?

—Los miembros del gremio.

Otro estremecimiento, esta vez acompañado del puño derecho apretado en un gesto de rabia. Cuando se dio cuenta de que ella lo miraba, lo escondió tras la espalda. A Orsola se le encogió el corazón.

—Domenego.

Él volvió la cabeza y miró por encima de su hombro hacia la *piazzetta*.

—Tengo que regresar con la *signorina* Klara.

—Menego. —Utilizó a propósito el diminutivo por el que lo llamaba Antonio—. Mírame. —Él se volvió hacia ella a regañadientes —. Muéstrame la mano.

Domenego la alargó. Le faltaba el dedo corazón; se lo habían cortado de raíz, por el lugar donde debería haberse unido a la mano.

Orsola ahogó un grito.

—¿Quién?

—Los del gremio. Klingenberg evitó que me quitaran el pulgar; si no, habría sido incapaz de volver a coger un remo. De hecho, ya no remo con la misma fluidez. —Se interrumpió antes de proseguir—: Arrojaron mi dedo al canal; para alimentar a los peces, dijeron. —Se le tensó la voz.

—Pero ¡no podías decirles dónde estaba Antonio porque no lo sabías!

—Es verdad. Fue lo bastante sensato como para no decírmelo.

—¿Y no se lo explicaste a ellos?

—La tortura no funciona así, Orsola.

—Si Antonio te lo hubiera dicho, podrías haberlo confesado y habrías conservado el dedo.

Domenego negó con la cabeza.

—Aunque lo hubiera sabido, jamás se lo habría dicho. La tortura no merece respuestas.

El gondolero echó a andar hacia la multitud entre la que había dejado a su señora. Orsola lo siguió, con el delfín agarrado en la mano y pasando el pulgar por su espalda suave y curvada, y por la punta de

la aleta. A pesar de las muchas manos que lo habían manoseado en su ruta desde Antonio hasta ella, Orsola sabía que una parte de él estaba allí: sus huellas, su sudor. Le provocó un mariposeo en la base del estómago, pero también la enfurecía que aquella pieza de cristal fuera lo único que le permitía estar cerca de él.

Klara Klingenberg no pasaba precisamente desapercibida. Era más alta que la mayoría de las chicas y destacaba incluso entre la multitud enmascarada que contemplaba las volteretas y las acrobacias de los saltimbanquis. Llevaba un vestido de seda azul celeste y el pelo rubio trenzado y recogido en lo alto de la cabeza, un peinado que solo le podía haber hecho otra persona, a diferencia del moño despeinado que Orsola se había prendido ella sola con horquillas. En lugar de cuentas, su collar era de perlas. Todo lo que llevaba —el vestido, las perlas, el pelo, la máscara enjoyada que le cubría la mitad superior del rostro, la doncella que rondaba a su alrededor para atenderla— lo pagaba el cristal de los Rosso, además de otros artículos con los que comerciaba su padre. Si ella podía llevar esas perlas era porque Orsola hacía cuentas.

Una súbita ira —por el abandono de Antonio, por la mano mutilada de Domenego, por el intermediario que ganaba más dinero que los artesanos para que su hija pudiera llevar seda y perlas y dedicar su tiempo a contemplar las contorsiones de los acróbatas— la impulsó a acercarse a la chica a través de la multitud, antes de que Domenego pudiera retenerla.

—¿*Signorina* Klingenberg?

Klara se dio la vuelta y se subió la máscara. Tenía los ojos muy grandes, del mismo marrón cálido que su padre, lo cual sorprendió a Orsola, que esperaba que le hicieran juego con el vestido. Su piel era tersa y pálida, sus pómulos parecían tallados y sus cejas estaban arqueadas como los puentes de piedra sobre los canales. Ahora que Orsola veía su rostro, se dio cuenta de que, a pesar de su altura, era más joven de lo que pensaba. Aunque ya tuviera su *mar rosso*, su busto no era el de una mujer y todavía no había alcanzado la edad de casarse. No se la veía asustada por Orsola, tan solo desconcertada.

Su doncella —un retaco impertinente más bajo aún que Orsola— se interpuso entre ellas.

—*Vattene*, campesina.

Orsola se enfureció, pero lo último que deseaba era llamar la atención y la gente ya había empezado a volverse hacia ellas, como si se olieran que allí había un espectáculo mejor aún que el de los saltimbanquis.

—Hablemos un momento, por favor —dijo Orsola, que dio media vuelta y se abrió paso entre la gente hasta encontrar un lugar más tranquilo en el extremo de la *piazzetta*.

Se quedó allí de espaldas al gentío, contemplando el escaparate de un guantero en el que había elegantes guantes de cuero teñidos de múltiples colores.

Klara la siguió, con su doncella pisándole los talones.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó.

A diferencia de su padre, la joven hablaba veneciano como una nativa.

—Vuestro padre vende mis cuentas.

—¿Como esas que llevas? —Tenía la mirada clavada en el cuello de Orsola.

—Como estas, y otras.

—*Bellissime.*

—*Grazie, signorina*. Vuestras perlas son más hermosas.

Era cierto: tenían una luminiscencia natural que ni siquiera el mejor vidriero podía imitar. Su blanco evocaba el blanco de los ojos y los dientes de Klara, que ahora sonreía. Orsola se aprovechó de su buen humor.

—Deshaceos un momento de vuestra doncella —dijo en voz baja.

—*Che*?

—Enviadla a alguna parte. —Orsola miró a la doncella.

—Benedetta, ve a comprarme almendras garrapiñadas, *per favore*. —Klara le tendió una moneda y señaló a un vendedor que había en el extremo más alejado de la *piazzetta*—. Te espero aquí.

Benedetta la miró con el ceño fruncido y una evidente desconfianza.

—No te preocupes —añadió Klara—. Domenego está aquí al lado.

La doncella se alejó apresuradamente. Orsola no disponía de mucho tiempo.

—Hace poco recibisteis un paquete para vuestro gondolero —comenzó.

—Sí, ¡fue toda una sorpresa! Domenego nunca recibe paquetes; ¿para qué iba a necesitarlos? Me pregunté qué podía ser, pero no me lo ha querido decir.

—Era para mí.

—¿Para ti? —Klara arqueó aún más sus ya arqueadas cejas—. ¿Conoces a Domenego? ¿Qué había en el paquete?

Orsola podría haber mentido o haber ocultado el delfín, pero necesitaba a aquella chica. Sacó la figurita de cristal y la dejó sobre la palma de Klara.

—*Un delfino; che bello* —murmuró la alemana mientras lo observaba.

Al cabo de un momento, Orsola sacó también el otro delfín. Klara lo cogió y sostuvo los dos en alto.

—Exquisitos. —Los estudió—. Espera, creo que… —Engarzó el

gancho de una boca en la cola curvada del otro delfín, los hizo girar y, como por arte de magia, los delfines quedaron unidos—. ¡Qué ingenioso!

Lo era. La chica era más rápida que Orsola, que no estaba segura de haber sido capaz de descifrar jamás el mecanismo.

—¿Quién te los ha enviado?

Orsola vaciló, pero era posible que aquella fuera su única oportunidad.

—Un hombre. Es probable que envíe más.

A Klara se le iluminaron los ojos.

—¿Tu amor verdadero?

Podía parecer pueril, como si repitiera las palabras de una balada o un poema románticos, pero la joven era tan sincera que Orsola fue incapaz de darle una réplica sarcástica.

—*Sì*.

—¿Por qué se lo mandó a Domenego y no a ti?

—Mi familia le tiene antipatía. Seguramente pensó que si lo mandaba a mi casa nunca me lo darían.

—Oh, *Romeo e Giuletta*!

—¿Quién?

—«Los amantes desventurados». Es una obra de teatro inglesa.

—Es posible que envíe más —insistió Orsola—, y si llegan a manos de vuestro padre o su secretario, Domenego podría meterse en un lío. En otro. —Se dio un toquecito en el dedo que había perdido el gondolero.

Klara era tan lista como su padre, aunque de una manera distinta. Ató todos los cabos y dedujo la respuesta.

—Tu amor verdadero es el vidriero que escapó hace varios meses. He oído hablar de él a padre.

Orsola asintió.

—¿Sabes que está en Praga?

—¿En Praga? ¿Cómo lo sabéis?

—Le pregunté al mensajero de dónde venía el paquete y me dijo que la remesa procedía de Praga.

—¿Vuestro padre lo sabe?

—No, solo yo. —Se la veía encantada de tener un secreto.

—No se lo contéis nunca. Y tampoco a Domenego.

—¿Por qué?

—Si piensan que él lo sabe, le cortarán otro dedo para averiguarlo.

Klara Klingenberg se estremeció, igual que había hecho antes Domenego.

—¿Y mi padre?

—Se lo contará al gremio, que enviará hombres a Praga a

buscarlo.

—Pero si vuelve, estaréis juntos de nuevo.

—No. Si vuelve, lo matarán.

Klara suspiró.

—Qué horror. Pero… padre solo intenta proteger su negocio. Y el tuyo.

«¿Cómo no va a defender a Klingenberg? —pensó Orsola—. Es su padre».

Por encima del hombro de Klara divisó a Benedetta, que se abría paso a través de la *piazzetta* para regresar junto a ellas.

—Es posible que, si puede, me envíe más delfines —explicó—. *Per favore, signorina*, os pido que los interceptéis y se los entreguéis a Domenego sin que nadie se entere. Así, tanto él como vuestro gondolero estarán a salvo.

—Se me ocurre algo mejor. La próxima vez que llegue uno, responderé con un mensaje para que los envíen a mi nombre y no al de Domenego. ¿Cómo se llama tu amor verdadero?

Orsola se ruborizó, reacia a compartir esa información con la chica. Pero si quería proteger a Antonio del peligro de su gesto romántico, no tenía otra opción.

—Antonio Scaramal.

—*Va bene*. Estaré atenta a la llegada del próximo delfín. —Klara le devolvió los delfines de cristal al tiempo que Benedetta llegaba con un cucurucho lleno de almendras garrapiñadas—. No, no quiero comprar tus cuentas —añadió la joven, alzando la voz—. Ya tengo bastantes joyas.

A Orsola le sorprendió la rapidez con la que había adoptado un tono altanero. Aunque, claro, para ella todo era solo un juego.

—Está bien, *signorina*. —Orsola inclinó la cabeza—. Siento haberos molestado.

Benedetta les dedicó una mirada a las dos y Orsola se preguntó si habrían logrado engañarla.

Orsola y Stefano se evitaron durante meses. En las comidas, ella se sentaba lo más lejos posible de él, y él se aseguraba de mantener la vista baja o clavar la mirada en el hombro de ella. Parecía tan abochornado como ella por lo ocurrido. Orsola no dudaba de que le hubiera pedido su mano a Marco, pero era evidente que el joven no había anticipado que eso ocasionaría el escándalo de la desaparición de Antonio, ni que la reacción de Orsola sería tan negativa.

Orsola también evitaba a Marco, y él a ella. Monica mantenía a raya a su marido y, después de que Isabella y ella dieran a luz a dos varones en rápida sucesión —Andrea y Sebastiano—, la familia se centró en los niños y dejó tranquila a Orsola. Andrea nació con un pie zambo y necesitaría más atenciones para aprender a caminar. Siempre

iría un poco por detrás de los demás. Con seis niños menores de cuatro años en la casa, el trabajo resultaba agotador. De nuevo había más ropa que lavar para Orsola, más bebés que consolar, más tareas en general, sobre todo para un miembro de la familia que, como ella, no estaba casado.

Un día, mientras corría detrás de Raffaele, que había cogido un bastón de cristal del rincón de su lámpara y lo había arrastrado hasta el patio, Orsola pilló a Stefano mirándolos desde el patio del taller. Mientras ella le arrancaba el bastón de las manos a su sobrino, Stefano sonrió y se dio la vuelta. En otra ocasión, después de comer, Orsola lo descubrió observándola mientras ella lavaba los platos. Él apartó de nuevo la mirada.

Una tarde, Orsola regresaba de los campos de blanqueo y se topó con él en el Ponte di Mezzo. Sin mediar palabra, Stefano le cogió la cesta con el montón de sábanas blancas para llevarla a casa. Orsola lo siguió, demasiado cansada para que el gesto le molestara. Cuando le dio las gracias, él agachó la cabeza y se escurrió hacia el taller.

No se parecía en nada a Antonio. Tal vez eso lo haría más fácil. Delgado, con la cara estrecha y los ojos y el pelo oscuros, Stefano hablaba poco y se movía muy rápido, con una energía nerviosa, en lugar de pasearse con aire relajado como Antonio.

La onomástica de santa Orsola, en octubre —un año después de que Marco anunciara que Stefano se iba a casar con su hermana y de que Antonio se marchara—, en un momento en el que Orsola se quedó sola en la cocina, Stefano apareció y dejó en la mesa un espejito que había hecho. Era redondo, con un fino marco de madera tallada en forma de guirnalda y pintado en dorado; sencillo y bonito. Él se apartó y lo señaló.

—Vaya —dijo ella—. Me... me... *Grazie*, Stefano.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en meses. De inmediato, le pareció una traición. «Pero Antonio no está aquí —se recordó—. Jamás estará aquí».

—Puedes colgarlo en tu cuarto —dijo Stefano antes de marcharse apresuradamente, como si el mero hecho de decir esas palabras supusiera demasiado para él.

Esa noche, alguien llamó con los nudillos a su puerta. Al abrirla, Orsola se encontró a Stefano frotándose las manos contra los muslos con un gesto nervioso. Ni siquiera la miró.

—He venido a ver cómo queda el espejo. ¿Lo has colgado?

Ella asintió. Lo había puesto en su sitio hacía un rato. Era el objeto más bonito que había en su cuarto, aunque no era una persona muy propensa a mirarse en los espejos.

—¿Puedo pasar?

Hacía poco que Laura Rosso había trasladado a Stella a una

habitación compartida con Rosella. «Necesitas una habitación propia», le había dicho. Y ahora, Orsola entendía el porqué.

Se quedó un buen rato mirando a Stefano. Él alzó la vista. Y entonces, ella se apartó y lo dejó entrar.


Segunda parte Tres collares

4

El canto rodado vuelve a rebotar sobre el agua. Un largo salto en el tiempo *alla veneziana*, de 1633 a 1755. El guijarro cae en plena Ilustración, una época en la que el pensamiento se desinhibe y la mente ensancha sus horizontes más allá de la prolongada oscuridad del pasado, de la mano de Rousseau, Locke y Voltaire. Atrás queda una guerra civil inglesa y un montón de guerras más. En América se libra una de otro tipo: los nativos son aniquilados de manera implacable, mediante las armas y las enfermedades.

Arte: Rembrandt, Vermeer y otros pintores neerlandeses les roban la corona a los italianos aunque, en Venecia, Tiepolo está en el cenit de su carrera.

Literatura: ha nacido la novela moderna. ¡Celebrémoslo!

En su estudio, Orsola Rosso hace girar bajo la llama una cuenta roja translúcida con motas de pan de oro suspendidas en su interior. Alza la vista. Han pasado ciento veintidós años. Ella y aquellos que son importantes para ella han cumplido ocho más. Orsola tiene ahora veintinueve, aunque desconoce la edad de aquel que más le importa de todos.

La Ciudad del Agua ha cambiado. Despojada de su papel de centro neurálgico del comercio, ahora es conocida por sus fiestas, el juego y la temporada del Carnevale, cuyas máscaras permiten que todo el mundo se tome libertades. Es el clímax —en más de un sentido— del Grand Tour que realizan los jóvenes varones europeos, así como algunas jóvenes féminas.

El declive del comercio ha conllevado una reducción en las ventas de cristal. Hay menos trabajo. Es una época más precaria para los vidrieros y otros artesanos.

¿Se benefician de alguna manera los Rosso de esta liberación del cuerpo y la mente? ¿Es Orsola más ilustrada, o está abrumada por los aspectos cotidianos de un hogar lleno de niños?

—*Basta*! —Orsola se parecía cada vez más a su madre al hablar.

Se hizo un breve silencio mientras la pelota dejaba de rodar. No duró mucho: los niños tienen una memoria muy corta. No tardaron en hacerla rebotar de nuevo una y otra vez contra la pared del estudio de Orsola, justo al otro lado de la mesa en la que ella trabajaba, mientras contaban a gritos los chuts:

—*Uno! Due! Tre*!

Consciente de que los pequeños no podían evitar causar alboroto, Orsola no solía gritarles. Pero cuando jugaban justo donde ella

trabajaba, no podía concentrarse y las cuentas se le caían de la vara de metal que hacía girar en ambos sentidos. Tenía que entregarle un pedido a Klingenberg, que la había convocado para una reunión, y no podía permitirse perder su preciado tiempo. Los niños sabían que no les estaba permitido ir al patio del taller y seguramente por eso estaban allí. Era Marco quien había impuesto aquella regla, secundado por Monica, Laura Rosso y Orsola. Pero una vez que los niños superaron en número a los adultos, resultó imposible controlarlos.

Ahora había ocho niños en el hogar de los Rosso, con edades comprendidas entre los doce años (Stella) y los dieciocho meses (Angela). Marco y Monica habían estado ocupados en la cama y ella había dado a luz a otra niña, Francesca, y había tenido dos embarazos más que no habían llegado a término. Giacomo e Isabella solo habían tenido un hijo después de Sebastiano: una niña con el pelo rubio que no se parecía en nada a Giacomo. Tres meses después de su nacimiento, Isabella huyó con ella a *terraferma*, donde la esperaba un pescador rubio. Orsola fue la única que percibió la expresión de alivio en el rostro de su hermano al enterarse de que su mujer se había marchado. Por más que su madre le insistiera, él no mostraba interés alguno en encontrar otra esposa. Parecía que una ya hubiera sido demasiado.

La última de los ocho niños era la hija de Orsola y Stefano: Angela, el milagro que ella había creído que nunca llegaría. Se quedó embarazada cuatro veces antes de lograr dar a luz a su hija. Stefano adoraba a Angela, y la niña gorjeaba y corría hacia él siempre que lo veía aparecer. Orsola se esforzaba por no estar celosa del vínculo que compartían. Stefano era un buen hombre y merecía el amor puro e incondicional de alguien.

Los niños se pusieron a patear de nuevo la pelota contra la pared al tiempo que recitaban sus nombres a gritos, del mayor al menor:

—¡Stella! ¡Marcolin! ¡Rosella! ¡Raffaele! ¡Andrea! ¡Sebastiano! ¡Francesca! ¡Angela!

—*Per l’amor di Dio, basta*! —volvió a chillar Orsola, en el momento en que el ruido de la pelota al rebotar le atacaba los nervios. Dejó sobre la mesa la vara con la que estaba dando vueltas y se dirigió a la puerta—. Todos vosotros, *andatevene*!

Los niños obedecieron y se alejaron a la carrera para ir a molestar a otro. Aquel drama se repetía todos los días. A menudo, Orsola apretaba los dientes y trabajaba rodeada de ruido; a veces se daba por vencida y renunciaba a hacer cuentas, y otras gritaba. Se sentó de nuevo para concentrarse en el trabajo con la lámpara, aunque no pudo evitar sonreír: a los niños se les daba mejor entretenerse que a ella. Si bien los quería a todos, Orsola tenía sus preferidos.

Angela, por supuesto, por ser su hija.

Stella, por ser su hermana y también la mayor, aunque esta rara vez se unía al grupo de los demás niños. Prefería desaparecer en sus escondites secretos de la isla, aunque en ocasiones se sentaba junto a Orsola y la observaba mientras hacía cuentas.

Marcolin, por ser su primer sobrino y el hijo de Nicoletta, y que tenía tanto miedo del mundo que a menudo tenían que reconfortarlo y protegerlo de todos los peligros que él creía que le aguardaban fuera de la casa de los Rosso.

Rosella, porque a veces se sentaba con Stella a mirar cómo Orsola hacía cuentas. Aunque todavía era demasiado pequeña para hacerlas ella misma, no tardaría en poder jugar con la miel y pasarla de un palito a otro, como le había enseñado Elena Barovier a Orsola. Elena, después de sobrevivir a la peste, había sucumbido a unos chancros en el pecho y ya no estaba entre ellos.

Y por último, Raffaele, el consentido de la familia. Era el favorito de Laura Rosso y se parecía mucho a su madre, Nicoletta, con unos grandes ojos marrones con las comisuras pinzadas y una boca delicada que no era habitual en un chico. De todos los hijos de Marco, él era el preferido de su padre, que se avergonzaba de la cojera de Andrea y del miedo de Marcolin al mundo. Raffaele era el líder innato del grupo de niños. Sin embargo, a diferencia de muchos otros líderes —y de su propio padre—, Raffaele era de trato fácil y amable con todos.

Cuantos más niños llegaban, más bocas había que alimentar y más espacio se necesitaba en la cocina para los nuevos empleados: contrataron a una chica para lavar los platos, a una niñera para cuidar a los bebés y a una anciana que ayudaba con la colada. Cuando se sentaban a comer, eran muchos a la mesa. Al final no quedó espacio en la esquina de la cocina para la mesa de Orsola con la lámpara y los fuelles. Una noche, después de la cena, la chica que recogía los platos del patio dejó varios sobre ella y tiró al suelo un montón de bastones de cristal. Mientras estos rodaban en todas direcciones, Orsola se puso a soltar imprecaciones y la chica se echó a llorar.

Monica salió al patio, donde Marco, Giacomo y Stefano se estaban acabando el vino antes de volver a trabajar.

—Orsola necesita un sitio para hacer sus cuentas —le anunció a su marido—. En la cocina ya no hay espacio. Lo mejor sería dividir el almacén y darle una parte a ella.

Marco le dedicó una mirada penetrante que ella le devolvió.

—En el taller no entran mujeres —dijo él.

—No estaría en el taller. Tendría su propio sitio en el almacén, donde sobra espacio. —Levantó una mano al ver que Marco trataba de interrumpirla—. Solo hay que reorganizarlo un poco y añadir unas cuantas estanterías. No es tan difícil.

Marco no había heredado la capacidad de organización de su

padre, y el almacén era una estancia caótica y mal aprovechada, con materiales y piezas terminadas desparramados por todas partes. Si conseguían ordenarlo y dejarlo como lo hubiera tenido Lorenzo Rosso, quedaría espacio para Orsola. Había tenido que ser Monica quien lo señalara.

—Necesitamos los ingresos de las cuentas —añadió—. Orsola pone comida en la mesa para los niños y, gracias a ella, tienen ropa que ponerse.

Monica hizo un gesto en dirección a los niños que correteaban por el patio, sumidos en el sopor posterior a la cena; estaban todos, desde Stella hasta la pequeña Angela, que perseguía a sus primos con pasos vacilantes.

Las cuentas de Orsola se habían convertido en un ingreso menor pero constante para los Rosso. Unos años atrás, Klingenberg le había entregado el dinero de las ventas que había estado custodiando para ella, y Orsola se lo había entregado a un atónito Marco. Era una suma considerable. Orsola se aseguró de que Laura Rosso y Monica lo supieran, para que él no se lo gastara en alguna estupidez, como apostar en uno de los casinos que habían abierto en Murano o adquirir una parte de L'Omo Salvadego. En vez de hacer alguna de estas cosas, Marco había reformado el horno para que ardiera con más eficacia, aunque ni siquiera le dio las gracias a su hermana ni reconoció que eran los *escrementi di coniglio* —los excrementos de conejo, como los había llamado él— los que lo habían financiado. Ahora, las cuentas de Orsola compraban zapatos para los niños y un vino mejor para los adultos.

Marco frunció el ceño pero Monica se mantuvo firme, a la espera de que él diera su aprobación. Al final, él asintió.

—Pero que sea en el lugar del almacén más alejado de nosotros —dijo—. No quiero oler esa peste ni de lejos.

La perspectiva de tener su propio estudio, algo muy poco habitual para una mujer, fue muy emocionante para Orsola, que ahora disponía de espacio suficiente para dejar sus herramientas sin tener que guardarlas cada vez que terminaba de trabajar. Por otra parte, en ocasiones echaba de menos hallarse en el corazón de la casa. Cuando trabajaba en la cocina, se enteraba de quién estaba enfermo, quién estaba cansado, adónde iba cada uno y cuándo. Había visto cómo Isabella ponía los ojos en blanco a espaldas de Giacomo mucho antes de huir. Había visto cómo Laura Rosso le daba a Raffaele *biscotti* de más. Había visto cómo Monica miraba con lástima a su hijo Andrea mientras él cojeaba tras los demás con su pie lisiado.

Ahora, Orsola hacía más cosas, además de cuentas, para venderlas en la pequeña tienda anexa al taller. La idea se le había ocurrido a Stella. Un día, Orsola estaba sentada en la *Riva* di San Matteo con un

montón de pequeños delfines de cristal en el regazo. Nunca sabía cuándo iban a llegar: a veces se los enviaba con meses de diferencia y otras pasaban años hasta que volvía a recibir uno. Siempre llevaba en el bolsillo el primero que le había regalado Antonio junto con la *rosetta* de Maria Barovier: eran sus fieles compañeros. Los demás los guardaba en casa, entre sus cuentas, donde Stefano y Marco nunca los verían. En ocasiones, sin embargo, se los llevaba a San Matteo para que les diera el aire y pasar tiempo con ellos, notar su peso en la mano, engarzarlos y desengarzarlos, dejar que entrechocaran. Los delfines eran su bien más preciado, la evidencia concreta de que Antonio seguía unido a Murano y a ella. Tal vez la sangre le seguía corriendo por sus venas al lento ritmo del cristal, a pesar de estar en *terraferma*. Orsola quería creerlo.

—¿Qué es eso? —Oyó preguntar, y al volver la cabeza se encontró a Stella mirando por encima de su hombro.

Su hermana era una experta en aparecer sigilosamente por todas partes sin que nadie se percatara.

—Delfines —contestó Orsola—. Me los ha hecho un amigo. ¿Quieres verlos?

Stella se agachó junto a ella. Ahora que se acercaba a la adolescencia, sus rizos castaños dorados por el sol eran cada vez más oscuros y sus pobladas cejas estaban casi siempre fruncidas en un ceño, no por enfado sino por lo mucho que se concentraba para entender el mundo que la rodeaba.

—Nadie sabe que los tengo —añadió Orsola—. Solo tú y yo. Será nuestro secreto, *d'accordo*?

No la amenazó, porque las amenazas no servían de nada con su hermana, como tampoco los castigos. Pero tal vez un secreto compartido funcionara. De todos los niños, Stella era la más capaz de guardar un secreto.

La niña asintió. En ese momento, Orsola tenía seis delfines engarzados y dejó la ristra en las manos ahuecadas de su hermana. Stella no se los quedó mirando embobada como habría hecho otra niña ni tampoco dijo que quería quedárselos. Los estudió con la misma atención que un alumno inclinado sobre sus libros. Averiguó de inmediato cómo se enlazaban y los separó todos antes de ordenarlos por colores, del blanco al azul más oscuro. Mientras las hermanas los observaban, Orsola se fijó en que había minúsculas diferencias entre ellos: una aleta más larga, una boca más corta, un cuerpo más relleno. Uno tenía incluso varias burbujas suspendidas en su interior. Pensó que ese debía de haberlo hecho con prisas.

—¿Quién es ese amigo? —quiso saber Stella—. Si los hubiera hecho en Murano, estarían en las tiendas. Y aun así, me resultan familiares.

Ahora había más tiendas en Murano que vendían cristal y la de los Rosso tenía más visitantes: no solo los venecianos que venían a sus *palazzos* y jardines, sino también extranjeros. Franceses, alemanes, británicos: todos iban de viaje a Venecia para disfrutar de su arte y sus festivales —el Carnevale, la Festa della Sensa, la Regata y el Redentore —, así como para apostar y visitar las islas de los alrededores, como Burano, donde compraban encaje, o Murano, donde compraban fruslerías de cristal para llevárselas a casa: figuritas de caballos, peces o pastorcillas, además de copas de vino, candelabros y espejitos. Incluso cuentas. La familia se había adaptado a las nuevas exigencias del mercado, aunque eso implicara que Stefano tenía que hacer espejos más pequeños y baratos; Giacomo, veloces caballos; y Marco, sencillos candelabros. La tienda era más grande; las piezas, más pequeñas. Stella tenía razón: aquellos delfines podrían venderse en cualquier tienda de la isla y sin duda tendrían éxito, aunque su manufactura era mucho mejor que la de la mayoría de las piezas que los Rosso vendían a los turistas, cuyo cristal probablemente se rompería durante el viaje de regreso a casa. Sin embargo, en cuanto Marco viera el diseño del delfín, lo reconocería y tendría un arrebato de ira.

—No están hechos en Murano —dijo Orsola.

Stella se sentó al tiempo que asentía con la cabeza.

—Ya lo sé. Este es el diseño de los delfines del candelabro que Marco hacía y que ahora ya no se produce. Así que tienen que ser obra del *Giuda* Antonio.

Todas las familias tienen historias que repiten una y otra vez sentadas a la mesa de la cena, con unas cuantas copas de vino. Los Rosso tenían la de la esquirla de cristal ardiente que se le había clavado en el cuello a Lorenzo Rosso. La de Laura Rosso sobreviviendo a Lazzaretto Vecchio y trayendo de vuelta con vida a Raffaele. La de Orsola seduciendo a Maria y Elena Barovier para que le enseñaran a hacer cuentas. Antonio también formaba parte de las historias de los Rosso: Antonio el Judas, que había robado los secretos de la familia y se los había llevado a los vidrieros del norte para hacerles la competencia. Hasta Stella lo conocía. Orsola había quedado fuera del relato oficial, aunque siempre que esta historia salía a colación, se apresuraba a recoger la mesa u ocuparse de los niños para no tener que escuchar lo que decían. Stefano tampoco quería oír hablar del hombre al que su mujer prefería antes que él, así que se bajaba a su hija del regazo y se iba al taller con cualquier excusa.

—¿Por qué te los envía? —preguntó Stella.

Orsola pensó en qué mentira podía contarle, pero al final optó por la verdad.

—Para que no me olvide de él.

—Pues parece que funciona.

—*Sì.*

—Podrías hacer estos con tu lámpara —sugirió Stella mientras estudiaba el último que le había enviado, un delfín de un verde intenso como las algas que a veces crecían en las aguas estancadas de la laguna—. Y luego podrías venderlos en la tienda.

—Delfines no —repuso Orsola—. Pero igual podría hacer otras cosas.

—Caballitos de mar, entonces. Puedes utilizar el mismo engarce en la nariz y la cola.

La niña empezó a enlazar de nuevo los delfines.

La idea de Stella despertó la creatividad de Orsola, que se puso a pensar en posibles diseños; algo que no vendería a través de Klingenberg sino en la tienda de los Rosso. Dedicó muchas horas a experimentar para que el caballito de mar le saliera bien; pidió a los pescadores que le enseñaran los que habían cogido en sus redes e hizo bocetos de delicadas cabezas de caballito en miniatura, con sus crines, sus esbeltos cuerpos y sus colas curvadas en una ceñida espiral. Esa espiral podría engancharse en un pequeño bucle en la parte de arriba de la cabeza. Eran difíciles de hacer y el método para unirlos no era tan inteligente como el de Antonio con los delfines, pero un mes después de la propuesta de Stella, nació el *cavalluccio marino* de los Rosso. Para gran consternación de Marco y secreto orgullo de Orsola, se vendió mejor que cualquier otro artículo de la tienda. Los visitantes lo compraban para sus esposas, sus hijas, sus amantes. Orsola elaboró otras figuras para ponerlas a la venta: serpientes, pulpos, estrellas de mar, gatos y perros. Siempre pequeños y sencillos. Pero nunca hizo delfines.

A diferencia del floreciente negocio de las figuritas, el trabajo de Orsola con las cuentas se estancó. A lo largo de los años, Klingenberg había ido aumentando sus pedidos a medida que consolidaba compradores regulares que preferían la calidad del cristal de Murano al vidrio más barato y basto de otros talleres continentales. Sin embargo, a partir de cierto momento dejó de incrementar los pedidos y se limitó a mantenerlos. Orsola se había estancado y su trabajo se había vuelto predecible y aburrido. Tenía la sensación de hallarse en ese momento de un relato en el que parece que no pasa nada y solo se espera la llegada del siniestro desconocido que dará vida a la trama.

Un día fue a ver a Klingenberg para llevarle su último encargo y también una idea. Después de felicitarlo por la reciente boda de su hija Klara y de que el mercader le preguntara por Angela —como buen profesional, recordaba el nombre de su hija—, se centraron en el negocio. Orsola le entregó las cuentas a Jonas, que se las llevó sin siquiera inspeccionarlas, hasta tal punto confiaban ya en su trabajo.

—Quería haceros una propuesta, *signor* Klingenberg —dijo ella—. En relación con mis cuentas. Me preguntaba si podría hacer algo un poco diferente, como collares, en lugar de venderlas individualmente.

A veces, Orsola hacía collares para las mujeres de su familia y de Murano, pero el mercader nunca se los había pedido.

—Los compradores prefieren cuentas individuales —contestó Klingenberg, desechando su idea sin ni siquiera considerarla aparentemente, aunque al ver su expresión de desaliento, añadió—: Sin embargo, he recibido una petición de una cuenta nueva desde un mercado que todavía no trabajo. Tal vez os interese.

En una ocasión, Orsola le había preguntado adónde iban las cuentas y él había enumerado un montón de ciudades. Algunas las había supuesto: Ámsterdam, París, Londres. Otras estaban en países más lejanos: Damasco, Alepo, Constantinopla. Y de algunas no había oído hablar nunca: Bakú, Boston, Lima. Orsola ni siquiera había estado en *terraferma* y, sin embargo, sus cuentas habían viajado por todo el mundo.

—Se trata de África occidental —explicó el mercader—. Son un ornamento habitual de los jefes tribales y, como allí el cristal es escaso, eso las distingue de otras cuentas hechas de arcilla o semillas. La escasez es lo que alimenta el comercio y determina el precio. Los africanos no saben hacer cristal, al menos todavía, así que pagan generosamente para disfrutar del privilegio de llevar cuentas de cristal. Y ahora quieren cuentas *millefiori*.

Las flores *millefiori* estaban hechas de bastones de diversos colores unidos siguiendo un diseño, por lo general con el centro de un color y los pétalos de otro. Luego se fundían juntos y, una vez frío, el nuevo bastón se cortaba transversalmente para crear pequeños discos con flores. A continuación, estos se prensaban en fila hasta conseguir una cuenta opaca. El resultado era un poco chillón para Orsola, que prefería diseños más sencillos.

—¿Cuánto valen las cuentas *millefiori*? —quiso saber.

—Cinco *soldi* cada una, aunque por supuesto, como en África no hay *soldi*, pagan en especies.

—¿Y en qué consisten? —Orsola sentía curiosidad por lo que podía venir de África.

—Pieles de animales exóticos. Oro. Esclavos.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Comercian con su propia gente?

—A veces. Aporta riqueza a la tribu.

A pesar de que había vecinos que la molestaban, otros talleres de cristal que robaban las ideas de los Rosso y productores de cuentas cuyos negocios le encantaría ver cerrados, Orsola jamás los habría traicionado de aquella manera. A pesar de sus rencillas y disputas, los

muraneses estaban unidos.

Y además estaba Domenego, un amigo que también era un esclavo.

Abrió la boca para decir algo pero enseguida la cerró. Klingenberg se había portado bien con ella: había comprado sus cuentas cuando era una principiante, la había apoyado después de la peste negra y se había mostrado comprensivo en las ocasiones en las que ella había sido menos productiva, como tras la marcha de Antonio, después de los abortos, durante su difícil embarazo y en la primera época de su maternidad. Él, cuando menos, valoraba su habilidad de una manera que Marco jamás había apreciado. Orsola le debía mucho y no quería criticar ni cuestionar nada. Pero la idea de que, en cierto sentido, sus cuentas formaran parte del proceso que esclavizaba personas como Domenego la escandalizó.

A pesar de haberse quedado callada, era evidente que no había logrado disimular sus emociones. Klingenberg se reclinó en el asiento.

—*Signora* Orsola, habéis pasado toda vuestra vida en Murano, ¿verdad? Vuestra familia y vos jamás habéis estado en *terraferma*, donde las cosas funcionan de otra manera.

Ella se encogió de hombros. Por la forma en la que el comerciante lo decía, parecía como un defecto que tuviera que enmendar.

—Así pues, sabéis muy poco de cómo funcionan los negocios. Lamento informaros de que si el mundo del comercio sigue girando es gracias al sudor humano, en su mayor parte no remunerado. ¿Las colonias americanas de las que tanto oímos hablar y que tanto éxito han cosechado vendiendo telas y azúcar? Tienen éxito porque las materias primas, el algodón y la caña de azúcar, las recogen los africanos que hay allí. La riqueza de Gran Bretaña proviene del comercio de esclavos. Al igual que la de los Países Bajos, España, Francia y Portugal. Vuestras cuentas forman parte de todo ese engranaje. La esclavitud mueve el mundo.

—Y también vuestra góndola por Venecia —dijo al final, sin poder contener las palabras que salieron de su boca.

Desde la antesala dejó de oírse el raspeo de la pluma de Jonas. Era la primera vez, desde que lo había visto mareado en la góndola años atrás, en la que el aplomo de Klingenberg pareció abandonarle. Aunque no se movió en la silla, adoptó sutilmente una expresión defensiva.

—Domenego lleva una buena vida con nosotros —declaró—. Lo tratamos bien.

—¿Ha elegido él trabajar para vos?

—Puede comprar su libertad cuando él quiera.

—¿Y cuánto le costará?

—Eso queda entre él y yo, *signora* Orsola. El caso es que ahora

nada de collares. Pero me gustaría que empezarais a hacer *millefiori*, por favor. He recibido varios encargos y quiero daros la oportunidad a vos antes de buscar a alguien que también trabaje con la lámpara. Mandadme una muestra a finales de mes y veremos qué tal os han quedado. —Klingenberg se puso en pie con aire cansado. No había logrado cambiar de tema con la soltura habitual en él. Llamó a su secretario—: Jonas, ¿puedes acompañar a la *signora* Orsola? Dadles recuerdos a vuestra madre y a vuestros hermanos —concluyó, dejando claro que la conversación sobre la esclavitud e incluso sobre las cuentas había terminado.

Orsola se quedó con la breve satisfacción de haber incomodado al poderoso mercader. Jonas la acompañó a la salida, aunque a aquellas alturas ella había estado tantas veces en el Fondaco dei Tedeschi que se lo conocía de memoria. Mientras bajaban por la ancha escalera de mármol, cuyos escalones se combaban en el centro, gastados por todos los mercaderes que los habían pisado a lo largo de los siglos, el secretario de Klingenberg dijo en voz baja:

—Ese arrebato que acabáis de tener no va a ayudar a vuestra familia. *Herr* Klingenberg no lo olvidará. Desde que gente como vuestro examante se llevó el negocio al norte, cada vez recibe menos encargos de cristal de Murano.

—¡Ni se os ocurra hablar de él! —El grito reverberó por la escalera y un secretario le lanzó a Orsola una mirada reprobatoria.

Los ocho años transcurridos, un marido, una hija y su propio taller: la mayor parte del tiempo, esas cosas la protegían de la deserción de Antonio. Sin embargo, bastaba con un comentario intrascendente de alguien inesperado y poco comprensivo para abrir una herida que creía cicatrizada mucho tiempo atrás.

—Hubo una época en la que Venecia era el corazón del mundo del comercio —continuó Jonas, pasando por alto su exabrupto—. Escuchadme, por favor. —Habían llegado al pie de la escalera y el hombre señaló el patio que tenían delante—. Pensad en la primera vez que visteis todo esto, en la cantidad de gente y actividad que se veía comparada con la que hay ahora.

Tenía razón. La primera vez que Orsola y Giacomo habían entrado allí buscando a Marco, el patio estaba tan atestado de secretarios corriendo en todas direcciones, de extrañas mercancías transportadas e inspeccionadas, que todo el mundo los empujaba y ellos tenían que apartarse de su camino. Ahora el Fondaco dei Tedeschi estaba mucho más apagado; ya no se parecía a un bullicioso Gran Canal con barcas de todos los tamaños, sino a un *rio* con unas pocas góndolas deslizándose con calma por él.

—Si queréis que el exiguo mercado del cristal de Murano siga existiendo, es mejor no criticar a *Herr* Klingenberg tomando partido

por los africanos. —Antes de que ella pudiera replicar, añadió—: ¿Acaso creéis, *signora*, que recibir dinero por trabajar es tan importante? A veces uno puede sentirse como un esclavo pese a tener monedas en el bolsillo.

Orsola se lo quedó mirando. Jonas estaba observando el patio y le ofrecía tan solo su perfil, con sus prominentes pómulos y su nariz recta; por debajo de la barba, tenía la mandíbula apretada y una vena le latía en la sien, bajo el borde de su gorra negra.

—Pero vos tenéis opciones —dijo Orsola al cabo.

—Decidir entre morirse o no de hambre no es exactamente tener opciones.

—Decidle eso a Domenego. Me imagino que a él le gustaría tenerlas.

—El moro vive mejor que yo; se pasa todo el día en el agua en esta maravillosa ciudad, mientras que yo estoy aquí metido copiando números.

—Pero él no tiene familia.

—Yo tampoco.

—¿Qué les pasó? —preguntó ella, aunque no tenía especiales ganas de conocer su historia porque eso podía obligarla a mostrarse comprensiva.

—Se los llevó la peste negra, a todos. Mis padres, mis hermanos y mi hermana.

—*Che Dio li tegna*. —Orsola se santiguó—. ¿No tenéis esposa? ¿Hijos? —añadió, aunque no tenía claro por qué se dejaba arrastrar a esa conversación.

Él negó con la cabeza.

—Si preferís ser gondolero, ¿por qué no lo sois?

—No es tan sencillo, *signora*. ¿Por qué trabajan vuestros hermanos el cristal? Es lo que hace la familia.

Era cierto. Orsola no se imaginaba a Marco y a Giacomo haciendo algo que no fuera trabajar el cristal, aunque lo cierto era que nunca habían tenido otra opción.

—Mi padre era mercader, como *Herr* Klingenberg —continuó él—, pero solo mis hermanos mayores entraron en el negocio y yo tuve que encontrar trabajo en otra parte. *Herr* Klingenberg no tiene hijos, así que me contrató a mí.

—A pesar de que lo que deseabais era estar en el agua.

La idea de aquel secretario de piel pálida remando sobre una góndola por los canales, cantando y soltando maldiciones, le pareció divertida.

Jonas no contestó.

—¿Cuánto cuesta la libertad de Domenego?

—Cien *zecchini*.

Orsola tomó aire. Cuando no se dedicaba a llevar a los Klingenberg allí donde ellos desearan, Domenego recogía a veces a clientes en las estaciones del *traghetto* y realizaba trayectos cortos por un *soldo*. Tendría que hacer catorce mil de esos viajes para reunir el dinero suficiente. Y ella tendría que hacer siete mil cuentas.

Al salir del Fondaco dei Tedeschi, Orsola se dirigió al *traghetto* del Rialto para ver si Domenego se encontraba allí. Había convertido en una costumbre ir a ver a su amigo después de sus reuniones con Klingenberg. A veces, si no estaba ocupado con la familia u otros clientes, el gondolero la sacaba al Gran Canal. A pesar de que hacía ya años que disfrutaba de este regalo, Orsola seguía encontrando emocionante esquivar otras góndolas y, mientras tanto, admirar los lujosos *palazzos* que bordeaban el agua y contemplar cómo los demás pasajeros se observaban unos a otros. Algunos incluso la miraban a ella con curiosidad, sin entender qué hacía aquella sencilla mujer en una barca mucho más majestuosa que ella, conducida por un africano. Domenego también parecía disfrutar de sus paseos, en los que podía hacer gala de su destreza al maniobrar con la góndola sin chocar con otras ni tener que gritar o increpar a nadie, limitándose a anunciar «*A premando*» o «*A stagando*» para avisar de que iba a girar a la izquierda o la derecha. Si cometía un error, Orsola no lo juzgaría como tal vez sí hicieran Klara o su padre. A aquellas alturas, ya se había acostumbrado a la pérdida del dedo y remaba con la misma fluidez de siempre.

A menudo iban hacia San Marco y Domenego anunciaba los nombres de los *palazzos* Grimani, Ca’Rezzonico y Venier a medida que pasaban por delante de ellos. Por lo general no llegaban hasta la *piazza*, sino que se quedaban a la altura de Santa Maria della Salute, la enorme iglesia con cúpula construida tras la epidemia de peste negra de 1630. Decorada con estatuas y unas hermosas aunque innecesarias florituras, para Orsola la Salute constituía el edificio más emblemático de Venecia, mucho más que la iglesia de San Marco o el palacio del Dux. Se erguía en una imponente y pintoresca ubicación a la entrada del Gran Canal, y sus generosas curvas eran un bálsamo para la vista tras la angosta verticalidad de muchas de las casas y los campanarios.

Cada noviembre, se construía un corto puente de madera sobre el Gran Canal y los venecianos peregrinaban a la Salute para agradecer a Dios que hubiera terminado con la peste, igual que hacían en julio en el Redentore. Orsola no participaba en ninguna de las dos celebraciones. No obstante, acudía a ver la regata anual y, en una Festa della Sensa —el día de la Ascensión—, Antonio la había llevado a presenciar cómo el Dux se casaba con el mar arrojando un anillo al agua desde el *Bucintoro*, un barco impresionante tanto por su tamaño como por su elaborada decoración, mientras los veinticuatro remos

rojos y dorados de cada lado se movían al unísono.

«Ya basta de regodearse en los recuerdos», se dijo. Por supuesto, ese era uno de los motivos por los que buscaba a Domenego, no en vano él era su único vínculo con Antonio. Aunque nunca le preguntaba nada, en algún momento de sus encuentros el gondolero le entregaba un paquete o, lo que sucedía más a menudo, negaba con la cabeza. Klara Klingenberg mantenía su promesa y se las arreglaba para entregarle los delfines a Domenego sin que su padre se enterase. Sin embargo, ahora que Klara había contraído matrimonio y se había trasladado a casa de su marido en San Paolo, a Orsola le preocupaba qué iba a suceder. Quería —necesitaba— hablar con los dos.

Orsola suponía que Domenego llevaba a Klara con la góndola a dondequiera que pasaran el tiempo las mujeres venecianas casadas: a misa, a visitar a otras mujeres, a comprar joyas, al teatro. Orsola no tenía ni idea. El mundo de vestidos de seda azul cielo de Klara era muy distinto del suyo. Sin duda, estaba celosa de aquel vestido, aunque sabía que no le quedaría bien. Seguía llevando el vestido pardo rojizo de Maria Barovier a pesar de lo gastado y remendado que estaba en el busto y las caderas, donde había tenido que acomodar espacio a medida que su hija y el tiempo transformaban su cuerpo. Le habría encantado llevar seda azul y perlas ni que fuera por una noche.

Era un día de niebla y en el *traghetto* distinguió tan solo unas pocas barcas. Los demás gondoleros ya se habían acostumbrado a la presencia de Orsola y, además, ahora que era una mujer casada ya no tan joven ni lozana, no recibía la misma atención que antes. Los barqueros sabían que solo viajaba con Domenego. Al divisarla, uno de los gondoleros le gritó:

—El moro ha llevado a la *signora* alemana a misa en Santa Maria dei Miracoli. Yo puedo llevaros, *signora*. Solo os costará cuatro *soldi*.

—*Ladro*! —gritó otro—. Para vos, solo dos *soldi*.

—Un *soldo* —anunció otra voz entre la niebla—. No está tan lejos, *signora*. ¡Estos ladrones os cobrarían el oro y el moro para ir a ver a vuestra madre!

Orsola vaciló. Si tenía que pagar *soldi* a un gondolero, prefería que fuera a Domenego, a pesar de que él nunca aceptaba su dinero. Pero con la niebla y el frío —la clase de frío que hace que las piedras chasqueen y los pies se entumezcan—, no quería perderse mientras buscaba la iglesia. Así que gritó:

—*Sì*!

Y cuando él apareció en medio de la niebla, Orsola se subió a su góndola entre los gritos de protesta de los demás barqueros.

—¡Os vais a enterar de quién es el ladrón de verdad! —chilló el primer gondolero—. ¡Lo veréis enseguida!

Tenía razón. El gondolero no tardó más de tres minutos en dejar a

Orsola en los escalones bajos que llevaban a Santa Maria dei Miracoli. Por supuesto, los canales eran siempre la ruta más directa; si hubiera ido andando por las calles habría tardado más, sobre todo envuelta en aquella niebla desorientadora. Sin embargo, seguía siendo mucho dinero para un trayecto tan corto y eso mismo le dijo Orsola, para proceder luego a intentar convencerlo de que se lo dejara en seis *denari*, aunque era de mala educación regatear cuando ya habías acordado un precio. Consciente de ello, él se limitó a mirarla con lástima por su torpeza mientras esperaba su *soldo*. Al final, ella le pagó lo que habían establecido.

—*Ladro fiol d'un can* —masculló por lo bajo.

Al oírla, el gondolero esbozó una sonrisa.

—*Complimenti, signora*. ¡Qué elegancia la vuestra! —dijo, y se alejó silbando.

Domenego no estaba amarrado a los escalones como ella había esperado, así que subió hasta el pequeño campo de delante de la iglesia y Santa Maria dei Miracoli surgió de entre la niebla. Para los parámetros venecianos, era una iglesia pequeña, un rectángulo de mármol amarillento con el techo abovedado y una gran cúpula en un extremo. El *rio* pasaba justo a su lado. El edificio estaba constreñido por todas partes por edificios y agua; de hecho, parecía un milagro que se irguiera donde estaba, como si Dios lo hubiera dejado caer desde el cielo en aquel lugar tan abarrotado. Aun así, sus proporciones y su mármol le conferían una elegancia sorprendente.

Orsola echó un vistazo al canal, pero la densa niebla le impedía ver más allá de una góndola de distancia.

—Domenego —lo llamó en voz baja, sin obtener respuesta.

Ni siquiera había considerado la posibilidad de que no estuviera allí. Se estremeció. Hacía frío y la niebla creaba una sensación de aislamiento. Venecia tenía ese efecto siniestro en ocasiones, cuando se cernía sobre ti y lo único que deseabas era luz y agua. En esos momentos buscabas el Gran Canal, la laguna o la Piazza San Marco para que la ciudad se abriera de nuevo.

Atravesó el campo y encontró una calle estrecha que discurría por el otro lado de Santa Maria dei Miracoli. Varios paseantes emergieron de la niebla y pasaron apresuradamente junto a ella, como si conocieran el camino. Algunos llevaban máscaras de Carnevale, pero la mayoría era gente trabajadora como Orsola que no tenía tiempo para frivolidades. Ella envidiaba a esos venecianos tan confiados. Habría tenido que vivir allí para moverse con tanta facilidad sin perderse.

Al llegar al extremo del edificio, se encontró otro pequeño campo con un puente en una esquina que cruzaba el canal y allí estaba amarrada la góndola de Domenego. Aunque por lo general él esperaba

sentado en la popa, aquel día estaba vacía. Orsola miró alrededor, pero era tan difícil ver algo que, aunque él hubiera estado en el campo, no lo habría distinguido.

Los paneles del *felze* estaban bajados y la tela negra lo cubría por completo. Tal vez estuviera dentro, durmiendo. Estaba a punto de llamarlo cuando uno de los paneles se levantó y apareció una mujer que salió trepando de la góndola; la clase de mujer cuyo vestido era demasiado llamativo y el escote, demasiado bajo. Por un instante, Orsola se preguntó cómo se las apañaban Domenego y ella para hacer sus cosas sin que la embarcación rebotara por todo el canal. Había que ser habilidoso y le recordó las noches que había pasado con Antonio en el *sandolo* de los Rosso en la laguna.

La mujer no la miró al pasar junto a ella, sino que cruzó apresuradamente el puente en dirección a Cannaregio. Poco después, Domenego salió del *felze* y se quedó petrificado al ver a Orsola. Se puso rojo como la grana y se acercó tambaleándose a su puesto habitual en la popa.

—*Buongiorno*, Domenego —lo saludó ella al tiempo que notaba cómo sus propias mejillas se teñían de rojo.

Sin mediar palabra, él le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y se concentró en volver a ceñirse la faja roja alrededor de la cintura. El uniforme de los gondoleros había cambiado y ahora ya no llevaban las calzas de cuadros, la túnica roja y la pluma blanca en la gorra. En su lugar, Domenego lucía unos sencillos calzones color tostado, una camisa blanca bajo una chaqueta marrón y la faja roja a juego con la gorra.

Había miles de prostitutas en Venecia y muchos hombres utilizaban sus servicios. ¿Por qué iba a sorprenderle que Domenego también lo hiciera? Siendo un esclavo africano, lo más seguro era que nunca se casara. De alguna manera tenía que satisfacer sus necesidades.

Lo mejor para no avergonzarlo más era ignorar lo que acababa de presenciar.

—¿No hay paquete para mí? —quiso saber, rompiendo la norma de no preguntar directamente por los delfines.

Domenego negó con la cabeza y Orsola reprimió un suspiro. Habían pasado dos años desde que recibiera el último. ¿Acaso se había perdido alguno por el camino? O, pensó con el corazón encogido, ¿había muerto Antonio en *terraferma*? Tragó saliva.

—¿Está la *signora* Klara en misa? Tengo que hablar con ella.

Él asintió.

Orsola oyó la voz amortiguada del sacerdote que invitaba a los feligreses a recibir la comunión. Disponían de unos minutos antes de que apareciera Klara Klingenberg.

—Domenego, ¿tienes tiempo para hacer un viaje a *terraferma*?

—¿Quién quiere ir?

—Yo. —Tomó conciencia de ello en el mismo instante en que lo dijo.

El despreocupado comentario de Klingenberg sobre su falta de conocimiento sobre el mundo le había dolido. Un corto viaje a *terraferma* no podía hacerle daño.

—¿Tú? —Domenego adoptó una expresión jovial.

—¿Por qué te ríes? ¿Es que tengo prohibido ir a *terraferma*?

—Claro que no. ¿Es por algo relacionado con el negocio?

—No. Es que…, bueno, nunca he estado allí. Debería conocerla. Me gustaría.

—No puedo llevarte, *mi dispiace*.

—¿Por qué?

Orsola no quería pasar seis horas sola en una góndola con un desconocido o con un gondolero como Bruno, que se pasaría el viaje de ida y de vuelta flirteando con ella.

—No puedo permitirme hacer un trayecto tan largo sin cobrar nada —explicó Domenego.

—¡Pero si pensaba pagarte! Me refería a eso. ¿Cuánto costaría?

Él vaciló.

—Quince *soldi* —contestó al cabo.

Eso equivalía a quince cuentas sencillas, ocho más elaboradas o tres *millefiori*. O tres pollos, siete hogazas de pan o quince caballas. Era razonable.

—De acuerdo.

Mientras decidían cuándo harían el viaje, Orsola oyó voces dentro de la iglesia.

—La misa ha terminado.

Domenego se puso en pie de un salto y desató el cabo.

—Tengo que recoger a la *signora* Klara en el otro lado. Nos vemos allí; no creo que le guste verte viajando en su góndola. —Hizo una pausa—. ¿No le contarás…? —Hizo un gesto en dirección al puente, la única referencia que había sobre la prostituta.

—Claro que no. Eso es asunto tuyo.

Él asintió.

—Al fin y al cabo, soy un hombre —dijo al tiempo que cogía el remo y se ponía a remar.

—*De certo.*

Orsola dio media vuelta, atravesó rápidamente el campo y bajó por la calle. Al llegar al primer campo, los fieles que salían en tropel por la entrada de Santa Maria dei Miracoli empezaron a toser al aspirar la fría niebla tras la relativa calidez y sequedad de la iglesia. Al final apareció Klara Klingenberg, fácil de reconocer debido a su altura.

Su doncella, Benedetta, no se separaba de su lado, igual que cuando se habían encontrado junto a los saltimbanquis años atrás. Mientras las dos mujeres vacilaban envueltas por la niebla, Orsola se acercó a ellas.

—*Signora* Klingenberg, soy Orsola Rosso. Le vendo cuentas a vuestro padre. Nos conocimos hace mucho tiempo. —No utilizó el apellido de Stefano, que nadie reconocería igual de bien que el de los Rosso.

Klara se volvió hacia ella, con una expresión de sobresalto en su pálido rostro ovalado con aquellos dos relucientes ojos de un marrón translúcido. Orsola la había visto varias veces de lejos, en la góndola de Domenego o cruzando San Marco. El día que se habían conocido junto a los saltimbanquis, años atrás, Klara era todavía una chica inmadura. Al verla ahora de cerca, Orsola se dio cuenta de que había crecido. Su rostro era más delgado y en su mirada se reflejaban más experiencias.

La joven se la quedó mirando.

—Vaya, la mujer del delfín —dijo—. La vidriera.

—*Sì, signora.*

—Habéis envejecido.

Orsola hizo una mueca al oír sus palabras, aunque eran el eco de sus propios pensamientos. A nadie le gustaba que le dijeran que parecía mayor; uno esperaba que los demás le confirmaran que tenía la cara tan lozana como creía.

—Ha pasado bastante tiempo desde que nos conocimos —respondió con amabilidad—. Y vos os habéis casado hace poco, ¿no? *Me ralegro*!

—Ya, bueno… Benedetta, ve a decirle a Domenego que me recoja en el otro campo —indicó Klara—. Quiero echar un vistazo a la parte de atrás de Santa Maria dei Miracoli. ¿No os parece que esta iglesia es una joya? A veces creo que me casé con Federico por eso, ya que él siempre ha venido aquí a misa.

—Pero, *signora*, ¡con esta niebla os perderéis! —exclamó Benedetta.

—Tonterías, no soy tan boba. Y la *signora* Rosso me acompañará. Venga, vete.

Su doncella frunció el ceño, pero Klara ya le había dado la espalda. Cogió a Orsola del brazo y ambas bajaron los escalones y doblaron la esquina para acceder a la calle. Se la veía menos preocupada que a Orsola por la niebla y caminaba despacio pero con confianza.

—No me cabe duda de que informará de todo a mi marido —dijo en voz baja—. Lo hace siempre.

Ese día, Klara llevaba un vestido de lana gris claro y la cabeza cubierta con un *zendale* de seda negra, cruzado por encima del pecho

y atado a la espalda. Por lo que vio Orsola, su pelo no estaba recogido en trenzas enrolladas, sino que le caía en tirabuzones rubios alrededor del rostro. Era impresionante, casi hermosa, pero en sus ojos se reflejaba la tensión de una recién casada que estaba descubriendo en qué consistía el matrimonio.

—*Ecco*, tengo algo para ti —dijo—. Acaba de llegar y todavía no se lo he dado a Domenego.

Metió la mano por debajo del fular negro y sacó el paquete envuelto en lino que con tantas ganas esperaba Orsola. Se lo entregó a la vidriera, que hizo ademán de metérselo en el bolsillo.

—¡Vamos, ábrelo ahora! —exclamó Klara—. Me encantaría verlos. Me gustó en especial el verde intenso de la última vez.

Orsola deshizo el nudo del bramante, desenvolvió el paquete y dejó caer el delfín en su palma. Era de cristal transparente, atravesado por una voluta de filigrana blanca.

—*Bellissimo* —murmuró Klara—. ¡Qué artesano más ingenioso!

Orsola reprimió una mueca. Parecía que la alemana también estuviera enamorada de Antonio. Se apresuró a envolver de nuevo el delfín, que prefería estudiar más a fondo luego, a solas.

—¿Ha llegado a las oficinas de vuestro padre? El *signor* Klingenberg o cualquiera otra persona podrían haberlo abierto.

—Pensé en ello cuando me mudé a casa de mi marido y escribí para informar de adónde debían enviar los paquetes.

Orsola asintió.

—*Grazie, signora*.

Se le hacía raro pensar en Klara Klingenberg escribiendo a Praga. Era como si cada vez que empezaba a olvidar a Antonio, o a la idea de él, cada vez que esa idea perdía intensidad y se desvaía como un retazo de tela vieja, llegaba un delfín que volvía a dotarlo de color y fuerza. La sorprendía y confundía recibirlos, pero también le encantaba. Más que un divertimiento, eran un recordatorio: «Ah, sí. Ahí estás».

—Veo que estás casada, *vero*? —Klara indicó con la cabeza la alianza de Orsola—. ¿Tienes hijos?

—Una hija.

—Eso ha debido de cambiar lo que sientes por esos delfines, ¿no?

—No me casé por amor, *signora*, sino por negocios.

—Igual que yo.

Habían llegado al otro campo, donde Benedetta las observaba parada en un extremo. Las dos mujeres se sostuvieron la mirada un instante y luego Klara Klingenberg le dio un apretón en el brazo.

—*Arrivederci*, maestra —se despidió, antes de sumergirse en la niebla.

Tomarse un día libre con una familia numerosa, niños a los que

cuidar y trabajo pendiente no era tarea fácil. Orsola podía decir que tenía que ir a ver a Klingenberg y nadie le haría preguntas, pero eso solo le daría unas pocas horas. Podía añadir una visita a sus primas, un par de horas más, pero su madre le pediría detalles de las novedades familiares. Podía ser sincera y decir que iba a *terraferma*, pero Marco y Laura Rosso le prohibirían malgastar un día entero y esa cantidad de dinero sin motivo alguno. Probablemente se acabarían enterando, pero era más sencillo lidiar con sus quejas *a posteriori* que pelearse con ellos antes.

Al final se inventó una reunión con Klingenberg y una clienta que tal vez le encargara un collar. Escogió un momento en el que su madre estaba riñendo a Sebastiano por robar una *fritola di Carnevale* que había guardado para Raffaele, y le contó que la clienta era una persona muy particular e igual tardaba más de lo normal. Como esperaba, Laura Rosso asintió con gesto ausente, concentrada como estaba en castigar a su nieto.

Salió de casa muy temprano para que nadie supiera cuánto tiempo iba a estar fuera. Domenego la recogió junto al *traghetto* en el extremo meridional de Murano, que ahora se conocía como Colonna en honor a la columna que se alzaba en el lugar y que sostenía la estatua de un antiguo Dux. El gondolero había quitado el *felze* para aligerar la carga dada la longitud del trayecto, de modo que Orsola se sentó en el asiento sin protección y se envolvió con el chal. Una vez instalada, él comenzó a remar para cubrir las tres horas que les quedaban hasta llegar a Mestre, en el continente.

Permanecieron callados durante mucho rato. El sol acababa de salir y hacía frío, mientras que el agua estaba calma y reflejaba una amplia paleta de colores. Los únicos que estaban en el mar a aquella hora, aparte de ellos, eran los pescadores. Los demás gondoleros que iban a *terraferma* saldrían al cabo de una hora o dos, cuando hiciera más calor, y partirían de la zona occidental de Cannaregio. Reinaba un silencio maravilloso, interrumpido solo por el ruido del remo en el agua y el graznido ocasional de un pato. Con ocho niños en casa, era rara la ocasión en que Orsola podía disfrutar de semejante calma.

Por una vez, fue Domenego quien lo rompió. Cuando ella le pasó uno de los huevos duros que había pelado para ellos, él le dio las gracias antes de metérselo entero en la boca. Esa única palabra pareció hacer entrar en calor a su lengua, ya que tras masticar y tragarse el huevo, añadió:

—Esta no es la ruta que tomé con él.

Nunca hablaban de Antonio, ni siquiera cuando él le enviaba un delfín. Orsola se tragó el último bocado del huevo con dificultad. Tardó un buen rato en aclararse la garganta.

—Lo sé —murmuró al cabo.

Era como si el huevo se hubiera quedado atascado en su camino al estómago.

—Por esa ruta, el camino hacia el norte es más largo. ¿Quieres ir por allí?

—No.

—Creía que ibas a reunirte con él.

—¿Qué? ¡No! No. Hace ocho años que Antonio se fue, Domenego. Si hubiera querido acompañarlo, me habría marchado con vosotros. Ni siquiera sé si está... —Se interrumpió.

—Entonces, ¿para qué quieres ir a *terraferma*?

Para pisar un terreno que estuviera conectado de alguna manera —a través de millones de pasos, rocas, campos, nieve y montañas— con el lugar donde él estaba, o al menos había estado, haciendo delfines en un taller del norte. Pero no iba a decirle eso a Domenego, porque era ridículo.

Arrojó las cáscaras de huevo al agua y un pez se acercó a inspeccionarlas.

—Mis cuentas han ido a todas partes, incluso a África. En cambio, yo no he ido a ningún sitio. Quiero ir a algún lugar.

Domenego sonrió.

—¿Y crees que Mestre es un lugar?

—¡Es mejor que aquí!

Él no contestó, pero ella no tardó en averiguarlo por sí misma.

—*Mio Dio*! —exclamó cuando Domenego la dejó en la *riva* de Mestre—. ¿A qué huele?

Él se rio. Daba la sensación de que iba a divertirse con ella todo el día.

—Meados y mierda de caballo. Así es como se desplazan en tierra firme. Ya te acostumbrarás.

El gondolero no la acompañó, sino que prefirió quedarse a dormir en la góndola para protegerla y recobrar energías para el viaje de vuelta.

—¡No te fíes de los mestrenses! —la advirtió antes de cerrar los ojos.

La ciudad era una densa masa de edificios y calles, sin canales que la atravesaran, ni movimiento de embarcaciones ni agua centelleante que la refrescara. El equivalente allí eran los caballos, que transportaban personas y mercancías, pero eran enormes e impredecibles. Y, además, apestaban. Orsola tenía que estar constantemente alerta para no pisar los montones de excrementos que dejaban a su paso y esquivar sus cascos, que repiqueteaban sobre las calles empedradas. Era difícil prestar atención a cualquier otra cosa. Al final llegó a un campo donde pudo quedarse apartada y observar, buscando aquello que le daría esa experiencia mundana de la que

Klingenberg había dicho que carecía. Su condescendencia seguía aguijoneándole.

Lo que veía, oía y sentía no le gustó. Tenía la sensación de que los mestrenses se la quedaban mirando, se reían y utilizaban palabras que no comprendía. Orsola había oído muchas lenguas y había visto a muchos extranjeros en Venecia, incluso había interaccionado con ellos en la tienda de los Rosso. No se trataba de que no fuera capaz de lidiar con lo extraño. Aquella era su gente, habitantes de la región del Véneto, y sin embargo la trataban como si fuera una extranjera. Suponía que, para ellos, eso es lo que era. Era una sensación a la que no estaba acostumbrada, y no le gustó.

También se sentía intranquila por lo que podía suceder en *terraferma*, donde las cosas funcionaban de otra forma. No se quedó mucho rato en el campo; atraída por el elemento que mejor conocía, prefirió regresar a la laguna, con Venecia en la distancia y la seguridad de la góndola de Domenego, para asegurarse de que él seguía allí, dormido en la popa, y no la había abandonado. Tras varias breves incursiones de vuelta en la ciudad, acabó por sentarse en la *riva* junto a la embarcación y contemplar la actividad que la rodeaba. Los pescadores descargaban sus capturas nocturnas. Un transbordador procedente de Padua había llegado por un canal y los pasajeros que desembarcaban se dirigían a las góndolas que los llevarían a Venecia y las demás islas. Era una escena con la que se sentía más cómoda: agua y barcas. Nadie la miraba, ni se reía de ella ni decía cosas que no entendía. Había muchos venecianos y un abanico de viajeros de otros lugares: pálidos ingleses, altos alemanes, elegantes franceses, algunos de ellos con la máscara ya puesta y listos para las juergas de Carnevale y el ritmo singular de La Serenissima.

Al final, Domenego se despertó y se incorporó con un bostezo. Al encontrársela junto a la góndola, se sobresaltó.

—Orsola, has pagado un montón de dinero para que te trajera hasta Mestre —dijo al tiempo que sacaba su cuchillo para pelar una manzana que ella le había traído—. ¿Por qué no estás explorando la ciudad?

—Ya lo he hecho.

—Has sido rápida. ¿No te gusta la mierda de caballo?

Ella contempló la superficie del agua y los múltiples campanarios de Venecia que se vislumbraban en la distancia.

—No hay nada especial aquí en *terraferma*.

Domenego escrutó su rostro.

—No te gusta sentirte como una extraña.

Era verdad. Orsola detestaba que la miraran. En Venecia la trataban un poco como una extranjera, aunque entre los venecianos y los muraneses no había tantas diferencias. Unos se burlaban de los

otros, y puede que los otros los llamaran estirados, pero ante otro rival como los mestrenses, estaban en el mismo bando.

—Quiero volver —dijo.

—¿Ya? ¿Estás segura?

Orsola asintió y Domenego se encogió de hombros. Era evidente que la consideraba una boba. Mientras la ayudaba a subir a la góndola, oyeron que alguien preguntaba a su espalda:

—¿Cuánto cuesta ir a Cannaregio?

Se dieron la vuelta. Por un breve e irracional instante, Orsola pensó que podía ser Antonio, hasta tal punto la estaba confundiendo estar en *terraferma*.

Por supuesto, no era él. Aquel hombre era alto, con una peluca de rizos blancos recogidos en una coleta con una cinta azul oscuro; llevaba un sombrero de tres picos y un chaleco con flores bordadas debajo de la capa. Tenía los ojos saltones y claros, con los párpados caídos, una boca generosa, y le sonrió con unos dientecitos blancos como los de un ratón.

—*Signora* —dijo—, el viaje a Venecia es largo y frío, sobre todo sin *felze* en el que refugiarse. ¿No será mejor que lo hagamos juntos, nos demos calor y nos entretengamos? —hablaba con un teatral acento veneciano.

Antes de que Orsola pudiera contestar, Domenego levantó el remo.

—Solo puedo llevar a un pasajero —le dijo al hombre—. Está demasiado lejos para ir con dos.

Y tras esas palabras, los apartó velozmente de la orilla.

—Vaya, ¡qué lástima, *signora*! —gritó el hombre—. ¡A lo mejor volvemos a vernos!

Hizo una reverencia y se giró hacia los otros gondoleros que esperaban clientes.

—Has sido muy grosero —dijo Orsola cuando estuvieron lo bastante lejos para que no los oyera.

La atención del hombre le había provocado un hormigueo en la piel.

Domenego torció la boca.

—Venecia está llena de hombres como ese.

—Soy capaz de manejarlos.

—*Mi dispiace*, Orsola, pero no, no lo eres. No a los de esta clase. En Murano, todos los hombres os conocen a tu marido y a ti. Jamás te pondrían una mano encima. Los venecianos como él, en cambio... —señaló la orilla con la cabeza—, no tienen límites.

Orsola se reclinó. No pensaba discutir con Domenego sobre la naturaleza de los hombres, sobre todo de aquellos que llevaban chalecos bordados, pues sin duda él tenía más experiencia que ella en

ese campo. Esa clase de hombres rara vez entraba en la tienda y, cuando lo hacían, tendían a mirarla como si fuera transparente, como a una criada; cosa que, en cierto modo, era.

Se quedaron un rato callados, con la única compañía de las rítmicas remadas de Domenego. Entonces, él volvió la vista hacia atrás y lanzó una maldición en voz baja. Orsola miró a su alrededor: una góndola con dos remeros se acercaba a ellos a gran velocidad. Al llegar a su altura, los dos gondoleros saludaron a gritos y Domenego les devolvió el saludo sin entusiasmo. El pasajero era el caballero del chaleco y los labios carnosos; repanchigado en su asiento, le dedicó una sonrisa.

—*Buongiorno, mia bella signora,* volvemos a encontrarnos. Espero que estéis disfrutando de vuestro viaje. ¿También vais a Cannaregio?

—Murano —contestó ella.

Domenego chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Orsola sabía que le estaba dando a entender que debería haber mentido o haberse quedado callada. Pero a ella no le apetecía mentir. Tenía ganas de tentar a la suerte, después de no haber encontrado en *terraferma* lo que fuera que había ido a buscar.

—Ah, sois muranesa. Debería haberme dado cuenta.

—¿Cómo habríais podido daros cuenta, *signore*? —Orsola se vio arrastrada a la conversación sin quererlo.

—Las mujeres de Murano tienen una cualidad especial.

—¿Habéis conocido a muchas mujeres de Murano?

Él agachó la cabeza.

—Unas cuantas. De vez en cuando voy al casino del Gran Canal. Y en el convento de Santa Maria degli Angeli hay unas monjas exquisitas. —Lo dijo como si hablara de espejos o lámparas de araña que estuvieran en venta. Debió de darse cuenta del sobresalto de Orsola, porque añadió—: ¿Lo conocéis?

—Mi tía está allí.

—Estoy seguro de que vuestra tía es una mujer piadosa y honorable —respondió él con suavidad.

—Mi tía se os comería como una aceituna para acompañar el vino.

Domenego resopló.

El caballero se lo tomó bien, con una risa.

—No me cabe duda. Tal vez la busque y le cuente lo *piccante* que es su sobrina.

Llenó una copa de vino y, a continuación, se inclinó por encima de la borda y se la tendió a Orsola sin preguntarle si la quería. Ella la cogió obedientemente y le dio un sorbo. Nunca se había considerado una mujer picante.

—Orsola —la advirtió Domenego en voz baja.

Ella lo ignoró y bebió más vino.
—¿Sois de una familia de vidrieros? —quiso saber el hombre.
Orsola asintió.
—¿Cómo os llamáis?
Domenego trataba de remar más rápido, pero a los dos gondoleros les resultaba fácil mantener su ritmo.
—Rosso —contestó ella tras un instante de vacilación. Si mentía, lo más seguro era que él se diera cuenta.
—Iré a visitar el taller de los Rosso —declaró el hombre—. ¿Qué me sugerís que compre?
—Un espejo —se apresuró a responder ella— ; seguro que lo usáis mucho.
Los gondoleros del hombre se echaron a reír a carcajadas.
—Un espejo Rosso —dijo él con satisfacción—. Me compraré uno encantado, siempre que me guste mi reflejo. Y siempre que me lo vendáis vos.
—Yo hago cuentas —farfulló ella, y se ruborizó.
—¡No me digáis! Me gustaría ver vuestras cuentas; me gustaría mucho. A lo mejor os encargo un collar, aunque ¿a quién se lo regalaría?
—¿A vuestra mujer?
—Ay, *signora*, se os ha visto el plumero. Os va a costar mucho más trabajo averiguar si tengo esposa. ¡Venid conmigo al casino y tal vez lo descubráis!
La góndola de Orsola cambió de dirección abruptamente.
—*Perdonatemi, signore*, pero tenemos que ir hacia Murano.
—Tonterías —dijo el hombre—. Podéis seguir con nosotros hasta Cannaregio antes de tener que desviaros hacia Murano.
Domenego lo ignoró y continuó remando, alejándose poco a poco de la otra góndola.
—¿Queréis que lo sigamos, *signore*? —preguntó uno de los gondoleros.
El hombre se reclinó en su asiento.
—Deja que se vayan —dijo al tiempo que le dedicaba una sonrisa a Orsola—. Está claro que la *signora* Rosso tiene asuntos importantes que atender en Murano, si tanta prisa tiene.
—¡La copa! —le gritó ella al tiempo que se la tendía, pero estaba demasiado lejos para poder dársela. Se fijó en que era tosca y barata.
El hombre hizo un gesto con la mano.
—Quedáosla. Razón de más para ir a vuestra tienda y recogerla. —Se colocó una máscara que había colgado de sus dedos durante todo aquel tiempo—. *Addio, bella signora*!
Los gondoleros, que habían aflojado el ritmo para quedarse cerca de la embarcación de Domenego, se pusieron a remar con brío y se

alejaron con rapidez, aunque tardaron mucho en desaparecer de su vista y, aun entonces, Orsola siguió oyendo la risa del hombre proyectada sobre el agua.

Se terminó el vino sin mirar a Domenego, aunque no le pasó por alto su silenciosa censura. El alcohol le dio sueño, así que se acurrucó en el asiento para dormir durante las largas horas de viaje que les quedaban.

Fue un alivio que nadie se percatara de que Orsola había estado fuera. Al haber salido tan pronto y haberse quedado tan poco tiempo en Mestre, consiguió estar de vuelta en Murano a media tarde. No había nadie en el patio —hacía demasiado frío— y los hombres estaban en el taller. Al entrar en la casa, se encontró a Monica trabajando en la cocina y a Laura Rosso que bajaba la escalera con una Angela soñolienta y malhumorada en brazos. La hija de Orsola siempre se despertaba de mal humor de la siesta. Al ver a su madre, tendió los brazos hacia ella y, tras insistir en que la cogiera, hundió la cara en su cuello. Eso y el fuego hicieron entrar en calor a Orsola después de las gélidas horas pasadas en la laguna.

—¿Le han gustado tus cuentas a la señora? —quiso saber Laura—. ¿Te ha encargado un collar?

Orsola pensó en el hombre de la laguna.

—Tal vez —contestó—. Tal vez no.

Su madre estaba guardando los platos de la comida y apenas prestó atención a sus palabras. Monica, sin embargo, alzó la mirada del pescado que estaba escamando y le dedicó una mirada penetrante y recelosa a su cuñada.

Más tarde, mientras Orsola escondía la copa en uno de los almacenes, detrás de las de los Rosso, oyó que alguien preguntaba a su espalda:

—¿Adónde has ido hoy? —Monica estaba apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Orsola siguió ordenando las copas.

—Ya os lo he dicho: Klingenberg me ha presentado a una señora que se está planteando comprar un collar.

Siempre resultaba difícil colarle una mentira a Monica.

—Se lo preguntaré la próxima vez que venga de visita, ¿te parece? Me imagino que me dirá que no ha pasado nada de eso. ¿Dónde has estado? —Al ver que Orsola dudaba, su cuñada añadió—: Más te vale no tener un amante.

A Monica le caía bien Stefano, y valoraba su sencillez y sus silencios más que su propia cuñada.

—¿Cómo voy a tener un amante con todo Murano vigilándome?

—Venecia está llena de pasajes vacíos. —Fue la respuesta de Monica—. Isabella bien que se las apañó. —Casi nunca hablaba de su

prima, cuya huida era una mancha en la reputación de la familia Vianello. Se fijó en un candelabro cubierto de polvo, lo cogió y, tras limpiarlo con el delantal, lo dejó de nuevo en su lugar—. Las cosas nos van bien: el negocio, los niños, la casa. Ganamos dinero y todo el mundo está bien alimentado. Somos felices. No nos hace ninguna falta que lo arruines todo haciendo cosas a nuestras espaldas.

Orsola frunció el ceño. Monica parecía haber olvidado las tensiones que reinaban en la familia. Aunque no echara de menos a Isabella, Giacomo era infeliz. Raffaele era la niña de los ojos de Laura Rosso, algo que irritaba a los otros niños. A Marco le molestaba el éxito de las cuentas de Orsola y aprovechaba la más mínima ocasión para menospreciarla. Stella pasaba cada vez más tiempo fuera de casa, mientras que Marcolin jamás se alejaba de su calle. Nada de esto encajaba en la imagen de familia feliz que pretendía pintar Monica. Pero Orsola no iba a señalárselo en ese momento.

—No tengo ningún amante —dijo—. He… he ido a *terraferma*. Nunca había estado y quería verla.

—*Terraferma*? ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Tenía curiosidad. Sé que es un mundo distinto y quería ver con mis propios ojos qué se sentía con tanta tierra alrededor.

—¿Y cómo es?

Orsola meneó la cabeza.

—Horrible. ¡Está lleno de caballos! Y había tantos desconocidos que me he sentido como un pez fuera del agua. La tierra firme no es tan reconfortante como dice la gente. Yo no me he podido sacudir los nervios de encima en todo el rato.

—¿Quién te ha llevado?

—Domenego.

Monica torció la boca.

—Vaya, así que el *moro* es tu amante. Ya decía yo.

—¡No! No. Era el único del que me fiaba para que me llevara sin cobrarme de más. No hay nada más, *prometto*.

—Entonces, ¿por qué has ido en secreto?

—Porque… porque Marco y madre me habrían dicho que no podía ir. Porque Stefano no lo entendería. Porque ni yo misma sé por qué he ido.

—¿No has quedado allí con un amante?

Orsola negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué haces escondiendo eso? —Monica alargó la mano alrededor de Orsola y cogió la copa de vino del caballero.

—Es de un hombre que nos ha seguido con una góndola durante un rato y me ha dado un poco de vino. Domenego lo ha mandado a tomar viento —añadió, aunque sabía que, de haber querido, el hombre habría continuado tras ellos.

—¿Era guapo, al menos?

—En cierto modo. Tenía algo que no puedo explicar. Ya lo verás tú misma si viene a buscar la copa.

—¿Sabe adónde ha de venir?

—Sabe nuestro nombre.

Monica inspeccionó la copa de vino.

—Si viene, será para verte a ti y no para recuperar esta antigualla.

Aunque la habían criado para diferenciar el pescado fresco del pasado, Monica llevaba suficiente tiempo viviendo con los Rosso para apreciar que el pie cojeaba y que había burbujas atrapadas en el cristal.

El hombre no apareció al día siguiente y tampoco al otro. Orsola intentaba no darle vueltas, no quedarse por la tienda con la esperanza de encontrárselo, no darle ninguna importancia. Sin embargo, estaba preocupada. Hasta ese momento nadie había descubierto su viaje a *terraferma*, pero era probable que el hombre revelara cómo se habían conocido y la obligara así a dar explicaciones a Marco, a su madre y a Stefano. A pesar de todo, quería que acudiera a la tienda.

Al tercer día, se puso a trabajar con la lámpara para hacer las cuentas *millefiori*, esforzándose para que Klingenberg y los jefes africanos que querían ponérselas quedaran satisfechos. Había conseguido dominar el diseño utilizando solo unos pocos discos florales repartidos alrededor de un cañón de cristal y luego haciéndolos rodar sobre el mable. Aunque su delicadeza podía agradar a las damas parisinas, los africanos preferían mucho más las *millefiori* prensadas en patrones diagonales alrededor del cañón. Pero si presionaba demasiado, las flores perdían su forma y parecían estar fusionadas, o bien las hileras se desplazaban del patrón como soldados revoltosos que se salieran de las filas.

—¿Tengo el placer de conocer a la *signora* Rosso? —preguntó alguien desde el patio del taller.

Orsola reconoció la meliflua voz, pero, como acababa de colocar concienzudamente las *millefiori* rojas y amarillas en unas uniformes hileras diagonales alrededor de un cañón de cristal opaco blanco, no podía abandonar su puesto. Si aplicaba una presión constante mientras las hacía rodar, tal vez consiguiera producir una cuenta de la que quedara satisfecha.

—*Buongiorno, signore*. —Oyó contestar a Laura Rosso—. ¿Le apetece pasar a ver lo que tenemos? Solo las mejores piezas para un caballero como vos.

—Sois muy amable, *signora*. Conozco la reputación de los Rosso y he venido a admirar su trabajo.

—Dejad que os muestre los últimos candelabros que ha hecho mi hijo. También tenemos copas. ¿O quizá preferís un espejo?

Por ahora no había peligro. Su madre, que no se había dejado engañar por su zalamería, hablaba en un tono muy profesional.

—Ah, *bellissimo* —dijo él—. ¿Y también tenéis cuentas? He oído que una tal *signora* Rosso hace las mejores cuentas de Murano. Supongo que sois vos, ¿verdad, *signora*?

Anonada por sus palabras, Orsola dejó un segundo de más la *millefiori* bajo la llama de la lámpara y esta se fundió.

—Las hace mi hija, no yo.

—No me lo puedo creer. ¡Es imposible que tengáis una hija lo bastante mayor para hacer cuentas!

Laura carraspeó. En su época, la madre de Orsola había sido una mujer hermosa, pero ahora tenía la cara picada y ajada por el tiempo que había pasado en Lazzaretto Vecchio. Recordárselo con una mentira flagrante sobre su aspecto juvenil era sin duda un paso en falso. Él pareció darse cuenta de inmediato de que había cometido un error y abandonó su tono almibarado.

—Estos candelabros —dijo—, ¿los hacéis solo en vidrio transparente?

—Podemos hacerlos en cualquier color que deseéis. ¿Cuántos queréis encargar y en qué colores?

Si su madre estaba enfadada, no dejó que eso se interpusiera en el camino de una venta. De hecho, podía aprovecharse de su incomodidad. Una venta siempre era una venta.

Orsola los escuchó mientras continuaban hablando sobre candelabros y, cuando Laura Rosso tuvo claro que era un comprador serio, se disculpó para ir a buscar a Marco. En cuanto se marchó, Orsola salió de su estudio y se plantó en la tienda. El hombre arqueó las cejas.

—Vaya, *signora*, es un placer veros. —Llevaba un chaleco bordado diferente bajo la capa negra.

—No nos conocemos —le informó ella en voz baja.

—Por supuesto —convino él, sonriendo ante la intriga—. Vos debéis de ser la *signora* que hace las cuentas. ¿Podría verlas?

Lanzó una mirada a la mesa donde había varios cuencos con cuentas de diversos colores. Era una disposición que siempre daba la impresión de agradar a los clientes, pero, vista a través de los ojos de él, en ese momento a Orsola le parecieron de una sencillez vulgar, como algo que se pondría un niño.

—Venid a mi taller; está aquí al lado —le propuso—. Estoy haciendo algo nuevo.

Él la siguió con los labios curvados en una sonrisa y una mirada divertida en sus grandes ojos, que se tornó afilada al ver la lámpara y los fuelles, los montones de bastones y la caja de ceniza con varas sobresaliendo. Orsola sacó la que había hecho el día anterior, que ya

estaba fría, y la limpió con el delantal que llevaba para protegerse del cristal fundido, antes de sostenerla en alto frente a él.

—*Millefiori*. Esta la hice ayer.

La cuenta era de color azul cobalto, con delicadas flores amarillas y blancas alrededor. Él cogió la vara y la estudió con el ojo de un experto en belleza.

—Estas *millefiori* son exquisitas —dijo—. Tremendamente delicadas y de colores perfectos. —Hizo una pausa—. ¿Os habéis planteado la posibilidad de prensarlas para hacer rectángulos o rombos? Así quedarían planas sobre el pecho de las mujeres.

A Orsola no se le había ocurrido. Por lo general, cuando alguien que no fuera Klingenberg le hacía una sugerencia sobre su trabajo, se ponía a la defensiva. Pero aquel hombre no estaba siendo crítico para meterse con ella o para enaltecerse a su costa. Parecía que su deseo de mejorar algo que ya le había gustado era genuino.

—Supongo que podría intentar aplastarlas —contestó.

—Si lo hacéis, os compraré las suficientes para elaborar un collar.

Aquel era el encargo que Orsola había estado esperando. Trató de mantener la calma y el tono profesional.

—Puedo engarzarlas para vos. Doce cuentas grandes, con otras más pequeñas intercaladas. ¿Son estos los colores que preferís?

Él sonrió.

—*Signora*, dejo a vuestro criterio la elección de los detalles.

Se sostuvieron la mirada un instante más de lo que mandaba la educación, hasta que entró Marco.

—*Signore*, es un honor conoceros —dijo en un arrullo, pues también podía ser encantador cuando quería—. *Prego*, venid al taller para que os muestre algunas de nuestras piezas, en lugar de estas fruslerías. Allí hace más calor, gracias al horno, y no huele mal.

Orsola estaba tan acostumbrada al hedor del sebo que ya no se percataba de él. Por lo menos, su hermano no había calificado las cuentas de excrementos de conejo delante de un extraño.

—Ah, a mí me atraen los olores penetrantes —contestó el caballero—. Sobre todo animales y corporales. Me resultan irresistibles. —Le guiñó un ojo a Orsola mientras seguía a Marco.

Orsola no los acompañó al taller. Laura Rosso pondría la mesa con un mantel con encaje de Burano, las mejores copas de Marco y una botella del vino bueno que reservaban para esa clase de clientes. Se sentarían y Marco le hablaría sobre el cristal, mientras Giacomo, Stefano y los *garzoni* soplaban, estiraban y pinchaban el cristal para darle formas diversas y mostrar su técnica, añadiendo giros dramáticos a los punteles y metiendo suficiente leña en el horno para que este rugiera. Giacomo haría un caballo de cristal con las patas delanteras levantadas y Marco, una copa con la floritura de las asas en

forma de león. Mientras tanto, Laura les llenaría las copas una y otra vez. La demostración se alargaría tanto como fuera necesario hasta conseguir una venta decente, entrada la noche si hacía falta. Monica y Orsola llevarían más vino, fuentes de sardinas fritas y ostras, cuencos de aceitunas, bandejas con queso y *biscotti* anisados. Por lo general, Orsola servía con rapidez y se marchaba, pues detestaba ver cómo Marco se emborrachaba y se iba poniendo insistente. Laura era la única que podía advertirle con una mirada de que se estaba propasando. Entonces él se retiraba y dejaba que su madre negociara con sobriedad. Con su edad y su experiencia, era más difícil aprovecharse de ella.

En esta ocasión, sin embargo, Orsola sintió deseos de quedarse a observar. Mientras Monica y ella cruzaban el patio cargadas con fuentes de fruta seca y cuencos de *biscotti*, Monica susurró:

—¿Es él? ¿El hombre de la góndola?

—¡Habla más bajo! Sí.

—¡Espera!— Monica corrió de vuelta a la cocina y regresó con un delantal limpio y un cuenco con pistachos y aceitunas —. Por si le apetece algo salado —dijo.

Se había atusado el pelo y, aunque con su piel áspera y su nariz picuda nunca sería guapa, sus ojos azul cristalino brillaban y su aspecto era radiante y lozano. Ambas mujeres intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

Los hombres alzaron la vista cuando Monica y Orsola entraron en el taller, riéndose todavía como niñas pequeñas. Ese era el efecto que el visitante parecía tener sobre las mujeres, incluso sobre aquellas que, como Monica, tan solo habían oído hablar de él. El hombre se reclinó en la silla y sonrió mientras ellas dejaban las fuentes y los cuencos en la mesa ante él, y Marco y Laura Rosso trataron de disimular su fastidio. Si un cliente deseaba coquetear con las mujeres casadas de la familia, no podían más que permitírselo si querían asegurar la venta.

—Ah, pistachos. Son mis preferidos —le dijo él a Monica, que lo miró de arriba abajo y, por primera vez desde que Orsola la conocía, se sonrojó.

Pese a todo, él fue lo bastante sensato como para no prestarles demasiada atención y ofender así a sus maridos. Se volvió hacia Giacomo y Stefano, que estaban haciendo una copa bajo la dirección del primero mientras el otro lo ayudaba.

—¿Por qué hacéis girar así la vara? —quiso saber—. ¿Cómo se llama eso? —Señaló las pinzas que Giacomo utilizaba para dar forma al cristal—. ¿Alguna vez os quemáis? ¿El horno no se apaga nunca? ¿Todos los colores se ponen igual de naranjas al calentarse? ¿Cuánto tiempo hace falta para que se enfríe?

Les lanzaba una pregunta tras otra, aunque no por llenar la

estancia con el sonido de su propia voz: era un hombre curioso, quizá el más curioso que Orsola había conocido nunca. Antonio lo habría detestado, pensó mientras Monica y ella observaban desde la parte trasera del taller. Lo habría considerado un rival.

Mientras Giacomo y Stefano le daban los últimos toques a la copa, Marco empezó a alardear de todos los diseños que podía elaborar el taller de los Rosso. El hombre cortó su perorata como un cuchillo caliente que atravesara mantequilla:

—Me gustaría ver qué otras copas tenéis. —Tras lanzar una mirada a Orsola, añadió—: Y los espejos. Ya os podéis imaginar cuánto me gustan los espejos y he oído que los vuestros son los mejores de la isla.

Se levantó, dejando en la copa la mayor parte de su vino y asumiendo el control del tempo de la negociación. De inmediato, Marco también se puso en pie de un salto.

—Stefano puede mostraros los espejos. Por aquí, por favor, en el almacén.

Orsola y Monica no presenciaron esa negociación, ya que no tenían pretexto alguno para seguirlos hasta allí. Marco y Laura Rosso —y, en último lugar, Stefano, para hablar sobre los espejos— pasaron una hora más con el visitante. Orsola y Monica se acercaron sigilosamente a la entrada varias veces, entre una tarea y otra, y al final el hombre las recompensó con una sonrisa y una reverencia al irse.

—*Signora*, ha sido un verdadero placer conoceros a ambas. —Posó la mirada en Orsola antes de volverse hacia Laura y besarle la mano —. Volveré pronto para hablar sobre la lámpara de araña.

—Por supuesto, *signore* —contestó ella—. Esperaremos vuestro regreso con impaciencia.

Orsola jamás había oído hablar así a su madre. Se le habían pegado los modales del hombre.

—¿Lámpara? —exclamó cuando se hubo marchado—. ¿Vais a hacerle una lámpara?

—Y cuatro docenas de copas, además de un espejo —respondió Marco—. ¡Tal vez incluso más piezas!

Se abalanzó sobre Monica y le dio un beso, una insólita muestra de afecto viniendo de él.

—A esa naranja aún le queda mucho zumo que exprimir — apostilló Laura Rosso.

Ella también estaba como embriagada por la presencia del hombre.

—Pero ¡si nosotros no hacemos lámparas! —objetó Orsola—. Es una pieza para talleres más grandes, no para el de los Rosso.

Ellos estaban demasiado ocupados celebrándolo para prestarle

siquiera atención. Hasta Monica se había dejado arrastrar por la excitación de Marco y se reía con él, que no la había dejado en el suelo y la sostenía en el aire como a una recién casada.

—Te voy a comprar las pieles que te prometí —dijo—. La mujer de un vidriero tiene que llevar pieles. Y contrataremos a más criadas para darle un respiro a tus manos.

Entonces se las besó, con todas las cicatrices que se había hecho destripando peces en su vida anterior. Monica parecía avergonzada, pero dejó que su marido disfrutara de aquel momento, pues era raro ver a Marco tan feliz y afectuoso.

—Le estoy haciendo un collar —anunció Orsola, que sentía la necesidad de formar parte del júbilo generalizado.

Marco la miró con la nariz todavía en el cuello de Monica.

—No estropees el momento, *sorella*.

Desmoralizada, Orsola se ruborizó. De repente le resultaba doloroso ver a Marco tontear con su mujer mientras Laura Rosso llamaba a Giacomo y a los *garzoni* para que bebieran vino con ellos y se sumaran a la celebración por todo el trabajo que había recibido el taller de los Rosso. Stefano era el único al que se veía apagado. Orsola se acercó furtivamente y se quedó de pie al lado de su marido. No entrelazó su brazo con el suyo y él no le rodeó la cintura. Su relación siempre había sido más formal que juguetona. Orsola nunca se sentaba en su regazo como hacía a veces Monica con Marco. Angela era la única que se sentaba en el regazo de su padre, no en vano Stefano y su hija estaban más unidos que Orsola y su marido. A menudo se sentía culpable por ello.

—Así que vas a hacer un espejo —dijo.

Stefano asintió.

—Para la entrada del *palazzo* de su patrón y así podrá ajustarse el sombrero antes de salir. —Saltaba a la vista que se limitaba a repetir las palabras del cliente; a él nunca se le habría ocurrido comprobar su aspecto antes de salir por Murano—. Parecía conocerte muy bien —continuó—. Lo sabía todo sobre tus cuentas.

—Solo porque se las he enseñado un momento.

—Dice que te ha encargado un collar. ¿Cuándo ha sido eso?

—Justo antes de que se pusiera a beber con madre y Marco. —Orsola trató de cambiar de tema—. Como siempre, Marco ha bebido demasiado.

—Muy seductor lo he visto —refunfuñó Stefano.

Aunque podría querer referirse a Marco, ella sabía que no era así. Era sorprendente ver a Stefano celoso. Orsola respiró hondo. Si no decía algo entonces, aquello se iría haciendo grande y acabaría por generar problemas más adelante. Necesitaba que su marido estuviera de su lado.

—Stefano —comenzó a decir al tiempo que le ponía la mano en el brazo—. Voy a hacer un collar para él porque lo ha encargado, igual que a ti te ha pedido que le hagas un espejo. Eso es todo. No son más que negocios. Es algo bueno para nosotros, para los Rosso.

Al cabo de un momento, Stefano asintió.

—También voy a ayudar a hacer la lámpara de araña. Todos trabajaremos en ella.

Orsola hizo una mueca. La lámpara iba a requerir muchas semanas de planificación y trabajo. Tendrían que dejar de hacer otras piezas, cosa que retrasaría los pedidos de Klingenberg, y comprar los materiales para elaborar grandes cantidades de cristal. Por supuesto, valdría la pena si hacían algo espectacular y si, en efecto, el caballero se lo pagaba. Pero la mención a los casinos, así como su carácter extravagante, hicieron que Orsola se preguntara si tenía deudas... y si podía arrastrarlos a ellos a contraerlas también.

Tras la visita del caballero, y anhelando más que nunca hacer una pieza realmente elegante que impresionara a todo el mundo, no solo a él, Orsola comenzó a experimentar. Con un collar de cristal, todo se reducía a la forma, el color y la proporción: escoger tonos que combinaran bien y hacer los diversos elementos con la forma y el tamaño adecuados. Si eran demasiado grandes, el collar pesaría mucho y no quedaría bien al ponérselo. Si eran demasiado pequeños, no se distinguirían. Los colores podían anularse mutuamente, cuando lo que hacía falta era que brillaran y resonaran entre sí. Orsola probó a aplastar las cuentas con diferentes formas y grosores, como le había sugerido el hombre, y a colocar la *millefiori* con cuidado. Solo empezaría a hacer más cuentas cuando estuviera satisfecha con el resultado. Si conseguía que aquel collar quedara bien, cabía la posibilidad de que el caballero y sus amigos le encargaran más. Por fin tenía una oportunidad de expandir su trabajo con las cuentas y empezar a hacer collares.

La visita de aquel hombre había espabilado a todo el mundo. Marco se pasaba horas dibujando diferentes copas, consultando con Giacomo sobre la forma del cáliz, el aspecto que debía tener cada parte del fuste, los adornos que había que añadir. Giacomo esculpía serpientes de cristal, peces, sirenas, hojas de hiedra y cuerdas antes de colocarlas en las parras que trepaban por el fuste, con unos minúsculos racimos de uvas moradas y verdes. Elaboraban un modelo tras otro antes de enviarle el definitivo al caballero para que diera su aprobación. Mientras tanto, Stefano diseñó un espejo ligeramente curvado, aunque nadie pudiera percibirlo; quien se mirara se vería más delgado, lo cual siempre resultaba halagador. Era uno de los trucos que hacían que sus espejos fueran tan populares. Los hombres todavía no se habían puesto con la lámpara de araña.

Los Rosso ocupaban todo su tiempo en aquel hombre al que apenas conocían. Hasta Laura Rosso, por lo general tan sensata, había caído víctima de su hechizo. Orsola estaba tan preocupada que fue a ver a la única persona en Murano que podía contarle más cosas sobre él.

Orsola visitaba a su tía en el convento más o menos una vez al mes, ya que el trabajo y los niños le impedían ir más a menudo. No era algo que le apeteciera mucho, teniendo en cuenta que *zia* Giovanna era una mujer difícil. Desde su entrada en el convento después de la peste había renunciado a las trivialidades que hacían fluir una conversación. Nunca hacía preguntas y, como su vida de monja era tan monótona, Orsola se quedaba sin cosas que preguntarle y empezaba a balbucear sobre cualquier cosa que se le ocurriera mientras su tía permanecía sentada en silencio, mirándola, sin asentir ni darle la razón ni decirle «Te estoy escuchando». A veces, Orsola iba con Angela para que hubiera una distracción, aunque la experiencia de Giovanna de pasar la cuarentena con Stella y Marcolin le había quitado las ganas de estar con niños. En consecuencia, o bien ignoraba a su sobrina nieta, o bien le gritaba, cosas ambas que hacían que Angela se echara a llorar. Sus encuentros no eran satisfactorios ni para la tía ni para la sobrina y, sin embargo, Giovanna se quejaba si Orsola dejaba pasar demasiado tiempo entre una visita y la siguiente. «Te estás olvidando de mí —se quejaba—. Me acabaré pudriendo aquí y nadie se dará cuenta».

Aunque el día que fue a verla hacía frío, el sol brillaba en todo su esplendor y se sentaron en el huerto de hierbas, que estaba dispuesto en forma de círculo con dos pequeños e incómodos bancos en el centro. Orsola se había sentado allí muchas veces. En verano se dedicaba a inspeccionar las plantas y estrujaba la menta, la verbena, la salvia y el orégano entre los dedos para olerlos hasta que *zia* Giovanna le gritaba que dejase de destrozar las hierbas. Ahora las plantas se habían reducido a meras protuberancias en la tierra desnuda, a excepción del romero y la lavanda, que mantenían las hojas durante el invierno.

Orsola le hizo a su tía las preguntas de rigor: ¿comía bien? ¿Había nuevas novicias? ¿Habían reparado la gotera del techo de la capilla? Luego la puso al día sobre la familia: Angela ya pronunciaba frases enteras y su padre la consentía mucho, Andrea y Sebastiano habían aprendido a leer y Raffaele ya sabía remar con el *sandolo*. Se guardó muy mucho de mencionar a Stella o Marcolin. La informó de cómo iba el negocio y de los vecinos que se habían casado, habían tenido un hijo o se habían muerto. Trató de recordar el contenido de las homilías del cura de Santi Maria e Donato.

Zia Giovanna no se dejó engañar. A lo mejor Orsola tenía

demasiadas ganas de hablar, de adularla, de crear un vínculo entre ellas. Estaba contando una historia sobre Sebastiano, que se había negado a irse a dormir porque estaba seguro de que había murciélagos colgados en su cuarto, cuando su tía la interrumpió:

—¿Qué es lo que quieres?

—¿A qué te refieres, *zia* Giovanna? No quiero nada.

—Por supuesto que sí. —Giovanna se escarbó con la uña entre los dientes y, tras examinar lo que había sacado, lo arrojó con un papirotazo—. No me mientas, Orsola. Es poco digno.

Orsola arrancó una rama de correoso romero y la partió una y otra vez entre los dedos para liberar su penetrante aroma a madera.

—No hagas eso. Si destrozas así el romero, no nos quedará para cocinar.

Orsola lo arrojó al suelo.

—Quería preguntarte por un hombre que ha visitado el convento.

Por primera vez desde hacía muchas visitas de Orsola, Giovanna pareció interesada.

—¿Quién?

—Se llama Giacomo Casanova.

Zia Giovanna retrocedió como si una serpiente hubiera aparecido reptando entre las inexistentes hierbas. Entonces se echó a reír, un sonido discontinuo y ronco como el de una rana. Orsola no había oído una risa suya desde antes de la peste. Hay algunas que te incitan a sumarte a ellas, incluso cuando no sabes dónde está la gracia. Pero esta no era una de ellas. Se parecía más a un ataque: hacia ella, hacia la familia y, sobre todo, hacia el *signore*.

Orsola se vio obligada a sentarse y se fue poniendo cada vez más roja mientras esperaba a que su tía acabara. Al final, su tía paró y se secó los ojos con la manga de su pesado hábito negro.

—¿Qué quieres saber de él?

—¿Es de fiar? —Orsola se sintió un poco tonta por preguntarlo, pues la risa parecía ser la respuesta a esta pregunta.

Zia Giovanna resopló.

—¿Con las mujeres o con el dinero? No es de fiar con ninguno de los dos.

—¿De qué lo conoces?

—Solía venir a ver a una de las novicias. Bueno, no a una sino a dos. ¡A veces al mismo tiempo! —Soltó una risita y Orsola ahogó un grito al percatarse de lo que quería decir su tía—. ¡No sabes lo entretenidas que estábamos con él! ¿Por qué me preguntas por él? No te estará visitando a ti, ¿no, tontaina?

—No, no, ¡claro que no! Ha hecho un encargo en el taller, eso es todo.

No añadió que estaba haciendo un collar para él o que pensaba

que le iba a conseguir más trabajo. *Zia* Giovanna no había mostrado interés alguno en sus cuentas, aunque eran estas las que le habían dado de comer durante la peste.

—*Mariavergine*! —Su tía se santiguó—. ¿Os ha pagado por adelantado? No, claro que no. Ese hombre bebe el vino más caro y traía a sus monjas calcetas de la más rica seda y guantes de suave cuero; ¡tantos que tuvieron que repartir algunos! —Para asombro de su sobrina, Giovanna se levantó el hábito y dejó al descubierto unas delicadas calcetas blancas. Al tener las pantorrillas escuálidas, con poca carne, llevaba las medias caídas y arrugadas alrededor de los tobillos—. Van bien en los días fríos, aunque nadie se lo imaginaría con lo finas que son. —Dejó caer de nuevo el hábito—. Tiene muchas deudas en los casinos, tanto aquí como en Venecia —prosiguió. Al ver la expresión de Orsola, le espetó—: ¿Qué te esperabas, muchacha? Basta un vistazo para darse cuenta de que es la clase de hombre que vive por encima de sus posibilidades ¿Qué le ha pedido a Marco que haga?

—Cuatro docenas de copas, un espejo y… —La voz de Orsola se apagó mientras Giovanna volvía a santiguarse.

Al decirlo en voz alta se había dado cuenta de lo absurdo que era que Marco hubiera accedido a hacer cuarenta y ocho copas sin que le pagaran ni un *soldo* por adelantado. Y eso sin contar la lámpara de araña, que fue incapaz de mencionar a su tía.

Zia Giovanna meneó la cabeza y se colocó bien el hábito para que le cubriera las piernas.

—Marco es idiota. Pero también se enfrenta a un hombre que es experto en conseguir lo que quiere. ¿Mi consejo? Reducid el encargo a una docena de copas y entregádselas en persona a su patrón, que es quien suele acabar pagando todas sus deudas. ¿Sabes que no es noble de nacimiento? ¡Su madre era actriz! —Escupió con un gesto teatral—. Si os pagan las copas, añadid entonces otra docena y el espejo. Pero poco a poco, engatusando a su patrón y a él para sacarles el dinero.

La tía de Orsola siempre había sido tan perspicaz como su hermana; más incluso, en cierto sentido, porque a diferencia de Laura, ella no tenía lazos emocionales con los Rosso que le nublaran el juicio.

Cuando Orsola le contó a su madre lo que había sugerido su hermana, Laura Rosso la riñó por haber ido a verla.

—Se lo contará a las demás monjas, ¡y no tardará en enterarse toda la isla!

—Ya se sabe: Marco ha estado pavoneándose en L’Omo Salvadego. Me han parado tres personas en el mercado para preguntarme por la lámpara de araña.

—Está tan orgulloso de haber recibido un encargo tan destacado, y de semejante hombre.

—«De semejante hombre»... ¡Si no sabes nada sobre él! ¡Su madre era actriz! —Orsola estaba repitiendo lo que le había dicho *zia* Giovanna.

Laura chasqueó la lengua para quitarle importancia y Orsola insistió:

—Si Marco, Giacomo y Stefano dedican todo su tiempo a hacer esas cosas en lugar de trabajar en el encargo de Klingenberg, y luego el *signore* no paga, podríamos tener que cerrar el taller.

Aunque su madre ya era consciente de ello, tenía que decirlo:

—Si crees que el *signore* no pagará, ¿por qué sigues haciendo un collar para él?

Orsola trató de encontrar una réplica inteligente pero no lo consiguió, porque Laura Rosso tenía razón. No quería dejar de hacer cuentas para él. Había algo embriagador en elaborar una hermosa pieza para aquel hombre, un collar que era posible que llegara a ver incluso alrededor del cuello de una mujer veneciana mientras esta recorría la Piazzetta del palacio del Dux durante la *passeggiata*. «¿Quién lo ha hecho? ¡Tiene un gran talento!». Era algo que podía atraer más atención al cristal de los Rosso. Se trataba de una mera fantasía, pero se aferraba a ella porque la obligaba a trabajar más duro y a crear mejores piezas.

—A mí sí que me pagará; el collar no es tan caro —dijo—. Pero ¿cuatro docenas de copas, un espejo, un collar y una lámpara de araña? *Mariavergine*!

Laura Rosso apretó los labios.

—Los Rosso nunca han hecho una lámpara de araña —comenzó a decir—. La mayoría de las familias de vidrieros, sí. ¿Te acuerdas de lo que estaba haciendo tu padre cuando murió? Una lámpara de araña. Por primera vez. Y fue una pieza de esa lámpara la que lo mató. Después de eso, nadie ha querido jamás una lámpara de araña de los Rosso. Marco quiere acabar con esa maldición.

Orsola se la quedó mirando. Ese era un día en el que trataba de no pensar jamás. En ese momento, sin embargo, tuvo una visión de su padre sentado, paralizado con las pinzas en la mano y una esquirla de cristal clavada en el cuello. Al arrancársela, un torrente rojo le había caído por encima y se había acumulado en un charco a sus pies, hasta que él cayó dentro. Pero, antes de eso, la pieza en la que estaba trabajando lo había matado en última instancia: el brazo a medio hacer de una lámpara de araña de cristal translúcido con filigranas. Fue en ese momento, al visualizarlo mentalmente, cuando Orsola cayó en la cuenta de lo que era.

—Así que no seré yo quien le diga que no haga una —continuó Laura—. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Orsola no siguió con la discusión salvo para repetir la sugerencia

de *zia* Giovanna de que Marco hiciera una docena de copas y se las llevara al *signore*, para recibir el primer pago antes de ponerse con lo demás. Su madre la ignoró. Lo único que podía hacer Orsola era preocuparse por su propio trato con el hombre. Cuando terminara el collar de *millefiori* y le quedara tal como ella quería, lo llevaría a Venecia y se negaría a marcharse hasta que le pagaran.

Trabajó a conciencia, fundiendo una cuenta tras otra hasta quedar satisfecha con el resultado. Cuando por fin las tuvo todas engarzadas en un hilo de seda, las llevó a la cocina para enseñárselas a Monica y Rosella. Había usado varios tonos de azul, con puntos blancos en el centro de las *millefiori* para que parecieran perlas, como pequeñas cuentas blancas intercaladas entre las más grandes. Las flores no estaban prensadas juntas como preferían los africanos, sino espaciadas alrededor de cuentas azul oscuro con forma de barril, un poco aplanadas, tal como había sugerido el caballero. El efecto resultante era el de un montón de flores tachonadas como estrellas colgadas del cuello. Monica y Rosella soltaron una exclamación al verlo. Su cuñada no quiso probárselo, pero Rosella se moría de ganas de ponérselo, a pesar de que el collar le quedaba demasiado largo porque aún no era lo bastante mayor como para tener busto.

Mientras Orsola les explicaba que iba a ir a entregarlo en persona, Stefano apareció en la puerta y sonrió al ver a Rosella con el collar.

—*Sei bellissima* —le dijo—. ¿Quieres mirarte?

Rosella asintió.

—Espera aquí.

Tras desaparecer, regresó con un espejo de medio cuerpo que dejó sobre la mesa, apoyado en la pared. Era largo y estrecho, con un marco que no era la típica madera pintada en dorado, sino una guirnalda de rizos de cristal salpicada de flores y con un ramillete en lo alto. En la parte inferior había dos apliques curvados para sujetar velas, de modo que uno pudiera mirarse antes de salir por la noche. Lo más sorprendente de todo era la mujer grabada en el centro del espejo, de pie y desnuda sobre una nube, con una larga melena ondulante, senos redondos como naranjas y un pedazo de tela que apenas le cubría las piernas. No se correspondía con su estilo habitual y era mucho más elaborado que cualquier cosa que hubiera hecho antes, pero Stefano había acabado por entender que tenía que hacer piezas para gente cuyo gusto no coincidía con el suyo. Orsola se preguntó de dónde habría sacado la inspiración para la mujer, que no se parecía en nada a ella.

Rosella se colocó delante, hechizada por su propio reflejo, luego por el collar y por último por la mujer desnuda, sobre la que pasó un dedo.

—*Magnifico*, Stefano —lo elogió Monica—. ¿Es para el *signore*?

Él asintió.

—Lo acabo de terminar. Puedo llevárselo junto con tu collar —le dijo a Orsola, que le dedicó una mirada—. Quiero decir que podemos ir juntos —se corrigió—. Y esperar a que nos paguen. Tal vez tengamos más suerte si vamos los dos.

Orsola abrió la boca para protestar: los viajes que hacía sola a Venecia eran muy preciados para ella. Le proporcionaban varias horas de libertad para pasear, contemplar y admirar la ciudad. Además, teniendo en cuenta la clase de hombre para el que trabajaba, sospechaba que era más probable que recibiera el pago si iba sola. Había esperado con ganas compartir con él un poco de vino y coqueteo. Nada más, solo lo suficiente para que él se decidiera a abrir la cartera. Si Stefano la acompañaba, no creía que eso fuera a suceder. Tal vez él quería ir por eso mismo.

Sin embargo, era su marido, y le pedía tan pocas cosas que no le quedó más remedio que asentir y tratar de disimular su desilusión.

A la mañana siguiente, Bruno los llevó con su embarcación a través de la laguna y unos canales secundarios hasta el *palazzo* de Castello, donde vivía el patrón del *signore*, el senador Bragadin. Aunque Bruno se había casado por fin y tenía tres hijos, eso no le impedía silbar cancioncillas obscenas y saludar a los demás gondoleros con palabras malsonantes. Le hacía gracia que Orsola y Stefano fueran juntos a Venecia, y nada menos que a casa de un senador. Evidentemente, conocía al hombre al que iban a ver; todo Murano lo conocía.

—Los gondoleros han compuesto una canción sobre vuestro *signore* —dijo—. ¿Queréis oírla?

Antes de que pudieran decir que no, Bruno se puso a cantar:

La Serenissima, encierra a tus hijas,
a tus madres, a tus tías.
¡Ni siquiera tu abuela está a salvo!
Casanova ha vuelto y las guiará a todas
con su traviesa batuta…

—*Basta*! —exclamó Stefano—. Te estás poniendo en evidencia. Y también a nosotros.

Bruno se rio por lo bajo, pues pocas cosas le hacían avergonzarse. Siguió canturreando mientras se deslizaba sobre el agua hasta los escalones del pórtico de Ca’Bragadin. Era un edificio de cuatro plantas de un rosa pálido, con hileras de ventanas con marcos ojivales en los tres pisos superiores. Menos imponente que los *palazzos* del Gran Canal y en una ubicación más tranquila y menos ostentosa, era pese a todo elegante y además estaba bien conservado, con el flamante enlucido de las piedras recién aplicado. En el balcón del primer piso había dos mujeres sentadas tomando café y contemplando el canal,

vestidas con holgados camisones que evidenciaban que no hacía mucho que se habían levantado de la cama. No prestaron atención alguna a los visitantes. Orsola miró a Stefano: él se había afeitado y ella se había cepillado el pelo, y ambos llevaban la ropa nueva y limpia que se ponían para ir a misa, pero comparado con el aspecto de los venecianos, parecía pobre. Mientras que en Murano los respetaban por el cristal que producían, aquí eran meros obreros a los que todos ignoraban.

Después de ponerse en pie en el *sandolo,* Stefano vaciló a la hora de bajar a tierra firme, claramente intimidado por el entorno. Las mujeres del balcón soltaron una risita tonta y, aunque lo más probable era que se debiera a algo que no tenía nada que ver con ellos, Orsola se avergonzó de la timidez de su marido. Antonio habría entrado en el *palazzo* con seguridad, pensó, y luego apartó el pensamiento de su cabeza. Intentaba no compararlos jamás.

Por su lado, ella bajó a tierra de un salto, que provocó una sacudida en la góndola hasta hacer perder el equilibrio a su marido, quien cayó de nuevo en su asiento mientras ella trepaba hasta los escalones del pórtico.

—*Oe, signora* —exclamó Bruno—. ¿Así es como tratáis a vuestro marido? Un poco más y se cae en el canal. ¡No me extraña que solo tengáis una hija!

Orsola jadeó como si el barquero le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Hacía solo un mes que había tenido otro aborto espontáneo.

Esta vez, las mujeres del balcón sí que se rieron de ellos, y Bruno se sumó a sus risas; debía de estar encantado de proporcionarles diversión a dos mujeres nobles.

Stefano agarró su espejo —envuelto en tela de lino atada con bramante— y le tendió el pesado paquete a Orsola antes de bajar de la góndola. Se volvió hacia Bruno, cuya sonrisa se apagó al darse cuenta de que se había pasado de la raya.

—*Vattene*! —le espetó Stefano—. No volveremos contigo y tampoco te vamos a pagar. Has insultado a mi mujer, *cannagia*!

Orsola nunca lo había visto tan enfadado.

—¡Era una broma! ¿No tenéis sentido del humor? —farfulló Bruno.

Stefano cogió a Orsola por el brazo y la llevó al oscuro *androne*, cuyo suelo de piedra aún estaba mojado por la reciente marea alta. Desde la penumbra, ella se volvió para mirar el brillante rectángulo iluminado por el sol, donde Bruno, de pie en su *sandolo*, les gritaba que eran unos *ladri* y que no se podía confiar en ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Stefano al tiempo que le daba un apretón en el brazo.

Orsola le cubrió la mano con la suya y le devolvió el gesto, agradecida por tenerlo a su lado.

—Nunca volveré a contratarlo —dijo—. Y rezo a la Madonna para que ninguna de esas mujeres que hay ahí arriba se ponga alguna vez este collar. —Orsola aferró el paquete con sus *millefiori*.

Echaron un vistazo al *androne*. Aquel era el lugar donde a menudo se realizaban las transacciones comerciales en los *palazzos*. Frente a una de las paredes se amontonaban cajas de vino, con una cesta de cerezas primerizas y otra de sardinas en lo alto. En el extremo más alejado, una gran escalera de mármol llevaba a la zona principal, y seca, del *palazzo*.

Orsola y Stefano intercambiaron una mirada. No habían hablado de lo que harían una vez que llegaran allí. Ella nunca había estado dentro de un *palazzo*, ni siquiera en los más modestos de Murano. Había dado por hecho que habría alguien allí para recibirlos.

—¿Subimos? —Señaló la escalera con la cabeza.

Justo en ese momento, un hombre bajó a la carrera, una especie de criado, aunque iba mejor vestido que ellos, con una camisa de lino blanca e hilo de oro cosido en el costado de sus calzas. Cogió las cestas y estaba a punto de salir corriendo otra vez cuando Stefano lo llamó:

—*Signore*!

Sobresaltado, el hombre entornó los ojos para verlos en la penumbra.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largo!

—Hemos venido a ver al *signor* Casanova.

Al oír el nombre, el criado miró a Orsola de arriba abajo y luego a Stefano, como si no entendiera qué hacía allí con ella.

—Venimos de Murano y traemos unas piezas que nos encargó —explicó Orsola—. Un collar y un espejo. Están terminados.

—Dejadlos aquí. —El hombre indicó con un gesto las cajas de vino—. Luego los subiré.

—Son demasiado valiosos para dejarlos aquí —repuso Stefano—. Queremos entregárselos en mano al *signore*.

—Todavía duerme.

—Podemos esperar —dijo Orsola.

—Pues vais a aguardar el día entero. El *signore* se levanta muy tarde. Dejadlos aquí; estarán a salvo.

—Hemos venido a que nos pague —añadió Orsola.

El hombre se echó a reír. A ella le recordó a la risa de las mujeres del balcón y a la de *zia* Giovanna la primera vez que le había hablado del caballero.

En ese instante se oyó un grito en el canal, alguien que le decía a Bruno que se apartara. En lo alto de la escalera, un grupo de gente

empezó a bajar, encabezado por un hombre mayor con una capa roja y un sombrero de tres picos que coronaba una voluminosa peluca. Su porte autoritario —espalda erguida, pasos regulares para bajar la escalera por delante de todos los demás, la mirada clavada en el brillante mundo exterior— no dejaba lugar a dudas respecto a su posición. Tenía que ser el patrón, pensó Orsola. Al tiempo que el criado con el que habían hablado retrocedía, ella se adelantó y abrió la boca, con la esperanza de salvar a la familia de la ruina que podría traerles una lámpara de araña, un espejo, un collar y cuatro docenas de copas. Y tal vez lo hubiera conseguido. Si el senador Bragadin se hubiera dignado a mirar a su derecha y los hubiera visto, tal vez habría sido capaz de despegar su lengua del velo del paladar y decirle que habían desarrollado un buen trabajo para su pupilo y que estaban dispuestos a hacer más, a fabricar una lámpara de araña de la que hablaría toda Venecia; que ella dependía de aquel collar para labrarse su reputación y atraer más clientes… si tan solo hacía el favor de pagarles. Sin embargo, el senador no los miró y la lengua de Orsola permaneció pegada al paladar mientras lo veían salir a la luz del sol y subir a la góndola que lo esperaba y que, sin duda, iba a llevarlo a una reunión muy importante con otra persona muy importante, tal vez el mismísimo Dux. Las mujeres del balcón lo llamaron y él se quitó el sombrero y lo agitó por encima de su cabeza en dirección a sus admiradoras antes de sentarse dentro del *felze*.

Una vez que el senador Bragadin se hubo marchado, el criado pareció reparar de nuevo en la presencia de Orsola y su marido, y señaló con un gesto brusco de la cabeza la puerta que daba al canal sin ni siquiera molestarse en decir: *Andate*. «Largo».

Dejaron el collar y el espejo encima de las cajas de vino.

—Saldremos por la calle —dijo Orsola, que no quería enfrentarse a Bruno en el canal.

Podían llegar a pie a la *riva* del norte y coger un *traghetto* de vuelta a Murano.

El criado los llevó a una puerta en el lado opuesto, que al abrirse dio paso a un patio con una escena familiar: un pozo cuadrado en el centro adornado con leones, bancos al sol ocupados por mujeres mayores que cosían, una mujer que removía sábanas en un caldero y niños que atravesaban el espacio jugando al pillapilla.

Orsola se paró y recordó la lección que le había enseñado Domenego tanto tiempo atrás.

—Necesitamos un recibo de nuestras piezas —afirmó al tiempo que cruzaba los brazos y plantaba los pies en el suelo, como si cogiera fuerzas.

El criado puso los ojos en blanco, aunque saltaba a la vista que no era la primera vez que alguien se lo pedía y no pareció sorprenderse.

—Un momento —dijo, y se apresuró a entrar de nuevo.

Mientras lo esperaban, contemplaron a los niños y las mujeres, ninguno de los cuales mostró la menor curiosidad por aquellos simples comerciantes. Para el caso que les hicieron, bien podrían haber sido remos de góndola apoyados en una esquina.

—¿Crees que algún día nos pagarán? —murmuró Stefano.

Orsola meneó la cabeza.

—No lo sé. Pero tienes que contarle a Marco cómo nos han tratado. A lo mejor consigue negociar con Klingenberg el pago de la lámpara.

Por lo general, el mercader alemán se limitaba al comercio con otros países y no se involucraba en las ventas locales, pero tal vez supiera cómo lidiar con aquel cliente tan poco de fiar.

—Tu hermano no me escuchará.

Orsola lo sabía. Aunque Marco respetara más el trabajo de su marido que el de ella, no aceptaba consejos de ninguno de los dos.

Al cabo de unos minutos, el criado regresó con una hoja de papel, una pluma de ave y un bote de tinta, y escribió una breve descripción del espejo y el collar. Orsola, que al final había aprendido a leer por sí misma, tan solo pudo descifrar el nombre de Casanova, que estaba escrito con letras el doble de grandes.

Por supuesto, el dinero no llegó. Quien lo hizo dos meses después fue Domenego. Uno de los *garzonetti* fue a buscar a Orsola a su estudio. Al cruzar el taller, esta vio a Marco acoplando con meticulosidad uno de los doce brazos cubiertos de flores a la lámpara, sujeta mediante cuerdas y una polea; una operación delicada, ya que cualquier error podía romper alguna parte y tardarían días en repararla. La mayoría de los brazos ya estaban ensamblados y los racimos de uvas que colgaban de ellos se mecieron cuando Marco presionó el cristal caliente sobre el globo central.

Orsola todavía no había visto la lámpara entera, tan solo había atisbado la elaboración de las piezas individuales antes de ensamblarlas: un brazo, una flor decorativa o una hoja larga y curvada. En aquel momento se paró para admirarla. El cuerpo de la lámpara consistía en una serie de burbujas sopladas, de distinta longitud y amplitud, apiladas unas encima de las otras, la principal de las cuales era una esfera de la que salían los brazos. Debajo había una hilera más pequeña cubierta de abundantes flores y hojas que crecían de ella. De cada brazo y hoja curvada colgaban racimos de uvas. Todo estaba elaborado con una combinación de cristal transparente y translúcido, con toques de turquesa en el borde de alguna de las piezas y en las uvas. No debería haber quedado bien: ¿flores, hojas alargadas y uvas, todas azules? Pero funcionaba. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, Marco tenía un gran talento y muy buen gusto.

—*Meraviglioso* —dijo Orsola en voz baja, cuidándose de no molestar a los hombres en aquel momento tan crucial.

El trabajo requería una intensa concentración por parte de Marco, Giacomo y Stefano. Llevaban casi un mes trabajando en la lámpara y eso había retrasado todo lo demás, incluidos los encargos de Klingenberg, que por lo general eran sacrosantos. A todos les caían gotas de sudor debido al calor y los nervios. Orsola sintió deseos de quedarse a contemplar la escena, de admirar a su marido y sus hermanos absortos en su trabajo, pero como Domenego la esperaba detrás del taller se vio obligada a salir y escabullirse hacia el muelle.

El gondolero tenía una expresión especialmente sombría y a ella se le cayó el alma a los pies. «Antonio», pensó al tiempo que se abrazaba. A pesar de los años transcurridos, aquello fue lo primero que pensó.

Sin embargo, no se trataba de Antonio.

—Orsola, he pensado que era yo quien debía contártelo, antes de que te enteres en el mercado —dijo él—. Han detenido a tu *signor* Casanova. Está encerrado en los *piombi* del palacio del Dux.

Un grito emergió desde el taller. Por un instante, Orsola creyó que habían oído las noticias que traía Domenego. Pero no era eso: estaban celebrando que habían acoplado el último brazo con éxito y, con ello, la lámpara que nadie pagaría estaba oficialmente acabada.

5

En esta ocasión, el canto rodado que rebota sobre el agua da un salto de cuarenta y dos años y aterriza en 1797. Durante ese tiempo han tenido lugar dos revoluciones. Primero, la americana, que los vidrieros muraneses y los nobles venecianos pueden pasar por alto. Segundo, la francesa, que al quedar cerca de casa, es más difícil de ignorar. Ha engendrado a Napoleón Bonaparte, que no tiene intención de dejar que ningún europeo lo ignore. Su ejército marcha a través del continente conquistando territorios y, cuando llega a la región del Véneto, toma Venecia, la joya de la corona. El Senado veneciano vota su propia disolución, los senadores se despojan de sus capas de terciopelo mientras huyen del palacio del Dux y la Ciudad del Agua deja de ser una república.

Por todas partes se ha impuesto el estilo neoclásico en el arte, las miradas se han vuelto con anhelo hacia la Grecia y la Roma antiguas. No obstante, se está gestando un nuevo movimiento: el de los revolucionarios románticos. Wordsworth y Coleridge se han conocido en Inglaterra, al igual que Goethe y Schiller en Alemania. William Blake ha escrito *Canciones de inocencia y experiencia*; Jean Austen ha comenzado a escribir en secreto sus ingeniosas novelas *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad*.

En la Isla del Cristal, Orsola hace girar bajo la llama una cuenta *millefiori* azul con flores amarillas y blancas. Alza la cabeza; tiene ya treinta y siete años. Ella y aquellos que le importan han sumado otros ocho años. Su destino está unido al de la ciudad vecina. Y Venecia sufre. Vamos a echar una ojeada a ese sufrimiento, expandiendo y contrayendo nuestros caminos a través de esos años para no quedar atrapados en ellos…

Cuando Orsola recibió el mensaje de que Klingenberg quería verla de inmediato, no se apresuró a levantarse y cruzar la laguna. Y eso a pesar de que era Domenego quien había traído el mensaje e incluso había bajado de su góndola para entregarlo en la cocina de los Rosso, y ahora esperaba para llevarla al Fondaco dei Tedeschi.

—¿Tan urgente es? —preguntó—. Estoy muy ocupada.

En efecto, lo estaba, aunque no con las cuentas. Orsola, Monica, Rosella y Stella habían recogido del huerto todas las berenjenas y los calabacines, los tomates, el ajo y los pimientos, las ciruelas, las peras y las manzanas, y estaban haciendo conservas y encurtidos con ellos. Debido al declive del negocio del cristal de Murano, cada vez dependían más de los productos que cultivaban para poder

alimentarse. Aquel no era el momento de ir a Venecia.

—No me ha dicho el motivo —contestó Domenego—. Pero casi nunca pide a nadie que se presente con tanta prontitud.

El gondolero parecía cansado y el pelo de sus sienes estaba salpicado de canas. La larga túnica de color tostado que vestía no le quedaba tan bien como la corta, ceñida y roja, junto con las calzas de rombos que llevaba la primera vez que Orsola lo había visto, más adecuadas para su figura alta y esbelta. Ahora se lo veía apagado y agotado, como a todo el mundo. Varios meses atrás, los franceses habían tomado la República de Venecia y habían proclamado su muerte, y tanto los Rosso como todo Murano y Venecia esperaban a ver qué pasaría con la ciudad. Los pedidos de cuentas y piezas de cristal de Klingenberg se habían reducido de nuevo a un mero goteo. Al mercader no le había gustado el prolongado retraso que habían ocasionado las copas y la lámpara de Casanova años atrás y, como castigo, había recortado los encargos a los Rosso. Marco tardó varios años en ganarse de nuevo su confianza y, para entonces, Napoleón ya había aparecido en escena.

Pero Domenego tenía razón. Klingenberg no mandaría a buscarla a menos que fuera por algo importante. Tal vez se tratara de un encargo. Los Rosso lo necesitaban. Orsola se limpió de las manos el zumo de tomate, se quitó el delantal manchado, se disculpó con las demás y se marchó a Venecia.

El Fondaco dei Tedeschi parecía una tumba. El número de mercaderes alemanes se había reducido considerablemente y los que quedaban esperaban, como el resto de la ciudad, la decisión de Napoleón sobre su destino. Jonas estaba sentado en la antesala, escribiendo como siempre en un libro de contabilidad, aunque con la campaña de Napoleón para hacerse con el control de los Estados italianos debía de haber menos cifras que registrar. A lo mejor tan solo fingía estar ocupado y si Orsola miraba por encima de su hombro solo vería garabatos. Se saludaron con la cabeza, prolongando su comedida tregua ahora que tenían que enfrentarse a enemigos de más envergadura, como los franceses. Jonas la dejó pasar al tiempo que anunciaba:

—Orsola Rosso está aquí, *Herr* Klingenberg.

—Ah, *signora* Orsola, gracias por venir.

Klingenberg se puso en pie y esperó a que ella se sentara. Su despacho seguía siendo confortable, aunque parecía menos lujoso de lo que había sido en el pasado. Sus alfombras persas estaban raídas y, en otra época, las habría cambiado por unas nuevas. El escritorio estaba maltrecho y parecía que las polillas habían atacado la túnica ribeteada de pieles que colgaba en una esquina. Klingenberg siempre se había enorgullecido de su confort lujoso y atemporal, pero ahora el

despacho tenía un aspecto viejo y casi desvencijado. El propio Klingenberg había envejecido: tenía el pelo y la barba completamente blancos y se sentó con cautela, como si tuviera miedo de dislocarse un hueso. Su hospitalidad, sin embargo, seguía siendo intachable.

—Jonas, ¡malvasía y *bussolai* para nuestra invitada! —exclamó.

Al cabo de un momento, Jonas apareció con una licorera y dos copas sobre una bandeja lacada, así como un plato de cristal rojo lleno de las populares galletas venecianas. A Orsola le parecían demasiado secas, incluso mojadas en vino. Pese a todo, cogió una resueltamente y se puso a mordisquearla. «Me está agasajando —pensó—. ¿Qué será lo que quiere?».

Él le preguntó por su madre, su hija y sus hermanos, aunque se notaba que lo hacía solo por educación. Dejó con fuerza la copa de vino sobre la mesa, sobresaltando a Orsola. Klingenberg jamás rompía una copa.

—Estoy seguro de que sabéis que estamos esperando a que el general Bonaparte tome una decisión, en un sentido u otro. No está claro quién va a quedar al mando de Venecia.

—Los franceses, ¿no? Tomaron la ciudad en mayo.

El mercader meneó la cabeza.

—Hay quien alberga la esperanza de que la ciudad conserve su independencia, aunque yo no la comparto. Se especula que Napoleón utilizará Venecia y el Véneto como moneda de cambio con los austriacos cuando termine la guerra con ellos.

Orsola sabía muy poco de los franceses, aparte de que habían ocupado Venecia durante todo el verano. De los austriacos, lo único que conocía era que hablaban alemán.

—¿No preferiríais un gobierno austriaco, por el idioma? —preguntó—. Se parecen más a vos.

En el rostro de Klingenberg se dibujó la sonrisa diplomática que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Aquí siempre me he sentido acogido. Me gusta el estilo de vida veneciano. Mi hija se ha casado con un veneciano, mis nietos son venecianos, aunque yo me dirijo a ellos en alemán para que aprendan a hablarlo con fluidez. —Hizo una pausa antes de proseguir—: No creo que austriacos y venecianos encajen bien. Su temperamento es muy distinto. Si los venecianos son agua, los austriacos son tierra.

—Y Bonaparte, ¿qué es?

—Fuego. Él conquista y luego se marcha. Precisamente por eso quería veros.

—¿Va a venir? —Era como si la ciudad llevara meses esperándolo.

—Él no; su mujer, Josefina.

—Ah, ¿sí?

—Es fundamental que se lleve una buena impresión de Venecia. Van a celebrarse bailes en su honor, una ópera, una regata. Se alojará en el *palazzo* Pisani Moretta, uno de los más espléndidos. La cubrirán de regalos, los mejores que puede ofrecer la ciudad: telas, especias, cuadros, una góndola que transportarán luego a París. Joyas. —Clavó la mirada en ella—. Josefina siente pasión por las joyas. Un grupo de mercaderes del Fondaco dei Tedeschi se ha unido para obsequiar a la mujer del general con un regalo. Queremos que le hagáis un collar, uno que jamás encontraría en otro lugar y que le recuerde para siempre a Venecia y sus maestros vidrieros.

Otro collar, pensó Orsola, recordando el que Casanova nunca le había pagado. No le había contado a Klingenberg nada sobre él o sobre el espejo, aunque por supuesto el mercader sabía lo de la lámpara de araña: tras intentar infructuosamente venderla por su cuenta, Marco le había pedido ayuda de mala gana. Sin embargo, Klingenberg tampoco había sido capaz de encontrarle un comprador y ahora la lámpara acumulaba polvo en un estante del almacén, mientras las uvas y las flores iban perdiendo su lustre. Gran parte de las cuatro docenas de copas que no habían logrado vender también descansaban en las estanterías en filas polvorientas, como si fueran soldados, un recordatorio de la debacle de la que los Rosso jamás se habían recuperado por completo.

—Huelga decir que os lo pagaríamos, Orsola —le aseguró Klingenberg—. Pero aquí hay mucho más en juego que el dinero. Si Josefina degusta la belleza y el espíritu de la ciudad, es mucho más probable que anime a su marido a que nos conceda la independencia. Vuestro collar forma parte de ese plan.

—Esta no es mi ciudad —dijo ella—. Yo soy de Murano.

Klingenberg tensó la mandíbula, claramente irritado por la distinción.

—Lo sé —contestó—. Pero todo lo que afecta a Venecia afecta a Murano.

Ella consideró la propuesta. Un collar para Josefina Bonaparte: ¿una oportunidad para relanzar su negocio u otro fracaso?

—¿Cuándo lo necesitáis? —preguntó.

—Dentro de dos días.

—*Mariavergine*. ¡No puedo tenerlo en dos días! No si quiero que quede bien. Las cuentas necesitan por lo menos veinticuatro horas para enfriarse. Y me hace falta tiempo para experimentar.

—Pues tres días. Josefina llega mañana.

—¿No podríais haberme avisado antes?

—Ha anunciado su llegada en el último momento. Todo el mundo está de los nervios.

—¿Cuánto me pagaríais?

—No os preocupéis por el tiempo o el dinero, *signora* Orsola. Centraos en lo que podéis hacer en tres días para que lo lleve la esposa del hombre más eminente de Europa.

—¿Qué aspecto tiene?

—Dicen que más que guapa, es elegante. Tiene buen porte y buena figura. Y viste con gusto.

—Esa descripción encaja con la mayor parte de las mujeres ricas de Europa. Necesito algo más específico. ¿De qué color tiene los ojos y el pelo? ¿Y la tez? ¿Cómo es su cuello, corto o largo? ¿Qué forma tienen sus senos? —La última pregunta pilló tan desprevenido a Klingenberg que Orsola tuvo que reprimir la risa—. Si voy a hacer un collar excepcional, tengo que saber dónde se apoyará —explicó.

Se oyó una discreta tos en la antesala.

—¿Qué ocurre, Jonas? —preguntó Klingenberg.

El secretario apareció en la puerta.

—*Herr* Klingenberg, es posible que vuestra hija lo sepa. Las mujeres prestan atención a esa clase de detalles.

—Ve a buscarla, pues.

Mientras esperaban, hablaron de cristal, de la carestía, de los soldados franceses que habían tomado la Piazza San Marco, de los cuadros y esculturas a los que Napoleón había echado el ojo para llevárselos y exponerlos en París.

—Por ahora, en Murano nos han dejado en paz —dijo Orsola.

Klingenberg se inclinó hacia delante.

—Si tenéis objetos de valor, escondedlos. Dejarán las iglesias peladas y luego las cerrarán —le advirtió, y a continuación se sirvió más malvasía.

Mientras daba sorbos al vino dulce, Orsola se preguntó si Klara Klingenberg le pasaría disimuladamente un pedacito de cristal envuelto en tela que le confirmara que Antonio seguía pensando en ella. Klara había cumplido su promesa y, durante todo aquel tiempo, le había ido dando los paquetes a Domenego para que se los entregara a Orsola.

Habían pasado diecisiete años desde que había visto cómo Antonio se alejaba de ella en la góndola desde San Matteo. Su rostro estaba ya tan lejos que no podía recordar sus rasgos concretos, solo generalidades: pelo rubio oscuro, ojos como la laguna. Ni siquiera recordaba cómo se sentía cuando estaba con él. Antonio era como las cicatrices desvaídas que los accidentes con el cristal, al caerse o explotar, habían dejado en sus brazos: en el momento dolían, pero, al cabo de un tiempo, Orsola era incapaz de recordar el incidente o el dolor.

Cada vez que llegaba un delfín, sin embargo —hubieran pasado seis meses o seis años desde el último—, Orsola experimentaba una

sacudida de satisfacción. El tiempo podía acelerarse y congelarse, expandirse y contraerse, pero la continuidad de los delfines de Antonio, la evidencia de que aún la recordaba después de tanto tiempo, era el sólido cimiento sobre el que estaba construida su vida, igual que uno de los millones de árboles clavados en el lecho de la laguna para crear la base que sostenía Venecia. Aunque no entendía el cómo, tampoco podía imaginar de qué forma podría mantenerse en pie sin ello.

Hacía mucho que Orsola no veía a Klara Klingenberg. Después de haber dado a luz a dos hijos, su cintura era un poco más ancha y se le había oscurecido el pelo, aunque lo llevaba peinado a la moda, con la nuca al descubierto y tirabuzones alrededor de la frente. Lucía un vestido plateado que, aunque no era nuevo, seguía sentándole bien.

Al ver a Orsola, su rostro se iluminó.

—*Signora* Rosso, ¡qué alegría!

Su padre se quedó desconcertado.

—¿Os conocéis?

—Nos hemos visto alguna vez.

—Venecia no es tan grande —añadió Orsola, que no quería que el mercader indagara más y descubriera lo de los delfines de cristal.

Klara se volvió hacia su padre.

—¿Qué encargo tan misterioso e importante es ese para que hayas enviado a Jonas a cruzar a la carrera el Rialto para buscarme? ¡Se ha quedado sin aliento!

Jonas se puso rojo y empezó a protestar, pero Klingenberg le indicó con un gesto que se callara.

—A la *signora* Orsola le gustaría saber cómo es físicamente Josefina Bonaparte —afirmó.

Klara se quedó atónita.

—¿Para qué?

Orsola miró al mercader, que asintió con la cabeza.

—Vuestro padre quiere que le haga un collar —explicó—. Para que caiga rendida ante los encantos de Venecia y lograr así que nos devuelva la libertad.

—¡Qué bien!

Klara dio una palmada de alegría, que le recordó a Orsola la primera vez que la había visto, cuando era una chica desgarbada. Ahora que sabía lo que se esperaba de ella, se sentó y dobló la falda de seda sobre su regazo para que no se arrugara. Jonas le tendió una copa de malvasía y ella le dio un sorbo con delicadeza, aunque no tocó las *bussolai*.

—*Allora* —continuó—. Josefina es la comidilla en todos los cafés de la ciudad. Es alta y delgada, con el cuello largo y un busto turgente. Su escote es pálido, seguramente empolvado, y generoso.

Prefiere el corte redondo. Tiene el pelo castaño oscuro y lo lleva recogido, con tirabuzones sobre la frente; muy semejante al mío pero más oscuro. Sus ojos también son de un marrón oscuro y parecen dos pasas plantadas en su cara. Tiene la boca pequeña y, como sus dientes son negros, la mantiene apretada cuando sonríe y ríe, para que no se le vean. Sus mejillas son rellenas y su nariz, insulsa. Tiene la tez bastante oscura pero usa polvos para aclarársela, y también colorete; más del que debería, según me han contado. Se dice que es inteligente y lo observa todo con curiosidad, pese a que su expresión puede ser un poco triste. Se viste a menudo de blanco, con telas ligeras. Le gustan las perlas, aunque ¿a qué mujer le desagradan? Tiene buen gusto para la ropa y se conduce con gracia. Creo que es la clase de mujer que lleva su ropa y sus joyas, y no deja que estas la lleven a ella.

Orsola asintió.

—Gracias, *signora*. Me será de gran ayuda.

—Si va a llevar un collar de cuentas de cristal, yo no las haría en blanco para imitar perlas, pues ya tiene muchas —añadió Klara—. Mejor algo completamente distinto.

—*Millefiori*? —sugirió Klingenberg.

—Por lo que he visto de ellas, me parecen demasiado recargadas. Demasiado chillonas para Josefina. No son lo bastante refinadas.

—*Cornaline d'Aleppo*? —propuso Orsola—. Son esas cuentas rojas con el centro en verde o blanco.

Klara ladeó la cabeza, pensativa.

—Creo que igual son demasiado sosas.

Jonas tosió.

—Tenemos un muestrario de las cuentas de la *signora* Orsola. ¿Queréis que lo traiga? Así podréis ver su gama.

Klingenberg asintió y Jonas se acercó a un gran armario de roble que había en una esquina. Tras hacer girar la llave y abrir las puertas, el olor a canela y nuez moscada inundó la estancia. Orsola sonrió al pensar que consideraban sus cuentas lo bastante valiosas como para guardarlas bajo llave junto con exóticas especias.

Jonas trajo unas tarjetas marrón claro con muestras de las cuentas de Orsola, cada una con su número correspondiente al lado. Allí estaba plasmado todo lo que había aprendido a hacer a lo largo de los años: cuentas lisas de diversos colores y formas, las *millefiori* que Klara había tildado de «recargadas», la *cornaline d'Aleppo* roja, cuentas redondas decoradas con volutas de parra y flores, y las cuentas rojas con centelleante pan de oro en el interior del cristal que había hecho tras la marcha de Antonio. Nunca había visto su propio trabajo organizado así, para que los clientes lo contemplaran. Era una sensación extraña y alienante, como si esas cuentas no las hubiera hecho Orsola Rosso, sino otro vidriero de Murano.

Klara estudió las tarjetas con muestras como si estuviera escogiendo encaje para adornar un camisón. De pie a su lado, Orsola tomó todavía más conciencia de las diferencias que había entre ellas: Klara tan hermosa y alta, con la piel tan clara, y ella baja y rolliza, con la tez aceitunada. Klara ya no llevaba su vestido de seda azul celeste ni Orsola tampoco lucía el marrón con un matiz rojizo, aunque iban vestidas de una manera parecida: Klara de raso plateado y ella de lino marrón. Ahora que ya eran mayores, habían prescindido de los tonos chillones para su ropa, pero mantenían la nota de base, como el almizcle o el cedro de un perfume, o el color principal de una de las cuentas de Orsola.

—Creo —comenzó a decir Klara, que se había tomado su tiempo para decidirse— que lo mejor será un color intenso que contraste con la ropa blanca de Josefina. Rojo, azul o verde. Tal vez el rojo sea demasiado estridente, pero igual podrías decantarte por una gama de azules y verdes, como tus delfines... —Se interrumpió, y una expresión de confusión y terror cruzó su rostro antes de que pudiera disimularla.

Su padre se dio cuenta enseguida.

—¿Delfines?

—Caballitos de mar —intervino Orsola, esperando que Klara se recompusiera y le siguiera la corriente—. Los hago para los visitantes de Murano. La *signora* los ha visto.

—Ay, sí, *cavallucci marini*, no *delfini*. Qué tonta soy. Pero sí, esos colores —añadió Klara con la intención de retomar el tema—. Los colores del agua, para que le recuerden a Venecia. No a los canales embarrados, sino al mar centelleante.

—Deberían tener también un toque dorado —terció Jonas—. Es la esposa de un poderoso general. Lleva perlas, diamantes y otras piedras preciosas. Si queremos que el cristal compita con ellas, tiene que parecer algo más que cristal.

Todos lo miraron y el secretario agachó la cabeza, avergonzado. Orsola ni siquiera había prestado atención a su ropa, pero en ese momento se fijó en que sus zapatos estaban lustrosos, con las sencillas hebillas plateadas relucientes, y en que su capa corta era de terciopelo, de un granate intenso con listas negras en las mangas. Llevaba la barba corta bien arreglada y tenía una postura erguida.

—No quiero hacer cuentas que parezcan zafiros o esmeraldas —dijo Orsola—. Para eso sería mejor que se los regalarais directamente a Josefina. El objetivo es mostrarle la belleza única del cristal muranés... veneciano.

—Estoy de acuerdo —declaró Klingenberg—. Creo que deberíamos dejar que la *signora* Orsola haga lo que mejor se le da. Domenego os llevará de regreso a Murano ahora mismo y, dentro de tres días, recogeremos el collar.

Orsola se bebió el vino que le quedaba de un solo trago, con la esperanza de que le diera el valor necesario para ese encargo.

Klara salió al mismo tiempo que ella, seguida de Jonas, que la escoltaría a su casa. Mientras bajaban juntas la ancha escalera, Klara se inclinó hacia ella. Por un instante, Orsola se preguntó si iba a darle un delfín de cristal. Pero no era eso.

—Tengo una última sugerencia —dijo en cambio—. Haz unos pendientes a juego. Le gustará. Ahora se lleva mucho.

De vuelta en Murano, Orsola apenas le contó a nadie lo que estaba haciendo. Sabía que despertaría envidias, así como peticiones de préstamos o trabajo, pero, sobre todo críticas por bailar el agua a los franceses. A su familia tan solo le dijo que iba a hacer un collar para alguien importante, sin desvelar de quién se trataba.

Decidió no seguir el consejo de Klara acerca de los colores y hacer un collar y unos pendientes rojo oscuro, en parte porque creía que combinaría mejor con el color natural de la tez de Josefina, pero principalmente porque asociaba la mezcla de azules y verdes con Antonio y sus delfines, y no quería que colgaran del cuello y las orejas de la mujer de un general francés.

En un principio, Orsola experimentó con las muchas formas que ya dominaba: el redondo *paternostro*, la cilíndrica *canella* y la *ulivetta spoletta*, en forma de barril. Las hizo grandes, pequeñas y en tamaños intermedios. Al día siguiente, una vez que se hubieron enfriado, trató de engarzarlas, colocando muchas cuentas, luego unas cuantas y al final solo una. Pero nada la satisfacía; no tuvo ese momento que por lo general siempre le llegaba, en el que creaba una pieza y todo parecía encajar en sus manos. Empezaba a notar la presión por la falta de tiempo y le entró el pánico por si no se le ocurría algo decente que enviarle a Klingenberg.

Por la tarde, Stella se acercó a verla trabajar. Ahora era ya toda una joven, con el rostro ancho y serio, los ojos hundidos y el pelo castaño despeinado como una fregona. A pesar de tener ya veinte años, conservaba la despreocupación de una niña, y poco le importaba el mundo de los adultos, con sus preocupaciones y sus tribulaciones. Con la barbilla apoyada en las manos, estudió la miríada de cuentas que Orsola había hecho la noche anterior, esparcidas ahora sobre un trapo blanco. Luego desapareció y regresó al cabo de unos minutos con Rosella. La hija de Monica no había heredado las facciones de su madre al crecer; tenía una cara delicada parecida a la de un gato, con la barbilla afilada y prominente, y la nariz pequeña. Sus ojos marrones estaban enmarcados por unas pestañas tan largas que se le enredaban y tenía que peinárselas con los dedos. Orsola había empezado a enseñarle a hacer cuentas varios años atrás, aunque, con los pocos encargos que recibía, parecía un esfuerzo inútil. Aun así, Rosella tenía

una habilidad innata y buen gusto.

—Mira. —Stella señaló la mesa—. ¿Qué te parece?

Orsola se reclinó en la silla. Le divertía la idea de delegar el diseño de un collar tan importante en aquellas dos jóvenes. No obstante, a veces una opinión ajena era justo lo que necesitaba. Recordó cuando Paolo le había sugerido que las cuentas amarillas para ahuyentar la peste debían ser hermosas. A pesar del tiempo transcurrido, en ocasiones tenía la sensación de que apenas hacía una semana que había terminado la época del confinamiento durante la cuarentena.

Rosella estudió las cuentas, con una expresión seria acorde con su papel.

—¿Para quién son? —preguntó—. ¿Qué clase de mujer?

—Piel muy blanca, pelo oscuro —contestó Orsola.

—¿Qué personalidad tiene? —intervino Stella—. ¿Es escandalosa o tranquila? ¿Se tiene en alta estima? ¿Quiere que todo el mundo la mire? ¿Te caería bien si la conocieras?

Orsola se quedó pensativa. Stella tenía las cosas tan claras... Ojalá pudiera hacer aquel collar para ella, aunque su hermana jamás llevaría ninguno. Carraspeó antes de anunciar:

—Es para la mujer de Napoleón.

Rosella abrió los ojos de par en par al tiempo que Stella los entornaba.

—¿La mujer del general? *Maledizione*!

Cogió una de las pequeñas varas de hierro de Orsola y, antes de que su hermana o su sobrina pudieran impedírselo, se pinchó un dedo con el extremo afilado.

—Pero, Stella, ¿qué haces? —gritó Orsola.

Su hermana levantó el dedo, por el que resbalaba una gota de sangre.

—Quedará muy bien alrededor del cuello de una mujer —dijo mientras la gota caía al suelo—. Sobre todo la esposa de un general. La sangre goteando sobre su pecho.

—*Sì* —convino Rosella—. Esa forma y ese color quedan muy bien juntos.

Orsola abrió la boca para rebatirlo, pero de pronto tuvo una visión de Josefina en un baile en el *palazzo* Pisani Moretta, danzando bajo las lámparas de araña muranesas, con un vestido de seda blanca y el escote empolvado sobre el que destacaba una doble hilera de gotas rojas como la sangre, de un tamaño decreciente y con pequeñas cuentas de pan de oro intercaladas, complementada con una cascada de gotas en los lóbulos de las orejas.

Asintió con la cabeza.

—*Grazie, bellissime ragazze*. —Se inclinó hacia delante y besó

tanto a su hermana como a su sobrina. Stella, a la que nunca le habían gustado los abrazos ni los besos, se encogió—. Ahora, largo de aquí —añadió Orsola—. Tengo trabajo que hacer.

Más adelante, Orsola se reiría de sí misma por algunas de las fantasías que había albergado mientras trabajaba en aquel collar mágico. Se había imaginado que vería a Josefina llevándolo mientras se deslizaba por el Gran Canal, entraba en La Fenice para asistir a una ópera o paseaba por la Piazza San Marco, contemplando el espectáculo de los músicos o los acróbatas. Todos los que la rodeaban admirarían las gotas de sangre roja con las diminutas cuentas de oro centelleando entre ellas, y el mundo descubriría que era Orsola Rosso quien las había hecho. No tardaría en recibir encargos de acaudaladas familias venecianas que permitirían a los Rosso vivir tan solo de su trabajo en lugar de las piezas de cristal del taller.

Domenego fue a recoger el collar, pero Orsola no pudo resistirse a ir ella misma a Venecia al día siguiente para visitar todos los lugares en los que podría encontrarse a Josefina. Se pasó horas caminando entre las posibles ubicaciones y, aun así, no vio ni un atisbo del collar rojo sobre un escote blanco. A pesar del estado de excitación que reinaba en la ciudad por la presencia de la mujer de Napoleón, Orsola no logró encontrarla. Más tarde, Jonas le confesó que cuando Klingenberg y los demás mercaderes alemanes le habían presentado el collar y los pendientes a Josefina en su visita al Fondaco dei Tedeschi, esta no se había dignado ni a echar un vistazo a la caja de cedro que Klingenberg había abierto para que pudiera ver el regalo. Orsola ni siquiera supo si alguna vez se lo llegó a poner.

El único que pasó algo de tiempo con la mujer de Napoleón fue Domenego. Después de verlo amarrado en el Fondaco dei Tedeschi, Josefina había requerido que fuera el gondolero moro quien la llevara a remo por el Gran Canal a sus cenas, bailes, óperas y pícnics. Klingenberg no tuvo ningún reparo en prestarle a su gondolero, con la esperanza de que ello contribuyera a la causa veneciana. Domenego, en cambio, no estaba tan encantado. Aquella clase de favoritismo no les iba a sentar bien a los demás gondoleros, con los que, en el mejor de los casos, tenía ya una relación complicada. Esperaron a que Josefina se hubiera marchado de Venecia para recompensarlo a él con un ojo a la funerala y a su góndola, con una *forcola* rota.

El collar no salvó a Venecia. Más tarde, cuando Josefina no consiguió convencer a su marido del valor de una Venecia independiente y Napoleón entregó la ciudad a los austriacos, Orsola se preguntó si el desenlace habría sido distinto en caso de haber seguido el consejo de Klara Klingenberg. ¿Habría seducido a Josefina si la joya hubiera sido del color del agua veneciana y no del de la sangre? Aunque tal vez no pudiera pedirse tanto de un mero collar, tras ser

testigo de cómo Venecia se veía reducida a ruinas durante el largo reinado austriaco, a veces Orsola se sentía culpable.

Para Klingenberg y los demás mercaderes, el desaire fue aún más doloroso. No solo se habían quedado sin dinero por el collar, sino que además, cuando los austriacos asumieron el poder, uno de los muchos cambios que implantaron en la ciudad fue expulsar a los mercaderes del Fondaco dei Tedeschi y transformarlo en una aduana. Los alemanes ya no podían vivir o trabajar allí.

—No tienen absolutamente ningún motivo para hacerlo —estalló Klingenberg la última vez que Orsola fue a verlo, para que le pagara el último plazo de su collar—. ¡Ya hay una aduana estupenda en la Salute! Los austriacos lo hacen solo por inquina. A los griegos, los turcos o los armenios no los han trasladado. ¿Por qué solo a nosotros?

Orsola no había visto caer la máscara de cordialidad de Klingenberg desde su conversación acerca de Domenego años atrás.

—A lo mejor es que les gusta más este edificio —contestó—. El Fondaco dei Turchi no está tan bien conservado.

Lo mismo podía decirse de muchos edificios de Venecia, que habían empezado a desmoronarse a medida que el comercio decaía.

Klingenberg sacudió la cabeza como si quisiera vaciarse el oído de agua. A su espalda, Jonas hizo lo mismo y Orsola se quedó callada. Cuando un hombre quería descargar su ira era mejor no razonar con él, sino dejar que se agotara. Ella estaba allí para que le pagaran, no para consolar a nadie.

Él continuó mascullando durante varios minutos, mientras ordenaba sus papeles, alineaba sus plumas y deslizaba de un lado a otro del escritorio un pisapapeles de cristal lleno de *millefiori* suspendidas que le había hecho Giacomo.

—Lo lamento mucho, *signor* Klingenberg —dijo Orsola al final—. ¿Adónde iréis ahora?

—A alguna parte, no lejos de aquí. —Hizo una pausa—. Aunque tal vez debería regresar a Augsburgo.

Jonas se sobresaltó. No cabía duda de que era la primera vez que escuchaba aquella posibilidad.

—*Herr* Klin… —Se interrumpió en cuanto el mercader levantó una mano.

Orsola esperó mientras Klingenberg sacaba varias monedas de un cajón, el saldo pendiente del *zecchino* que le habían pagado por el collar. Por muy decepcionado que estuviera por el fracaso de su plan de influir en Napoleón a través de su mujer, era un hombre de palabra e iba a pagarle lo que habían acordado.

—Gracias, *signora* Orsola —dijo al tiempo que le entregaba las monedas—. Puede que el collar no tuviera el efecto deseado en Josefina, pero no por ello debéis sentiros menos orgullosa. Fue vuestro

mejor trabajo y sin duda el collar de cristal más magnífico que he visto en Venecia. Maestra.

El pago por el collar de Josefina dio de comer a los Rosso durante todo el invierno y la primavera, antes de que llegaran los malos tiempos de verdad, cuando franceses y austriacos empezaron a disputarse la ciudad y los campos circundantes. Despojaron a Venecia de su condición de puerto franco y cobraban elevados aranceles por cualquier exportación a *terraferma*, lo cual devastó un comercio que ya era precario, además de socavar su industria.

Cuando Napoleón fue derrotado definitivamente en Waterloo y los austriacos tomaron el mando de verdad, Venecia y sus habitantes estaban ya hundidos en la miseria, y un collar de gotas rojas como la sangre para una futura emperatriz, y todos los encargos que eso supondría, parecían un sueño que nunca había tenido lugar.

Empezó entonces la época más desgraciada para Venecia, Murano y la familia Rosso, cuyos destinos estaban unidos, ya que cuando Venecia entraba en declive, lo mismo ocurría con el cristal de Murano. Fue un periodo que duró mucho más que la peste negra, aunque no murieron tantos. En cierto sentido fue más sombrío, porque acabó pareciendo que aquella miseria absoluta duraría para siempre y no se agotaría rápidamente, como había hecho la enfermedad. Era una punzada constante en lugar de un dolor agudo, una fiebre moderada en lugar de un calenturón nocturno que empapaba las sábanas de sudor. El prolongado dolor sordo por la pérdida de un amor que duraba muchos años, en lugar del impacto de verlo alejarse en barca por la laguna.

Fue una época que habría sido mejor pasar por alto, condensar lo máximo posible.

Si los Rosso hubieran sido los únicos en enfrentarse a los malos tiempos, podría haber sido más tolerable. Orsola podría incluso haber aceptado que se debía a la mala gestión del negocio por parte de Marco. Pero todos los que los rodeaban compartían historias parecidas de talleres de cristal que se quedaban sin trabajo, de *garzoni* que abandonaban Murano y se llevaban sus técnicas a *terraferma*, pues ya no había autoridades que los persiguieran; de vidrieros obligados a aceptar otros trabajos: recoger leña, ocuparse de los huertos, pescar, vender. Los rostros comenzaron a demacrarse, las casas, a adquirir un aspecto desvencijado; las barcas, a desconcharse. Había menos festivales, menos banquetes, menos celebraciones. Cuando Orsola pasaba frente a L'Omo Salvadego, nunca estaba tan concurrido como en los viejos tiempos; tan solo había bebedores solitarios que estiraban durante horas su copa de vino porque no se podían permitir otra.

Y no era solo en Murano. Orsola siempre había disfrutado cruzando la laguna hasta Venecia, desplazándose arriba y abajo por

sus canales, caminando por sus calles laberínticas, admirando sus *piazzas*, iglesias y *palazzos*. A medida que se hacía mayor, la ciudad se había vuelto más familiar y menos intimidante, aunque en ocasiones aún se perdía y tenía que pedir indicaciones.

Ahora, sin embargo, la ciudad le resultaba deprimente. Si un campo no estaba lleno de soldados austriacos borrachos con sus túnicas blancas, estaba plagado de mendigos. Había menos residentes que antes, pues muchos se habían trasladado a *terraferma* en busca de trabajo o de tierra que arrendar para cultivarla y alimentarse. Cuando el Dux entregó la ciudad a los franceses, había habido un éxodo de nobles, que en un abrir y cerrar de ojos habían perdido su posición en Venecia y habían tenido que buscarla en otra parte, o al menos encontrar un lugar donde lamerse las heridas. Sus *palazzos* estaban vacíos, ya que pocos podían permitirse el precio. Y sin nadie que viviera en ellos o los mantuviera, empezaron a verse descuidados: el musgo crecía en sus paredes, el enlucido de las piedras se caía y la pintura se desconchaba debido a la brisa salada del mar. Un edificio en el que no corría el aire no tardaba en perder la vida, igual que pasaba con un taller de cristal.

No todos los *palazzos* se deterioraron. Algunos se transformaron en hosterías y otros se alquilaban a los viajeros que seguían acudiendo en masa a Venecia, atraídos por su estado de decadencia. Orsola no tenía mucha simpatía por esos visitantes; le partía el alma que la gente fuera a contemplar embobada los vestigios melancólicos de Venecia, que tan románticos parecían encontrar. Para ella, no había nada de romántico en vivir entre postigos podridos, piedras descascaradas y montones de escombros, sin llenar nunca del todo el estómago. Los visitantes podían admirarla y luego regresar a sus cómodos hogares sin tener que sobrevivir en medio de la miseria. Sin embargo, era consciente de que eran necesarios: traían consigo la savia de demanda que daba a los venecianos un motivo para abrir sus tabernas, producir sus obras de teatro, cuidar de sus góndolas y elaborar su papel jaspeado, sus máscaras y sus adornos de cristal, ya que tal vez alguien pagara por ellos.

Los encargos que le hacía Klingenberg a Orsola para los mercados extranjeros se redujeron casi hasta la nada y ahora su principal trabajo eran las baratijas para la tienda. Sin embargo, no fue del todo consciente de lo mal que estaban las cosas hasta el día en que salió de su estudio al patio para ir a buscar agua al pozo y se encontró a Marco sentado en el banco, borracho y con una botella vacía en la mesa. Eran las diez de la mañana; su hermano nunca bebía tan temprano.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Marco agitó la mano pero no le contestó.

Stella estaba inclinada sobre el caldero de la colada en una

esquina, removiendo las sábanas con una pala. Le dedicó una mirada a su hermana antes de señalar con la cabeza hacia el taller.

En cuanto entró, Orsola supo lo que pasaba. No era solo que el taller estuviera en silencio, sin los silbidos, las canciones y los gritos habituales. Faltaba el rugido sordo del horno y su calor. El horno era una boca hambrienta a la que había que alimentar durante once meses al año. Ahora estaba frío y el taller, muerto, como si la sangre hubiera dejado de circular por él. Los chicos de la familia, que habían empezado a ayudar a sus padres, tampoco se veían por ninguna parte: Andrea y Sebastiano no estaban yendo a buscar la leña, alimentando el horno ni barriendo el suelo; Marcolin y Raffaele no hacían girar los punteles, ni corrían con las piezas acabadas al arca de recocido ni disponían el cristal esmerilado de varios colores. Al mirar a su alrededor, distinguió a Stefano y a Giacomo al fondo, sentados en silencio en los bancos donde se hacía el trabajo en frío: limar la base de cuencos y jarrones para que no bailaran, pintar la decoración de las copas, tallar marcos para los espejos. A esas alturas llevaban ya años trabajando juntos y tenían una relación amistosa, aunque no estaban tan unidos como Paolo y Giacomo en su tiempo. Ambos alzaron la vista y luego siguieron con su trabajo. La espalda encorvada de su marido transmitía una sensación de abatimiento que le rompió el corazón.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó.

Stefano siguió tallando, pero Giacomo se interrumpió, con el pincel empapado en pintura blanca.

—Han salido en barca.

—¿Por qué está el horno apagado?

—Ya no hay trabajo.

—Y, entonces, ¿qué estáis haciendo? —Orsola señaló con la cabeza la copa que tenía Giacomo en las manos y en cuyo borde estaba pintando una corona de flores.

—Es para la tienda. Aunque tenemos tanto género que no podríamos venderlo todo ni que vinieran cientos de visitantes cada día.

—¿No hay pedidos de Klingenberg? ¿Ni uno?

—Klingenberg se vuelve a Augsburgo.

—¡¿Qué?!

—Se lo anunció ayer a Marco. Dice que el negocio ya no es lo que era. Con los aranceles que nos han impuesto, la gente prefiere comprar el cristal en Praga.

Orsola se estremeció al oír el nombre de la ciudad de Antonio.

Stefano la miró. ¿Acaso podía leerle el pensamiento? Meneó la cabeza para aclararse las ideas.

—¿Y mis cuentas?

—Tendrás que encontrar a otro mercader que te las venda.

Orsola llevaba media vida recibiendo encargos de Klingenberg y había dado por sentado que siempre sería su vínculo con el mundo que se extendía más allá de Venecia. Sin él, ¿cómo llegarían sus cuentas a París, África o América? En cuanto se marchara a *terraferma*, desaparecería del mundo de Orsola.

Regresó al patio para enfrentarse a Marco, pero se lo encontró dormido, y sabía que despertarlo cuando estaba borracho no haría más que empeorar las cosas. Así que decidió ir a buscar a su madre.

Laura Rosso estaba delante del fogón removiendo polenta, que no se podía dejar al fuego mucho rato porque se quemaba. Ahora comían polenta más a menudo, al igual que muchas familias muranesas, no solo las pobres, que tradicionalmente habían recibido el apelativo de «Cara Amarilla» para burlarse de su pobreza. Nadie hacía ya mofa de ellas.

Orsola se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Madre —dijo—, Marco ha dejado que el horno se apague.

—Así es. —Laura, que ahora tenía todo el pelo canoso, no dejó de remover la polenta.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—Haremos otras cosas.

La respuesta le trajo el recuerdo del día en que Maria Barovier, muchos años atrás, la había animado a dedicarse a las cuentas.

—Pero ¿qué otra cosa vamos a hacer? —preguntó—. Ya hemos expandido el negocio de la tienda con cuentas, espejos y figuritas. Y lámparas de araña —no pudo resistirse a añadir.

—Me refería a que nos dedicaremos a otras cosas.

Orsola observó el perfil de su madre.

—¿De qué hablas?

—De dedicarnos a algo que no sea el cristal.

—Pero… somos una familia de vidrieros.

Laura Rosso no contestó. Apartó la olla del fuego y, tras retirar la polenta y dejarla sobre una tabla de madera, le dio forma rectangular con la ayuda de un cazo de servir.

—¿A qué nos vamos a dedicar? ¿A alargar bastones para otros talleres? ¿A triturar vidrio para conseguir colores? —Orsola fue un poco más allá—: ¿A producir ceniza para la mixtura del cristal? ¿A distribuir leña?

No estaba muy segura de la viabilidad de esta última idea, para la que hacía falta una barca más grande que la que tenían, así como viajar a *terraferma*.

—Todo lo que propones está relacionado con el vidrio. Para ayudar a otros a hacerlo, bien podríamos hacerlo nosotros.

—Entonces, ¿qué quieres…?

—El cristal de Murano está muerto, Orsola. Los aranceles que cobran los austriacos para exportarlo son tan altos que ya nadie lo compra. Y para los venecianos no es algo esencial. Tenemos que centrarnos en los productos básicos que la gente necesita a diario. Pescado. Verduras. La colada. Barcas.

—¿Quieres que Marco, Giacomo y los chicos se hagan pescadores? —Orsola lo preguntó en tono sarcástico y se quedó pasmada cuando su madre se limitó a encogerse de hombros—. Y para que lo sepas —añadió—, no pienso hacer la colada para otras familias.

Laura aplanó la polenta con el dorso del cazo y espolvoreó la superficie con ramitas de romero.

—Es posible que no te quede otra opción.

Tenía que haber otra opción. Orsola cogió el *traghetto* para ir a ver a Klingenberg. Este se había mudado cerca de su hija, en Campo San Polo —el espacio al aire libre más grande de la ciudad después de la Piazza San Marco—, el mismo lugar que Giacomo y ella habían cruzado en su día en busca de Marco. Aunque su casa no era un gran *palazzo*, su fachada rosa salmón, atravesada por hileras de ventanas enmarcadas con arcos góticos, seguía siendo imponente.

Un criado la acompañó por el *androne* y la escalera hasta los aposentos del mercader. Se parecían mucho a los que había tenido en el Fondaco dei Tedeschi, incluida la presencia de Jonas sentado a su escritorio en la antesala. A pesar de que el resto de la casa era un caos de cajas para la mudanza, Klingenberg todavía no había embalado sus alfombras persas y sus libros, como si quisiera aferrarse a su antigua vida hasta el último momento.

—*Signora* Orsola, *buongiorno* —la saludó al tiempo que se levantaba de la silla y le hacía una reverencia. Orsola detectó un atisbo de vergüenza en su tono, tal vez porque el mercader no había hablado con ella antes de anunciarle a Marco su partida—. Es demasiado pronto para el vino, pero ¿os apetece un café? ¿O chocolate? ¡Jonas!

—Ninguna de las dos cosas, gracias —contestó ella al tiempo que aparecía Jonas—. He venido a preguntaros si es cierto que os marcháis. Pero ya veo que sí.

Señaló con un ademán el resto de la casa, donde cajas y muebles envueltos en sábanas esperaban a que se los llevaran en barco a *terraferma* y luego los cargaran en carros para realizar el largo viaje a través de los Alpes hasta Augsburgo.

—Por favor —dijo Klingenberg, indicando la silla de caoba al otro lado de su escritorio.

Orsola no se creía que aquella fuera la última vez que iba a sentarse en aquella silla. El mercader había sido una constante en su vida, al igual que su madre, sus hermanos, Monica, Angela, Stella,

Domenego.

—¡Domenego! —exclamó—. ¿También se lo va a llevar a él a *terra —ferma*?

—*Perdonatemi*?

—¿Qué va a ser de vuestro gondolero?

Klingenberg frunció el ceño.

—¿Habéis venido a preguntarme por mi gondolero?

—Solo quería... No se marchará a Augsburgo con vos, ¿no?

—Sus habilidades no servirían de mucho allí. Domenego va a trabajar para mi hija y su familia. Lo cierto es que ya lo hace la mayor parte del tiempo. *Allora*, ¿a qué debo el placer de vuestra visita?

—He venido a daros las gracias por vuestra gentileza durante todos estos años. Por apoyarme con mis cuentas. Estoy muy agradecida.

Klingenberg asintió.

—Es un detalle por vuestra parte. Pero no habría accedido a representaros si vuestro trabajo con la lámpara no fuera bueno. Vuestras cuentas son excepcionales, *signora* Orsola. Son unas de los mejores de Venecia... y de Murano. Ha sido un placer venderlas.

Orsola hizo una inclinación con la cabeza,

—*Grazie, signore*. Pero ¿qué voy a hacer ahora? ¡Mi madre dice que igual tenemos que hacernos pescadores!

Klingenberg lanzó un suspiro.

—Vivimos tiempos difíciles, no cabe duda. Los austriacos no se han portado bien con Venecia. Aunque no sea por rencor, son tan cuadriculados y están tan apegados a tierra firme, que no entienden cómo funciona un puerto franco ni su importancia para que la savia de la ciudad siga fluyendo. No estoy seguro que de Venecia vaya a recuperar nunca su posición como núcleo comercial. Aunque para ser justos, no podemos echar toda la culpa a los franceses y austriacos. La mayoría de nosotros decidimos ignorarlo, pero lo cierto es que el declive de la ciudad viene de lejos, desde que se establecieron las rutas comerciales transatlánticas y el Mediterráneo perdió relevancia. La Serenissima lleva ya muchos años apostándolo todo a su belleza y su encanto. A eso, y al espléndido trabajo de sus talentosos artesanos.

—Pero ¿tiene razón madre? ¿Tendremos que renunciar al cristal y dedicarnos a pescar?

—Tal vez sea una medida demasiado drástica. Yo confío en que al final los austriacos entren en razón y eliminen los aranceles para que podamos retomar el comercio. Me temo que no estaré aquí para verlo, pero os recuperaréis.

—¿Cómo? Necesitamos vuestro buen juicio para que nos digáis qué hacer.

—Hasta que cambien las cosas, centraos en el mercado local.

—¿Qué mercado local? Hay menos residentes que nunca, y los que hay apenas tienen dinero para gastar. ¿No habéis visto a todos los mendigos del Campo San Paolo?

—No hablaba de los venecianos. Me refería a los que ahora llaman «turistas»; un término de lo más desagradable, por cierto. Cada año vienen a Venecia miles de visitantes para disfrutar de la maravilla de nuestra singular belleza, y acuden con los bolsillos bien cargados. Los Rosso deberíais centraros en atenderlos a ellos. Así no tendréis que preocuparos por los aranceles o por buscar un mercader que os haga de intermediario. Podréis venderles directamente vuestros productos. De hecho, ya hacéis esto en vuestra tienda de Murano. ¿Mi consejo para vuestra familia? Abrid una tienda en Venecia, cerca de la Piazza San Marco, por donde pasan todos los visitantes, y vended piezas pequeñas de cristal a un precio razonable, algo que la gente se pueda llevar a casa con facilidad. Copas sencillas para el jerez de los ingleses, el brandi de los franceses y los *schnapps* de los alemanes. O también figuritas de perros, caballos, pastoras... Botellitas de perfume. Y por supuesto, collares y pendientes de cuentas.

Orsola deseó haber aceptado el café para poder ocultar su mueca de desdén tras la taza. El consejo de Klingenberg era sensato, pero difícil de aceptar. Los muraneses siempre se habían enorgullecido de mantener las distancias con Venecia y de salir adelante sin ayuda de nadie. Era doloroso admitir que necesitaban a la ciudad para sobrevivir.

No le dijo nada de esto a Klingenberg, que, a pesar de ser alemán, debía su lealtad a Venecia.

—¿Para qué vender un centenar de piezas pequeñas cuando se puede ganar lo mismo con un jarrón grande? —replicó Orsola—. Eso supondría enfocarse más en vender que en producir. Primar la cantidad por encima de la calidad. —Era lo mismo que le había dicho Marco a ella sobre sus cuentas, comparándolas con las piezas más grandes: que tenían menos valor—. Nosotros no somos vendedores. Somos artesanos.

—Es cierto —convino Klingenberg—. Pero tal vez sea lo que tengáis que hacer si queréis seguir trabajando el cristal.

Conversaron un rato más, posponiendo la despedida. Cuando llegó el momento de marcharse, Orsola sacó un saquito de cuero y se lo tendió al mercader.

—Es para vos, *signor* Klingenberg, para agradeceros todo lo que habéis hecho por mi familia durante tanto tiempo.

Klingenberg arqueó las cejas.

—*Signora*, no hace falta, de verdad... ¡Oh! —jadeó mientras se colocaba el rosario sobre la palma.

Orsola había pasado un día y una noche enteros haciendo

cincuenta cuentas redondas, con una más grande intercalada entre cada ristra de diez y una cruz de cuentas colgando en el extremo. Eran del mismo rojo oscuro que las del collar de Josefina, para recordarle lo que ella consideraba su triunfo conjunto, aunque no hubieran conseguido su objetivo. Klingenberg se lo quedó mirando y luego empezó a frotar las cuentas entre el índice y el pulgar, como si estuviera rezando.

—*Bellissimo* —murmuró—. Es exquisito, Orsola. El tamaño perfecto, el tacto, el color. Vuestro gusto es impecable, como siempre. *Grazie*. —Hizo una profunda reverencia.

Al irse, a Orsola le pareció ver que se secaba los ojos.

Jonas la acompañó a la puerta. Seguía llevando la barba rasurada a la altura de la mandíbula y el pelo liso y recogido hacia atrás, y su ropa continuaba siendo sencilla y bien cuidada. Nunca había sucumbido al estilo pretencioso que habían adoptado otros venecianos. A pesar de su frialdad y su irritante precisión, Orsola sospechaba que lo echaría de menos.

—¿Adónde vais ahora, *signora* Orsola? —preguntó él.

—Supongo que de vuelta a Murano. Aunque me han entrado ganas de ir hasta San Marco y buscar un local por las inmediaciones para una tienda, como ha sugerido el señor Klingenberg. Sin embargo, no estoy segura de que los Rosso quieran convertirse en vendedores.

—Su idea es buena, pero si lo que queréis es seguir trabajando el cristal, tengo otra sugerencia. ¿Puedo mostrárosla?

Orsola asintió, sorprendida, y lo siguió mientras él cruzaba Campo San Paolo hasta un canal cercano, donde estaba amarrada la embarcación de Domenego. El gondolero estaba sentado al sol en la popa, con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza apoyada en los brazos, dormido.

—Domenego, llévanos a Ghetto Nuovo, *per favore* —le ordenó Jonas con aspereza.

Domenego alzó la cabeza y recibió a sus pasajeros sin mediar palabra. Tras ponerse en pie, le dio la mano a Orsola para ayudarla a subir a bordo, mientras que Jonas embarcó sin ayuda y se sentó frente a ella, de espaldas al sentido de la marcha. Era extraño ir en aquella góndola con otra persona aparte de Domenego, y Orsola permaneció rígida y erguida. El gondolero también la trataba con formalidad, sin decir nada y manteniendo la vista clavada en los canales.

Orsola miró a su alrededor mientras se deslizaban por los estrechos *rios* de San Polo y Santa Croce. Ahora había menos porque, como a los austriacos no les gustaba el agua, habían rellenado de tierra los canales, habían ensanchado las calles y habían construido puentes para poder desplazarse por la ciudad a pie con más facilidad. Los venecianos se quejaban amargamente: ¿para qué gobernar una

ciudad construida sobre el agua si no sabían moverse por ella?

Aunque los austriacos habían cambiado algunas cosas, el tejido subyacente de la ciudad seguía siendo el mismo. Casas de color ocre, canela, rosa y amarillo se alzaban sobre ellos, tapando la luz del sol, elegantes con sus arcos y balcones con filigranas, y esculturas de leones decoraban las fachadas. La ropa limpia colgaba en lo alto, secándose al sol y al viento. Estaban rodeados del constante chapoteo, el penetrante olor a humedad y a sal, y las ondas de luz que se deslizaban por el agua: el reconfortante decorado de la vida veneciana.

Orsola esperaba que Jonas le contara su idea, pero él se quedó sentado en silencio.

—¿Tenéis ganas de vivir en Augsburgo? —empezó a decir ella, en un torpe intento de darle conversación.

Jonas negó con la cabeza.

—No voy a ir a Augsburgo con *Herr* Klingenberg. Me quedaré aquí. —Su veneciano seguía estando encorsetado por el acento y los manierismos alemanes.

Orsola abrió mucho los ojos.

—¿Trabajaréis para otro mercader?

—Voy a instalarme por mi cuenta.

—*Davvero*?

Aunque no era su intención sonar incrédula, una expresión de decepción ante su sorpresa cruzó la cara de Jonas, antes de que la disimulara con una sonrisa forzada.

—He aprendido mucho de *Herr* Klingenberg. Tengo contactos en ambos lados, tanto entre los compradores como entre los vendedores. El negocio de *Herr* Klingenberg era muy amplio: no solo vendía mercancías venecianas, sino también trabajaba de intermediario para el comercio que venía de Oriente. —Jonas hizo una pausa—. Tal vez intentaba abarcar demasiado. —Apretó los labios, como si quisiera evitar que se le escaparan más críticas a su maestro—. Mi intención es concentrarme en el comercio vernáculo y encontrar mercados para los artistas y los artesanos locales. Incluidos los Rosso, si me lo permitís.

Orsola lo observó, mientras trataba de imaginarse a Marco y a Jonas haciendo negocios juntos. Su hermano se pondría de los nervios con el carácter imperturbable y quisquilloso del secretario, no le cabía duda. Este carecía de la elegancia de Klingenberg, que había mantenido a raya a Marco.

—¿Se lo habéis consultado a mi hermano?

—Todavía no.

—Ha dejado que se apague el horno. Será difícil lograr que lo vuelva a encender.

—Es posible. Pero eso no debería impediros seguir con vuestro

propio trabajo. Vos trabajáis con lámpara, no con el horno, ¿no es así?

Ella asintió.

—Entonces podéis decidir por vos misma si queréis continuar. Vuestra decisión no tiene por qué estar influida por la de vuestro hermano. Al fin y al cabo, vuestro negocio con *Herr* Klingenberg era independiente del de vuestra familia. Aun así, mi oferta es para todos los Rosso.

—¿Qué me lleváis a ver?

—Cuentas.

Jonas se sacó del bolsillo una bolsa semicircular de cuero crudo decorada con unas minúsculas cuentas de color crema, marrón y rojo que formaban patrones geométricos.

—Alguien se debe de haber dejado la vista haciendo esto —observó Orsola, que entornó los ojos para admirar el exquisito trabajo.

—La bolsa está hecha por los indios americanos —explicó Jonas—, utilizando cuentas de semilla elaboradas en Venecia.

Los vidrieros venecianos y muraneses llevaban ya un tiempo produciendo cuentas de semilla: unas cuentas del tamaño de semillas de sésamo o incluso más pequeñas, hechas de bastón de cristal muy estirado cortado en pedacitos, que se usaban para crear collares, pendientes y broches, o para decorar tanto bolsos como cinturones, vestidos y zapatos. Aunque en un sentido técnico eran cuentas, el proceso de producción era tan distinto del trabajo con lámpara que Orsola nunca les había prestado mucha atención.

—¿Qué tienen que ver con nosotros las cuentas de semilla? —quiso saber.

—Estoy buscando personas que las produzcan para venderlas en Norteamérica —contestó Jonas—. Vos podríais ser una de ellas.

Justo delante de las murallas de Ghetto Nuovo, donde los judíos venecianos se habían visto obligados a vivir durante cientos de años, había un conjunto de pequeños pasajes bordeados de casas menos opulentas que aquellas que Orsola y Jonas habían visto en San Polo y Santa Croce. Entre ellas había también unas pocas fábricas de cristal: Orsola percibía el olor del vidrio en el aire y oía el sonido de los hornos. En las calles por las que iban pasando había grupos de mujeres sentadas en sillas bajas delante de los portales, con *sessole* —unas palas cóncavas de madera— llenas de cuentas de semilla en el regazo, esperando a ser engarzadas. Cada mujer sostenía un abanico de alambres finos y largos que introducían en el montón de colores, al tiempo que empujaban las minúsculas cuentas con la otra mano para ir enganchándolas. Cuando los alambres estaban llenos, las enhebradoras deslizaban las cuentas hacia abajo hasta los largos hilos de lino enganchados en el extremo de los alambres. Una vez que estaban todas ensartadas, se retorcían en una pesada madeja de

cuentas lista para expedirla al extranjero.

Las enhebradoras de cuentas charlaban y cantaban mientras trabajaban. Ignoraron a Orsola, pero prestaron más atención a Jonas por su ropa, su piel blanca y sus manos tersas, que revelaban su condición de mercader. A su paso se escuchaban silbidos y bromas, y unas cuantas le gritaron:

—¡Venid a catar mi *perle, signore*! ¿Queréis ver mi *conterie*?

El secretario de Klingenberg se puso rojo pero siguió avanzando tercamente por las calles, seguido de Orsola. Al final llegaron a un campo con un grupo de mujeres reunido en una esquina, lo bastante lejos como para que Orsola y él pudieran quedarse al otro lado y observarlas sin que los oyeran. Orsola era incapaz de identificarse con aquellas *impiraresse*, pues ella era más artesana que enhebradora, más creadora que empaquetadora.

Jonas las señaló con la cabeza.

—¿Veis a todas esas mujeres y niñas? Hay cientos de ellas que se dedican a ensartar cuentas, en Castello y aquí en Cannaregio, cerca de las fábricas que las producen, y también trabajan para las de Murano. Como veis, sigue habiendo una industria del cristal que funciona con éxito. Es posible ganarse la vida haciendo cuentas a gran escala. Tal vez no sean artificiosas cuentas elaboradas con lámpara, pero, pese a todo, es cristal.

Una joven *impiraressa* con un delantal color tostado con topos negros levantó la vista de su pala de cuentas amarillas y se quedó mirando a Orsola. Sentada con la espalda muy erguida y las manos ocupadas con un puñado de alambres, volvió la cabeza hacia un lado y escupió antes de volver a atravesarla con su desafiante mirada de halcón. Orsola notó cómo se le encendían las mejillas.

Si Jonas se percató del intercambio, no hizo ningún comentario.

—En este momento ya no existe un mercado para las cuentas de lámpara que hacíais para *Herr* Klingenberg —dijo—. Tampoco para las piezas de vuestro hermano, por buenas que sean. Los austriacos, así como los checos con su pujante industria del cristal, han reventado los precios muraneses. Sin embargo, sí hay un mercado para las cuentas de semillas. Cuando me establezca como mercader, mi intención es emplear a una fábrica que me las suministre. Podría ser la vuestra. El taller de los Rosso podría hacer las cuentas y vuestras hijas y sobrinas, así como vuestra madre, se encargarían de ensartarlas.

—¿Cuentas de semillas? —Resopló Orsola—. *Mio Dio*. —La confección de esas cuentas no tenía nada de artístico y todo de mecánico. Además, los Rosso no eran una fábrica, sino un negocio pequeño; siempre se habían referido a ellos mismos como un taller—. Hacer cuentas de semillas requiere un proceso totalmente distinto al del trabajo con la lámpara —dijo—. Es necesario un horno, mucho

espacio y varios hombres, no una mujer inclinada sobre una lámpara en una mesa.

—Vuestros hermanos pueden encargarse de eso.

—¿Marco, estirar bastón? ¡Es evidente que no conocéis a mi hermano!

Jonas esperó un momento antes de continuar con su habitual estilo insistente:

—A vuestro hermano le quedan pocas opciones. Y no es una mala manera de ganarse la vida. —Hizo un gesto en dirección al grupo.

Orsola volvió a mirar a las mujeres que ensartaban cuentas. La chica con mirada de halcón ya no le prestaba atención. Sentadas al sol, riéndose de algo que había dicho una, unidas ante el mundo más acaudalado que las rodeaba, las mujeres parecían felices. Pero el mercader no sabía nada sobre la clase de trabajo manual que hacían durante doce horas al día, con la espalda dolorida, la vista cansada y las manos llenas de cortes por los alambres, con un sueldo que apenas les llegaba para comprar un pollo para la cazuela de vez en cuando.

Sin embargo, se imaginó a Angela, Francesca, Rosella y Stella ensartando cuentas supervisadas por Laura Rosso, sentadas en el patio o en la calle, delante de casa, y descubrió que le parecía posible, por el bien del negocio familiar. Con una única excepción: su hermana Stella, que no se quedaba sentada y quieta por nadie.

—*Signora* Orsola, la oferta está sobre la mesa —dijo Jonas—. Regresad a casa y hablad con vuestra madre. Es una mujer sensata. Persuadidla, y ella convencerá a vuestro hermano.

Laura Rosso ya no ejercía el papel de consejera de la familia que había asumido tras la muerte de su esposo. A medida que se había ido haciendo mayor y Marco ganaba experiencia, este cada vez la consultaba menos. Se había visto relegada a cuidar de sus nietos y ocuparse del huerto mientras Monica, Orsola, Rosella y Stella se encargaban de las tareas más pesadas: cocinar, limpiar, hacer la colada y cargar con la compra del mercado. A pesar de que Laura ya no hablaba tan a menudo, cuando lo hacía, Marco todavía la escuchaba.

Orsola se llevó a Monica a hablar con Laura en el huerto que tenían detrás del convento de Santa Maria degli Angeli, donde había acabado sus días *zia* Giovanna, que ahora descansaba en el cementerio de Murano. Con el pelo canoso y la espalda encorvada, arrodillada delante de una hilera de lechugas tempranas, Laura se dedicaba a quitarles los caracoles. Se incorporó sentándose sobre los talones al ver que Orsola y Monica se acercaban.

—No sé ni para qué me molesto —se lamentó—. Al fin y al cabo, a nadie le gusta la lechuga.

—A mí sí —mintió Orsola—. Después del pescado, con un poco de

aceite, limón y sal.

Laura Rosso soltó un gruñido.

—Pero no llena nada —dijo—. Debería plantar verduras más sustanciosas, como calabacines y berenjenas, o zanahorias y col en invierno.

—De eso ya tenemos un montón —señaló Monica, que dejó en el suelo una botella de agua—. *Ecco,* te hemos traído unas *bussolai.*

—Vosotras dos queréis algo —dijo Laura—. Si no, no habríais venido hasta aquí solo para traerme galletas.

Cogió un caracol y lo arrojó al seto que bordeaba el huerto, que era la manera correcta de deshacerse de ellos. Orsola la había visto lanzarlos a los huertos colindantes cuando estaba molesta con sus vecinos.

Soltó una risita. Era imposible ocultarle nada a su madre, que siempre detectaba la existencia de un motivo escondido.

—Tenemos que hablar contigo del futuro.

Su madre seguía buscando caracoles que eliminar.

—¿Qué futuro?

—El de los Rosso.

—¿Por qué?

—¿Por qué? El horno está apagado, los *garzonetti* y los *garzoni* se han ido, no tenemos encargos, Klingenberg se va, Marco se emborracha a las diez de la mañana... ¿Y tú preguntas por qué?

—Siempre nos las hemos apañado. Ya saldrá algo.

—Ya ha salido algo, pero tenemos que hacerlo nosotros para que funcione.

Laura volvió a sentarse y esperó a que su hija se explicara.

Orsola le planteó la idea: los hombres estirarían el bastón para hacer cuentas de semilla, las mujeres las enhebrarían en madejas para expedirlas, Jonas las vendería... y Orsola supervisaría todo el proceso.

—Es un buen plan —añadió Monica—. Tiene lógica.

Laura se quedó un rato callada.

—Marco no va a permitir que su hermana tenga más poder que él —dijo al cabo—. Él tiene que continuar al mando.

—Pero ¡si no sabe nada de cuentas!

—Sabe de negocios. Y este tipo de cuentas no son las tuyas.

—Estoy de acuerdo con tu madre —dijo Monica—. Tienes que dejar que mi marido conserve su dignidad.

Las palabras de su cuñada, por lo general tan compasiva, se le clavaron en el corazón. Orsola no quería devolverle la dignidad a su hermano, sino castigarlo por haber llevado a la ruina el negocio familiar y por despreciar su trabajo al considerarlo trivial.

—Marco no querrá hacer cuentas de semilla —protestó, consciente de estar reculando—. No después de las copas, los jarrones

y las lámparas de araña. Para él, las cuentas son un trabajo de mujeres.

—Los niños tienen que comer —dijo Laura Rosso—. Hablaré con él. Y Monica también. Lo importante es que haya un encargo que entregar, no en qué consiste.

—De acuerdo, pues. Le explicaré la oferta de Jonas.

Monica y Laura soltaron una risita.

—Ni hablar —dijo su madre—. Mantendrás el pico cerrado.

—¡Yo también puedo ser diplomática!

—Es imposible que Marco y tú os pongáis de acuerdo en nada. Si le dices algo, él hará lo contrario. ¡Igual que tú! Os parecéis más de lo que crees, Orsola. Deja que Monica y yo nos ocupemos de esto. Solo necesitamos un poco de tiempo para ablandarlo y después hablaremos.

Así pues, Monica y Laura dedicaron la siguiente semana a lanzar una campaña para que Marco se fuera haciendo a la idea de producir cuentas de semilla. Empezaron por servirle sus platos y vinos preferidos, a pesar de no tener dinero con que pagarlos. Le siguieron la corriente cuando estaba borracho y lo atendieron cuando tenía resaca. Monica le dedicó más tiempo en la cama, donde aprovechaba para susurrarle al oído que hacer cuentas de semilla podía salvar a la familia. Orsola tuvo que mantenerse al margen y contemplar aquella farsa.

Cuando, a finales de semana, los Rosso se reunieron para hablar de la posibilidad de embarcarse en la compleja transición de trabajar el cristal a elaborar cuentas, tres factores influyeron en la decisión.

En primer lugar, se reunieron al caer la noche, después de que Marco hubiera bebido pero mientras todavía estaba contento, no agresivo ni resacoso.

En segundo lugar, en el taller había alguien que dominaba ciertas técnicas, y se habían olvidado de él. Mientras Marco y Giacomo se esforzaban por determinar qué logística era necesaria para estirar bastones con objeto de hacer cuentas de semilla, Stefano permaneció en silencio. Al final, mientras ellos discutían cuánto había que estirar el cristal, intervino:

—Cien metros. Más que el bastón normal.

Orsola miró a su marido.

—Primero se calienta el cristal y se hace rodar sobre el mable hasta conseguir un *pastone*: un cilindro uniforme del tamaño y la forma adecuados. De eso se ocupa el maestro. —Señaló a Marco con la cabeza—. Luego se cogen las pinzas y se hace un agujero por el centro. A continuación se coloca un puntel en cada extremo y entonces los *tiradori* —señaló a Giacomo y a sí mismo— corremos en sentidos contrarios para que el cristal se estire y lo apoyamos en

placas de madera espaciadas para que el bastón no toque el suelo. Si se le ha dado la forma adecuada y se estira bien, será un bastón perfectamente redondo con un agujero en el centro.

—¿Cómo sabes estas cosas? —preguntó Marco.

—Cuando era *garzone*, estiraba bastón para los Barovier.

Orsola había olvidado que Stefano había tenido una vida antes de ella y el taller de los Rosso.

—Y las cuentas de semilla —dijo—, ¿cómo se hacen?

—Nosotros nos limitábamos a hacer el bastón. Pero tengo primos que conocen la técnica.

—No quiero hacer *escrementi di topo*. Cagaditas de ratón. ¡Es un trabajo para mujeres!

Marco, que estaba entrando en una fase peligrosa de la borrachera, apuró su vino de un trago. Stella alejó la jarra de su hermano. En ese momento, casi como si le hubieran dado paso, el tercer factor, Francesca, entró corriendo desde la calle, donde había estado jugando con los niños del vecindario.

—Tengo hambre, *mamma*. ¡Quiero pan!

—No hay pan —contestó Monica—. Solo tenemos polenta.

Francesca hizo un mohín.

—¡Pero es que tengo hambre! ¡Siempre tengo hambre!

—¡No voy a permitir que le des más polenta a mi hija y la conviertas en una Cara Amarilla! —rugió Marco al tiempo que dejaba la copa sobre la mesa de un golpetazo, y luego se puso a rebuscar en sus bolsillos—. Por aquí tengo un *soldo* para que compres pan.

Sin embargo, no encontró siquiera un *denaro* y Francesca se echó a llorar, más por la frustración que por el hambre en sí, sospechaba Orsola, que había visto a su sobrina llenarse el buche durante la cena. También sabía que en la cocina sí que había pan y que Monica se lo daría más tarde.

La mujer de Marco se encaró con su marido con expresión calmada.

—Si vendiéramos cuentas, no tendría que hincharse de polenta.

—*Va bene*! —gritó Marco, levantándose con brusquedad—. Haremos los *escrementi di topo* —dictaminó antes de salir como un torbellino en dirección a L'Omo Salvadego.

Y con esas palabras, el taller de los Rosso se convirtió en una fábrica de cuentas.

Marco se equivocaba: hacer cuentas de semilla era, en realidad un trabajo para hombres. Lo primero que tuvieron que hacer fue despejar suficiente espacio en el taller y los edificios contiguos para poder estirar cien metros de bastón. Marco tuvo que practicar para conseguir elaborar un *pastone* uniforme y proporcionado que luego se calentaría y se perforaría, y Stefano enseñó a Giacomo, Marcolin y Raffaele cómo

extenderlo hasta formar un bastón alargado. Uno de sus primos le mostró cómo se troceaba el bastón en minúsculos cilindros, cómo se tamizaban los fragmentos y se rellenaba el agujero con una pasta que lo mantenía abierto durante el proceso de calentado. A continuación, las cuentas se removían todo y se agitaban en un tambor caliente lleno de arena para suavizar los bordes, y luego se las bruñía en sacos llenos de paja de trigo. Una vez que se habían clasificado por tamaños, y solo entonces, las mujeres intervenían.

Cuando había suficientes cuentas listas para enhebrar, Orsola, su madre, su hija y sus sobrinas se sentaban en círculo en el patio, con las *sessole* en el regazo y alambres agarrados en la mano, y empezaban a introducirlos entre las cuentas. Lo que había parecido un proceso sencillo cuando Orsola miraba a las mujeres en Cannaregio resultó ser mucho más difícil. Si bien conseguían llenar los alambres de cuentas, lo hacían muy poco a poco y sin asomo de la eficacia de las *impiraresse* venecianas.

Humillada, Orsola cogió un *traghetto* a Venecia y se dirigió al pequeño campo donde trabajaban las expertas. Al acercarse, la chica con el delantal a topos volvió la cabeza y miró a Orsola, que inspiró hondo, enfadada. ¿Cómo podía ponerla tan nerviosa una chica a la que le doblaba la edad? Carraspeó.

—¿Puedo hablar con vos, *signora*? —preguntó a una de las mujeres mayores del grupo, que parecía ser la líder. Tenía la misma espalda erguida e idéntica mirada penetrante que la chica—. Quería proponeros algo.

La mujer le dedicó una mirada incisiva.

—*Allora*?

—Me llamo Orsola Rosso y soy de Murano. Me dedico a hacer cuentas con lámpara y mi familia, los Rosso, ha empezado a hacer cuentas de semilla. Necesitamos que una de vosotras venga a enseñarnos a enhebrarlas.

—Traednos las cuentas y os las enhebraremos nosotras.

—Lo hará mi familia. Pagaré una lira al día a quien nos enseñe.

—Dos —regateó la mujer de inmediato.

—Una lira es lo que recibís aquí por vuestro trabajo. Os pagaré lo mismo.

—¿Para qué íbamos a ir a Murano cuando podemos quedarnos aquí sentadas y cobrar nuestra lira? Queremos una lira con diez *soldi*.

—*Va bene*. Ya encontraré una chica en otra parte que necesite el trabajo y no sea tan avariciosa. —Orsola se dio la vuelta.

—Una lira con cinco *soldi*, y vos pagáis la barca y le dais de cenar.

Orsola se volvió de nuevo.

—De acuerdo. ¿Quién va a venir?

—Mi hija Luciana. Es rápida.

La mujer señaló con la cabeza a la chica del delantal a topos. Las demás, que también querían los cinco *soldi* adicionales, se quejaron.

—Nos vemos en Colonna, mañana a las ocho de la mañana —dijo Orsola.

Luciana frunció el ceño con sus pobladas cejas.

—¿Por qué tengo que ir a Murano? ¿Por qué no venís vosotras aquí?

—¿Qué te crees, que vamos a molestarnos en venir hasta aquí con todas nuestras cuentas?

—Pues vos bien que habéis venido.

—Somos cinco las que tenemos que aprender. No puede ser en otro sitio que no sea Murano.

Luciana vaciló y miró a su madre.

—No he ido nunca.

—No está lejos. Es lo mismo que si fueras a cualquier otra isla. —Orsola se dio cuenta de que Luciana estaba cada vez más incómoda y de pronto lo entendió—. Nunca has estado en la laguna, ¿verdad?

—*E allora*? —se enfureció la chica.

En ese momento, Orsola se fijó en que la chica iba descalza y llevaba el cuello del vestido deshilachado. Era tan pobre que no tenía zapatos ni dinero para salir a la laguna, y le dio pena.

—*A domani* —se despidió, y dio media vuelta sin darle opción a decir nada más.

No tenía claro que la chica fuera a presentarse, pero al día siguiente, poco después de las ocho, Luciana bajó del *traghetto* a la *riva*, con la piel tan blanca que contrastaba con la de los demás viajeros, una *sessola* bajo un brazo y un saquito en la mano. Llevaba su delantal a topos y el ceño fruncido, y en esta ocasión iba calzada con unas viejas botas con la puntera rota que le quedaban grandes y debían de ser de un hermano suyo. Al bajar a tierra, sus primeros pasos fueron inseguros, lo cual no hizo más que confirmar que nunca se había puesto unas botas, y todo rastro de la seguridad arrogante que había mostrado en Cannaregio había desaparecido. Miró a su alrededor con recelo y su expresión solo se relajó al ver a su patrona.

Orsola se dio la vuelta para indicarle el camino hacia el taller de los Rosso; para su sorpresa, Luciana la cogió del codo y entrelazó la mano con su brazo, y ambas echaron a andar hombro con hombro, como si fueran primas. ¿Era así como se comportaba la gente de Cannaregio? Orsola sentía deseos de apartarle el brazo y restablecer su superioridad, pero era evidente que a Luciana la ponía nerviosa hallarse en territorio desconocido, así que dejó que su mano se quedara donde estaba mientras caminaban por la *Fondamenta* dei Vetrai. En la calle, varios vidrieros abrían sus tiendas con la esperanza de vender suficientes baratijas a los turistas para pagar el pescado o el

pan de ese día. Luciana reducía la zancada al pasar por delante de cada escaparate, más atraída por las vistosas figuritas de gondoleros, peces saltando y caballos encabritados, que por las copas y candelabros más caros y sofisticados. Al ver una sirena verde que sujetaba un parasol naranja, se detuvo en seco.

Orsola tiró del brazo de la chica.

—*Andiamo*, tenemos trabajo que hacer. No hay tiempo para quedarse embobada con estas porquerías. —«Porquerías que jamás podrás permitirte», se abstuvo de añadir.

Luciana se quedaba mirando fijamente a todos con los que se cruzaban y ellos le devolvían la mirada con la misma intensidad.

—¿Qué les pasa a todos? —se quejó—. ¡Me miran como si fuera el diablo!

—Tú también me miraste así cuando fui a vuestro campo.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—¡Que no! Yo no soy tan maleducada.

Al recordar cómo se había sentido al visitar Mestre y sentir que todo el mundo la observaba, Orsola decidió no seguir discutiendo.

Laura Rosso y las chicas estaban sentadas en el patio, con las *sessole* en el regazo y tratando de enhebrar cuentas. Al ver la escena, Luciana se echó a reír, sin rastro de nerviosismo ahora que se enfrentaba a algo que le resultaba familiar. A Orsola no le dio tiempo ni a presentarla antes de que la chica se dirigiera hacia Angela.

—No, no, no, *sempia*! Tenéis que apoyar los pies en el travesaño de la silla para que la cesta se mantenga estable y no pase esto. —Le dio un golpecito a la *sessola* de Angela, que se inclinó hacia un lado y las cuentas se desparramaron por todas partes.

Angela lanzó un chillido y se echó a llorar, para bochorno de Orsola, que creía que su hija tenía la piel más dura.

—Una vez que hayáis tenido que recogerlas y limpiarlas todas, jamás se os volverán a caer. —Luciana se volvió hacia Francesca, que de inmediato elevó los pies para asegurar bien la *sessola* en su regazo —. *Ben cussì* —la felicitó la veneciana con un tono más melodioso.

—Madre, ¿cómo ha podido hacer algo así? —Angela continuaba llorando.

Orsola meneó la cabeza.

—Recoge las cuentas y lávalas —le ordenó, avergonzada por sus lágrimas, antes de indicarle a Luciana que se sentara en una silla—. Enséñanos cómo se hace bien.

Luciana llenó su *sessola* de pequeñas cuentas rojas del tamaño del caviar y cogió un puñado de alambres. Después de abrirlos en abanico sujetándolos entre el pulgar, el índice y el corazón, le mostró al grupo cómo había que hundirlos en el mar de cuentas y levantarlos con

movimientos cortos y rápidos, igual que si pelaran una zanahoria. Le bastaron tres para llenar todos los alambres que sujetaba, y luego deslizó las cuentas hacia el extremo de los hilos. Una vez que les hubo enseñado la técnica, Luciana observó cómo lo hacía cada mujer mientras corregía la disposición de los alambres en abanico, el ángulo para introducirlos entre las cuentas o cómo sujetaban los hilos; lo hizo con todas menos con Laura Rosso, a quien dejó tranquila por respeto a su edad. Cuando todos los hilos estuvieron llenos de cuentas, Luciana les enseñó a retorcerlos en enormes haces y atarlos con un hilo rojo, listos para expedirlos.

No miró lo que la rodeaba, no entró en la cocina ni se asomó al taller, los almacenes o el estudio de Orsola. Aunque le indicaron dónde se encontraba la letrina, Luciana no la utilizó, y tampoco sacó agua del pozo para beber, limitándose a aceptar un vaso cuando Rosella se lo ofreció. O bien no sentía curiosidad, o bien estaba nerviosa y por eso no se alejaba del círculo de las sillas, donde se sentía a salvo. Allí era ella quien estaba al mando, ya fuera enseñando o corrigiendo, tarareando o cantando. Aunque el clan de los Rosso prefería conversar a cantar, la presencia de una extraña había despertado su timidez, incluso la de Laura Rosso, que por lo general llevaba el peso de la conversación. Luciana enhebraba al ritmo de sus propias canciones, que marcaba con el pie al tiempo que ensartaba las cuentas. Al cabo de un rato, las chicas se sumaron a ella con las canciones que conocían; incluso Angela, que se había olvidado ya de sus lágrimas y ahora imitaba con entusiasmo todo lo que hacía Luciana, desde sentarse muy erguida con los pies apoyados en el travesaño hasta levantar bien alto las manos para deslizar las cuentas por los hilos, pasando por marcar el ritmo con los pies y cantar en voz baja.

Cuando Stella cruzó el patio con la comida que traía del mercado, Luciana alzó la cabeza y le clavó los ojos de una forma muy parecida a como había mirado a Orsola la primera vez en Cannaregio. Stella se paró, volvió la vista atrás y las dos jóvenes se sostuvieron la mirada hasta que, al final, Luciana bajó la suya.

Alrededor del mediodía, Monica llamó a Rosella y juntas pusieron la mesa en el patio y empezaron a sacar fuentes con pescado, estofado de berenjena, pan, queso y lechuga aliñada, además de jarras con vino y agua. Luciana contempló la procesión con avidez y luego abrió de un tirón el saco que había traído.

Orsola entendió el gesto.

—¿Qué llevas ahí?

Luciana sacó una rebanada de polenta fría envuelta en un retal de trapo, tan pequeña que lo único que iba a lograr era que se quedara con más hambre. Orsola negó con la cabeza.

—Guárdate eso. Acordamos con tu madre que comerías con nosotros.

«Puede que no tengamos mucho trabajo —añadió para sus adentros—, pero nos da para comer algo más que polenta».

Angela corrió a avisar a los hombres y los primeros en salir del taller fueron Marcolin y Raffaele. Mientras se lavaban en el pozo y se arrojaban cántaros de agua en la cabeza y los brazos para refrescarse, Marcolin divisó a la chica nueva y, preso de su habitual miedo a los desconocidos, apartó la mirada. Raffaele se reía mientras se echaba el agua por encima y luego se sacudió el pelo mojado como un perro. A sus dieciocho años, era un joven alto y nervudo, con las mismas facciones delicadas que su madre Nicoletta: grandes ojos marrones y pómulos marcados. En los últimos tiempos había desarrollado los brazos y los hombros propios de un vidriero. Echó un vistazo hacia el círculo de sillas, donde Luciana seguía sentada mirando cómo la familia iba y venía, con el ceño fruncido ahora al ver que había más personas con las que lidiar. Marco, Giacomo y Stefano también habían salido del taller, y Angela se había cogido de la mano de su padre. Raffaele se paralizó mientras el agua le goteaba del pelo y se quedó mirando a la chica nueva.

Luciana debió de notar su atención porque se volvió hacia él y luego, en lugar de atravesarlo con la mirada como solía hacer, apartó la vista, señal de que había tomado nota de su presencia.

Orsola lo percibió y supo lo que estaba pasando al recordar lo que había sentido la primera vez que vio a Antonio: se le hizo un nudo en el estómago. Monica también lo percibió y en su rostro se dibujó una sonrisa. Stella lo percibió y frunció el ceño. Laura Rosso lo percibió y se alarmó.

—Raffaele, ve a ayudar a traer la comida —le ordenó, con la clara intención de romper el hilo invisible que se estaba tensando entre su nieto y la chica nueva.

Raffaele se volvió hacia su abuela con una mirada de perplejidad. Los chicos nunca ayudaban en la cocina y la comida ya estaba en la mesa. Orsola llamó a Luciana para que se acercara y le indicó que se sentara a su lado; de otro modo, la chica se habría quedado petrificada en la silla. Raffaele tomó asiento al otro extremo de la mesa, aunque Orsola se fijó en que no apartaba la mirada de la chica nueva. Con buen juicio, Luciana se concentró en la comida y se la fue tomando sin interrupción, aunque repitió unos momentos antes de lo que aconsejaba la buena educación.

—Y bien, ¿quién es esta? —preguntó Marco tras dejar el plato limpio y reclinarse en la silla.

Hasta ese momento, no se había molestado en hacerle caso alguno a Luciana.

—Viene de Cannaregio —contestó Orsola—. Nos está ayudando a enhebrar. Ya vamos mucho más rápido.

—Más te vale ganarte el jornal, muchacha. Aquí no aceptamos casos de caridad ni ladrones venecianos.

Luciana levantó la barbilla.

—*Va' al diavolo, bastardo.*

Marco se inclinó hacia delante.

—*Che cosa*?

—*Madonna mia*! —exclamó Laura Rosso—. ¡Esta viene encendida como un horno!

—Luciana, ven conmigo. —Orsola agarró a la chica y la levantó de la silla—. Tenemos que encontrarte unos zapatos mejores. —Mientras se la llevaba apresuradamente a la casa, le siseó—: ¡No vuelvas a hablarle así al maestro o te quedarás sin trabajo!

Aunque a veces Marco también la hacía enfadar, no podía permitir que una chica joven como Luciana le faltara al respeto.

—¿Quién era el que estaba al otro lado de la mesa? —A Luciana no parecía afectarle el embrollo que había provocado.

—¿Quién, el maestro al que has insultado? Era mi hermano Marco.

—No, él no. Digo el del pelo rubio.

—Ese es Raffaele, el hijo de Marco. El hombre al que acabas de insultar.

Cualquier otra persona habría llorado, se habría disculpado o se habría esforzado por enmendar su error. Luciana se limitó a reír. La *impiraressa* tardó solo seis meses en arrebatarle a Raffaele a su familia. Orsola sospechaba que, de haber querido, podría haberlo hecho incluso antes, pero Luciana se tomó su tiempo para sacarles todo que pudo a los Rosso. Por la forma en que comía durante la cena —con un plato lleno hasta arriba y repitiendo, además de pedirle a Monica los restos para llevárselos a casa por la noche—, saltaba a la vista que su familia era muy pobre. Poco a poco se le dejaron de marcar los huesos, y las mejillas, los brazos y el busto le aumentaron de volumen. Orsola le había encontrado un par de zapatos viejos de Stella de su talla, y el día que la falda del vestido se le enganchó en un clavo y se le desgarró, le dio a regañadientes el viejo vestido pardo rojizo de Maria Barovier, que a ella ya no le entraba, a Stella le quedaba corto, a Rosella, grande, y Francesca y Angela eran demasiado jóvenes para llevarlo. Se lo pensó mucho antes de entregarle algo que había sido tan importante para ella, pero no había otra cosa, además de que a Luciana le quedaba como un guante y le iba bien con el color de su tez, incluso con el viejo delantal a topos encima. Cuando se lo ponía, Raffaele la miraba incluso más.

Luciana fue quedándose con todo tipo de cosas que, de otro

modo, los Rosso habrían tirado. En los almacenes encontró *goti* torcidos que habían hecho los antiguos aprendices y habían quedado allí olvidados, un candelabro mellado, cuentas hechas con lámpara de las que Orsola no había quedado satisfecha pero que no se había molestado en fundir. Se llevaba a casa puntas de remolacha para la sopa, cabezas de pescado para el caldo, vainas de guisantes para aliñarlas con vinagre, mendrugos de pan y aceite rancio.

A pesar de que, en ocasiones, Orsola y Laura Rosso la reprendían, no le impedían que cogiera lo que necesitaba. Vivían tiempos difíciles bajo el gobierno austriaco y las familias tenían que subsistir con cualquier cosa que encontraran. La habilidad de Luciana para convertir la basura en tesoros era un recordatorio para todos de la suerte que tenían de disponer de suficientes cosas de las que prescindir como para que otros pudieran llevárselas. La chica también era valiosa para los Rosso. A pesar de que en un principio solo iba a quedarse hasta que hubiera enseñado a las mujeres Rosso a enhebrar cuentas, acabó haciéndose imprescindible y asumió la tarea de supervisar a las *impiraresse* para que Orsola pudiera retomar su trabajo con la lámpara con la ayuda de su sobrina Rosella, y se dedicase a hacer cuentas y figuritas de cristal para la tienda de los Rosso.

Giacomo, Marcolin y Raffaele se sumaron sin problemas a hacer cuentas de semilla, con Sebastiano y Andrea de ayudantes. A pesar de ser una tarea que requería músculo y precisión, no suponía tanta presión como la elaboración de las artificiosas piezas que habían creado en el pasado en el taller. A los chicos se los veía contentos y Stefano y Giacomo trabajaban de buena gana, aunque Orsola a veces los descubría mirando hacia su antiguo lugar de trabajo y era consciente de que hubieran preferido estar haciendo espejos, copas e incluso figuritas para la tienda.

Marco, en cambio, no escondía su desprecio por las cuentas de semilla; después de verse obligado a hacerlas, había perdido rápidamente el entusiasmo por ellas. Si bien se mostraba dispuesto a hacer el *pastone*, el cilindro de vidrio con el que comenzaba el proceso, se negaba a estirar el bastón, cortar cuentas, bruñirlas o clasificarlas, pues consideraba que ese era un trabajo para los ayudantes y no para el maestro.

En lugar de ayudar a los demás, Marco se dedicaba a beber en el patio y ni siquiera Monica era capaz de impedírselo. Una vez que le echó la bronca por estar borracho cuando aún no era ni mediodía, él hizo ademán de ir a golpearla pero se detuvo al ver que ella se mantenía firme y lo fulminaba con la mirada, sin dignarse ni a mirar su puño. A partir de entonces, se fue a beber a L’Omo Salvadego.

Orsola no tenía a nadie con quien despotricar sobre Marco: ni su madre, ni su hermana ni su cuñada. Cada una tenía su propia manera

de lidiar con él. Como madre, Laura Rosso siempre iba a quererlo y apoyarlo. Stella ignoraba a su hermano, igual que hacía con la mayor parte de la gente. Monica se encontraba en la posición más complicada, pues, aunque prefería estar a buenas con su marido, también era la que tenía más influencia sobre él. Por ello escogía sus batallas con cuidado. Orsola se preguntaba a menudo por qué seguía con él, aunque entendía su pragmatismo. Hasta la llegada de los austriacos, los Rosso habían vivido bien y Monica no había tenido que preocuparse de la prosperidad del futuro de sus hijos, lo cual suponía un gran progreso con respecto a su familia de pescadores.

Orsola daba gracias cada día por su marido, que había adoptado sin hacer ruido el papel de líder en la confección de cuentas de semilla, sin quejarse ni alardear. Stefano supervisaba a los otros, hablaba sobre las cantidades y el calendario con Orsola, se quedaba en un segundo plano cuando su maestro estaba sobrio y ocupaba su puesto en los momentos en que Marco se emborrachaba.

Jonas había conservado varios de los clientes de Klingenberg, alimentando los pequeños fuegos para que siguieran ardiendo, y había ampliado su negocio al mercado de las cuentas de semilla a medida que los Rosso fueron cogiendo un buen ritmo de producción. A pesar de no tener el encanto de Klingenberg, Orsola descubrió que prefería su franqueza. Le resultaba más fácil tratar con él; cuando le decía algo, no tenía que buscar un significado oculto tras sus palabras. Con su ayuda, el cristal de los Rosso estaba resucitando.

Lo que todos sabían pero nadie se atrevía a decir en voz alta, ni siquiera Marco cuando estaba borracho, era que los Rosso habían pasado de tener un taller a una fábrica, donde primaba la cantidad sobre la calidad y el comercio sobre el arte. Sí, eso les permitía poner comida en la mesa, pero habían tenido que pagar un precio. A veces Orsola pensaba en el collar de Josefina y en cómo lo había alabado Klingenberg, y se preguntaba qué habría pasado si la mujer de Napoleón se hubiera dignado a mirar el interior de la caja de cedro y se hubiera enamorado de las cuentas. Orsola podría estar ahora diseñando collares para emperatrices en lugar de contar haces de diminutas cuentas que había que enviar a otros creadores.

Mientras los Rosso reconstruían su negocio y emprendían un nuevo camino, Venecia también se recuperaba. Los austriacos habían entrado finalmente en razón y habían devuelto a la ciudad su condición de puerto franco, al tiempo que eliminaban los aranceles para las exportaciones, y permitían así que los productores empezaran a vender sin que los penalizasen.

Y estaba a punto de producirse otro cambio fundamental.

Una noche durante la cena, Luciana, que por lo general nunca hablaba, anunció algo sorprendente:

—Los austriacos van a construir un puente.

Todas las miradas se clavaron en ella, que se tragó el bocado de *risotto* que tenía en la boca con actitud desafiante y volvió a cargar el tenedor.

—*Allora*? Los austriacos han construido muchos puentes —repuso Stella—, así no tienen que desplazarse en barca. Ellos prefieren sus caballos. Todos los canales están atravesados por puentes, han levantado uno incluso en el Gran Canal.

Stella detestaba a Luciana y el sentimiento era mutuo, no en vano las dos tenían un carácter férreo.

Luciana le dedicó su habitual mirada desde el otro lado de la mesa.

—Un puente a *terraferma*. —Se llevó de nuevo a la boca el tenedor lleno de *risotto*.

—¿A *terraferma*? —exclamó Laura Rosso—. ¿Para qué iban a hacer algo así?

Tuvieron que esperar a que Luciana tragara la comida. Era evidente que disfrutaba de la atención que recibía, porque se tomó su tiempo.

—Para los trenes —dijo al cabo—. Mis hermanos van a trabajar en el puente. Pagan bien. —Miró a Raffaele, sentado al otro lado de la mesa.

—A nosotros eso no nos afecta —afirmó Laura Rosso, como si sus palabras pudieran construir una barricada entre su nieto y aquella chica tan descarada—. Los trenes nunca llegarán aquí.

—Igual sí —intervino Marcolin—. En Inglaterra ahora hay muchos trenes, y los franceses y los alemanes han empezado a construir vías.

—Las barcas no tienen nada de malo. Con ellas, uno sabe dónde está.

—Si el puente conecta Venecia con *terraferma*, ¿ya no será más una isla? —quiso saber Sebastiano.

Stella puso los ojos en blanco.

—No. Será una isla con un puente para acceder a ella, nada más.

Pero Orsola sabía qué quería decir su sobrino. Venecia ya no estaría tan aislada del continente y no costaría tanto llegar a ella. Un tren desplazándose por su propia senda metálica traería mucha más gente a Venecia que toda la que transportaban las góndolas de Mestre. ¿Cómo cambiaría la ciudad? ¿Era posible que perdiera su singularidad?

Y entonces pensó que, si se decidía a arriesgarse, ahora no tardaría tanto en llegar a Praga. «Basta, Orsola», se reprendió. Al alzar la vista, se encontró con la mirada de Stefano y trató de sonreírle, pero fue incapaz.

Al día siguiente, Orsola estaba en su cuarto recogiendo ropa para lavar cuando apareció su marido, que se había chamuscado la manga con el horno y necesitaba una camisa limpia. Al dejar caer el montón de ropa para ir a buscarle una, algo repiqueteó contra el suelo. Ambos miraron hacia abajo y Orsola se quedó paralizada. Era el primer delfín que le había hecho Antonio y que seguía llevando siempre encima; se había caído del bolsillo de uno de los vestidos de la pila.

Stefano se agachó y lo recogió. Mientras estudiaba la figurita azul verdosa, Orsola contempló su expresión de desconcierto hasta que él entendió qué era lo que tenía entre las manos. Ella esperó que se enfadara, gritara o incluso diera un golpe, pero Stefano no hizo nada. Se limitó a mirarla con sus ojos negros, en los que no se reflejaba nada más que pena.

—¿Es de él? —preguntó en voz baja, aunque ya conocía la respuesta porque había visto los delfines de Antonio alrededor de la base de los candelabros que en su día había ayudado a hacer.

Un vidriero jamás olvidaba sus piezas.

—Me lo dio hace mucho tiempo —contestó Orsola—. El día que se marchó. No significa nada.

—No significará nada pero lo llevas siempre encima. Lo he oído repiquetear en tu bolsillo.

«Eso es la *rosetta* de Maria Barovier», sintió deseos de decir, pero sabía que llevarle la contraria no haría más empeorar las cosas. Orsola no quería que Stefano supiera que guardaba montones de delfines de cristal en su estudio.

—¿Vas a ir a *terraferma* cuando hayan construido el puente? —quiso saber él.

Orsola emitió un ruido que sonó igual que si estuviera exasperada con un niño, aunque esa no había sido su intención.

Stefano se encogió.

—Claro que no —contestó con tanta delicadeza como pudo—. *Comunque*, estoy casada contigo. ¿Es que eso no basta?

Stefano dejó caer el delfín sobre la cama y cogió una camisa limpia del armario.

—Soy afortunado de tener una hija que me quiera tanto como Angela —dijo—. Eso me basta.

—Stefano —comenzó a decir ella, pero él se marchó sin volver la vista.

Orsola se quedó un buen rato sentada en la cama, sin lágrimas en los ojos pero llorando por dentro. Su marido merecía algo mejor.

Tras aquel incidente, cada vez que Angela se apoyaba en su padre después de comer o le cogía de la mano de camino a misa, Orsola tenía la sensación de que una llama le quemaba los dedos.

La siguiente vez que visitó a Jonas para hablar sobre un pedido —

en un despacho en Dorsoduro mucho más modesto que el de Klingenberg en el Fondaco dei Tedeschi, y sin ningún secretario a su servicio—, Orsola le preguntó cuándo podrían los Rosso empezar a elaborar y vender de nuevo piezas de cristal más ostentosas.

—Tened paciencia, *signora* Orsola —contestó él—. Estas cosas llevan su tiempo.

—Pero bien que habéis encontrado un mercado para las cuentas de semilla.

—Eso es porque son populares entre los indios norteamericanos.

—¿Estáis seguro de que no hay demanda de copas en alguna parte? Que Venecia se haya visto sumida en la pobreza no significa que no haya gente rica en otros lugares que quiera beber de bonitas copas decoradas. Solo tenéis que encontrarla. Marco necesita hacer algo que no sean cuentas.

Jonas se reclinó en su silla.

—No es tan sencillo. Para empezar, está el precio. Las copas de Praga son más baratas, en parte porque hasta hace poco los aranceles de aquí eran más elevados. Pero es que además los bohemios han desarrollado un estilo propio, más contundente y menos delicado que el del cristal de Murano. Parece que se ha hecho muy popular. Y el cristal sencillo y transparente de los ingleses también tiene mucha demanda. Hoy en día, Murano tiene más competencia. El mundo ha evolucionado, aunque vosotros no lo hayáis hecho con él.

Tras visitar al mercader, Orsola fue caminando hasta Cannaregio para pagar a la madre de Luciana, pues la chica no quería hacerse cargo de su propio dinero. La *impiraressa* estaba sentada en el pequeño campo con las demás mujeres, entre ellas una hermana pequeña de Luciana que ocupaba su antiguo lugar al lado de su madre. Las oyó cantar mientras se acercaba:

Ay, dónde estará mi amor, dónde podría estar;
debe estar en el mar, y yo sola en casa estoy.
Debe estar en el mar, las redes recogiendo,
y yo aquí en casa estoy, las agujas enhebrando.
Debe estar en el mar, izando bien las velas,
y yo aquí en casa estoy, ensartando las cuentas.

Al ver a Orsola, se callaron. Ella entregó la paga de Luciana a su madre, que miró las monedas, se las guardó en el bolsillo y dijo:

—¿Quién es el chico del pelo rubio?

Orsola meneó la cabeza, fingiendo no saber de quién le hablaba.

—Vuestro sobrino. ¿Cómo se llama?

—Raffaele. ¿Por qué lo preguntáis?

—Raffaele Rosso. —La madre de Luciana alargó las erres como si las saboreara—. Luciana no nos cuenta casi nada de lo que ocurre en Murano, pero de él sí que nos habla.

—¿Y qué dice? —quiso saber Orsola, con los hombros tensos.

—Se burla de él.

—Eso quiere decir que le gusta —añadió la hermana pequeña.

—Decidle que lo deje en paz. —Orsola sabía que sonaba igual que su madre.

El grupo se echó a reír. La madre de Luciana fue la única que no se sumó a las risas.

—Tal vez lo haga si le pagáis más.

«Vulpeja taimada», pensó Orsola.

Decidió hacer todo lo contrario: regresó a Murano y le dijo a Luciana que ya no necesitaban sus servicios.

La única reacción de la chica a su despido fue encogerse de hombros. Quizá ya se lo esperase, porque las mujeres Rosso eran ya mucho más hábiles enhebrando cuentas y su ayuda ya no era esencial. Angela y Francesca, sin embargo, se pusieron a gritar y protestar en su nombre, y juraron que dejarían las cestas y los alambres en el suelo y no harían nada, a menos que dejaran quedarse a Luciana.

—Ni hablar —dijo Laura Rosso.

Angela dio un zapatazo en el suelo antes de correr hacia el taller y sacar a Raffaele, que, nervioso, se quedó parado entre su tía y su abuela.

—¿De verdad vais a despedir a Luciana? —preguntó.

—No es asunto tuyo —respondió Orsola—. De esto nos ocupamos las mujeres. Déjanos a nosotras y vuelve a lo tuyo.

—Pero yo la qui…

—Ni se te ocurra decirlo —lo cortó Laura—. Ni siquiera lo pienses. No tienes ni idea de esas cosas. Ningún nieto mío se va a juntar con una chica maleducada e insensata de Cannaregio.

Luciana sonreía, como si no hubiera oído los insultos de la anciana. Recogió su cesta llena de cuentas amarillas y las arrojó al suelo como si vaciara un cubo de agua, salpicando el patio de amarillo. Angela y Francesca lanzaron un grito y se echaron a llorar. La veneciana se metió la *sessola* bajo el brazo, recogió su chal y la bolsa con sus agujas de alambre, y cruzó el patio tarareando una de sus canciones.

Orsola se metió la mano en el bolsillo.

—Toma, la paga de hoy —le gritó a la chica, decidida a no dejar cabos sueltos.

Luciana la ignoró, abrió la puerta y desapareció en la calle, al tiempo que Stella entraba con una cesta de colada y se rozaba con ella. Orsola miró a las niñas que lloraban, al perplejo Raffaele, a Laura

Rosso con el ceño fruncido.

—Stella, corre tras ella y dale esto —indicó a su hermana, entregándole una moneda.

—¡No! —exclamó Raffaele, que se la arrebató—. ¡Iré yo!

—¡No lo hagas! —Laura se interpuso en el camino de su nieto—. Raffaele, *mio caro, di grazia* —le suplicó mientras le agarraba el brazo —. Hemos vivido tantas cosas juntos tú y yo. Con tu llegada a Lazzaretto Vecchio, arrojaste un poco de luz a la peor etapa de mi vida. Me diste fuerzas para seguir viviendo. No me quites eso, por favor.

Raffaele la miró.

—*Mi dispiace, nonna,* pero era solo un niño y ya no recuerdo nada. Esa es tu vida, no la mía. Mi vida es esta.

Se soltó de su mano, haciendo tambalear a su abuela, y corrió hacia la calle sin tiempo a ver cómo ella se caía y se golpeaba la cabeza contra el suelo.

Mientras Orsola y Monica metían a Laura Rosso en la cama, Stella salió a buscar a Raffaele y regresó con una expresión sombría.

—Bruno los ha llevado a los dos a Venecia —le contó a Orsola en voz baja—. Ha dicho que Raffaele hablaba de trabajar en el puente del ferrocarril.

—Bruno, cómo no. *Cretino*. —Aunque Stefano y ella habían hecho las paces con Bruno (a diferencia de otras familias, los Rosso no acumulaban rencores que duraban generaciones), Orsola seguía evitando contratar sus servicios—. No se lo digas a madre ni a Marco. Raffaele entrará en razón. Mañana iré a buscarlo y lo traeré de vuelta.

—Iré yo —insistió Stella—. Has sido tú quien ha despedido a Luciana, así que no creo que tengan muchas ganas de verte por allí.

Orsola trató de imaginarse a su hermana con las *impiraresse* del campo de Cannaregio. A su manera, Stella era tan dura como ellas. Tal vez consiguiera convencer a Raffaele de que volviese.

La joven se marchó temprano. Laura Rosso preguntó por Raffaele en cuanto se despertó y Orsola se vio obligada a mentirle diciéndole que lo habían mandado a buscar arena a otro taller. Su madre se sentó en el patio a zurcir una camisa mientras esperaba.

Stella regresó a media mañana y fue a buscar a Orsola a su estudio seguida por Laura, que parecía un perro que sabe exactamente dónde está el problema.

—Se va a quedar en Venecia —anunció Stella—. Ya ha encontrado trabajo en el puente del ferrocarril. He tenido que ir a buscarlo en las obras, donde estaba trabajando mientras todos esos austriacos le daban órdenes a gritos. Orsola, no tiene los músculos adecuados para mover rocas y martillear troncos en el lecho de la laguna. La fuerza de los vidrieros es de una naturaleza distinta.

Laura Rosso se desplomó sobre el marco de la puerta.

—¡Madre!

Orsola dejó caer la cuenta que estaba decorando, se puso en pie de un salto, y ella y su hermana corrieron hacia su madre para sujetarla. Luego la llevaron al patio y la sentaron en el banco, junto a la camisa que estaba zurciendo, antes de darle un poco de agua.

—¿Sabéis que Nicoletta ya estaba muerta cuando Raffaele nació? —comenzó a decir Laura, que agarraba con tanta fuerza el vaso que se le pusieron los nudillos blancos—. Ni siquiera sabía que eso fuera posible. Durante el parto estaba tan debilitada por la peste que no pudo empujar cuando llegó el momento. Lo intentó una vez y le estalló el corazón, y la pobre se murió allí mismo. Iban a llevársela y arrojarla al montón con los demás cuerpos, con el bebé todavía dentro. Pero yo no lo permití.

Monica, que se había acercado a la puerta de la cocina, así como Marco, Giacomo y Stefano, desde la entrada del taller, escuchaban con atención.

—Cogí rápidamente mi cuchillo y le hice un corte —continuó Laura—. Se lo había visto hacer una vez a una comadrona. Es parecido a despellejar a un conejo, aunque tuve que ir con mucho cuidado para no cortar a Raffaele. Lo conseguí y lo saqué con vida. Así que ya veis —concluyó al tiempo que paseaba la mirada por todos los presentes—, Raffaele es especial para mí porque le salvé la vida. No pude salvar a Lorenzo ni a Nicoletta, pero sí a él. Y no quiero perderlo ahora. Tengo que ir a Venecia a hablar con él.

Era lo máximo que Laura Rosso había contado nunca sobre su época en Lazzaretto Vecchio.

—¿Por qué habláis de Raffaele? —quiso saber Marco—. ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

La noche anterior, Orsola había puesto una excusa para justificar la ausencia de Raffaele durante la cena. En ese momento decidió explicárselo, intentando mantener un tono de voz bajo para que su hermano no se alterase. Pero no había terminado aún de hablar cuando él se puso a chillar:

—¡Se veía desde el principio que esa *puttana* veneciana no era de fiar! ¿Cómo pudiste dejarla entrar en nuestra casa para que nos arrebatara a Raffaele? *Bauca*! ¡Menuda hermana más inútil tengo!

—Ya basta —intervino Monica—. No es culpa de Orsola. Ahora ya está hecho y tienes que arreglarlo. Vete con tu madre a Venecia y encuentra a Raffaele. Y llévate también a Orsola. Ella conoce a la madre de Luciana y puede hacer presión por esa parte.

Esa tarde, tres Rosso enfadados se dirigieron a Venecia. Laura Rosso insistió en que Bruno, a quien culpaba de haber sacado a Raffaele y Luciana de Murano, los llevara gratis. Orsola y su madre se

sentaron lo más lejos posible de él, que se mostró comedido... para ser Bruno. Evitó cualquier tema personal que pudiera implicarlo, pero expresó con contundencia su opinión sobre el puente del ferrocarril; mostró sobre todo su enfado, mezclado con algo de miedo a que el tren ocupara el lugar de los gondoleros para traer a los turistas desde el continente. No es que él realizara ese trayecto, pero estaba indignado en nombre de sus compañeros. Laura no apartó de él su mirada fulminante durante toda la perorata.

—*Basta*! —exclamó Orsola al cabo—. No queremos oír hablar del puente, solo traer de vuelta a Raffaele.

—*Va bene* —contestó Bruno—. Pero el muchacho tendría que pensar en nosotros los barqueros antes de ponerse a trabajar para el enemigo.

—*Sta' zitto*! —rugió Laura Rosso, que no pensaba dejar que nadie de fuera de la familia criticase a su nieto.

Bruno cerró el pico tal como le habían ordenado y se limitó a tararear mientras remaba por la laguna hacia el oeste, alrededor de la punta de Cannaregio hasta la iglesia de Santa Maria delle Penitenti, cerca de donde se levantaría un extremo del puente. En el agua había grupos de *peate* además de todo tipo de materiales de construcción: madera, piedra, ladrillos, cal y hierro. A pesar de su preocupación por Raffaele, Orsola tenía curiosidad por saber cómo se construía un puente tan largo a través de la laguna hasta *terraferma*, que se encontraba a unos tres kilómetros. Había visto construir y reparar puentes sobre pequeños canales y se imaginaba que el principio era el mismo: sumergir una estructura de madera en el agua para retenerla y vaciarla luego de agua con cubos; a continuación, hundir troncos con mazas en el lecho de la laguna para construir unos cimientos sólidos y, por último, erguir unos pilares de piedra encima.

Y el viaducto se estaba levantando con ese método. Al final se elevaría más de tres metros y medio por encima del agua, con una anchura de nueve metros, y se extendería a lo largo de la laguna con doscientos veintidós arcos de ladrillo. Por el momento, todavía estaban trabajando en los primeros pilares. Los hombres de las barcas no paraban: arrastraban peso, lo levantaban, gritaban... La mayoría eran venecianos, supervisados por soldados austriacos con guerreras de un blanco deslumbrante, pantalones azules y cascos metálicos.

Al verlos, Laura Rosso escupió.

—*Patate* —masculló, el apelativo que se habían ganado los austriacos por su afición a las patatas.

—No trabajan mucho, ¿no? —comentó Bruno en un intento de ganarse de nuevo el favor de Laura—. Perezosos *patate*.

—Los soldados austriacos no nos importan —intervino Marco—. ¿Dónde está mi hijo?

Hasta ese momento no había abierto la boca, mientras miraba a los hombres entregados a la tarea aparentemente imposible de unir Venecia a *terraferma*. Sin embargo, como le ocurría siempre, la impaciencia acabó imponiéndose.

Fue Bruno quien divisó a Raffaele, de pie en una *peata* ayudando a descargar troncos traídos desde el continente que se introducirían en vertical en el lodo.

—Acércanos a él —le indicó Marco.

Orsola nunca había considerado delgado a su sobrino pero, comparado con los hombres con los que trabajaba, se le veía muy menudo, con unos brazos y hombros sin fuerza apenas para levantar su extremo del tronco. A medida que se acercaban, distinguió la tensión y el agotamiento en su rostro. Y aquel era solo el primer día.

—¡Raffaele, ven aquí! —gritó Marco—. *Adesso*!

—¡Calla! Así no vas a conseguir nada —siseó Orsola.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! Es hijo mío y me va a obedecer.

Raffaele estaba concentrado en arrastrar un tronco de un extremo a otro de la *peata* con los demás hombres, para luego levantarlo y pasarlo al siguiente barco y de ahí a su lugar en el lecho de la laguna. Se le veía tenso y nervioso, intentando seguir el ritmo de hombres más fuertes que él. No vio a su familia hasta que Bruno consiguió acercarlos lo suficiente. Cuando Marco volvió a llamarlo, Raffaele miró en su dirección y se quedó tan atónito que soltó su extremo del tronco. Al caer, la *peata* se sacudió y el movimiento desató un aluvión de improperios por parte de los demás trabajadores.

Marco estaba de pie en la proa de la góndola de Bruno, intentando mantener el equilibrio con los vaivenes de las olas.

—¡Raffaele, ven aquí! Te necesitamos en casa.

Tal vez si no hubiera dicho nada más, su hijo le habría obedecido. Pero Marco no pudo resistirse a elevar el tono:

—¿Quién te crees que eres? ¿Qué es eso de darle la espalda a tu familia y creerte que puedes encontrar un lugar en este *sestiere de merda* haciendo este *lavoro de merda*? Tu vida es el cristal, ¡no transportar troncos para estos *patate* austriacos!

—¿Estás diciendo que este trabajo es una *merda*? —Uno de los hombres de la *peata* de Raffaele alargó el brazo y cogió el reluciente *ferro* de metal de la proa de la góndola de Bruno para acercarla más.

—*Ehi*, ¡suelta eso! —gritó Bruno—. ¡Nadie toca mi *ferro*!

—Ah, ¿no? Pues me parece que yo lo estoy tocando. ¿Damos un paseo?

El trabajador comenzó a tirar del *ferro* adelante y atrás, haciendo que la góndola se balanceara y las mujeres tuvieran que agarrarse a los costados.

Bruno salió disparado hacia delante para unirse a Marco en la proa y agarró al obrero. Tras un intenso forcejeo, Marco acabó en el agua y, mientras Bruno intentaba sacarlo, los venecianos se pusieron a silbar y burlarse. En medio de aquel caos, Raffaele se quedó parado con el rostro blanco. Entonces echó a correr y saltó de una barca a otra, se cayó con la sacudida, se puso en pie con dificultad y saltó a la siguiente, hasta que al final alcanzó la orilla. Miró hacia atrás como si quisiera comprobar que nadie lo seguía y luego se marchó a la carrera. Orsola contempló cómo la camisa blanca que tantas veces había remendado su abuela desaparecía en Cannaregio.

Bruno había conseguido subir a Marco a la góndola, donde este se puso a escupir y sacudir la cabeza, rociándolo todo de agua.

—*Càncaro*! —gritó el gondolero al veneciano—. Te cortaré la verga y se la daré de comer a mi perro, que se quejará de que se ha quedado con hambre de lo pequeña que es. Me acostaré con tu madre y luego haré que se coma la mierda del hijo que tendremos. Haré...

—Bruno, *basta! Basta*! —Orsola lo había oído despotricar muchas veces, pero nunca con aquella saña.

El veneciano se habría abalanzado sobre Bruno de no ser porque su pelea había atraído la atención de los soldados austriacos que supervisaban la obra y que ahora se deslizaban hacia ellos en un *sandolo* para restaurar el orden. Uno de ellos gritó algo en alemán y, tras un último intercambio de improperios con Bruno, los venecianos retomaron su trabajo con los troncos.

Laura Rosso estaba petrificada en su asiento, sin que las sacudidas de la embarcación parecieran afectarle.

—¿Estás bien, madre? —preguntó Orsola.

—Llévame a ver a la madre de Luciana.

Orsola le dio indicaciones a Bruno para que remara por el Rio de Cannaregio hasta el Ponte delle Guglie, llamado así en honor a las agujas de piedra que los austriacos habían añadido unos años atrás al reconstruir el puente de ladrillos y piedra. Sobre el arco había esculpidas caras de hombres y leones que hacían muecas, cuyo humor reflejaba el de Orsola. Le pidió a Bruno que los dejara junto al puente y le dio instrucciones de que se llevara a Marco a una taberna cercana, para que se calmara hasta que ellas volvieran.

Luciana, que había vuelto a enhebrar cuentas en el pequeño campo con las demás mujeres, tenía el mismo aspecto que la primera vez que Orsola la había visto, aunque ahora llevaba el vestido hecho con la tela de Maria Barovier, los zapatos de Stella y una ristra alrededor del cuello de cuentas de cristal que había cogido de entre todo lo que había en los almacenes de los Rosso. La joven alzó la vista mientras las mujeres Rosso accedían al campo y, aunque su mandíbula se tensó, su expresión permaneció imperturbable.

Laura Rosso llegó junto a ella y se quedó allí parada, a la espera. Luciana trató de ignorar a la intrusa.

—Levántate, muchacha, y cede el asiento a tus mayores —afirmó Laura—. ¿Es que no te han enseñado modales? —Paseó la mirada por el grupo de mujeres y la madre de Luciana se envalentonó en su silla. Laura clavó la mirada en ella—. Decidle a vuestra hija que muestre un poco más de respeto. Quiero hablar con vos y no lo voy a hacer aquí de pie.

Las dos mujeres se sostuvieron la mirada. Al final, la madre le hizo un gesto con la cabeza a su hija, que dejó su *sessola* en el suelo, se levantó y caminó tranquilamente hasta una pared en sombra, donde se apoyó para contemplar los acontecimientos como si fuera un espectáculo de saltimbanquis.

La madre de Luciana debía de tener la misma edad que Orsola pero parecía mucho mayor, más cerca de los años de Laura Rosso. Su aspecto era un reflejo de la pobreza de su familia. Las dos mujeres se miraron y entonces Laura sorprendió a Orsola.

—Quiero que mi nieto sea feliz —dijo— y que vea a su familia de vez en cuando. Eso es todo.

—*De certo* —accedió la madre de Luciana.

—Sin embargo, sé que no será feliz trabajando en un puente austriaco. ¿Habéis visto los pesos que tienen que levantar? Raffaele es fuerte para el cristal, no para cargar troncos. No es tan fuerte como vuestros hijos.

—Eso es cierto. ¡No sé lo que ve mi hija en él!

Luciana hizo una mueca.

—Así que os pido: encontradle un trabajo en una de las fábricas de cuentas de aquí. Es bueno estirando bastón. Que se quede en Cannaregio, que al menos está cerca de Murano. No dejéis que vuestra hija lo arrastre hasta Castello. Que se quede aquí trabajando con el cristal y os prometo que os dejaremos en paz.

La madre de Luciana lo sopesó.

—¿Y si no le encuentro trabajo con el cristal? ¿Qué haréis entonces?

—Los hombres de Murano vendrán y prenderán fuego a todas estas fábricas, y todas vosotras os quedaréis sin trabajo.

Con esa amenaza, y entre los murmullos de indignación del grupo, Laura Rosso se puso en pie.

—Vaya, vaya, qué dura es la muranesa, ¿eh? —La madre de Luciana soltó una risita—. Me gusta ese espíritu. Esperemos que vuestro nieto lo haya heredado. Tiene suerte de que su *nonna* pelee así por él. Le encontraré trabajo.

Orsola abrió el camino de vuelta hacia el Ponte delle Guglie, que las dos mujeres cruzaron en silencio. Mientras recorrían la calle, el

destello de una camisa blanca apareció desde un portal y Raffaele se unió a ellas. No dijo nada, pero se paró cuando lo hizo Laura Rosso. Esta lo miró de arriba abajo y luego le cruzó la cara.

—Más te vale hacer que me sienta orgullosa de ti. Y también a tu madre, que te está mirando desde allí arriba, ya lo sabes. —Señaló hacia el cielo.

—Lo sé. *Grazie, nonna*. —Raffaele la rodeó con los brazos, la estrechó con fuerza y luego la soltó.

Tras saludar con la cabeza a su tía, volvió a desaparecer para reunirse con Luciana y su futuro.

Laura lo miró marcharse.

—¿Cuántos más nos va a quitar esta terrible ciudad? —dijo, y luego se dio la vuelta y se alejó renqueando por la calle.

6

El canto rebota sobre el agua y cae en el año 1915, varios meses después del comienzo de la Gran Guerra. Orsola Rosso hace girar bajo la llama una cuenta roja con forma de gota de sangre. Alza la vista, y han pasado setenta y un años desde que los austriacos comenzaron a construir el puente. Ella y aquellos que le importan han cumplido cuatro años más. Orsola tiene cuarenta y cuatro.

Mucho ha cambiado en tan poco tiempo. Los austriacos, expulsados de Venecia. Italia, unificada. La electricidad, instalada. La fabricación en cadena, perfeccionada. Los coches, inventados. Los motores, omnipresentes. La aviación, un espectáculo en Kitty Hawk. En otras palabras, aviones, trenes y automóviles. Una guerra civil en Norteamérica, la libertad para los esclavos, aunque su vida con las leyes de Jim Crow sigue siendo difícil y no hay señales de verdad y reconciliación. Asimismo, un archiduque asesinado en Sarajevo, con todas sus consecuencias geopolíticas.

No nos olvidemos de Dickens, Balzac, Flaubert, Eliot y Tolstói. La novela ha cumplido la mayoría de edad (Virginia Woolf está dando sus primeros pasos). Y en el arte: los prerrafaelitas, los impresionistas, ahora los cubistas y un atisbo de vanguardia. El mundo se ha acelerado, incluso en Venecia. Salvo por el vidrio y aquellos que lo trabajan...

Fue Rosella quien mejor verbalizó los sentimientos de Orsola respecto a las cuentas de semilla. Un día, su sobrina y ella esperaban en el embarcadero de detrás del taller a que llegara la *peata* que se llevaría las últimas cajas llenas de atados de cuentas a Venecia para que Jonas las inspeccionara. Rosella contaba los fajos de cuentas de color tostado y coral, tendidos de un extremo a otro de la caja como si fueran pescado, mientras Orsola se ocupaba del papeleo. Al haber aprendido por su cuenta a leer y escribir siendo ya mayor, siempre tardaba más de lo que debería, aunque jamás se lo había confesado a sus sobrinas ni a su hija.

Rosella se había convertido en una joven atenta que trabajaba con las demás enhebrando cuentas cuando era necesario, pero prefería inclinarse sobre la llama de la lámpara para hacer cuentas. Tenía buen ojo, un pulso impecable y manejaba el cristal con una naturalidad que, sabiendo que no tenía sangre Rosso en sus venas, sorprendía a Orsola. En eso le recordaba a Antonio. Era como si la maestría para trabajar con aquella voluble sustancia no tuviera nada que ver con la sangre que te corría por las venas ni con la leche de tu madre. No era algo

que Orsola fuera a decir en voz alta, por supuesto, pues sabía que caería como una bomba sobre la inamovible creencia de los Rosso en su innata superioridad en el trabajo del cristal.

De vez en cuando, Rosella y ella hacían cuentas y figuritas de cristal juntas, sentadas una frente a otra a la mesa en la que Orsola había trabajado desde que había aprendido el oficio de Elena Barovier, y que Giacomo había adaptado para que pudieran sentarse dos personas y utilizar sus lámparas. Vendían su trabajo en la tienda de los Rosso y algunas cuentas a través de Jonas, pero el negocio de las cuentas de semilla apenas les dejaba tiempo y, además, cada vez había más gente que hacía piezas impresionantes con la lámpara y les disputaba los clientes. Orsola había tenido que aceptar que, pese a tener más experiencia, ya no era única.

En aquel momento, Rosella lanzó un suspiro.

—¿Qué pasa? —preguntó Orsola—. ¿No hay suficientes?

—¿Cuántas cuentas hay en esta caja? ¿Cientos de miles?

—Millones.

—Eso es. Hemos hecho millones de cuentas. Millones y millones. Pero ninguna es especial. Ni siquiera están tan bien hechas. —Rosella cogió una madeja y la agitó entre ambas, mientras el sol se reflejaba en las cuentas—. Cuando las miras una a una están torcidas, los agujeros son de distintos tamaños, están descascarilladas. No son como las cuentas hechas con la lámpara. ¿No te gustaría poder dedicar todo nuestro tiempo a las lámparas en lugar de contar *escrementi di topo*, como los llama padre? —Dejó caer el atado en la caja.

Orsola dejó de revisar las cifras. A menudo tenía que convencerse de que cambiar la línea de negocio para dedicarse a las cuentas de semilla había sido la decisión correcta. Jonas había encontrado compradores, los Rosso habían ampliado la escala de sus operaciones y habían contratado a más trabajadores, y habían tenido la oportunidad de volver a prosperar, al igual que había pasado en general en todo Murano. Las cuentas de los Rosso ponían comida en su plato; no solo sardinas y polenta, sino también ternera, café, azúcar y vino no avinagrado. Todos lucían la cara más llena, los jóvenes tenían más energía y los adultos, en su mayor parte, estaban contentos. Marco no, por supuesto. Él aborrecía la dirección que había tomado el negocio de los Rosso. Las cuentas no estaban al nivel de su talento.

—Con ellas confeccionan cosas bonitas —defendió Orsola—. Bolsos, monederos, cojines, pantallas de lámpara, ribetes en los vestidos.

—Pero lo que es bonito es ese objeto y no las cuentas —replicó Rosella—. ¿No quieres que las admiren por su belleza intrínseca?

—*De certo.*

—Necesitamos un encargo. Si no, nos pasaremos la vida produciendo cuentas para que otros hagan objetos hermosos por todo el mundo. Como Luciana, que hace coronas con las cuentas de semilla.

Desde que estallara la Gran Guerra meses atrás, Luciana había tenido la astucia de empezar a elaborar coronas y ramos para las tumbas. Las familias francesas en concreto le habían cogido el gusto a utilizar aquellas cuentas ensartadas en alambre en forma de artificiosas flores, resistentes a la lluvia, la nieve, el viento y el sol inclementes. Orsola no podía negar la destreza de Luciana para recrear las flores: sus muguetes, violetas y pensamientos casi parecían de verdad. Le había puesto a su negocio el nombre de I Fiori di Rosso, el apellido que había adoptado después de casarse con Raffaele. Orsola se oponía al nombre: creía que I Fiori di Luciana sonaba mejor y que usar el apellido de los Rosso era aprovecharse de la reputación de su familia como vidrieros de Murano. No obstante, no había nada que pudiera hacer al respecto. Ahora, Luciana formaba parte de la familia.

No solo eso: Raffaele la adoraba. Habían tenido tres hijos en rápida sucesión: Rosso venecianos. Raffaele trabajaba en una fábrica de cuentas en Cannaregio estirando bastón y se lo veía feliz. Su fábrica se había unido a la recién creada Sociedad para la Industria de las Cuentas, una cooperativa fundada en Murano que combinaba la mano de obra, la maquinaria y las finanzas. Eso significaba que, con el tiempo, era posible que el hijo pródigo volviera a trabajar en Murano. Sin embargo, Orsola dudaba que fuera a visitarlos; mientras Luciana no fuera bienvenida en casa de los Rosso, él no iría a ver a su padre ni a su abuela. Laura Rosso no permitía que nadie pronunciara el nombre de Luciana en su presencia.

Así pues, los miembros de la familia tenían que ir a verlo a él. Cada vez que Orsola viajaba a Venecia, se pasaba por la fábrica para saludarlo, y también por el diminuto campo donde su sobrina nieta y sus dos sobrinos nietos daban sus primeros pasos mientras Luciana y su familia seguían en su sitio habitual, sentadas y elaborando ahora flores de cuentas. Orsola se esforzaba por ser cordial; Luciana no.

—Orsola R-r-r-osso —decía, alargando la erre como si tuviera una canica en la boca—. ¿Has venido a ver qué tal les va a las flores de los Rosso?

—He venido a ver cómo están los pequeños.

Orsola se agachaba y besaba la coronilla de su sobrina nieta, que llevaba el pelo recogido en un moño alto sujeto con cinta blanca.

—Has venido a asegurarte de que comen bien, ¿eh? —Luciana sonreía y luego cogía a su hijo pequeño, apenas un bebé, del capazo que tenía a sus pies y se sacaba un pecho, sin molestarse en taparse con el delantal o el chal como hacían otras mujeres al amamantar a

sus hijos en público.

Así era como transcurrían siempre las visitas.

Había otras, sin embargo, que eran más significativas. A Francesca le gustaba ir a ver a su joven sobrina y se quedaba en el campo para que su cuñada le enseñara a hacer flores de cuentas. Un día no regresó a casa y envió a Bruno para que los informara de que el bebé estaba enfermo y necesitaban que se quedara. Al cabo de un día, Monica empezó a sospechar de su hija y, como no le gustaba ir a Venecia, mandó a Orsola con un ungüento para el pecho del bebé. Pero resultó que no había bebé enfermo que valiera; el pequeño estaba dormido en el capazo mientras los otros niños jugaban y Francesca, sentada con las mujeres, hacía flores y cantaba. Al ver aparecer a Orsola, una expresión de culpabilidad se dibujó en su rostro.

—Solo estoy ayudando a Luciana con este pedido de Francia —farfulló—. Tienen mucho trabajo y me necesitan más que tú. Además, hacer flores es mucho más entretenido que enhebrar cuentas.

Orsola no quería discutir con su sobrina delante de Luciana y su familia, cuyas componentes tenían todas la misma mirada penetrante que ella y que en ese preciso momento apuntaba a Orsola. Era como si le estuvieran arrojando piedras.

—¿Qué quieres que le diga a tu madre? —preguntó.

Francesca tragó saliva, pero después de que Luciana le diera un codazo, apretó la mandíbula y Orsola vio un atisbo de Marco en su hija.

A Monica no le quedó más remedio que aventurarse de mala gana por Venecia para tratar de convencer a su hija de que volviera, pero regresó sola. Al terminar la cena, Orsola se encontró a su cuñada llorando sobre el agua de fregar los platos. Era la primera vez que la veía llorar.

Tres meses después, Francesca se casó con un hermano de Luciana. Otro miembro de los Rosso que perdían a manos de La Serenissima.

Orsola no podía quitarse de la cabeza el comentario de Rosella sobre el encargo. ¿Otro collar? ¿Sería verdad lo de que a la tercera va la vencida? ¿Conseguiría esta vez entregarse al negocio que seguía anhelando en secreto? ¿O había sido el collar de Josefina su punto álgido?

La suerte le llegó en forma de una modista que le envió Domenego. La costurera confeccionaba ropa para la *marchesa* Luisa Casati, una mujer extravagante conocida por sus suntuosas fiestas y su estrafalario gusto en el vestir. Orsola había oído hablar de ella, como todo el mundo. Los vidrieros de Murano empezaron a disputarse su atención después de una de sus veladas, en la que cada uno de sus cientos de invitados había recibido un farol de vidrio soplado hecho

especialmente para la ocasión. Aquel trabajo había mantenido a flote a un taller durante todo un año. A la *marchesa* también le gustaba llamar la atención en la *passeggiata* por la Piazzetta San Marco, para la que se ponía una capa de Fortuny roja y dorada e iba del brazo de su criado africano Garbi, quien sujetaba con una mano un parasol hecho con plumas de pavo real mientras con la otra llevaba de una correa con diamantes incrustados a un par de guepardos drogados. En ocasiones, la *marchesa* hacía el mismo recorrido a medianoche, pero desnuda bajo una capa hecha de pieles.

En un momento dado decidió redoblar la provocación y contrató a Domenego para que llevara su góndola en sustitución de su gondolero blanco. La abolición de la esclavitud en toda Europa lo había liberado por fin de sus obligaciones con la familia Klingenberg y, aunque seguía trabajando para Klara y su marido, ahora podía dedicarse a lo que quisiera durante su tiempo libre. La *marchesa* se acomodaba sobre cojines de seda mientras Garbi permanecía de pie en la proa con los guepardos. Orsola se los había cruzado mientras iban por el Gran Canal y se quedó atónita al ver a Domenego participar en semejante espectáculo. Él le juró que le pagaban muy bien por sus servicios y que no tenía miedo de los felinos, aunque cuando Orsola vio pasar la góndola se dio cuenta de que su amigo tenía la mandíbula apretada y el cuerpo rígido.

La modista que Domenego le envió estaba desesperada después de que la *marchesa* Casati le hubiera pedido un ribete de cuentas para un vestido. Con la cantidad de cuentas que quería que le cosieran, el escote iba a ser demasiado pesado e incómodo de llevar, pero la *marchesa*, que se consideraba una excelente diseñadora, no quería escuchar a nadie. La modista compartió con Orsola su sospecha de que, cuando se probara el vestido terminado, la *marchesa* se quedaría horrorizada por el peso y se negaría a pagar. Ya había pasado una vez, con un collar de amatistas. Le pidió a Orsola que la acompañara al *palazzo* con un saco de cuentas de semilla para que la *marchesa* se diera cuenta de lo que pesaban.

Su residencia, el *palazzo* Venier dei Leoni, no estaba lejos del Ponte dell’Academia, el segundo que habían construido sobre el Gran Canal y una de las últimas contribuciones de los austriacos a Venecia antes de abandonarla y que la ciudad pasara a formar parte de la República de Italia. El *palazzo* tenía una sola planta. Mientras Orsola y la modista esperaban en una góndola alquilada frente a la verja del pórtico, la primera se mostró agradecida de que Garbi bajara a abrirles sin llevar a los dos guepardos.

—Esperad aquí —dijo el hombre después de hacerlas pasar al *androne*.

El suelo de mármol estaba cubierto de alfombras persas medio

podridas y mojadas por una reciente *acqua alta*, y cuyo olor a moho apenas podían disimular unos enormes jarrones de lirios con los pétalos caídos y polen carmesí. Desperdigados por todas partes había pedazos de góndolas viejas pintados en dorado, tableros de mármol y sillas de caoba maltrechas en las que se sentaron mientras aguardaban. A lo lejos se oía el glugluteo de los pavos reales en el jardín, el chillido de los monos y un loro que cacareaba «*Merda*!».

—¿Quién pone alfombras en un *androne* sabiendo que se inundará? —le susurró Orsola a la costurera, que se encogió de hombros.

Al cabo de media hora, Orsola decidió marcharse.

—No. Esperemos —dijo la costurera, con las manos cruzadas pacientemente sobre el regazo—. Ella es así. Por eso le cobramos el cuádruple que a los demás.

Al final, Garbi las condujo al abarrotado salón de la *marchesa*, rebosante de la luz que proporcionaban las lámparas eléctricas recién instaladas. La *marchesa* Casati era una mujer alta y cadavéricamente delgada con la cara empolvada de blanco, los labios de un rojo chillón y unos ojos enormes, tan grandes que el blanco se veía por completo alrededor de sus iris. Los llevaba delineados con kohl y coronados con unas enormes pestañas postizas. Llevaba teñido de naranja el pelo corto, que le rodeaba la cabeza como un halo, e iba vestida con un quimono en discordantes tonos rojos, naranjas y rosas.

La *marchesa* no dio explicación alguna ni se disculpó por haberlas hecho esperar. En cambio, les ofreció absenta y, aunque Orsola no sabía lo que era, la rechazó instintivamente. Contempló fascinada cómo la *marchesa* llenaba una copa con un líquido verdoso, colocaba sobre la boca una cucharita ranurada de plata con un terrón de azúcar y vertía gotas de agua para derretirlo y que cayera en la copa, hasta convertir el verde de la absenta en un amarillo turbio. A continuación se puso a pasear por la habitación mientras daba sorbos a su bebida y arrullaba al loro, que cambió la palabra y pasó a cacarear «*Puttana*!».

Orsola y la costurera se miraron y contuvieron la risa. A lo largo de los años, Orsola había conocido a muchas personas excéntricas en Venecia; era como si la ciudad, con su amor por lo teatral y lo extravagante, los atrajera. En Murano, los vidrieros recibían a veces encargos para hacer piezas mucho más *outré* que centenares de faroles: jarras en forma de torso de mujer de cuyos pezones brotaba el vino; candelabros con brazos en forma de mujeres desnudas; lámparas de araña con las lágrimas en forma de demonios priápicos. Orsola sabía de un vidriero que, con mucha discreción, se había especializado en la elaboración de consoladores de cristal. Pero aquello era solo trabajo, que se hacía y se entregaba al cliente; no afectaba en nada al comportamiento de las familias que trabajaban el cristal, ni a la forma

en que se vestían o actuaban. Las mujeres de Murano no se embellecían los ojos con belladona como, al parecer, hacía la *marchesa*. Los maestros no se paseaban por las *rivas* con guepardos atados ni tenían pavos reales en sus patios. Comían sardinas, no caviar. En alguna ocasión especial, Orsola se pintaba las mejillas con colorete antes de ir a Venecia, pero jamás se habría puesto polvos, kohl o pestañas postizas para destacar entre la multitud. Era evidente que la *marchesa* Casati no conocía otra manera de vivir, ni siquiera cuando estaba sola en casa sin nadie que la viera. Debía de ser agotador vivir así.

La modista se aclaró la garganta.

—Hemos venido a veros por el vestido que me encargasteis, *marchesa*; el de las cuentas. Os presento a Orsola Rosso, la mejor artesana de cuentas de todo Murano.

Orsola se sonrojó al oír el elogio de alguien que apenas la conocía y que solo lo decía para impresionar. Además, tampoco era fiel a la verdad, pues ella no hacía cuentas de semilla. Hizo un gesto en dirección a la *marchesa*, que ni siquiera las miraba, sino que se dedicaba a arrancar flores marchitas de los arreglos florales diseminados por la habitación y arrojarlas sobre el suelo de mármol, probablemente para que otra persona las recogiera.

—Nos preocupa el peso, *marchesa* —explicó Orsola—, y queríamos asegurarnos de que no os pese demasiado sobre el pecho.

El traje en sí era sencillo, un vestido tubo largo de seda negra, pero el cuerpo estaría forrado de cuentas de semilla cilíndricas de color negro, plateado y dorado hasta la mitad del pecho, en un imponente canesú semicircular, como una reluciente armadura. Orsola había calculado los miles de cuentas que harían falta y había metido el equivalente en unos saquitos que ahora colgó alrededor del cuello de la *marchesa*. Esta se quedó quieta, disfrutando a todas luces de tener a gente revoloteando a su alrededor.

—Me encanta el peso en el pecho —declaró—. Me hace sentir segura, amada; es como un abrazo. Si tuviera que pedir algo, ¡serían más cuentas y no menos!

—¿Estáis segura de que estaréis cómoda si os lo ponéis para vuestra fiesta, *marchesa*? —preguntó Orsola.

La *marchesa* hizo un gesto displicente con la mano y derramó parte de su absenta, que no cayó por milímetros sobre la seda negra.

—No, no es para una fiesta. Ahora que ha estallado la guerra, las fiestas han muerto. Nadie viene a Venecia. Tendré que viajar a donde está la guerra, a París o a Berlín, para poder ver a gente. No, esto es para la *passeggiata*. Y quiero todas las cuentas. ¡Que no falte ni una!

—Como deseéis, *marchesa*. Os he preparado la factura y estaré encantada de enhebrar el cuerpo en cuanto me paguéis.

La modista se asustó al oírla hablar con tanta franqueza del pago y la *marchesa* lanzó un suspiro.

—Ay, el dinero… ¿De verdad?

Orsola se mantuvo firme e ignoró la mirada suplicante de la costurera, las flores marchitas del suelo, el olor a fruta podrida y piel sin lavar, y el loro que ahora cacareaba «*Becco fotuo*!».

—Coseré las cuentas una vez que me hayáis pagado, no antes. Si no lo hiciera así, habría tenido que cerrar el negocio hace tiempo.

La *marchesa* miró a Orsola con sus enormes y melancólicos ojos y luego sonrió, aunque el gesto no disipó la tristeza.

—Me gusta ver a una mujer que se toma su negocio tan en serio. —Se inclinó y besó con fuerza a Orsola en la boca—. De acuerdo, vidriera, te doy mi bendición. Ve a ver a Garbi con tu factura y dile que no te marcharás hasta que te paguen.

Estupefacta por el beso, Orsola no se movió. Por encima del quimono de la *marchesa* colgaban dos largas ristras de perlas, una blanca y otra gris. Collares. Tomó aire con fuerza, como si quisiera absorber parte de la audacia de la *marchesa* inspirando.

—¿Os gustaría que os hiciera un collar tan largo como esos, pero de cuentas de cristal? —le propuso—. Algo más llamativo que las perlas, de los colores que prefiráis.

—Cuentas negras decoradas en rojo y dorado —contestó la *marchesa* Casati, con las ideas claras—. *Très à la mode*. Añádelo a la factura.

Desde la unificación de los Estados italianos en un único país, Venecia se había estabilizado lo suficiente para atraer a más turistas y las exportaciones se habían incrementado —al menos hasta el estallido de la Gran Guerra—, de modo que los artesanos habían retomado su trabajo. Las cuentas ya habían encontrado un mercado, pero las piezas de cristal más elaboradas habían resucitado casi únicamente gracias a Antonio Salvati, un abogado que seleccionaba a los vidrieros muraneses que producirían baldosas de cristal para los nuevos mosaicos de la basílica de San Marco. En última instancia, esto provocó también la resurrección de otros artículos como jarrones, copas y lámparas de araña. Por supuesto, los gustos habían cambiado y seguía habiendo competencia de otras partes de Europa. Pero poco a poco, muchos de los talleres reabrieron y estaban empezando a hacer las lujosas piezas que habían dado fama a Murano.

Los Rosso, sin embargo, continuaron produciendo cuentas de semilla. Era para lo que estaban preparadas ahora sus instalaciones: los hornos y el espacio para estirar bastón; y lo que habían aprendido los *serventi* y *garzoni*. Cada uno tenía su especialidad. Giacomo hacía el cristal con las fórmulas de los Rosso y las alteraba cuando era necesario, según quisiera hacer vidrio para soplar o para bastones.

Marco se encargaba del *pastone* que Stefano y Sebastiano estiraban hasta conseguir el bastón, Andrea agitaba las cuentas en un tambor de metal caliente para suavizarlas y Marcolin las clasificaba por tamaños, al tiempo que descartaba las deformes y las que no tenían agujero. A pesar de ser el maestro, Marco no tenía ningún interés en supervisar la operación y por lo general le cedía la tarea a Stefano, debido a sus conocimientos previos.

Una mañana, Marco se sentó frente a Orsola a la mesa donde ella acababa las últimas cuentas para el collar de la *marchesa* bajo la lámpara. Ella lo saludó con un gesto rígido de la cabeza, tensa como siempre que su hermano se acercaba mientras hacía cuentas. Al menos ese día olía a café y no a vino. Marco jugueteó con la tobera que tenía delante y con la que Rosella trabaja a veces.

—¿Para qué son? —preguntó al tiempo que sostenía una de las cuentas negras decoradas en rojo y dorado—. Por lo general no utilizas el negro. Siempre estás con los azules, los verdes y los rojos.

Orsola fue incapaz de disimular la sorpresa que le producía que su hermano se hubiera fijado siquiera en los colores que prefería.

—Es para la *marchesa* Casati, la mujer para la que hicimos todas esas cuentas de semilla negras, plateadas y doradas.

Marco hizo girar la cuenta entre sus dedos.

—Así que le gusta el negro, ¿eh?

—Sí. Y también otros colores, aunque parece preferir el negro.

Orsola se contuvo para no arrancarle la cuenta de la mano. En lugar de eso, se concentró en la línea dorada con la que estaba rodeando la cuenta con forma de barril, con forma de espiral como si fuera una parra. Luego añadiría los puntos negros como si fueran amapolas. Aunque aquello se alejaba de su estilo habitual, estaba satisfecha con su diseño y segura de que a la *marchesa* le parecería lo bastante sofisticado para encajar con sus gustos.

—Es la que se pasea con los leopardos, ¿verdad?

—Son guepardos.

—Dile que le haré unas copas negras con guepardos entrelazados en el pie.

Orsola abrió la boca para decir que no, pero de pronto tuvo una visión de aquellas copas, con un cáliz corto en el que no cupiera mucho vino, como la copa que Marco había hecho tanto tiempo atrás, por la época en que conoció a Antonio. La *marchesa* adoraría su falta de practicidad y Marco podría retomar el trabajo que mejor se le daba.

Había dejado de dar vueltas a la cuenta, que se derritió bajo la llama y goteó sobre la mesa, arruinada.

—Seguro que sienta bien —comentó Marco.

—¿El qué?

Él señaló la lámpara con la mano.

—Hacer algo que no sea esa mierda de ratón.

Orsola se planteó contestarle con una respuesta sarcástica, pero parecía hablar en serio y no estaba borracho.

—Es maravilloso —dijo.

—Llevas el cristal en la sangre.

Era la primera vez en su vida que Marco reconocía su destreza y eso despertó la generosidad de Orsola.

—Le preguntaré a la *marchesa* lo de las copas de guepardos.

—*Bene*! —Y por supuesto, a continuación su hermano tuvo que estropear el momento, al ponerse en pie y añadir—: *Allora*, vuelve a tus *escrementi di coniglio*.

Sin esperar la respuesta de la *marchesa* Casati, Marco empezó a diseñar de inmediato las copas y le pidió a Giacomo que hiciera cristal negro y le encontrara pan de oro para las manchas de los guepardos. Llegó incluso a ir a la Piazzetta San Marco varias tardes en busca de la *marchesa* para poder hacer bocetos de los guepardos, ya que nunca había visto uno. Su esfuerzo fue recompensado con una fugaz imagen de ella y sus felinos que lo inspiró hasta el punto de convencer a Orsola y la modista de que esperasen a que él terminara las copas para poder acompañarlas cuando fueran a llevar el vestido y el collar.

Se dirigieron a Venecia con un *vaporetto*, uno de los nuevos autobuses acuáticos de vapor que estaban acabando con el trabajo de los barqueros como Bruno y transformando las góndolas en una atracción turística que ya no se usaba para el transporte cotidiano. Sin embargo, Marco insistió en coger una para llegar al *palazzo* por el Gran Canal, y Orsola se murió de vergüenza al descubrir que había contratado a Domenego para que los transportara desde el puente de Rialto e incluso había obligado al gondolero a vestirse con la chaqueta roja y las anticuadas calzas de cuadros blancos y negros en lugar de su uniforme habitual, compuesto de una camisa blanca y unos pantalones negros. Marco, por su parte, llevaba un moderno traje negro y un sombrero fedora que le había prestado un primo más acaudalado. Había ido a cortarse el pelo y no se había afeitado para que una barba de dos días esculpiera su mandíbula. Orsola rara vez pensaba en su hermano como algo que no fuera una molestia irritante, pero hasta ella tuvo que reconocer que estaba guapo, de pie en la proa mientras la costurera y ella permanecían sentadas, con la modista también mirando a Marco como si el mismo Neptuno hubiera honrado a la embarcación con su presencia.

Llegaron al *palazzo* Venier dei Leoni a media tarde. Marco debía de haber pagado a un criado para que se asegurase de que la *marchesa* estaba despierta y junto a la ventana, mirando el Gran Canal y tomando café en el momento en que ellos se detuvieran. Marco se quitó el sombrero y le dedicó una reverencia. La *marchesa*, encantada

con el gesto, le lanzó un beso y les hizo señas para que entraran.

En esta ocasión, Garbi no los hizo esperar en el *androne* sino que los llevó directamente al salón de su señora, que los aguardaba ataviada con una bata de terciopelo verde oscuro y fumando un cigarrillo con una larga boquilla de ónice. Aquel día su pelo era más cobrizo que naranja y su maquillaje, menos exagerado: no iba empolvada, el pintalabios se le había corrido en la taza de café y daba la sensación de que había dormido con el kohl y la máscara de pestañas del día anterior. Cuando la modista sostuvo el vestido con su armadura de cuentas, la *marchesa* soltó un gritito.

—¡Me lo probaré ahora mismo! —exclamó al tiempo que se quitaba la bata para dejar al descubierto su cuerpo desnudo.

Antes de apartar la mirada, Orsola se fijó en que su vello púbico estaba teñido del mismo tono cobrizo que su pelo. Marco agarró con fuerza la caja de madera que contenía las copas, con los nudillos blancos sobre la caoba. Poco acostumbrado a aquella clase de belleza o comportamiento, era incapaz de quitarle los ojos de encima y Orsola disfrutó al ver a su hermano tan fuera de su elemento.

Por lo visto, la *marchesa* tenía buen ojo para el diseño: el vestido le quedaba impresionante, transformándola en una Boudica vampírica. Y, a pesar del peso de las cuentas y de su escuálido cuerpo, conseguía llevarlo con un aire de ligereza.

—Perfecto —jadeó—. Habéis obrado un milagro —afirmó a la habitación entera, como si todos ellos hubieran confeccionado el vestido.

—Marchesa. —Orsola hizo una reverencia y a continuación se adelantó y desplegó un retal de terciopelo color marfil—. Vuestro collar.

Tal vez no fuera el momento adecuado. O tal vez el collar no quedara bien con el vestido, aunque no parecía que ese fuera un factor que impidiera a la *marchesa* Casati llevar lo que deseara. Tal vez necesitara más tiempo para admirarse enfundada en su armadura de cuentas. O tal vez el hombre que había en la estancia la distrajera. El caso es que cogió el collar de Orsola y, tras tildarlo de «espléndido», se lo entregó a su doncella, que abrió un arcón de cedro atestado de collares de oro, plata, perlas y un sinfín de otros colores, lo depositó en el interior y cerró la tapa. El collar negro, rojo y dorado iba a desaparecer sin dejar rastro entre todos los demás sin que nadie se lo pusiera nunca, y los encargos que Orsola había esperado recibir de las amigas de la *marchesa* desaparecerían con él.

«Al menos me ha pagado —se dijo—. Pero es el último collar que hago para un rico. Se acabó».

Marco miró a su hermana con algo que se parecía a la compasión antes de volverse hacia la *marchesa*.

—Tal vez os apetezca tomar una copa para celebrar vuestro nuevo vestido.

—¡Una idea excelente! —A la *marchesa* no pareció sorprenderle que un hombre desconocido le ofreciera una bebida en su cuarto.

—Tengo las copas perfectas para vos. Si me lo permitís.

Marco dejó la caja sobre una mesa y le indicó a la doncella que apartara un batiburrillo de ropa, cigarrillos, jarrones con flores secas y un plato de naranjas mohosas. Cuando el espacio quedó despejado, desdobló un pedazo de seda dorada india y se tomó su tiempo para alisarlo. Encantada con su teatralidad, la *marchesa* se acercómientras Marco sacaba las copas de su lecho de algodón y terciopelo, las dejaba sobre la seda y se hacía a un lado.

La *marchesa* lanzó un chillido que sobresaltó a todos.

—¡Qué genialidad! —exclamó, y agarró una de las copas con tanta avidez que Marco se adelantó como si quisiera refrenarla—. *Spettacolare*! —proclamó mientras hacía girar el cristal entre sus dedos y admiraba los sinuosos guepardos, la ristra de adornos que formaban el tallo y la corona de flores doradas que Giacomo había pintado en el borde de la boca—. *Magnifico*. —La *marchesa* miró a Marco, que era bastante más bajo que ella, con un brillo en sus ojos líquidos—. Tú y yo vamos a beber a la salud de tu maestría.

Sus palabras dejaron claro que Orsola y la costurera no estaban incluidas en la celebración. Orsola miró a su hermano. Ahora que alguien admiraba su trabajo, se lo veía más seguro. Pero ¿tendría la confianza necesaria para conseguir que le pagaran?

—Las piezas de mi hermano tienen una gran demanda en toda Europa —anunció—. Pero, por ser vos, os cobrará un precio especial: mil *lire* por las dos.

Marco se la quedó mirando. Orsola no había hablado con él del precio ni del recargo especial que se le aplicaba a la *marchesa*.

—Solo si… —farfulló él.

La *marchesa* lo interrumpió con una risa e hizo un gesto con la mano a Orsola, accediendo a su petición y desdeñándola al mismo tiempo.

—Garbi se encargará de eso.

Orsola arqueó las cejas en dirección a su hermano. «*In bocca al lupo*», articuló con la boca antes de marcharse.

Garbi ni siquiera parpadeó al oír el absurdo precio de las copas; estaba acostumbrado a que los venecianos cobraran de más a su señora. Le entregó a Orsola un fajo de billetes, que ella se embutió en el bolsillo, y luego la acompañó al pórtico que daba al Gran Canal. Domenego estaba apoyado en la popa curvada de su góndola, leyendo el periódico. Ahora que pocas personas podían permitirse una góndola privada con dos remeros, la forma de la embarcación se había

modificado para acomodar a un único gondolero que remara: el *felze* había desaparecido y la popa curvada, a pesar de aportar asimetría a la góndola, permitía su desplazamiento sin desviarse. Domenego se incorporó al verlos salir, saludó con la cabeza a Garbi y ayudó a Orsola a subir.

—¿No esperamos a tu hermano ni a la modista? —preguntó mientras Garbi cerraba las puertas del pórtico.

—Ella ha salido por la parte de atrás y Marco se va a quedar un rato. No hace falta que lo esperemos. Si me llevas hasta el Rialto, desde allí ya me apaño.

—Si no tienes prisa, te llevaré a Fondamente Nove por los canales secundarios. Me sobra tiempo.

Orsola asintió y se acomodó en el asiento de cara a él. Ahora que Marco ya no estaba pudieron hablar con libertad sobre la nueva guerra que, a pesar de librarse lejos de allí, había afectado al turismo, y también del negocio del cristal y de los Rosso. Con los años, Domenego, que no era locuaz por naturaleza, había llegado a sentirse cómodo con Orsola y de vez en cuando compartía sus opiniones con ella. Por ejemplo, creía que Italia no se mantendría neutral en la guerra, sino que se uniría a Francia e Inglaterra en contra de Austria.

—Aquí el enemigo siempre serán los austriacos, no los alemanes —observó mientras surcaban un angosto canal junto al *palazzo* Contarini del Bovolo, con su elaborada escalera de caracol, como una alta tarta nupcial fijada en el exterior—. No sé qué tratado habrán firmado ya con alemanes y austriacos, pero los italianos quieren castigar a Austria por lo que le hizo al Véneto.

—¿Cómo sabes todo esto?

Domenego señaló el periódico que había en el asiento junto a ella.

—Y también escucho las conversaciones de mis pasajeros. No todos chismorrean sobre quién se acuesta con quién.

—Pero entonces… ¿vamos a tener que reunir un ejército?

Orsola pensó en los jóvenes de la familia Rosso y trató de imaginarse a Marcolin, Raffaele, Sebastiano y Andrea como soldados. Imposible. Eran vidrieros.

—Es probable. —A continuación, Domenego gritó—: *Oe! A premando*! —Antes de girar a la izquierda—. Ya sabes que el marido de la *signora* Klara ha perdido dinero —comentó al cabo de un momento.

—¿Quién chismorrea ahora? Todo el mundo sabe que le gusta apostar.

—Esta vez ha perdido mucho.

No era propio de Domenego hablar de sus empleadores, así que Orsola esperó.

—Me van a despedir y van a vender la góndola. No les queda otra

opción. Además, ya no me necesitan. Pueden coger el *vaporetto*, un taxi acuático o caminar. Las góndolas están… —Hizo un gesto con la mano y no terminó la frase.

Orsola se lo quedó mirando.

—¿Qué vas a hacer?

Domenego no contestó; estaba maniobrando para pasar junto a una góndola que se acercaba en sentido contrario. Ambos gondoleros se saludaron con la cabeza pero no intercambiaron bromas, imprecaciones o una canción, como hacían los otros. Pese a los años que hacía que Domenego recorría los canales venecianos, seguía siendo un rostro conocido pero no un amigo.

Orsola notaba el fajo de billetes de la *marchesa* en el bolsillo, suficientes para alimentar a la familia durante meses. ¿Debería dárselo al gondolero?

—Si pudieras, ¿volverías a África? —quiso saber.

Él siguió remando un rato.

—Ya no soy la misma persona que era allí —contestó al cabo—. Ha pasado mucho tiempo. Mi familia ya habrá muerto y no sé si alguien me aceptaría.

—¡Claro que sí! —incluso mientras lo decía, Orsola no estaba tan segura.

Se quedó callada, pues saltaba a la vista que la pregunta había despertado en Domenego recuerdos que le hacían daño, y no quería ahondar en la herida.

—No somos solo la góndola y yo —añadió él—. La *signora* Klara y su marido tendrán que mudarse a una casa más pequeña en Campo San Polo. El señor ha perdido la suya en una apuesta.

—*Mariavergine.*

Orsola se santiguó. Marco había cometido estupideces —de hecho, estaba cometiendo una en ese preciso instante—, pero jamás habría apostado la casa de los Rosso.

Su hermano estuvo ausente tres días. A Monica no parecía importarle. Cuando Giacomo y Stefano se ofrecieron a ir a buscarlo, se negó.

—No quiero saber en qué anda metido. Ya volverá.

Cuando lo hizo —sin camisa ni fedora, con el traje roto, unas profundas ojeras y todavía un poco borracho o colocado—, Monica le dio el debido bofetón, porque era lo que se esperaba de ella, y él interpretó el papel de marido avergonzado, porque era lo que se esperaba de él. Pero rápidamente volvieron a la normalidad. A Orsola le costaba entenderlo. Si a Stefano se le ocurriera desaparecer con una marquesa disoluta con tendencia a quitarse la ropa, ella estaría furiosa.

—Marco es Marco —explicó Monica—, y Venecia es Venecia. No

es Murano, *grazie a Dio*. Cuando está allí, no espero nada de él. Pero aquí —dio un zapatazo en el suelo—, aquí se comporta como es debido.

La *marchesa* Casati quedó tan encantada con sus copas negras con guepardos que le encargó más a Marco, con indicaciones muy específicas acerca de los colores y los animales: copas blancas adornadas con cisnes, copas azules con peces, amarillas con loros y rojas con serpientes. Ambos habían pasado un rato divertido tratando de beber de las copas de guepardo con aquellos cálices increíblemente poco hondos, pero hasta la *marchesa* se había dado cuenta de que no eran en absoluto prácticas, así que Marco hizo las copas de cisnes con el cáliz más profundo. Cuando las llevó al *palazzo* Venier dei Leoni —esta vez guardadas en una caja de marfil forrada con terciopelo negro—, Orsola y Monica no esperaban que regresara ese día. Sin embargo, Marco reapareció al cabo de varias horas, con la ropa intacta, la caja en la mano y sobrio. Al parecer, la *marchesa* se había marchado. A Milán, a Berlín, a Londres: nadie estaba seguro. La bofetada de Monica resultó innecesaria.

Una vez que quedó claro que la *marchesa* no iba a volver en breve, si es que lo hacía algún día, Marco colocó las copas de cisnes en el escaparate de la tienda de los Rosso para los pocos turistas que seguían yendo a Venecia sin dejarse amedrentar por la guerra. Se vendieron a los dos días, aunque por solo una fracción de lo que habría pagado la *marchesa*. Después de eso hizo el par con los peces, y luego otras con las serpientes y los loros, y las vendió casi en cuanto las puso en el escaparate. Empezó a recibir encargos para hacer más. Marco había encontrado por fin su nueva pieza estrella y eso lo volvió más alegre: silbaba mientras trabajaba, agarraba a Monica mientras ella servía la cena y bromeaba con sus sobrinas.

Orsola pensaba en su collar encerrado en el arcón de los tesoros de la *marchesa*. Jamás intentó reproducirlo.

Domenego y la gente a la que escuchaba en su góndola tenían razón: Italia renunció a la Triple Alianza que había firmado con Alemania y el Imperio austrohúngaro, y entró en guerra contra los austriacos en la frontera septentrional. Orsola no estaba segura de lo que eso implicaría para Italia en general y para Venecia, Murano y los Rosso en particular, así que fue a ver a Jonas. Mientras Italia había permanecido neutral, se había permitido a los alemanes seguir viviendo y trabajando en Venecia. ¿Cambiarían ahora las cosas?

Se lo encontró sentado a su escritorio como siempre, aunque parecía agobiado. Le indicó con un gesto a Orsola que se sentara y le preguntó por su familia, incluso por Raffaele, porque, aunque el mercader no era el representante de su negocio de cuentas, guardaba un interés profesional en él. Además de gestionar el envío de

cargamentos de cuentas de semilla, Jonas había vuelto a interesarse por las cuentas que Orsola y Rosella hacían con la lámpara e incluso se había planteado encargarse de las copas de animales de Marco.

Después de intercambiar las formalidades habituales, se hizo un silencio. A Orsola le costaba sacar el tema para el que había ido a verlo, pues le preocupaba cuál podía ser la respuesta.

—Habéis venido a averiguar lo que voy a hacer ahora que Italia ha entrado en guerra con Alemania —dijo Jonas al tiempo que se reclinaba en el asiento de una forma muy parecida a como lo hacía su antiguo jefe, aunque sin tanta elegancia—. Todo el mundo me pregunta lo mismo. —Hizo una pausa, con las manos apoyadas en la mesa y las yemas de los dedos juntas—. Conservaba la esperanza —continuó— de que los venecianos tuvieran el sentido común de entender que yo no estoy en guerra con nadie aquí. Soy un hombre de negocios, no un político ni un soldado. Mi postura ante la guerra es neutral. Solo quiero vivir en paz y ocuparme de mi negocio, y el gobierno de Venecia está de acuerdo: no ha estipulado que los alemanes tengan que abandonar la ciudad o que haya que arrestarlos.

Orsola se permitió albergar esperanzas hasta que él volvió a hablar:

—Sin embargo, desde que Italia se sumó a la guerra hace unos días, me han insultado en los campos y las calles, me han escupido y me han amenazado. Han atacado mi casa; cada mañana, los criados que no se han marchado tienen que limpiar las verduras podridas y cosas peores que arrojan a la puerta. La situación no va a mejorar, así que lamento mucho informaros, *signora* Orsola, de que a finales de mes cerraré mi negocio y me trasladaré a Alemania.

Jonas se irguió mucho en su asiento al terminar, aunque no pudo reprimir un fugaz temblor en el labio.

Orsola se santiguó.

—Yo también lo lamento, *signore*. En Murano no os tratarían así, os lo aseguro. Tanto el señor Klingenberg como vos habéis apoyado a los Rosso durante muchos años y nos habéis ayudado a superar nuestros obstáculos. Si hemos logrado conservar el negocio, ha sido gracias a vos. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Jonas sonrió.

—Tened un poco más de fe en vos, Orsola. No me necesitáis. Para seros sincero, hace ya tiempo que no me necesitáis. Los mercaderes ya no son lo que eran, igual que le pasa a Venecia. En el pasado, cuando el comercio era la piedra angular de esta ciudad, éramos indispensables, el corazón que bombeaba la sangre. Ahora, el Fondaco dei Tedeschi es una oficina de correos. Ese imponente edificio, ¡una oficina de correos! Es un sistema comercial en sí mismo. Deberíais conocer sus entresijos, Orsola; puede que ese sea el canal a través del

cual vuestro hermano y vos vendáis las mercancías a vuestros clientes. —Se levantó de la silla y, tras abrir con llave un armario que había en una esquina, sacó montones de tarjetas con las muestras de las cuentas de Orsola y las dejó sobre el escritorio, delante de ella—. Son vuestras. Son vuestra historia. He pensado que deberíais quedároslas. Y esto también. —Cogió un cuaderno de contabilidad forrado de cuero negro de la estantería que tenía a su espalda, idéntico a los muchos en los que Orsola le había visto escribir a lo largo de los años—. El libro mayor de los Rosso —explicó al tiempo que se lo tendía—. Esto os será aún más útil. Las entradas se remontan hasta la época del padre de vuestro padre. *Herr* Klingenberg me permitió quedármelo cuando se marchó. Al final están las direcciones de los numerosos mercaderes a los que se les ha vendido vuestro trabajo. Mi recomendación es que Marco y vos escribáis a los más recientes y negociéis directamente con ellos, sin intermediarios.

Orsola tenía la sensación de tener los originales de los Evangelios entre las manos.

—¿Estáis seguro?

Jonas hizo un gesto con la mano, como un benefactor que otorgara un tesoro.

—Os servirán para las cuentas que hacéis con la lámpara y para las copas de Marco —dijo—, aunque no para las cuentas de semilla. Eso será más complicado. Los envíos son más grandes y más pesados, y dudo que sepáis manejaros. Para eso os recomiendo que os unáis a la Sociedad para la Industria de las Cuentas. ¿Puedo daros un último consejo?

—*Per favore.*

—Como buena muranesa, sois muy escéptica con Venecia. Creo que tendríais que permitiros valorar un poco más a la ciudad. Aquí no todos somos malos. Y la mayor parte de los turistas se quedan en La Serenissima y no van a Murano. Hace años, *Herr* Klingenberg os sugirió que abrierais una tiendecita cerca de San Marco. En ese momento no seguisteis su consejo y preferisteis aceptar el mío de pasaros al negocio de las cuentas de semilla. Sin embargo, si ahora tuvierais una tienda, creo que encontraríais un mercado listo para comprar vuestras joyas y las piezas de Marco. Pensáoslo, Orsola —añadió al ver que ella apretaba los labios—. No rechacéis a Venecia por creer que la ciudad os desprecia. No es así; todos os admiramos.

—Ya —contestó ella—, pero vos no sois verdaderamente veneciano, sois alemán. —Hizo una pausa—. ¿No os pone nervioso ir a vivir a *terraferma*? Es todo tan... distinto de aquí. De nosotros.

Jonas esbozó una sonrisa tensa.

—Ese tema no me preocupa mucho. Será una aventura.

Orsola estaba trabajando bajo la llama en su estudio cuando entró

Angela corriendo.

—¡*Mamma*, es *nonna*! —exclamó.

Laura Rosso estaba sentada en el patio, inmóvil, con las agujas de ensartar caídas en una *sessola* de cuentas amarillas. A lo largo de los años transcurridos desde que Raffaele se había marchado con Luciana, su madre había ido hablando cada vez menos y, en los últimos tiempos, se movía con más dificultad. Aunque no se lo había dicho, Orsola ya no incluía sus madejas de cuentas en la cuota semanal. Sin embargo, no le había pedido que dejara de trabajar; no quería que Laura tuviera la sensación de que ya no servía para nada.

Su madre todavía tenía los ojos abiertos, aunque su mirada parecía perdida. Orsola se arrodilló y le apretó las manos, en la que la edad había marcado sus venas.

—Madre, ¿qué ocurre?

Durante un largo instante, fue como si Laura Rosso no hubiera oído a su hija, pero al final volvió la cabeza y la miró.

—La guerra. La elección. Tiene que volver.

Orsola, para quien las crípticas palabras de su madre eran perfectamente inteligibles, lanzó un suspiro. En aquel momento, tras la entrada de Italia en la guerra, en todas las familias italianas debía de estar produciéndose la misma conversación sobre los hijos. Echó un vistazo a los reunidos a su alrededor: Marco, Giacomo y Stella, llenos de incertidumbre junto a su madre; Monica y Rosella, abrazadas en la puerta de la cocina; Angela, aferrada a Stefano. Marcolin, Sebastiano y Andrea se habían quedado en la puerta del taller con los brazos en jarras en una postura incómoda, sabedores de que el tema iba con ellos. Solo faltaba un joven.

—Stella, ve a buscarlo —ordenó Orsola.

Su hermana asintió y se escabulló hacia la calle; le pediría a Bruno que la llevara a Venecia en la motora que se había comprado para sustituir su obsoleta góndola.

Al llegar, Raffaele se arrodilló junto a su abuela y le cogió las manos, al igual que había hecho antes Orsola.

—No vas a ir a la guerra —afirmó Laura Rosso.

Raffaele se estremeció, señal inequívoca de que se había planteado unirse al ejército.

—*Ma no, nonna*… —No fue capaz de terminar la frase.

—Cada familia tiene que enviar a un hijo —continuó Laura, que había reencontrado su voz—, pero no serás tú. Tú tienes tres hijos a los que alimentar. Y además, no te mantuve con vida en Lazzaretto Vecchio solo para que, al final, los *patate* austriacos acaben haciendo prácticas de tiro contigo, ¿verdad?

La familia permaneció en silencio. En los hogares de toda Italia se estaba tomando esa misma decisión y ninguna respuesta era buena.

¿Cómo elegir un hijo al que sacrificar ante los austriacos?

Con su pie lisiado, era evidente que Andrea no podía ser soldado, y Marcolin apenas lograría llegar al extremo de la calle que había al otro lado de la puerta.

Sebastiano carraspeó.

—Iré yo. *Va bene, nonna*?

Giacomo reprimió un grito.

Aquel resultado era tan predecible como que Marco se emborrachara, que Marcolin se encogiera de miedo o que Angela llorara. Comparado con su primo Raffaele, Sebastiano era menos en todos los aspectos: menos fuerte, menos guapo, menos diestro con el cristal, menos divertido, menos encantador. Tan solo era él, y no era culpa suya. Eso no tenía por qué significar que la familia lo eligiera para combatir en una guerra que nadie comprendía. Sin embargo, había una sensación de inevitabilidad en la decisión que lo llevó a alzar la voz y nadie le llevó la contraria, ni siquiera su padre.

Laura le dedicó una larga mirada a su nieto menos favorito y luego asintió.

—*Che Dio ti tegna.*

Sebastiano asintió a su vez y luego tragó saliva. De pronto se le veía joven y asustado.

Marcolin, Andrea y su padre miraban al suelo. Todos sabían que ninguno de los dos hijos había nacido para ser soldado, pero aun así ni siquiera se habían ofrecido voluntarios, ni que fuera para que los rechazaran.

Laura Rosso miró a su alrededor y en su rostro se dibujó una extraña sonrisa. Le tocó la mejilla a Raffaele y le acarició el pelo. Entonces, tras reclinarse en la silla, cerró los ojos por última vez.

Hacía mucho tiempo que el cementerio de Murano se había trasladado de San Matteo a un espacio rectangular mucho más grande detrás de Santa Maria degli Angeli, donde antes Orsola extendía las sábanas para que se secaran al sol. A Lorenzo lo habían exhumado y lo habían enterrado de nuevo en una parcela en la que su mujer se reunió con él.

Después del funeral, la familia, los vecinos y representantes de todas las familias de vidrieros se reunieron en la casa para conmemorar a Laura Rosso con comida, bebida y recuerdos. Orsola estaba ocupada sacando frutas secas y *bussolai* —las comidas preferidas de su madre—, cuando una de las niñas del vecindario le tiró de la manga. Los niños, que incluso en momentos de tristeza no podían permanecer solemnes mucho rato, y menos aún después de una larga misa, estaban jugando en la calle.

—Hay alguien que te busca —la informó la pequeña.

—¿Quién?

La niña se encogió de hombros.

—Alguien de Venecia. Está fuera en la calle. —Y, antes de que Orsola pudiera preguntarle nada más, echó a correr.

Orsola tardó un rato en salir al pasaje; a cada paso la paraba un primo llorando, un vecino riendo, un maestro recordando tanto a su padre como a su madre, Bruno borracho asegurando que Laura Rosso había sido la mejor madre del mundo.

Apoyada en la pared de la calle estaba Luciana, que había venido desde Venecia para acompañar a Raffaele a la misa y el cortejo fúnebre, pero no había acudido a la recepción en casa de los Rosso, donde sabía cómo la recibirían. En Santi Maria e Donato había mantenido la cabeza alta y había fulminado con la vista a cualquiera de los Rosso que mirara en su dirección, pero sabía que de puertas adentro de la casa sería otra historia. Con más años encima, esposa, madre de tres hijos y con un negocio propio, Luciana no había perdido su ceño fruncido y seguía teniendo una gran seguridad en sí misma.

Orsola cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué quieres? No es un buen momento. *Ovviamente.*

Luciana llevó el peso de una cadera a otra.

—¿Buen momento para qué?

—Para hablar de negocios. ¿Por qué otro motivo ibas a estar aquí?

Luciana asintió.

—Tengo una propuesta.

Orsola sintió deseos de girar sobre sus talones y regresar a la casa, pero, por el bien de Raffaele y de sus sobrinos nietos, se quedó a escuchar. Aunque tal vez no le gustase, Luciana formaba parte de la familia.

—Aunemos fuerzas. Raffaele te trae su destreza y tú me das a Rosella y Angela para las coronas. Nos ponemos a producir cuentas juntas y Marco prepara a Raffaele para que sea maestro. Ha vuelto a hacer copas, ¿verdad?

Así que, después de todo, Luciana no estaba satisfecha con el lugar que ocupaba en el mundo. Era ambiciosa y quería más. Quería llevar las pieles de la mujer del maestro.

—Marcolin será el maestro —repuso Orsola—. Es el mayor y ya se está formando.

Luciana la miró de reojo y Orsola se preguntó de dónde había sacado la información. Porque lo cierto era que, en realidad, Marcolin no se estaba preparando para ser maestro; de hecho, era el *servente* más reacio del mundo. No tenía interés alguno en hacer las elaboradas copas de Marco ni en pasar su *prova*. Lo que mejor se le daba era clasificar cuentas, no hacerlas.

—Ahora que tu madre ya no está… —Orsola se santiguó y, tras

hacer una pausa, Luciana prosiguió—: Ahora que ya no está, no hay razón para que no nos fusionemos. Rosso e Rosso. Sé que ella me tenía antipatía, pero habría querido que la familia volviera a unirse. Además, ahora que vuestro mercader alemán se ha marchado, necesitaréis a alguien que venda las cuentas. Nosotros ya tenemos la infraestructura a través de la Sociedad para la Industria de las Cuentas.

Saltaba a la vista que estaba muy bien informada sobre los Rosso.

—¿Os mudaríais aquí? —Orsola fue incapaz de disimular el desdén de su tono.

—¿Para qué íbamos a hacerlo?

—Porque el negocio está aquí. Y nuestra casa también. Los Rosso han vivido en este lugar durante cientos de años. Es evidente que no vamos a mudarnos a Venecia.

—A Raffaele y Francesca no les importó; les gusta Venecia. Es más, la prefieren. Hay más actividad, más cosas interesantes.

Orsola frunció el ceño y Luciana cambió de estrategia.

—Cada uno puede quedarse donde está. Raffaele vendría aquí cada día, y Angela y Rosella pueden ir allí a diario.

Orsola se quedó tan horrorizada que Luciana se echó a reír.

—*Ecco*, son solo quince minutos en *vaporetto*. No es como ir a *terraferma*. Deberías tener una mente un poco más abierta con Venecia. —Aunque había utilizado otras palabras, aquello se parecía mucho a lo que le había dicho Jonas.

Orsola se ciñó el chal alrededor de los hombros.

—Muestra un poco de respeto, muchacha. No me hace falta que alguien mucho más joven que yo me diga qué tengo que pensar.

—Entonces dejaré que lo consideres.

Luciana dio media vuelta y se alejó por la calle entre el frufrú de sus faldas.

Orsola, plantada en el pasaje, echó mucho de menos a su madre en ese momento. Seguro que Laura Rosso le hubiera dado un buen consejo.

—Me entran ganas de darle un bofetón. —Oyó. Era Stella, que, apoyada en la puerta, se mordía la uña del pulgar—. Se va a quedar con todo.

Sebastiano murió combatiendo en las montañas que los Rosso veían desde Murano en los días claros. Cuando se sentaba en la *Riva* di San Matteo a mirarlas, Orsola no sabía que su sobrino se encontraba allí. Murió mientras los italianos luchaban en el valle de Isonzo, al norte de Trieste. Los Rosso tardaron cuatro meses en enterarse de su muerte. No recibieron cuerpo alguno para enterrarlo en el cementerio de Murano. Para entonces, el negocio de cuentas Rosso e Rosso iba viento en popa y exportaba tanto como con Jonas, pero sin tener que

pagar los honorarios del intermediario, sino una cuota mucho menor a la Sociedad para la Industria de las Cuentas. Angela, y en ocasiones también Rosella, iba cada día a Cannaregio a reunirse con Luciana y Francesca para hacer coronas de cuentas, cuya demanda seguía creciendo debido a los hombres que caían en la guerra.

Con su energía y sus conocimientos, Luciana y Raffaele acogieron a Giacomo, Marcolin y Andrea en su operación, y la familia de Luciana era lo bastante extensa para cubrir cualquier otro puesto que necesitaran. Incluso compraron una motora para transportar a los trabajadores entre Venecia y Murano.

Orsola tuvo que admitir que todo funcionaba. Cada uno tenía su lugar en el negocio de las cuentas..., excepto Marco y ella.

Una tarde fue hasta L'Omo Salvadego, donde su hermano estaba bebiendo, lo bastante pronto como para que él se hubiera tomado un par de copas de vino añejo pero aún no estuviera totalmente borracho. Se lo encontró sentado con otros dos vidrieros, riéndose de algo que había dicho uno de ellos. Parecía cómodo, una faceta de él que no estaba acostumbrada a ver. Al divisar a su hermana, Marco dejó de reír, aunque no frunció el ceño como solía hacer cuando ella andaba cerca. Los vidrieros la saludaron con la cabeza, le ofrecieron su asiento y se apartaron para dejar espacio a los hermanos. Era raro ver a una mujer en la taberna, pero Orsola tenía la edad y la experiencia suficientes para que la trataran con respeto.

Marco le indicó al camarero que le sirviera una copa de vino a su hermana.

—Nunca te habías pasado por aquí, *sorella*. ¿Qué quieres? —Levantó un dedo—. Deja que lo adivine: Luciana.

En ocasiones, podía ser astuto.

—*Sì*. Está... —Orsola no sabía muy bien cómo describirlo.

—Tomando el control. Lo sé. —Marco hizo una pausa y apuró el vino de un trago—. Deja que lo haga.

Orsola se lo quedó mirando. A su hermano no parecía molestarle que Luciana hubiera engatusado a dos de sus hijos para que se marcharan.

—*Ecco*, conoce bien el negocio de las cuentas y lo ha convertido en un gran éxito —continuó él—. Mucho más que lo que nosotros hemos alcanzado nunca. Tiene una familia extensa —después de que Luciana diera a luz a gemelos unos meses antes, ahora eran cinco— y quiere un negocio que esté a la altura. ¿Y por qué no?

—¿Por qué? ¡Porque no es una Rosso!

—Madre tampoco era una Rosso, pero se convirtió en una. ¡La más Rosso de todos los Rosso! Por mí, esa veneciana con malas pulgas puede quedarse con el negocio de las cuentas. Así, tanto tú como yo nos libraremos por fin de los *escrementi di topo*.

Ella esperó a que añadiera algo acerca de los *escrementi di coniglio*, pero Marco estaba de buen humor.

El camarero le trajo su copa de vino y Orsola se concentró en ella para sumergirse en el marco mental de su hermano. No estaba acostumbrada a que fuera él quien la convenciera de las bondades de un cambio: por lo general, era al revés. Era cierto que ahora Marco y ella tenían más tiempo para dedicarse a lo que querían: Orsola a su trabajo con la lámpara, acompañada por Rosella siempre que esta podía, y Marco a sus copas de animales, con la ayuda de Raffaele. Como había reclamado Luciana, Marcolin había desistido de prepararse para ser maestro y había cedido el puesto a su hermano. Pareció aliviado de poder centrarse en clasificar cuentas.

Raffaele viajaba cada día entre Venecia y Murano, y nunca se quejaba de ello. Pero Orsola se lo había encontrado un día dentro de la casa estudiando el dormitorio de Giacomo.

—Quieren mudarse aquí —le dijo ahora Orsola a Marco—. Lo noto. No les basta con quedarse el negocio, ¡también quieren la casa!

Marco no pareció sorprendido.

—Tiene sentido. Allí en Cannaregio viven hacinados con todos los niños. Aquí hay más espacio y menos turistas, y no necesitarán la motora.

Orsola miró a su hermano de reojo.

—¿Desde cuándo tienes tanto sentido común? ¿Es que Raffaele te ha convencido? Seguro que lo habéis decidido todo entre vosotros y no pensabais contármelo hasta el día que se mudaran.

Orsola, embargada por la indignación, estampó la copa con tanta fuerza que rompió el pie. Él se echó a reír.

—¡Qué carácter el de la Rosso! *Ecco*, Raffaele no me ha dicho nada, pero tengo ojos en la cara, ¿sabes?

Al cabo de tres meses, Raffaele, Luciana y sus hijos estaban instalados en la casa de los Rosso en Murano, y de repente la vivienda se llenó de niños, montañas de colada y muchas más bocas que alimentar, con comilonas que mantenían a Monica encerrada todo el día en la cocina, pues Luciana no sabía freír un huevo.

Raffaele le pidió a su tío que les dejara a Luciana y a él su habitación, y por supuesto, Giacomo no pudo negarse. Stella se vio obligada a compartir su cuarto no solo con Rosella sino también con una sobrina nieta.

—Será solo hasta que construyamos más habitaciones —la informó Luciana.

Era la primera vez que Orsola oía hablar de que se iba a ampliar la casa.

Los niños no la molestaban: era un placer volver a tener pequeños por allí que ocupaban el lugar que habían dejado su hija y sus

sobrinos al hacerse mayores. El ruido y el caos tampoco la molestaban. Ahora tenían una lavadora para hacer la colada. Lo que le molestaba era que Luciana empezara a dirigir el funcionamiento de la casa. Pero Laura Rosso ya no estaba allí para ponerle freno. A Marco no le importaba mientras pudiera seguir trabajando el cristal. Monica ponía los ojos en blanco pero quería mantener la armonía. Seguramente, Giacomo estaba de acuerdo con su hermana, pero se había vuelto tan introvertido tras la muerte de su hijo que ya nunca expresaba su opinión en voz alta.

La única que se quejaba era Stella.

—La Luciana esta se ha metido en nuestra casa como una avispa en una manzana —dijo un día al entrar en el estudio de Orsola, y se quedó junto a ella mientras hacía girar una cuenta bajo la llama—. Nos va a picar a todos. Pero me niego a hacer lo que ella diga. No es nuestra madre; no es tú. ¡Si yo soy mayor que ella!

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha intentado enseñarme a planchar bien las sábanas. No lo aguanto más.

Orsola sonrió. A Stella nunca se le había dado bien la plancha y ya desde antes de la llegada de Luciana le costaba hallar su lugar en la familia. No le interesaban el cristal ni el negocio montado a su alrededor; en la tienda, su carácter brusco espantaba a los potenciales clientes; detestaba cocinar, limpiar y hacer la colada. Con treinta años ya no era una mujer casadera; de hecho, Orsola nunca había oído a nadie murmurar que la hubieran visto con un hombre. Tenía muy pocos amigos y estos eran raros: una monja de ochenta años, un cordelero mudo, un sacerdote aficionado al vino. Se encargaba de las tareas menores: empaquetar el cristal para los envíos, hacer recados. A menudo desaparecía durante un día y al final la familia dejó de preguntarle adónde había ido. En ese momento, Orsola lo descubrió.

—Voy a ir a ayudar en el frente —anunció Stella—. Voy a ser enfermera.

—¿Qué? —Orsola dejó caer la vara que sostenía la cuenta en la que trabajaba—. ¡Si nunca has estado en *terraferma*!

—Claro que sí.

—¿Cuándo?

—Muchas veces. He estado en Mestre, en Marghera. Una vez llegué hasta Padua con el transbordador del canal. ¡Ni siquiera os disteis cuenta de que no estaba!

—Pero es peligroso, y tú no sabes nada de la guerra y el combate.

—Las enfermeras no combaten, tonta. Estaré detrás de las líneas; no me pasará nada.

Orsola se reclinó en la silla.

—A ti no te importa tanto la gente como para hacerles de

enfermera. —Era la cruda realidad.

Stella meneó la cabeza.

—No hace falta que te importe la gente para cuidarla. De hecho, hay quien dice que las emociones te impiden ocuparte de las personas como es debido.

—¿Cómo sabes todo esto?

—He conocido a varias enfermeras italianas que han regresado del frente. Ellas me lo han contado y me han explicado cómo puedo alistarme.

—Pero...

—No discutas conmigo, Orsola. Te estoy diciendo lo que voy a hacer, no te estoy pidiendo permiso. —Stella hizo una pausa—. Quiero hacer algo más con mi vida que lavar ropa de niño, empaquetar cristal y dejarme mangonear por una avispa.

Orsola contempló a su hermana. Tras su bravuconería, tras su indiferencia hacia la familia, el cristal y Murano, había una mujer que sufría, que llevaba sufriendo desde que era una niña pequeña alejada de su madre y su hermana durante la peste negra.

«Gracias a Dios que tengo mis cuentas —pensó Orsola—. Y a Angela. Y a Stefano. *Grazie a Dio* que tengo cosas que me importan».

—¿Se lo has contado a Marcolin? —quiso saber.

La única persona a la que Stella parecía estar unida era su sobrino, con el que había compartido el confinamiento durante la cuarentena.

Stella hizo una mueca.

—Todavía no, pero ya lo haré. Lo entenderá. Desde que se dedica a clasificar cuentas está más relajado.

No se equivocaba. A Marcolin nunca le había gustado trabajar bajo la presión que suponía el cristal, así como la que le ponía su padre para que se convirtiera en maestro. No trabajaba bien en equipo y prefería la reconfortante monotonía de clasificar las cuentas de semilla por tamaños y grados. Era muy rápido en localizar las cuentas irregulares, con el agujero estrecho, descascarilladas o sin agujeros, y dejaba en la bandeja solo las adecuadas para que las *impiraresse* las enhebraran. Las cuentas de Rosso e Rosso eran alabadas por su uniformidad y sus escasas irregularidades, y eso se debía en parte a la habilidad de Marcolin.

Él tampoco se había casado. A diferencia de Stella, sin embargo, no se alejaba de la casa y en raras ocasiones salía de Murano o siquiera de su calle. Solo había estado una vez en Venecia cuando, con quince años, Marco insistió en que fuera con la familia al Redentore, la celebración anual por el fin de la peste. A medio camino del puente hecho con barcos sobre la laguna, entre San Marco y la iglesia del Redentore en Giudecca, a Marcolin le había entrado el pánico y se

había sentado en una barca, impidiendo el paso de los peregrinos. Orsola había tenido que hacer señas a un *sandolo* cercano para que se lo llevara a la orilla y Stella lo había acompañado para tranquilizarlo.

A pesar de sus diferencias, Marcolin y Stella estaban muy unidos, en parte por su experiencia compartida durante la cuarentena, aunque, por lo que Orsola sabía, jamás hablaban de ello. Cuando se alteraba por algo —porque Marco le gritaba, porque sus sobrinos se burlaban de él, porque Luciana se exasperaba por algo que había hecho o dejado de hacer—, era el brazo de Stella sobre sus hombros el que, pese a su brusquedad, lo calmaba.

—¿Qué va a hacer sin ti? —dijo Orsola.

Stella hinchó los carrillos.

—No puedo vivir mi vida en torno a las necesidades de Marcolin. Hace años que debería haberme ido.

Orsola se frotó los ojos, que era su manera de evitar que se le llenaran de lágrimas.

—¿Qué le ha pasado a esta familia? Padre, madre, *nonna*, Nicoletta, Sebastiano: todos muertos. Isabella huyó, Francesca se casó con Venecia. Raffaele anudado a la avispa. Y ahora tú. Te irás y no...

Fue incapaz de terminar la frase. «Te irás y no volverás —pensó —. Te perderás en *terraferma*, donde las cosas son distintas, y desaparecerás. Igual que Antonio».

—La familia Rosso se está desmoronando.

—No es cierto, solo está cambiando. Eso pasa en todas las familias. Y todavía te queda Angela. Ella se casará y se quedará cerca de ti. Siente pasión por Stefano, aunque tú no la tengas. Y *ovviamente* está Rosella. Vale para mucho más que para ensartar cuentas. ¿Cuándo vas a montar un negocio con ella? Rosso e Rosella.

Tal vez hacía falta que otra persona lo dijera en voz alta. Rosso e Rosella: la alternativa femenina a Rosso e Rosso.

—A su prometido no le gustará —repuso Orsola.

Rosella, que se había tomado su tiempo para encontrar un marido que cumpliera con sus expectativas, iba a casarse por fin con un vidriero de otra familia y se iba a ir a vivir con él al cabo de unos meses.

Stella agitó la mano y emitió un sonido grosero.

—Rosella es tan dura como su madre. No dejará que un marido se interponga en su camino y, si hay dinero de por medio, ¿por qué iba él a impedírselo?

—Tal vez.

Orsola contempló los bastones de cristal alineados junto a ella. Rosella siempre los comparaba con relucientes piezas de caramelo.

—Tengo dos sugerencias —dijo Stella—. Primero, abrir una tienda Rosso e Rosella en Venecia, no en Murano. Allí hay muchos

turistas, sobre todo cerca del Rialto y San Marco. Puedes vender tus cuentas, tus caballitos de mar y un montón de cosas más. Incluso las copas de Marco si quieres.

—Pareces Jonas, y Klingenberg antes que él. ¿Y la otra sugerencia?

—Que Stefano y tú os mudéis a otra casa.

Cuando Orsola protestó, su hermana se puso a hablar por encima de ella:

—¿De verdad quieres vivir con Luciana mangoneando a todo el mundo? ¿Y con los descontrolados de sus hijos? Las cosas están cambiando. Las familias no tienen por qué vivir juntas.

Después de compartirlo con Orsola, Stella se puso a planear su partida de inmediato, aunque esperó hasta la noche antes de irse para contárselo al resto de la familia. Al final del día se llevó a Marcolin a dar un paseo por la isla, cosa que él solo hacía con ella y con el crepúsculo. Cuando regresaron, Marcolin tenía la cara roja y se fue directo a la habitación trasera en la que clasificaba las cuentas. No apareció a la hora de la cena.

—Le escribiré cada semana —le susurró Stella a Orsola—. Se lo he prometido.

Sin embargo, ambas sabían que las cartas no bastaban y que era posible que ni siquiera llegaran.

Cuando se lo explicó al resto de la familia, cada uno dio la respuesta típica de él. Marco se puso a gritar y le prohibió que se marchara, aunque su enfado era una pantomima que respondía más a la necesidad de reafirmar su autoridad, que a que en realidad le importara lo que hiciese su hermana. Giacomo recibió la noticia de la pérdida de otro miembro de la familia con expresión seria. Monica, a quien siempre le había irritado que Stella desapareciera y no contribuyera a las tareas domésticas, se limitó a asentir. Stefano no dijo nada. Raffaele pareció avergonzarse de que su tía se sumara al esfuerzo bélico y él no. Luciana no se molestó en disimular su alivio por no tener que tratar más con alguien que no ocultaba su antipatía hacia ella. Rosella se acercó para abrazar a Stella, quien la dejó. Angela se puso a llorar, como hacía siempre que se producía cualquier cambio. Sin embargo, Stella nunca había acabado de encajar en la familia, así que, con la excepción de Marcolin, nadie se entristeció demasiado por su partida. Tal vez en *terraferma* se encontrara más en su elemento.

Tenía pensado tomar el tren de Venecia a Trieste, algo que no había hecho ningún Rosso. Se negó a que Marco o Giacomo la llevaran a la estación con la motora que hacía poco que habían comprado, pues prefería ir en *vaporetto*. Pero Orsola no podía soportar la idea de que su valiente y temeraria hermana se marchara sin ceremonia alguna y

decidió que, por lo menos, haría que la primera parte de su viaje fuera memorable. Mandó un mensaje a Domenego, que al día siguiente apareció entre la densa niebla que había caído por la noche para llevar a Orsola y a Stella a la estación de tren. Ir en góndola le parecía más digno, y también más veneciano.

Mientras Orsola y él esperaban en el muelle de detrás del taller a que Stella se despidiera de la familia, Domenego se inclinó hacia ella y le entregó un nuevo delfín, en esta ocasión de cristal opaco verde pálido. Ella cerró la mano sobre él y, al apretarlo, las afiladas colas y aletas se le clavaron en la palma. Era un poco más grande que algunos de los otros, aunque lo cierto era que, a lo largo de los años, los delfines habían cambiado bastante, al igual que sus cuentas. Antes de que pudiera darle las gracias al gondolero, Stella apareció seguida de la familia. Llevaba un sombrero de fieltro verde y un abrigo largo de lana gris que ondeaba de cintura para abajo, con una doble hilera de grandes botones negros. Era la primera vez que iba vestida con tanto estilo.

Stella le pasó la bolsa a Domenego, le cogió de la mano y subió a la góndola. Para tener treinta años de vida a sus espaldas, sus pertenencias eran escasas. Aunque no lloraba —eso lo había dejado para Angela, que sollozaba en medio de la familia reunida en el embarcadero—, sí que tenía una expresión seria.

—*Andiamo, mio Dio* —masculló—. No soporto estas despedidas interminables.

Saludó con la mano a los Rosso que dejaba atrás mientras Orsola y ella se adentraban en la niebla de febrero, y dio la sensación de que trataba de ver por última vez a Marcolin, pero él no salió del cuarto donde clasificaba las cuentas.

—¿Qué te ha dado Domenego? —le preguntó a su hermana a mitad de la travesía por la laguna.

—Nada. No sé de qué me hablas.

Stella meneó la cabeza.

—Tienes que aprender a mentir mejor. Te ha dado algo mientras yo me despedía. Enséñamelo.

Orsola se sacó el delfín del bolsillo y se lo tendió a su hermana, que lo sostuvo bajo la tenue luz.

—Después de tantos años, ¿todavía te siguen llegando?

—*Sì*.

—Qué raro. ¿De dónde vienen?

—De Praga —contestó Orsola sin pensar, y se arrepintió al instante al ver que Stella arqueaba las cejas.

—¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza ir allí?

—¿Para qué? Ni siquiera sé lo que me encontraría. Además, no sería justo para Stefano.

—Stefano, el marido más aburrido del mundo.

Orsola oyó lo que parecía un resoplido burlón procedente de la popa de la góndola, pero al darse la vuelta vio la expresión de Domenego imperturbable sin apartar la mirada de la espesa niebla para detectar otras embarcaciones. La silueta de Venecia no se hallaba muy lejos, aunque aún no se veía.

—No digas esas cosas de Stefano —repuso Orsola—. Se ha portado bien conmigo. Siempre. Mejor que yo con él.

Muerta de vergüenza, se dio cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—A mí me parece que tendrías que hacer lo que deseas —declaró Stella.

—*Ecco*, yo no soy como tú. Nadie en la familia lo es.

—No, no lo eres. Estás encadenada a la familia y a Murano.

—No, soy leal a la familia y a Murano, que es diferente. La mayoría de la gente lo es y tiene miedo de lo que pasa en *terraferma*. ¿Tú no estás asustada?

Stella se encogió de hombros y se reclinó en el asiento mientras contemplaba los altos edificios que surgían entre la niebla a lo largo de la *riva* de Cannaregio, de color tostado, ocre y rosa, con sus ventanas arqueadas y sus balcones, y orientados hacia el agua; siempre el agua.

—No voy a echar de menos todo esto —dijo.

«Qué equivocada estás», pensó Orsola, y recordó aquel lejano día en el que se había abierto camino por Mestre, intentando esquivar a los caballos mientras su corazón anhelaba ver de nuevo el agua. El agua corría por las venas de los muraneses y los venecianos, incluso por las venas con sangre fría de su hermana. Y aunque Orsola no había estado en otras ciudades, había escuchado a suficientes turistas admirados por la belleza de Venecia para saber que Stella la echaría de menos; tal vez no enseguida, pero sí más adelante.

Tras llegar a la estación, abrazó con fuerza a su hermana junto a la inmensa y siseante máquina que iba a llevársela. No le preocupaba que Stella muriera en la guerra: su hermana sabía cuidar de sí misma y no iba a entrar en combate como Sebastiano. Sin embargo, tenía la sensación de que Stella se marchaba de Murano y de Venecia para siempre. Una vez que estuviera en el continente, sus lazos con aquel lugar único quedarían cortados. Orsola intentó seguir el ejemplo de su hermana, a cuyos ojos no había asomado ni una sola lágrima y que esperaba impaciente y emocionada a subirse al tren y comenzar su nueva vida. Orsola lo vio partir con su chucu chucu acelerado y una dramática nube de vapor, para luego cruzar el puente que, durante un breve periodo, Raffaele había ayudado a construir para los austriacos. Solo en ese momento, Orsola se permitió llorar.

Nada podía cambiar mucho hasta que la guerra terminase y los turistas regresaran. Y al final sucedieron ambas cosas.

Un día, varios meses después del armisticio, Monica y Rosella se presentaron ante Orsola, una nerviosa y la otra excitada.

—Vamos a llevarte a Venecia —anunció Monica.

—Es una sorpresa —añadió Rosella.

Orsola las miró. Monica nunca quería ir a Venecia, pero se abstuvo de preguntar de qué iba todo aquello; dejaría que mantuvieran la intriga.

Cogieron el *vaporetto* hasta Fondamente Nove y siguieron a pie hacia el sur: cruzaron el Rialto y atravesaron Campo Sant'Angelo y Campo Santo Stefano guiadas por Rosella. Luego giraron hacia el este y se sumaron a la multitud de turistas que se dirigían a la Piazza San Marco. Sin embargo, ellas no llegaron tan lejos, sino que se pararon en seco delante de una tiendecita encajada entre una panadería y una tienda de espejos.

—Aquí es donde podríamos abrir Rosso e Rosella —explicó Rosella.

—Vaya —dijo Orsola—, Stella te contó su idea.

—*Sì*. Me lo recuerda en todas sus cartas. Desde entonces he estado atenta por si encontraba un local. Y este ha quedado libre. La ubicación es perfecta; todos los visitantes que van de la Accademia a San Marco pasan por aquí.

Orsola miró a través del cristal sucio del escaparate. Era un espacio oscuro y vacío, salvo por un montón de cajas de madera rotas.

—Era una papelería —continuó Rosella—. El propietario se ha muerto y sus hijos no quieren continuar con el negocio. No hay humedad ni malos olores, nada.

—¿Has entrado?

—El propietario me lo enseñó. Va a venir en cualquier momento con la llave, para que podamos echar un vistazo.

—Es muy oscuro. ¿Cómo van a ver los clientes el género?

—Con electricidad.

«Me estoy haciendo mayor para todos estos cambios —pensó Orsola—. Trenes, electricidad, motoras y mujeres que se marchan solas a otros países en busca de trabajo». Como era de esperar, Stella no había vuelto a casa al terminar la guerra, sino que se había ido a Londres. Al menos, algunos cambios eran a mejor. Ahora Orsola usaba gas en lugar de sebo para trabajar con la lámpara. La llama calentaba más, era más estable y no apestaba.

Fue como si Rosella le hubiera leído el pensamiento.

—*Ecco*, podemos sentarnos junto al escaparate y trabajar con la lámpara, para que la gente vea lo que hacemos —propuso—. Eso los atraerá.

—No pienso trabajar aquí —le espetó Orsola. «Como una *puttana* pavoneándose», pensó—. Yo trabajo en casa.

Miró a Monica en busca de apoyo. Su cuñada estaba observando con recelo el torrente de extranjeros y saltaba a la vista que lo único que quería era regresar a Murano. Sin embargo, también quería apoyar a su hija.

—Es un buen sitio. Quedáoslo —dijo.

—¿Qué va a decir Marco? Es él quien tendrá que firmar el contrato de arrendamiento.

—Yo me encargo de él —contestó Monica.

Era lo que hacía desde que se había casado con él. Orsola nunca había entendido cómo funcionaba su relación.

—En cuanto estemos instaladas, la tienda dará beneficios suficientes para mantenerse sola —añadió Rosella—. Padre no tendrá nada que ver con nuestro negocio. *Allora*, ¿qué opinas, *zia* Orsola?

—Es un paso muy importante —contestó Orsola tras una pausa—. Muy muy importante. Tendrías que venir aquí y volver cada día a casa. Tres cuartos de hora de ida y otros tres cuartos de vuelta es mucho tiempo para pasarlo desplazándote cuando podrías estar en casa. ¿Qué va a decir tu marido?

—No le importará —insistió Rosella con cierta impaciencia.

—Mi hija se aburre en casa —intervino Monica.

—Arrendar una tienda en Venecia no es un pasatiempo —la regañó Orsola—. Es algo serio. Podríamos acabar otra vez endeudados.

El dueño de la tienda de espejos se había acercado y las observaba apoyado en el marco de la puerta. Tenía la típica expresión calculadora de los venecianos, que se pasaban todo el día lidiando con los turistas: dura y sombría. ¿Tendrían la misma cara Rosella y ella si abrían una tienda allí?

Orsola bajó la voz para que no pudiera oírlas:

—Tengo que dar un paseo para pensar. Vosotras volved a casa; nos vemos luego.

Orsola caminó por los pasajes de alrededor del local, estudiando las tiendas y la gente que entraba y salía de ellas, se paraba delante de los escasos escaparates con piezas de cristal y se dirigía en un flujo constante hacia la Piazza San Marco. Mientras paseaba por las angostas calles, todo tipo de lenguas se mezclaron a su alrededor: francés, inglés, español, holandés e incluso un poco de alemán, ahora que la guerra había terminado. Era extraño estar rodeada de más extranjeros que italianos. Todos miraban los escaparates y compraban artículos que los venecianos eran expertos en producir: papel jaspeado, velas, estatuas talladas, bolsos de cuero, pañuelos de seda... y cristal. Orsola observó cómo unos turistas elegían candelabros de

cristal de un escaparate y examinaban cuencos, juegos de ajedrez y figuritas de animales. Sin duda, Rosella tenía razón al decir que la tienda podía ser un gran éxito. No veía tan claro, sin embargo, que Marco accediera.

Llegó a la Piazza San Marco y se dio una vuelta. Aunque ya había estado muchas veces allí, cada vez que iba la sorprendían las elegantes proporciones de las fachadas de los edificios que bordeaban la plaza, con sus hileras superpuestas de columnatas de arcos, la basílica en el extremo más alejado con sus cúpulas flotantes y el campanario, la torre más alta de Venecia, reconstruido varios años después de que se derrumbara. Orsola entendía por qué los visitantes acudían en masa a San Marco: era un espectáculo irresistible.

Al pasar por delante del Caffè Florian —la cafetería más antigua de Venecia y una institución venerable, aunque Orsola nunca había entrado— reconoció a Klara Klingenberg, sentada sola a una mesa bajo uno de sus arcos. Orsola no la veía desde antes de la guerra y la sorprendió lo mucho que había envejecido. Aunque seguía conservando su elegancia, su aspecto era un poco descuidado, como un traje con un buen corte pero con el cuello y los puños gastados. Tenía el pelo canoso, arrugas en la cara y su sombrero ya no estaba a la última moda. Miraba pensativa su taza de porcelana y, al alzar la cabeza, vio a Orsola y la saludó con la mano.

—¡Orsola Rosso! ¡Ven!

Orsola tomó aire y se acercó a la mesa.

—*Buongiorno, signora* Klara.

—¡Qué alegría verte! Siéntate y tómate un café conmigo.

—No, *grazie, signora*. No puedo.

Un café en el Florian le costaría dos cuentas o un día de enhebrar. Todavía calculaba así los precios.

—Un chocolate, pues. ¡Aquí hacen un chocolate caliente divino! —Klara miró a Orsola casi con desesperación—. *Per favore*, acompáñame. —Dio unas palmaditas en la silla que tenía al lado—. Me harás un favor. No hay nada más patético que sentarse sola en un café. Yo te invito, por supuesto —añadió, aunque por su aspecto daba la sensación de que ya no podía permitirse invitar a nada.

Orsola abrió la boca para negarse, pues no tenía dinero para un chocolate en el Florian y no era la clase de mujer que aceptaba limosnas. Sin embargo, en ese preciso instante pasó un camarero dejando tras de sí un tentador rastro de olor a chocolate, así que se sentó.

—*Va bene, una cioccolata, grazie.*

Klara Klingenberg sonrió.

—Hace una eternidad que no hablamos; tenemos que ponernos al día. —Le hizo señas al camarero con una mano—. Cuéntame tú —dijo

al tiempo que se inclinaba hacia ella como si fueran las mejores amigas del mundo—. Dime: ¿cómo van las cosas en Murano? ¿Sabes que nunca he estado allí? No, espera, fui una vez, a una fiesta en un *palazzo* del Gran Canal. Pero nunca he visitado las tiendas de cristal. Tengo que ir y tú podrías enseñarme la isla.

«Eso nunca sucederá», pensó Orsola, aunque enseguida se reprendió por su cinismo.

—No nos va mal —respondió con tranquilidad—. Yo hago cuentas con la lámpara y mi hermano Marco hace copas decoradas con animales que se venden muy bien. Igual las habéis visto. Y su hijo Raffaele lleva el negocio de las cuentas de semilla, que también va bien.

—¿Cuentas de semilla? ¿Hacéis cuentas con las semillas? ¿Qué ha pasado con el cristal?

Orsola intentó no exasperarse.

—No, están hechas de cristal. Se llaman así porque son tan pequeñas como una semilla. Son esas cuentas que se cosen en vuestros vestidos —añadió, y al instante se arrepintió de sus palabras, pues dudaba que Klara Klingenberg pudiera permitirse ahora esa clase de vestidos.

Pero Klara sonrió.

—Me encanta que a los Rosso os vaya tan bien, incluso sin ayuda de Jonas ni de mi padre.

—¿Sabéis algo del *signor* Jonas? Me preguntaba si, ahora que ha acabado la guerra, habría vuelto a la ciudad.

—No va a volver. Escribió diciendo que prefiere quedarse en Alemania, donde puede ser él mismo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No sabías que su familia es de origen judío? Jonas es, o era, un marrano. Se hizo pasar por cristiano para no tener que vivir en el gueto, pero practicaba su fe en secreto. Era una especie de secreto a voces.

—*Davvero*? —A Orsola la impactó no saber algo tan esencial sobre el mercader de la familia.

—*Sì*. Ahora que en Alemania hay una población judía más numerosa y libre, siente que puede ser más abierto con su religión. Que está más a salvo.

El camarero apareció con el chocolate en una tacita de porcelana decorada con el logotipo del león en dorado y azul. La dejó delante de Orsola con una recargada floritura y ella se preguntó si se estaba burlando de ella.

—Pruébalo. —Klara señaló la taza—. Quiero ver tu reacción.

Orsola se llevó la taza a la boca y dio un sorbo. Asombrada, la dejó de nuevo en la mesa.

—Esto —declaró— es lo más delicioso que he probado nunca.

Klara se rio.

—Ay, ¡cuánto me alegro! No sabes lo que me ha animado verlo. ¿Nunca habías probado el chocolate?

—Nunca.

Orsola le dio otro sorbo. La segunda vez le pareció igual de bueno que la primera; mejor incluso, por la anticipación. Maravillada por la preciada bebida, se obligó a concentrarse en su compañera.

—Pero ¿por qué necesitáis que os animen?

Por el rostro de Klara Klingenberg cruzó una expresión que Orsola había visto en el rostro de muchas madres italianas y no hizo falta que le contestara.

—Lo lamento, *signora*, no lo sabía —dijo con delicadeza antes de que Klara pudiera contarle cuándo y dónde había muerto uno de sus hijos en la guerra—. Os acompañamos en el sentimiento. Mi hermano perdió a un hijo en Gorizia.

Klara hizo un sucinto gesto con la cabeza y ambas mujeres se quedaron en silencio mirando sus tazas. Orsola no se atrevía a beber tras esa espantosa noticia y contempló cómo se formaba una espuma lechosa sobre su chocolate.

—¿Qué te trae a San Marco? —preguntó Klara al cabo.

—Mi sobrina quiere abrir una tienda para vender nuestras piezas. Acabamos de ir a ver un local.

A Klara se le iluminó la cara.

—¿Dónde está?

Orsola le describió la ubicación.

—Pero no nos la podemos permitir —concluyó—. Mi hermano nunca accederá a pagar un arrendamiento en Venecia, no importa lo que diga su esposa. No creerá que la tienda pueda funcionar.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que mi sobrina tiene razón, igual que la tenían Jonas y su padre. En Venecia hay ahora muchos más visitantes, con dinero para gastarlo en cristal. No me apetece trabajar aquí y que la gente me vea haciendo cuentas como quiere mi sobrina, pero lo cierto es que venderemos más. —Hizo una pausa antes de continuar—: Sin embargo, necesitamos dinero para abrirla, tanto para el alquiler como para dejarla a punto. Dinero para ganar dinero.

Klara Klingenberg se había ido irguiendo en su asiento, como a una niña que le hubieran dicho que se sentara bien.

—Yo puedo ayudaros. Os prestaré el dinero hasta que consolidéis el negocio.

—¿Vos?

El tono de incredulidad de Orsola hizo que Klara hundiera la cabeza como una tortuga dentro de su caparazón.

—*Mi dispiace, signora*. No era mi intención ser grosera —añadió Orsola en un intento de apaciguarla—. Pero... bueno... —No quería empeorar las cosas.

—¿Qué? —la presionó Klara—. Continúa, ¿qué ibas a decir?

—Corre la voz de que vuestro marido ha perdido dinero. —Orsola no agregó que era debido a su afición al juego—. Os habéis mudado a Campo San Polo y habéis prescindido de Domenego. Por eso he supuesto que no tendríais dinero para ayudarme.

Klara Klingenberg se reclinó en el asiento con una sonrisa tan pícara como le permitían sus facciones.

—Pero el caso es que sí lo tengo.

Orsola se la quedó mirando.

—Ya sabes que mi padre era un hombre muy cauteloso con sus negocios —continuó Klara, mientras movía adelante y atrás el asa de su taza—. Bueno, pues también lo fue con su hija. Nunca le gustó mi marido ni tampoco confiaba en él, y si accedió al matrimonio fue porque a una chica alemana le convenía casarse con alguien de una buena familia veneciana. Además, se dio cuenta de que yo estaba loca por mi marido, al menos al principio, como les pasa a muchas chicas. Nos convencemos de un montón de cosas. Pero padre me dejó algo de dinero por si alguna vez lo necesitaba, dinero de cuya existencia mi marido no sabía, y no sabe, nada. De lo contrario, se lo habría apostado todo. Jonas me lo guardó y, cuando se fue, se encargó de encontrar a otra persona que lo hiciera, un prestamista del gueto, muy honesto. A lo largo de los años me lo he gastado en fruslerías para los niños, y a veces para mí. Nada muy caro, porque Federico se lo hubiera quedado. Se jugó todas mis joyas. Incluso mi alianza. —Le mostró su dedo desnudo—. No me atrevo a usar el dinero para comprar algo caro que pueda llamar la atención de mi marido, pero nunca se fijará en una tienda de cristal regentada por mujeres.

Volvió a sonreír y, por un instante, se pareció de nuevo a la chica vivaz que Orsola había conocido antes de que la vida como esposa y madre le arrebatara su vigor.

—Es una oferta muy generosa por vuestra parte, *signora* —comenzó—. Increíblemente generosa, de hecho. —Se alisó la falda y barrió unas migas inexistentes de la mesa—. Pero no estoy segura de que mi familia lo apruebe.

—Orsola. —Klara se inclinó hacia delante—. ¿Verdad que había una mujer que creó una cuenta y acabó teniendo su propio horno? ¿Baronia? ¿Barosia?

—Maria Barovier. —El mero hecho de pronunciar su nombre le hizo levantar un poco la barbilla—. Fue ella quien me animó a hacer cuentas y consiguió que su prima me enseñara.

—¿Qué diría ella?

Orsola tomó aire y recordó a Maria Barovier cuando la conoció el día que se cayó en el canal, con aquella actitud confiada de pie junto al horno, como si nada pudiera acabar con ella.

—Aceptaría vuestra oferta y os daría las gracias. —Orsola se interrumpió, cogió su taza y se acabó el chocolate. Tras dejarla de nuevo sobre el platillo con un tintineo decidido, añadió—: Y yo también la acepto y os doy las gracias.



Tercera parte Delfines de verdad

7

El canto rodado que has arrojado sobre la laguna vuelve a tocar la superficie y estamos en 2019. En su estudio, Orsola Rosso da vueltas bajo la llama a una cuenta negra, roja y dorada. Alza la vista y han pasado cien años. Ella y aquellos que le importan son diecisiete años mayores. Orsola tiene sesenta y cinco.

Alguien que le importaba mucho ya no está entre nosotros: Stella, que trabajaba de enfermera en Londres cuando una bomba cayó sobre su refugio antiaéreo durante el Blitz. La muerte de la tozuda, franca y querida hermana de Orsola es un recordatorio de que uno jamás se recupera después de perder a alguien, simplemente aprende a acostumbrarse al vacío que queda en su interior.

¿Cómo resumir cien años del cambio más rápido y extremo de la historia? De Mussolini a Berlusconi, de la RDA a Obama, de Hitler a Merkel, de Gandhi a Martin Luther King, Jr., de Amelia Earhart a los 747. De las máquinas de escribir a los ordenadores, de las enciclopedias a la Wikipedia, del teléfono a los móviles inteligentes, de los paseos por el parque a correr sobre cintas. La penicilina. La Segunda Guerra Mundial. Hiroshima. Corea, Vietnam, Irak, Afganistán. La guerra fría, su fin acordado, otra guerra fría en ciernes. Muros caídos, muros levantados. Nuevas naciones creadas de las cenizas de las viejas. Mujeres con pantalones y que votan. Robots. Teorías de la conspiración.

En 2019, Venecia recibe 4,8 millones de visitantes. Cada día, gigantescos cruceros pasan por el canal de Giudecca como rascacielos horizontales que vomitan pasajeros que se dirigen a la Piazza San Marco a hacerse fotos, comprarse llaveros con la figurita de la góndola y marcharse. Hablando de góndolas, ahora un paseo de media hora cuesta ochenta euros; cuarenta cuentas de Orsola. El Fondaco dei Tedeschi es una galería comercial de lujo. Mientras tanto, la población se mantiene justo por encima de los cincuenta mil habitantes, la mitad de los que vivían en la ciudad cuando nació Orsola. Cada año se marcha un millar de personas.

Paralelamente a todos esos cambios, el planeta se está calentando. El nivel del mar se eleva, Venecia se hunde; hasta llegar a un momento concreto, el 12 de noviembre de 2019 a las 22:44...

A las 22:44, el agua empezó a filtrarse a través de las baldosas del estudio de Orsola. Stefano y ella habían pasado la última media hora trasladando todo lo posible a su apartamento en el piso de arriba: sus sopletes, las bombonas de gas, las arcas de recocido, las herramientas

para pinzar, redondear y dar forma, los cientos de bastones de cristal de todos los colores imaginables, los cajones y cajas llenos de las piezas que todavía no había expuesto en Rosso e Rosella en San Marco, o que no se habían vendido y tenía almacenadas a la espera de que cambiara la moda.

No habían podido mover la mesa en la que Orsola trabajaba; grande y pesada, no estaba diseñada para trasladarla al piso de arriba. La antigua mesa con los fuelles a la que Orsola trabajaba cuando empezó a hacer cuentas, con la lámpara y el sebo de animal, estaba arriba en la cocina del apartamento, conservada por motivos sentimentales. Stefano y Orsola comían en ella, haciéndose hueco entre los fuelles de debajo y los pitorros metálicos que todavía sobresalían del tablero.

Las predicciones meteorológicas habían anunciado *acqua alta* para esa noche, pero nadie esperaba que llegara al mismo tiempo que una violenta tormenta con fuertes vientos. La combinación de ambas cosas y la falta de previsión cogieron desprevenida a la mayor parte de los venecianos y los habitantes de las islas circundantes.

—¡Stefano! —gritó Orsola cuando el agua levantó las baldosas del suelo.

Su marido, que estaba en el apartamento colocando todo lo que habían subido, bajó corriendo y contempló con ella cómo el nivel del agua se elevaba inexorablemente alrededor de las suelas de sus botas. En Venecia, todo el mundo tenía botas para el *acqua alta*; y en los establecimientos vendían botas plegables baratas para los turistas cuando la ciudad se inundaba. En las fondamentas, las *rivas* y los campos se colocaban rampas, que incluso atravesaban la Piazza San Marco para que los peatones pudieran caminar por encima del agua alta sin riesgos. La ciudad estaba acostumbrada a ello, pero esta vez iba a ser mucho peor. Orsola y Stefano habían trasladado todo lo que habían podido; no podían hacer nada más.

El sistema eléctrico se inundó y se fue la luz. Encendieron las linternas y escucharon el aullido del viento en el exterior. El postigo de un vecino se había soltado y daba golpes contra la pared; al final acabaría volando por los aires y lo encontrarían a cien metros de distancia.

—Vamos arriba —dijo Stefano, y tiró de su mujer por la escalera.

Al entrar en su apartamento, Orsola miró su móvil; por lo menos seguía habiendo cobertura. Vio llamadas perdidas de Marco, Angela y Rosella.

Su sobrina fue la primera a la que llamó, dejando claras sus prioridades aunque fuera para sí misma. Angela la acusaba a menudo de dedicar más atención a su negocio que a su hija, algo que Orsola siempre negaba, aunque la verdad era que había algo de cierto en ello.

En cualquier caso, sabía que Angela estaba a salvo, pues Stefano había hablado con ella. Su hija vivía con su marido y sus tres hijos en Giudecca, en la segunda planta de un edificio de pisos, muy por encima del agua y sin negocio en la planta baja del que preocuparse. Angela iba a Venecia a ayudar en la tienda, pero ese día se había marchado mucho antes de que llegara la tormenta. Más tarde, Orsola vería vídeos en internet de los *vaporettos* amarrados empujados por las olas como barcos de juguete en una bañera, y agradecería que su hija hubiera llegado a tiempo a casa.

En cuanto a llamar a Marco, su hermano tenía a Raffaele y Luciana, Monica, Marcolin, Andrea y la esposa de este para ayudarlo, y Giacomo vivía cerca. No la necesitaba para nada.

Rosella tardó un rato en contestar.

—Orsola —jadeó—. Es un... —Se echó a llorar.

—¿Estás en la tienda?

—*Sì.*

—¿Hasta dónde llega al agua?

—Hasta las rodillas.

—*Mio Dio*. ¿Estás sola?

—Hay gente en las tiendas de al lado. Todos estamos intentando... intentando... —Las lágrimas le impidieron continuar.

—Rosella, escúchame bien. —Orsola habló con más calma de la que sentía—. Quédate con los demás. Ayúdalos, y ellos te ayudarán a ti. Cuidaos los unos a los otros. Y vete a casa en cuanto hayas puesto a buen recaudo todo lo que puedas. Tienes que llegar a casa antes de que la calle se inunde tanto que no puedas salir.

—Está bien. —Orsola oyó su respiración trémula—. Ojalá estuvieras aquí.

Rosella siempre había sido tranquila y segura, como su madre. Era sorprendente escucharla tan alterada. Parecía más una niña que una mujer de cuarenta y seis años.

—¿Lo has puesto todo lo más alto posible, para que no lo alcance el agua?

—Sí, pero ha sido todo muy rápido. Nunca había visto un aguacero parecido. Para cuando he llegado, el agua había volcado varias mesas. Las cuentas, las joyas...

—No te preocupes por las cuentas; podemos recuperar la mayoría. El agua no estropea el cristal.

—Orsola, se me está acabando la batería. *Merda*, ¿por qué no lo he cargado antes? Se ha ido la luz.

—Ve a otra tienda.

La comunicación se cortó y Orsola lanzó un suspiro. Rosella llevaba mucho tiempo viviendo sola en un minúsculo piso cerca de la tienda y se había negado a mudarse a pesar del elevado precio de la

vivienda en Venecia. Era el primer miembro de la familia Rosso en haber pedido el divorcio después de que este se hubiera legalizado en Italia, y no dejaba de asombrar a Orsola con sus decisiones. El mundo estaba cambiando muy rápidamente.

A continuación llamó a Marco, pero no obtuvo respuesta. Lo más seguro era que estuviera en el taller tratando inútilmente de salvar el horno. Aunque Orsola ya no vivía allí, seguían preocupándola la casa y el taller de los Rosso, que eran el legado de su familia.

Orsola y Stefano se habían mudado al otro extremo de Murano un año después de que ella abriera la tienda en San Marco, y ahora vivían en un apartamento cerca de Santi Maria e Donato con un estudio en la planta baja para ella. Stefano seguía yendo cada día al taller de los Rosso mientras que Orsola iba menos a menudo y prefería quedar con Monica en el mercado de Campo Santo Stefano, en misa o en una cafetería que le gustaba mucho junto al Ponte Longo, desde donde miraban a los turistas curiosear las fruslerías baratas de cristal en el local de al lado. Monica era un alma paciente y práctica en casi todos los aspectos de la vida, pero hasta ella decía en más de una ocasión: «No sabes cómo os envidio por vivir solos. No estoy acostumbrada a que me mangoneen en mi propia cocina. Y los niños son unos salvajes. ¡No hay manera de que se vayan a la cama!».

Orsola sospechaba que Monica exageraba lo difícil que era vivir con Luciana para que su cuñada no se arrepintiera de haberse marchado de la casa. Porque a veces lo hacía. Se suponía que la familia era lo más importante y Orsola se preguntaba si había abandonado a la suya, a pesar de encontrarse a solo diez minutos a pie. Pero quizá Stella tenía razón cuando la avisó de que las cosas estaban cambiando. Su hija Angela no había dudado en mudarse a Giudecca cuando su marido encontró trabajo allí, en el molino de harina; Angela, la misma que lloraba cada vez que había un cambio en la familia.

Cuando por fin consiguió hablar con Marco, después de que amainara la tormenta y el agua empezara a bajar, él ni siquiera dijo «*Pronto*» al contestar. La pantalla de su móvil era una sucesión de imágenes oscuras mientras él iba de un lado a otro, maldiciendo y dando órdenes a gritos.

—¿Ha llegado el agua al horno? —preguntó ella.

—Y a las arcas de recocido. —Marco enfocó el teléfono hacia la estancia para que ella pudiera ver los daños.

—¿Giacomo está ahí?

Igual que Stefano y ella, Giacomo se había mudado a un apartamento cerca de la casa de los Rosso.

—*Ovviamente*. ¡Y Stefano también debería estar aquí ayudando!

—No puede ir. Nosotros también estamos inundados. Ha estado

trasladando mis cosas al piso de arriba.

—Claro que sí, pensando solo en vosotros mismos y no en la familia. *Tipico.*

—¡No seas capullo! Tú tienes un montón de ayuda. Nosotros somos solo dos.

—¿Y de quién es la culpa?

—¡De Luciana! ¡De Luciana y tuya! No había sitio para todos y tú dejaste que se mudaran a la casa y nos obligaran a irnos. ¿A eso le llamas tú pensar en la familia?

—*Bauca.*

—*Cretino.*

—*Stronza*!

—*Bastardo*! ¡Siempre lo has sido!

—*Impestada*!

Stefano estaba apoyado en la encimera de la cocina con los brazos cruzados, escuchando la escalada de insultos. Mientras estos continuaban, alargó la mano, le cogió el teléfono a su mujer y lo apagó.

—*Ehi*! —gritó ella—. ¿Qué haces?

Stefano dejó el móvil sobre la encimera.

—Esta conversación no iba a llegar a ningún lado.

Era raro que su marido interviniera.

—Marco ha perdido mucho más que tú —añadió él—. Tus sopletes están intactos y tu arca de recocido es pequeña y la hemos podido subir aquí. Dentro de un par de días tú podrás volver a trabajar, mientras que el taller de los Rosso tardará meses en recuperarse.

Orsola asintió y luego hizo algo insólito: se resguardó entre los brazos de su marido para que él la reconfortara.

Stefano tenía razón. Cuando la inundación se retiró, bombearon el agua y trajeron ventiladores y deshumidificadores para secar el estudio antes de rascarlo bien y volver a pintarlo, y después Orsola y él lo trasladaron todo de nuevo abajo y ella pudo retomar el trabajo en una semana. En San Marco, la tienda Rosso e Rosella reabrió al cabo de un par de semanas, aunque tardó un tiempo en eliminar la sensación y el olor de la humedad. En cambio, hicieron falta tres meses para reconstruir el horno y las arcas de recocido del taller de los Rosso.

La inundación también espantó a los turistas, que no ardían en deseos de una experiencia subacuática de la Ciudad del Agua, con los consiguientes cortes de luz, cierres de negocios y restricciones a la hora de desplazarse. Los venecianos siempre se quejaban de los millones de visitantes que invadían cada año la ciudad. La inundación redujo temporalmente el número a un mero goteo.

—Inundaciones en Venecia, incendios en Australia, sequía en California —enumeró la nieta de Orsola, Aurelia, cuando hablaron por teléfono unos días después del *acqua granda*, como la había llamado la gente—. Mira lo que está pasando, *nonna*. ¡Y todo por las estúpidas decisiones que toma la gente!

—Lo cierto es que ha habido inundaciones peores que esta. La de 1966, por ejemplo.

—Y vosotros también contribuís —continuó Aurelia, ignorando la respuesta de su abuela—. Con todos esos hornos encendidos día y noche. ¿Sabes la cantidad de combustible que queman?

—Yo no tengo horno. Uso un soplete y solo lo enciendo cuando lo necesito. ¿Te acuerdas de cuando te enseñé a hacer cuentas?

Aurelia se encogió de hombros.

A Orsola la desconcertaba el nulo interés de su hija y sus nietos por el cristal. Angela ayudaba en la tienda por el dinero y la gente, no por algún tipo de amor al cristal. Ninguno de sus nietos tenía intención de dedicarse a trabajarlo como carrera profesional, algo que se repetía en la mayor parte de las familias de vidrieros que aún quedaban. Ahora había tan solo varias decenas, cuando en su día habían sido más de un centenar.

—Los talleres de vidrio no pueden seguir quemando combustible veinticuatro horas al día —argumentó Aurelia, ignorando de nuevo a su abuela. Daba la sensación de estar mirando otra pantalla mientras hablaba con ella, como hacían a menudo los adolescentes—. Tendrán que compartir los hornos, aprender a cooperar, utilizarlos por turnos durante la noche.

Orsola dejó escapar una risita.

—¿De verdad crees que los maestros van a cooperar? Cada uno tiene su propia manera de usar el horno. Pregúntaselo a tu tío abuelo Marco. Nadie va a confiar en otro para que lo mantenga limpio. Y nadie quiere trabajar a las tres de la madrugada.

—*Nonna*, eso no son más que excusas. No me estás escuchando. Las cosas tienen que cambiar o habrá inundaciones constantes y será imposible vivir en Venecia. ¿De verdad quieres eso para tus descendientes?

A Orsola le costaba creer que una ciudad como Venecia pudiera desaparecer. «Seguiremos construyendo hacia arriba —pensaba—, para que el agua no entre». A veces, sin embargo, cuando iba a trabajar a la tienda de San Marco y tenía que abrirse paso entre los turistas que atestaban los *vaporettos* y los pasajes, o cuando contemplaba los inmensos cruceros que se desplazaban por la laguna, se preguntaba si Venecia estaba ya destruida. Murano tampoco era lo que había sido en el pasado: una isla llena de maestros que hacían y vendían las piezas de cristal más excelentes, creativas y hermosas.

Pensó en las enormes y elaboradas lámparas de araña que en su día decoraban muchos de los *palazzos* del Gran Canal y lamentó su desaparición. Ahora se encontraban en museos o en el extranjero, a modo de rarezas. La que Marco había hecho en un principio para Casanova, por ejemplo, la había comprado un mercachifle por una miseria y ahora colgaba en un pintoresco restaurante de Belgrado junto con otras curiosidades: maniquíes con pantallas de lámparas, insectos gigantes con joyas incrustadas, monos que colgaban de las vigas, globos aerostáticos de papel maché, letreros de neón. Uno de los hijos de Luciana y Raffaele les había mandado una foto de la lámpara, lo último de lo último en un cementerio *kitsch*. A ellos les parecía gracioso. Orsola esperaba que no se la hubieran enseñado a Marco.

Los turistas no querían lámparas de araña ni elaboradas copas. Querían figuritas de cristal, caramelos de cristal envueltos en papel de cristal, globos de cristal y piezas de rompecabezas de cristal; muchos de ellos chapuceros, de colores mal escogidos y con diseños muy pobres. A veces, cuando pasaba por delante de las tiendas de la *Fondamenta* dei Vetrai, Orsola tenía que cerrar los ojos para no ver las monstruosidades que les colaban a los turistas haciéndolas pasar por verdaderas piezas artesanas de vidrio.

Basta.

—Tenemos la barrera de contención que están construyendo más allá del Lido —le dijo a su nieta—. Cuando por fin esté terminada, impedirá el paso del agua y evitará las inundaciones.

El proyecto se había iniciado treinta años atrás, pero se había quedado estancado debido a los politiqueos y la corrupción. Aun así, era un rayo de esperanza.

—Eso si funciona —replicó Aurelia—, y si no acaba con las salinas y todo el ecosistema que mantiene viva la laguna.

El pesimismo de su nieta era muy difícil de asumir. Y Aurelia no se había interesado en lo más mínimo por cómo había afectado la inundación a Orsola y su negocio. Sentada sin ningún problema en el mundo, en una habitación seca de su casa, para lo único que le importaba su abuela era para soltarle sermones. Laura Rosso jamás lo hubiera permitido.

Gracias a Dios, un pitido del teléfono le dio una vía de escape.

—*Mia cara* —dijo Orsola—, tengo otra llamada. Nos vemos el domingo, ¿vale? Para cenar.

Contestó la otra llamada, sorprendida por el nombre que aparecía en su pantalla.

—Domenego, *buongiorno*! ¿Cómo estás?

Era muy extraño que la llamara.

—Estoy bien, *grazie*. Me gustaría que nos viéramos.

Por teléfono siempre era muy formal.

—*Sì, sì*. ¿Cuándo?

—Ahora, si es posible.

Domenego nunca le pedía nada, así que no pudo negarse.

—¿Dónde estás?

Él le dijo adónde debía ir, en Dorsoduro. La tormenta había dañado tantos *vaporettos* que había reducción de servicio; eso quería decir que tardaría una hora en llegar. Pero aun así, fue.

Él la esperaba en la *fondamenta* junto a un pequeño canal que había frente al Squero di San Trovaso, uno de los dos únicos astilleros que quedaban en Venecia y que todavía construía y reparaba góndolas. Orsola sonrió mientras se acercaba a su viejo amigo. A pesar de tener sesenta años, estaba delgado y en forma, sin la panza que les había crecido a muchos viejos gondoleros. Tenía el pelo gris, pero, como lo llevaba cortado al rape, no se notaba tanto, sobre todo cuando se ponía el sombrero de paja junto con los pantalones negros y la camisa de rayas azules o rojas propios de los gondoleros en la actualidad. Ese día, sin embargo, no llevaba el uniforme, sino unos pantalones marrones, una camisa blanca abotonada hasta el cuello y un anorak gris sobre los hombros. A sus pies había una maletita de cuero, una de esas antiguas con correas alrededor y sin esas ruedecitas que llenaban de un ruido infernal las calles de Venecia. Al verla, a Orsola se le hizo un nudo en el estómago. Domenego nunca iba de viaje.

Él la saludó con la cabeza mientras ella llegaba a su lado y luego se volvió a mirar el astillero. El Squero di San Trovaso era un vasto espacio al aire libre junto al canal, rodeado de edificios. En él había dos góndolas apoyadas sobre un caballete, que estaban barnizando con su característico color negro. Los hombres tenían poco espacio para trabajar, pues el lugar estaba invadido por un gran número de góndolas que no estaban alineadas apoyadas en la borda, sino apelotonadas en una pira que parecía lista para prender en una hoguera enorme. Estaban todas rotas por algún lado: el casco resquebrajado, la proa arrancada, los laterales reventados; todo obra de la tormenta. Sus cuerpos mutilados se consideraban insalvables y solo quedaba despedazarlos y usarlos para construir nuevas barcas.

—*Mio Dio*! —Orsola se santiguó.

—Una de esas es la mía —explicó Domenego—. Y mi sombrero también está ahí.

Señaló con la cabeza un edificio de madera que se erguía a un lado del astillero, de cuya pared colgaba un cúmulo de sombreros de paja adornados con cintas. Orsola no tenía muy claro por qué estaban allí, pero los turistas congregados a lo largo del canal donde Domenego y ella miraban trabajar a los hombres no paraban de

hacerles fotos.

—Ay, Domenego, *mi dispiace* —murmuró. Su amigo había ahorrado durante años para comprarse su propia góndola, cosa que no había podido hacer hasta el año anterior—. ¿Tienes seguro? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Domenego siempre había vivido al día, y un seguro era un privilegio que no se podía permitir. Construir una nueva góndola costaría sesenta mil euros y un año de trabajo; dinero y tiempo que su amigo no tenía.

—He vendido la licencia de mi góndola para comprar un billete de avión.

En la época en que Domenego había empezado a trabajar para Klingenberg, había diez mil gondoleros en la ciudad, pero la llegada de las barcas motoras lo había cambiado todo. Ahora había tan solo cuatrocientos gondoleros con licencia en Venecia, una cifra estrictamente controlada. La mayor parte de las licencias pasaban de padres a hijos, aunque un aspirante a gondolero también debía completar un difícil curso de aprendiz de cuatrocientas horas. Las góndolas se habían convertido en un mero entretenimiento para turistas, a pesar de que seguían siendo un importante símbolo de la ciudad. Nadie, ni los residentes ni los turistas, podía concebir Venecia sin góndolas. A pesar de seguir siendo un negocio tradicional, ahora había un poco más de diversidad y Domenego ya no era el único distinto. Unos años atrás, la hija de un gondolero se había sacado su licencia y ahora había cinco mujeres registradas. No obstante, Domenego seguía llamando la atención entre los gondoleros, que en su mayor parte eran blancos, y Orsola lo veía a menudo posando con paciencia para que sus pasajeros se hicieran un selfi, aunque nunca sonreía.

—Te vuelves a África —afirmó más que preguntó—. Por eso has colgado ahí tu sombrero.

Él asintió.

—A Ghana. Es donde nací.

Orsola tragó saliva. Llevaba años esperando que Domenego se fuera a su país de origen, pero nunca había creído que lo acabara haciendo de verdad.

—¿Has encontrado a alguien, algo, en internet?

—He localizado la aldea, creo. Solo quiero ir y ver cómo me siento.

Orsola echó un vistazo a la maleta: toda su vida comprimida en aquel equipaje o en la pira de embarcaciones negras destrozadas del otro lado del canal.

—¿Te vas ya? ¿Así, de repente?

Él asintió.

«¿Y si no hubiera podido venir ahora? —pensó—. ¿Te habrías marchado sin despedirte?».

—Pero ¿cómo vas a...? ¿El pasaporte?

Domenego no tenía documentación formal, nada que certificara dónde y cuándo había nacido.

—Con dinero puedes comprar lo que quieras.

—Pero... ¿volverás?

—Aquí ya no me queda nada.

—No... —A Orsola se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar.

Domenego apartó la vista del astillero para mirarla a ella.

—Quería despedirme de ti. Has sido una buena amiga.

—Menego...

Orsola no tenía tan claro que hubiera sido una buena amiga. Para ella, el gondolero había sido sobre todo un vínculo con Antonio, la única persona que lo había conocido de verdad. Y ahora iba a perder ese último vínculo. Habían pasado cuarenta años desde la última vez que había visto a Antonio. El dolor había desaparecido hacía mucho y se había reducido a una leve punzada en el corazón, el rastro espectral de su deseo.

Pero ahora también iba a perder a un amigo. Orsola se acercó a Domenego y lo rodeó con los brazos. Notó su indecisión: su relación siempre había sido formal, sin contacto físico alguno más allá de cuando él le daba la mano para subir y bajar de la góndola. Al cabo de un momento, sin embargo, él también la rodeó y la abrazó con fuerza. Cuando por fin se separaron, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Me enviarás un mensaje cuando llegues? —preguntó Orsola.

Él asintió, aunque ella sabía que nunca lo haría. Domenego cogió su maleta y se dirigió a Zattere a coger el autobús acuático que iba al aeropuerto.

Orsola lo siguió con la mirada y contempló su espalda erguida, los voluminosos músculos de los hombros después de las miles de horas remando. Entonces echó a correr tras él.

—¡Domenego!

Mientras él se daba la vuelta, Orsola se metió la mano en el bolsillo del vestido —nunca se había adaptado a la moda de llevar pantalones— y sacó la *rosetta* de Maria Barovier, de la que nunca se separaba.

—Para que te lleves un pedacito de Murano —dijo al tiempo que le tendía la cuenta.

Él sonrió entonces, con una sonrisa que nunca dedicaba a los clientes.

—*Grazie*, Orsola.

La guardó en el bolsillo de su abrigo y se volvió de nuevo hacia la

laguna para continuar su viaje.

—Domenego se ha ido —le contó a Klara Klingenberg mientras se tomaban un chocolate caliente.

Hacía ya años que quedaban regularmente en el Florian, al principio para que Orsola compartiera con su inversora cómo iba la tienda, y luego, en cuanto Rosella y ella le hubieron devuelto el préstamo, como amigas, y de cuando en cuando para que Klara le hiciera entrega de un delfín de cristal. Desde la primera vez que se habían encontrado allí, Orsola se había hecho adicta al chocolate del Florian, pero sentarse en las mesas de la terraza se había vuelto tan caro que utilizaban el truco de los residentes: apoyarse en la barra de la parte trasera, donde los precios eran más bajos.

—¿Qué? —Klara dejó la taza en el platillo con un golpe, un gesto poco elegante y nada propio de ella—. ¿Adónde?

—A su país natal. Ghana.

—Pero ¿por qué? Tenía por fin su góndola y le iba bien.

—Ha perdido la góndola con la tormenta y tenía la sensación de que había llegado el momento.

—¿Y qué va a hacer allí?

—Reconectar con su aldea y su familia, si logra encontrar a alguien.

Klara hizo un gesto displicente con la mano cargada de anillos de plata.

—Ya, me refiero a después. ¿A qué se va a dedicar? En África no hay góndolas.

—Va a... —Orsola no había pensado en ello.

Klara podía ser muy práctica, lo que la convertía en una buena mujer de negocios. Su marido y ella habían acabado separándose unos años atrás, aunque él se había negado a darle el divorcio. Tras su exitoso apoyo a Rosso e Rosella para que pudieran montar la tienda, había empezado a hacer préstamos a negocios incipientes que necesitaban capital para despegar. Parecía tener un sexto sentido para saber qué buscaban los turistas que acudían a Venecia: helados artesanales, artículos de cuero de lujo, libretas hechas a mano que compraban por lo bonitas que eran pero nunca se llegaban a usar y montones de máscaras decoradas desde que el Carnevale había recuperado su popularidad. Ella sola había lanzado la carrera de un artista que hacía esos globos aerostáticos multicolores de cristal y las piezas de puzle que tanto aborrecía Orsola, y que ahora todo el mundo había copiado y vendía por doquier. Una cadena de heladerías a la que Klara había ayudado a prosperar le había puesto incluso su nombre a un sabor: Crema di Klara K, una crema de caramelo con una voluta de chocolate y cereza como guiño a la tarta selva negra alemana, reflejo de sus orígenes. Klara también llevaba el pelo corto y

blanco, sin teñir; se vestía con ropa de diseñador negra, blanca, gris y marrón topo, y tenía una ristra de amantes que Orsola conocía al dedillo gracias a sus detalladas descripciones. Había encontrado, finalmente, la felicidad.

—Domenego tiene ya edad de jubilarse —empezó a decir Orsola de nuevo—. Solo espero que pueda descansar.

—Dudo que tenga una pensión o muchos ahorros. ¿Se lo has preguntado?

—No, pero su familia...

—Su familia se habrá muerto ya. Lo sabes muy bien. Puede que volvamos a verlo muy pronto.

—¿Por qué no le das tú una pensión? —propuso Orsola—. Se lo debes después de todos los años que trabajó para tu padre y para ti sin recibir salario. Eso tiene un nombre —añadió.

La alemana se removió en el taburete.

—Era mi padre quien se encargaba de esas cosas, no yo. Era otra época. Mientras trabajó para nosotros, mi marido le pagaba. Somos una familia respetable y siempre hemos tratado bien a nuestros a empleados. Los hemos ayudado... cuando hemos podido... —Su voz se apagó.

Orsola sabía en quién pensaba: en Jonas. Le había pedido a su nieta que buscara su rastro y Aurelia había encontrado su nombre en una lista: el formal secretario de Klingenberg había sido asesinado en uno de los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial.

Klara bajó la vista hacia sus largos dedos, que sujetaban la taza de café.

—¿Tienes el número de Domenego? —dijo al cabo de un largo silencio—. Si lo ha conservado, claro. Lo llamaré y veré qué puedo hacer.

Orsola pasaba la mayor parte del tiempo con su lámpara en Murano. No soportaba trabajar delante del público, como hacía a menudo Rosella en la tienda. En aquella época los turistas demandaban más demostraciones y los vidrieros de Murano habían empezado a abrir sus talleres a los visitantes. Los turistas llegaban en barco desde Venecia y se dirigían a las salas donde, entre pausas para fumar, los ayudantes elaboraban los caballos encabritados de cristal que en su día habían sido uno de los ejercicios de la *prova*: hacer uno en tan solo un minuto que se sostuviera sin caerse sobre las dos patas traseras y la punta de la cola. Era difícil conseguir una figurita equilibrada: tenía que hacerse rápido y era todo un reto elaborar el sólido cuerpo, la crin, las esbeltas patas y la cola sin que una u otras se hicieran añicos. Era necesario estirar y presionar el cristal con las herramientas para dar forma a la cabeza y la cara del caballo. Las proporciones tenían que ser precisas para que el animal pudiera

sostenerse sobre las dos patas y la cola. Era ingenioso y el público disfrutaba al verlos crear en solo un minuto una complicada figurita a partir de un pedazo de cristal, como si fuera magia. Los vidrieros habían elaborado tantos para practicar que la mayoría podía hacerlos literalmente con los ojos cerrados. Si no querían pensar en lo que estaban a punto de hacer, recurrían a su memoria motora y, después de crear el caballo encabritado, se encendían un cigarrillo con el cristal caliente como floritura final.

Orsola había visto tantos de esos caballos —entre Marco, Giacomo, Raffaele y Andrea habían hecho cientos de ellos para practicar antes de presentarse a sus respectivas *provas*—, y los ayudantes parecían aburrirse tanto elaborándolos, que había acabado por aborrecerlos, tanto a ellos como a la falta de creatividad que representaban. Había tantas cosas que podían hacer gracias a la maravillosa versatilidad del cristal. ¿Por qué limitarse solo a lo que ya conocían? Sospechaba que era porque así no tenían que pensar. La propia Orsola se sentía culpable a veces por hacer las mismas cuentas una y otra vez en lugar de crear algo nuevo. Y a medida que se hacía mayor, cada vez estaba más hastiada y era menos creativa.

Después de las demostraciones, se llevaban a los visitantes en rebaño a salas de exposición muy bien decoradas donde los comerciales aplicaban las técnicas que habían aprendido en Milán o Nueva York para convencer a los turistas de que compraran piezas de cristal, a menudo espantosas, por mucho más de lo que valían. El motivo por el que los vidrieros sentían la necesidad de ejercer aquella presión era un misterio para Orsola. Cuando pensaba en lo que debían opinar de ellos los visitantes más expertos, se moría de vergüenza.

A Marco también le repugnaban las demostraciones pagadas, las técnicas de venta y los caballos de cristal; en el taller de los Rosso no estaba permitido hacerlo, a pesar de que eso afectara a sus ventas. Desde hacía poco, la competencia china había desbancado a los Rosso del negocio de las cuentas de semilla y ahora volvían a dedicarse en exclusiva a las piezas de cristal. A regañadientes, Marco abría el taller a los visitantes ocasionales y contestaba preguntas mientras trabajaba, pero las hijas de Luciana, que trabajaban en la tienda, tenían prohibido estar encima de los clientes e insistir para que compraran.

«Dejad que miren —les recordaba él—. Si el trabajo es lo bastante bueno, lo comprarán».

No todo el cristal de Murano era *kitsch* y estaba diseñado para las ventas rápidas. Algunos vidrieros habían empezado a desafiar esa estética y utilizaban el cristal para hacer obras más artísticas. Raffaele —que ahora era el *servente* de Marco y del que se esperaba que asumiera el puesto de maestro cuando su padre se jubilara— estaba introduciendo un nuevo estilo de líneas sencillas y limpias, y colores

escogidos con meticulosidad. Hacía ya varios años que su artículo más vendido era un pequeño cuenco azul translúcido con una línea amarilla en el borde que había diseñado Raffaele. Era del tamaño perfecto para las olivas o los pistachos, y de proporciones equilibradas; el azul ultramarino era suntuoso y el borde amarillo brillaba como un halo. Los visitantes agobiados por la isla saturada de cristal *kitsch* se aferraban a aquel sencillo cuenco con alivio.

La historia de la isla y su cristal estaba envuelta ahora en una nube de orgullo; había un museo del cristal que celebraba los logros de los antiguos talleres y de los nuevos. A Orsola le gustaba ir al Museo del Vetro y admirar con nostalgia las piezas antiguas expuestas, sobre todo las de los Barovier, que incluían las *rosette* de Maria Barovier, así como una elaborada copa nupcial azul ultramarino con figuras pintadas, hecha en la época en que había nacido Orsola. También estaban representadas otras familias de vidrieros de Murano, incluso los Rosso, con uno de los candelabros de Marco con los delfines de Antonio entrelazados en el pie. Rosella insistía a Orsola para que donara las tarjetas de muestra de sus cuentas que le había devuelto Jonas. Y algún día lo haría, pero todavía no estaba preparada para desprenderse de su historia. Por el momento colgaban de una pared de la tienda; la mayoría de la gente las ignoraba, aunque de vez en cuando Orsola veía a una mujer estudiándolas con atención y pensaba: «Ella también hace cuentas».

Orsola y Rosella se esforzaban para que los clientes se sintieran cómodos y no escudriñados o atosigados en el reducido espacio de la tienda de Venecia. Inundaciones aparte, a Rosso e Rosella le iban bien las cosas, aunque un año antes una tienda de *souvenirs* había abierto justo enfrente. En ella vendían los típicos llaveros, fundas de móvil, camisetas, billeteras de plástico e imanes de nevera, todo decorado con imágenes de góndolas, Santa Maria della Salute, la basílica de San Marco, el palacio del Dux o el león veneciano, así como figuritas y fruslerías de cristal con una etiqueta escrita a mano en la que se leía: CRISTAL DE MURANO, a pesar de que Orsola sabía que estaban hechas en China, que se había convertido en la principal competidora de Murano. Para proteger su mercado, los vidrieros muraneses habían tenido que poner un sello especial en sus piezas, aunque los vendedores venecianos y los turistas a menudo ignoraban este detalle. A Orsola le entraban deseos de gritar a sus vecinos por vender semejantes porquerías delante de una verdadera tienda de cristal de Murano, pero en lugar de eso fue Rosella la que habló con el encargado en un tono más tranquilo y apaciguador..., pero en vano. Resultó que el dueño de la tienda era un inversor chino.

Orsola tenía que estar sentada viendo cómo el torrente de turistas miraba las piezas de calidad y más caras de su escaparate, para luego

dar media vuelta y comprar los artículos baratos del otro lado de la calle. La deprimía tanto que al final ya no iba a trabajar allí, y dejó que Rosella y Angela se encargaran de las ventas.

Ahora, sin embargo, había vuelto para ayudar durante la época del Carnevale. Tres meses después de la inundación, las mujeres habían conseguido que la tienda recuperara la normalidad, con la salvedad de la marca del agua, unos treinta centímetros por encima del suelo, que parecía fascinar a los clientes. Las inundaciones solo eran fascinantes para aquellos que no las sufrían. Por primera vez desde el *acqua granda*, el número de turistas volvía a ser considerable. Era un alivio que hubieran regresado a Venecia para las dos semanas del Carnevale, aunque eso significara que los pasajes estuvieran atestados de juerguistas cada vez más borrachos, muchos con máscara y disfraz. Aunque la mayoría seguía acudiendo a la tienda de *souvenirs* para comprar máscaras baratas, algunos entraban en Rosso e Rosella en busca de regalos o de una de las máscaras con cuentas expuestas en el escaparate, que Rosella hacía cada febrero como guiño a la festividad.

Orsola alzó la vista al tiempo que una pareja alemana entraba en la tienda. Por lo general era capaz de adivinar la nacionalidad de alguien antes incluso de que hablara. Los saludó con la cabeza y trató de no seguirlos con la mirada. En lugar de máscaras de Carnevale, llevaban mascarillas quirúrgicas que les cubrían la nariz y la boca. La mirada de la mujer era nerviosa; la del hombre, desafiante. No permanecieron mucho rato en el establecimiento ni tampoco compraron nada.

—¿Para qué llevaban esas mascarillas? —le preguntó a Rosella, que estaba inclinada sobre la llama en su mesa de trabajo.

Su sobrina no alzó la cabeza, concentrada en el minúsculo pulpo rojo que estaba moldeando para un llavero. Al final, ellas también habían claudicado y habían decidido vender algún que otro recuerdo más asequible además de sus collares y pendientes, que eran más costosos. Orsola seguía haciendo sus caballitos de mar, que se vendían bien.

—Estarán preocupados por ese virus chino.

Orsola resopló.

—¡Menuda chorrada! ¿Cómo se va a propagar hasta aquí?

Sin embargo, se le hizo un nudo en el estómago al recordar la enfermedad que mucho tiempo atrás se había llevado a *nonna*, Maddalena, Paolo y Nicoletta, y había encerrado a los Rosso en su casa durante la cuarentena. «Eso no podría pasar en la actualidad —se dijo—. La medicina ha evolucionado y hay mucha más higiene; ya no cogemos esa clase de cosas. Es imposible que nos pase a nosotros, que pase ahora».

A nosotros. Ahora.

Orsola estaba indignada por no poder ver a su familia. El apartamento que compartía con Stefano se encontraba a más de doscientos metros de casa de los Rosso y, con la nueva normativa establecida para la cuarentena, estaba prohibido recorrer esa distancia sin enfrentarse a una multa de tres mil euros (mil quinientas cuentas). Tampoco podía salir a hacer la *passeggiata* por Campo San Bernardo, visitar la tumba de sus padres ni sentarse al sol a tomarse un café con Monica en la cafetería que había junto al Ponte Longo. Tan solo se permitía salir brevemente para comprar artículos de primera necesidad. Por lo demás, todo estaba cerrado.

A veces quedaba con su cuñada para verse delante del supermercado y hacer cola juntas. Monica llevaba a una de las sobrinas bisnietas de Orsola —Luciana ya era abuela— y ellas charlaban a un metro de distancia, siguiendo las normas de seguridad. La primera vez que la pequeña vio a su tía bisabuela, con la inconsciencia propia de los niños, corrió a abrazarla entre los gritos ahogados de todos los reunidos y chasquidos de lengua de desaprobación cuando Orsola rodeó con sus brazos a la niña en lugar de apartarla. Ella sabía que en realidad sentían envidia ante aquel contacto que ahora estaba prohibido.

Algunos puestos del mercado seguían abiertos, pero la gente no se quedaba a charlar. Las conversaciones se reducían a preguntas sobre la salud y la enumeración de todo un catálogo de síntomas que nadie había percibido con anterioridad: la garganta seca e irritada, la tos repentina, las molestias en las extremidades, los dolores de cabeza. Todo se tomaba como una señal que podía desembocar en el contagio del virus.

Orsola había oído decir que era posible que el covid hubiera llegado a Italia a través de un hombre chino que había ido a visitar una fábrica de coches alemana, una de cuyas piezas se envió al norte de Italia con trazas del virus. Aquello le parecía muy rocambolesco. Aun así, hacía siglos que el mundo estaba interconectado; cualquier veneciano era consciente de ello. Las ratas habían llegado en los navíos comerciales procedentes de Turquía o de algún lugar más al Oriente, y las pulgas que transportaban trajeron consigo la peste. Las propias pulgas provenían de las marmotas de Kirguistán. Ahora, sin embargo, la globalización y la velocidad de las comunicaciones hacían que el virus tuviera mayor alcance y se propagara con más rapidez.

Orsola era afortunada: podía seguir trabajando en su estudio de la planta baja, cuando menos mientras le quedara cristal y gas. Pero sus piezas se resintieron porque le costaba concentrarse. Quemaba el cristal y así aparecían burbujas. Se le caían piezas, no dejaba reposar las cuentas lo suficiente para que se enfriaran, su decoración era

chapucera y sus manos, que siempre habían tenido un pulso excelente, le temblaban tanto que los puntos se convertían en manchurrones, y las flores en garabatos. Parecía que hubiera perdido su sentido innato de la simetría, y sus cuentas quedaban descentradas y desiguales. Su trabajo era casi tan defectuoso como cuando Elena Barovier le había enseñado a hacer cuentas tantos años atrás; Orsola se sentía como una aprendiz que volvía a pasar miel de un palito a otro. Además, estaba falta de inspiración y era incapaz de crear algo nuevo, pero los diseños antiguos que copiaba no le quedaban ni de lejos tan bien. A menudo no disponía de los colores adecuados y pensaba con pesar en el arcoíris de varas de cristal que encargaría si pudiera, los veinte tonos de azul y los treinta de verde. Varios años atrás, se habían aprobado nuevas leyes medioambientales para regular los gases que emitían los hornos, lo que dificultaba la elaboración de vidrio crudo en Murano. En la actualidad había una única fábrica en Murano que produjera bastón y ahora estaba cerrada.

Y además, ¿para qué hacer nada? La tienda también estaba cerrada y nadie sabía cuándo regresarían los turistas. Los pedidos del extranjero se habían estancado. Poco a poco, Orsola dejó de ir al estudio y se quedaba en el apartamento con Stefano, leyendo compulsivamente el periódico o viendo la televisión durante el día, o vídeos de gente haciendo tonterías para intentar animar al mundo.

Sin el estímulo de la variedad que proporcionaban los lugares, los sonidos y las personas, la vida era insulsa. Orsola se hartó de ella misma, y echaba de menos a los demás. Ver a su familia y a sus amigos a través de la pantalla del teléfono no era lo mismo que verlos en persona. Luciana se rio de ella cuando se lo confesó, pero lo cierto era que echaba de menos Venecia. Echaba de menos la presencia de desconocidos, de los turistas que entraban en la tienda de San Marco, que cogían y dejaban las piezas de cristal mientras observaban cómo Rosella hacía una cuenta. Echaba de menos incluso a aquellos más exasperantes, los que manejaban el cristal sin precaución, se quejaban de los precios o hacían comentarios groseros sobre el trabajo, sin plantearse que era posible que aquella pieza la hubiera hecho ella.

Una cosa por la que estaba agradecida era la presencia constante de Stefano. Aunque no hablaba mucho, ambos se sentían cómodos en silencio, viendo la televisión o leyendo. Orsola, que había aprendido a leer de mayor, no era una gran lectora, pero Stefano estaba sumergido en una biografía de Napoleón, «para entender lo que nos hizo y por qué». Su siguiente lectura iban a ser las memorias de Casanova, aunque no accedió a leer en voz alta los pasajes más picantes. Orsola se preguntaba si el seductor habría dejado constancia de su encuentro en una góndola que salía de Mestre con una chica que hacía cuentas.

A veces se apoyaba en Stefano mientras él leía y su silenciosa

respiración la sosegaba.

Fue en la cola del supermercado donde finalmente Orsola tuvo noticias de Giacomo.

—Se ha ido —susurró Monica cuando su cuñada le preguntó por él.

—¿Que se ha ido? No lo entiendo. ¿Adónde?

Monica miró a su alrededor. Era difícil compartir secretos familiares a un metro de distancia mientras todo el mundo escuchaba.

—Se fue a Mestre justo antes del confinamiento y no ha vuelto.

Orsola se inquietó.

—¿Se quedó atrapado en *terraferma*?

—No se quedó atrapado —contestó Monica en voz tan baja que, al principio, Orsola no la oyó, y cuando por fin dedujo lo que le había dicho, no lo entendió.

En las llamadas grupales de la familia, Giacomo había cambiado su fondo por una imagen de palmeras ondulantes y había hecho bromas al respecto. Orsola había dado por hecho que se encontraba en su piso de Murano.

—¿Con quién está, entonces?

Monica miró de nuevo a su alrededor, pero había demasiadas vecinas ansiosas por enterarse de un chisme, así que sacó el teléfono y le envió un mensaje.

Está en casa de alguien.

¿Alguien? ¡Por fin tiene novia!

No es una mujer.

Orsola miró a Monica, que se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

Monica volvió a escribir en el móvil.

Hace tiempo que lo sospechaba. Por comentarios de Isabella.

No quería decir nada por si me equivocaba.

Al final se lo pregunté y me lo contó.

Orsola repasó apresuradamente la vida de su hermano y las piezas encajaron de pronto en su sitio. Su dolor por la muerte de Paolo, que ella había atribuido a su pena por haber perdido a un maestro, no a un amante. La falta de pasión o entusiasmo entre Isabella y él, y su desinterés por encontrar otra esposa cuando ella se marchó. La incomodidad que mostraba cuando los hombres de Murano se comportaban como machotes. Su reticencia a ir a beber en L'Omo Salvadego. La forma en que no se sumaba a los silbidos o piropos que los hombres dedicaban a las mujeres. La mirada de reojo que ella misma le había visto dedicar a algunos hombres antes de apartarla, y a la que nunca había atribuido significado alguno. La sensación, nunca expresada en palabras, de que su hermano no estaba cómodo en su

propia piel y de que escondía alguna cosa.

¿Qué dice Marco?

No lo sabe. Cree que G está atrapado en Mestre.
Espera que vuelva. Igual es mejor.

Igual.

Orsola sintió deseos de llamar a Giacomo de inmediato, pero esperó a estar sola en su estudio. Cuando él contestó a la videollamada, ella se limitó a decir:

—¿Por qué no me lo habías contado?

La expresión de miedo y alivio que se reflejó en el rostro de su hermano antes de que pudiera controlarla casi le rompió el corazón. Su gentil hermano, el que siempre la había cuidado, el mismo con el que había vivido tantas cosas. En realidad, nunca lo había conocido y ahora se había convertido en rehén de *terraferma*, que se regía por sus propias normas. ¿Volvería algún día? ¿Lo deseaba siquiera?

Empezó con un dolor de cabeza. Luego vino la tos. Un sabor metálico en la boca y, después, la incapacidad de saborear nada. Fatiga. Fiebre. El pecho cargado. Dificultad para respirar. Una dificultad cada vez mayor. Y mayor. Ambulancia. Hospital. Respirador.

Cuando la ambulancia acuática llegó desde Venecia, los médicos —enfundados en trajes blancos como si fueran astronautas— le colocaron a Stefano una máscara de oxígeno que le impedía hablar aunque hubiera querido. Mientras lo bajaban por la escalera, Orsola los siguió y observó cómo lo sujetaban a la camilla en la calle. Los vecinos asomaron la cabeza por la ventana y enseguida volvieron a meterse dentro.

Empezaron a llevarse a Stefano hacia el canal. A Orsola no se le permitía acompañarlo ni visitarlo en el hospital.

—¡Un momento! —Corrió tras ellos con el teléfono de Stefano—. Llámame —le dijo al tiempo que se lo colocaba en la mano y se la apretaba.

Él le clavó los ojos oscuros con una mirada tan penetrante como la primera vez que Orsola lo había visto en el taller de los Barovier, cuando era apenas un *garzone* y Maria Barovier lo estaba reprendiendo. Aunque Orsola nunca había estado enamorada de Stefano, lo quería. Él había aceptado su matrimonio y había permanecido a su lado durante todos esos años sabiendo desde el principio que ella habría preferido casarse con Antonio. Debía de haber sido tremendamente humillante, pero él nunca se había quejado y ella no era capaz de expresar con palabras lo agradecida que estaba.

Stefano la saludó con la mano. Orsola le devolvió el saludo. Y luego se lo llevaron.

Al día siguiente, su foto destelló en la pantalla del móvil. No era él, sino una enfermera agotada que había cogido el teléfono para informarla de que Stefano había muerto.

Como los servicios fúnebres estaban prohibidos, no pudieron celebrar una misa por Stefano en Santi Maria e Donato. La familia más cercana fue la única que acudió a su entierro en el cementerio. Los padres de Stefano habían fallecido mucho tiempo atrás y sus hermanos vivían lejos. Angela no podía cruzar la laguna desde Giudecca para enterrar a su querido padre porque estaba prohibido. Sin embargo, lloró tanto por teléfono que Orsola se alegró de no tener que lidiar con ella en persona.

La noche antes del entierro, la familia se reunió en una llamada grupal para honrar la memoria de Stefano, aunque Orsola se sintió frustrada con las limitaciones de la tecnología, que los obligaba a hablar de uno en uno sin poder mantener más de una única conversación al mismo tiempo porque se superponían las voces. Los hombres —Marco, Giacomo, Raffaele, Marcolin, Andrea— estaban de un humor sombrío, terriblemente afectados por la pérdida del hombre silencioso con el que habían trabajado durante tanto tiempo. Las mujeres —Monica, Angela, Rosella, Francesca e incluso Luciana— se centraron en la salud de Orsola, preocupadas por si ella también había enfermado a pesar de no mostrar todavía ningún síntoma.

—No puedes ir sola al entierro —declaró Monica.

—No, es verdad —convino Rosella.

A Angela, que justo acababa de dejar de llorar, se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas.

Orsola se esforzó por aparentar una valentía que no sentía.

—No hay otra opción; sería ilegal. Además, si he cogido el virus, podría contagiaros. No os preocupéis, será un funeral corto, sin cura, y en el que ni siquiera se permiten flores. —Mientras hablaba, empezó a temer que llegara el momento.

A la mañana siguiente, recorrió a pie el largo camino hasta el cementerio, algo permitido porque tenía un motivo válido para rebasar el cerco de doscientos metros alrededor de su casa. La isla estaba inquietantemente vacía, salvo por alguna persona enmascarada en la distancia que se apresuraba a regresar a casa con provisiones. Pese a todo, la gente se asomaba a sus ventanas por encima de la calle y hablaba con sus vecinos del otro lado. Al ver pasar a Orsola se quedaban callados; todo Murano sabía que el virus se había cobrado una vida, y también quién era él y quién era ella, y adónde se dirigía. En la isla no había secretos.

—*Mi dispiace*, Orsola —le gritaban—. *Dio accolga* Stefano.

Al llegar al recinto del cementerio se lo encontró cerrado y tuvo que llamar al timbre y esperar a que el guarda le abriera. El hombre la

saludó con la cabeza al tiempo que la dejaba pasar, y luego echó la llave a la verja y la guio por una larga avenida bordeada por cipreses antes de girar a la derecha y avanzar entre hileras de tumbas. Le indicó con un gesto que siguiera adelante, se hizo a un lado y dejó que ella continuara sola.

Orsola vio en la distancia el carro portaféretros con el ataúd, que debían haber trasladado desde una embarcación en el canal cercano. A su alrededor había cuatro empleados de la funeraria que esperaban enfundados en trajes espaciales como los de los médicos, en lugar de los negros habituales. Junto a ellos distinguió una figura con un traje negro de corte impecable y Orsola sonrió a su pesar.

«Ha sacado el Armani del armario», pensó.

Marco se sentía estúpidamente orgulloso de aquel traje, que se había comprado para su sesenta cumpleaños. Con su complexión enjuta y su pelo blanco, le quedaba perfecto y se le veía guapo. A pesar de que Stefano no era su familiar directo, se había arriesgado a pagar la cuantiosa multa para acudir al cementerio. Mientras Orsola se acercaba, él se quitó la mascarilla y se puso a discutir sobre el ataúd que habían escogido para Stefano.

—Las asas no están bruñidas. Y la madera tiene demasiados nudos; ¡mirad!

—Marco.

Orsola se quitó la mascarilla y, por primera vez en la vida, se dejó abrazar por él de buena gana y apoyó la cabeza en su hombro. Las lágrimas empezaron finalmente a correr por su rostro.

Tras el breve entierro, Orsola llevó a Marco a la tumba de sus padres, que visitaba más a menudo que él. Mientras que muchas de las tumbas tenían un foto en la base o colgada en la cruz, en la de los Rosso no había imagen alguna de su padre, al que jamás habían hecho una foto en su vida, aunque sí una de su madre, ya mayor, con expresión seria y mirando fijamente a la cámara. Orsola notó un vacío en el estómago.

—Madre —susurró al tiempo que acariciaba la foto—. ¡No sabes cuánto te echo de menos!

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado a solas con su hermano. No se llevaban bien; ambos lo sabían y lo aceptaban. Ahora, de pie ante la tumba de sus padres, Marco le preguntó cómo iba el negocio en la tienda de San Marco antes de la inundación y la pandemia. Aunque era la primera vez que le preguntaba algo así, Orsola no detectó sarcasmo o condescendencia en su voz, así que contestó con sinceridad:

—Iba bien; no nos podíamos quejar. No tan bien como las tiendas de *souvenirs*, pero estábamos contentas.

—Padre se habría sentido orgulloso.

—Ah, ¿sí?
—*De certo*. Siempre fuiste su preferida.
—No es verdad.
—Sí lo es.
Orsola contempló el nombre de su padre cincelado en la lápida: LORENZO ROSSO, MAESTRO DEL VETRO. Luego señaló con la cabeza la mirada penetrante de su madre.
—Bueno, nuestra madre creía que yo no hacía nada a derechas, así que la cosa está equilibrada. Aun cuando yo tenía cuarenta años, seguía criticándome por cómo hacía la colada y nunca valoró mis cuentas. Ella te prefería a ti.
—Así es. —La afirmación de Marco no era tanto cruel como la constatación de una realidad.
Orsola limpió la tumba de hojas muertas.
—Ojalá hubiera podido traer flores —dijo.
—Ay, se me olvidaba.
Marco se metió la mano en el bolsillo y le dio una pequeña corona, confeccionada exquisitamente con cuentas de semilla de diversos colores ensartadas en alambres doblados en forma de flores y hojas de parra. Orsola no había visto una de aquellas en años, desde que Luciana las hacía en la época en que eran populares. Por mucho que deseara aborrecerla, no pudo por más que admirar el trabajo. Luciana había dejado de hacerlas desde que los chinos habían empezado a producir cuentas de semilla por un coste mucho menor y la habían apartado del negocio; ahora se dedicaba a alquilar viviendas a los turistas en Murano y Venecia.
—Luciana me ha sugerido que la pusiéramos sobre el ataúd de Stefano —explicó Marco—, pero el sepultador se ha negado debido al virus. *Bastardo*! Podemos dejarla aquí. —Dio una palmadita sobre la tumba de sus padres.
Orsola se sintió tentada a negarse, pero era consciente de que aquella habría sido una actitud pueril.
—¿Cómo está Luciana? —preguntó al tiempo que dejaba las cuentas sobre la tumba, una diminuta corona colocada sobre una cabeza de granito.
—Está bien. Siempre le has tenido manía.
—¡Porque se lo quedó todo!
—Esa es tu opinión. Luciana es parte de la familia. Raffaele y ella siguen estando locos el uno por el otro, ¿sabes? Los oigo cada noche.
—*Basta*! —Orsola dio un zapatazo sobre la tumba—. Tengo que volver.
—¿Adónde? ¿A un apartamento vacío? ¿A ver programas malos en la tele o a llamar a gente que no tiene nada que contar porque no hay nada nuevo que decir? No sé tú, ¡pero yo estoy encantado de

haber podido salir de casa!

Ella lo miró y observó las finas arrugas alrededor de las comisuras de los ojos, las manos que temblaban un poco por la edad —aunque seguramente nunca cuando trabajaba con el cristal, un oficio que requería un buen pulso—, y pronunció una palabra que nunca utilizaba con su hermano:

—*Grazie*, Marco.

—¿Por qué?

—Por venir aunque te podrían haber multado.

Él emitió un sonido malhumorado.

—Nadie va a impedirme asistir al funeral de mi cuñado. Era un trabajador mañoso, Stefano. Sus espejos, sus grabados. Nos enseñó a estirar el bastón.

—Pero podrías ponerte enfermo; no sabemos si me he contagiado.

Él volvió a emitir el mismo sonido.

—Al diablo con el covid. Eres mi hermana.

Era como si le hubiera dicho que nadie en Murano tenía más talento que ella para hacer cuentas. De hecho, era mejor.

Intercambiaron una sonrisa.

—*Cretino* —dijo ella.

—*Bauca*!

Mientras caminaban hacia la verja, donde esperaba el guarda con las llaves, Marco carraspeó.

—*Ecco*, ¿quieres venir y quedarte con nosotros? A Monica le encantaría.

Por un instante, Orsola se planteó la posibilidad de regresar a la casa familiar, donde le harían la comida, podría chismorrear con Monica y se contagiaría de la energía de los niños que, capaces de ignorar noticias, vivían en el momento. Podría especular que, sobre la felicidad de Giacomo, sobre si volvería a Murano cuando pudiera o probaría suerte en *terraferma*.

—*Grazie*, Marco —contestó al cabo, la segunda vez que se lo decía en una sola conversación, después de toda una vida de silencio—. Pero no. Estoy acostumbrada a vivir tranquila, sin caos. Sin ropa que lavar.

Él asintió.

—Lo sé. Daría cualquier cosa por escaparme a tomar una copa en L'Omo Salvadego. Pero si cambias de opinión, la oferta seguirá en pie.

Orsola asintió y, a continuación, alargó la mano y le dio un apretón en el brazo, que seguía conservando la fuerza conseguida tras años de levantar cristal. No le cabía duda alguna de que al día siguiente volverían a discutir, pero siempre recordaría que aquel día no lo habían hecho.

Regresó a casa por el camino más largo, siguiendo el canal que

quedaba cerca del apartamento. Con la prohibición del tráfico de embarcaciones, el agua estaba transparente en lugar de translúcida, y tan plana que se veían el fondo y los peces que siempre habían estado allí, pero que por lo general quedaban ocultos por el barro que levantaban las barcas. Orsola miró abajo y vio coral naranja, que ni siquiera sabía que existiera. La naturaleza seguía adelante, ajena al sufrimiento humano. Con indiferencia de lo que les ocurriera a las personas, el mundo seguiría estando siempre allí: las mareas subirían y bajarían, las flores brotarían y los pájaros cantarían. No era una idea original, lo sabía, pero le resultó reconfortante. En cierto sentido, los seres humanos también seguían adelante: comían, dormían, creaban y amaban, sin importar las circunstancias.

Incapaz aún de enfrentarse al apartamento vacío, decidió escurrirse por las calles desiertas hasta el Campo San Donato, pasó por delante de la basílica, cruzó el puente y se dirigió hacia la *Riva* di San Matteo. Estaba a más de doscientos metros de su casa, pero supuso que, dadas las circunstancias, nadie la denunciaría.

Pasó por delante de L'Omo Salvadego, que estaba cerrado, y la capilla de San Matteo, la única parte de la iglesia original que había sobrevivido, rodeada de una serie de pequeños estudios de artistas del cristal construidos aprovechando la estructura de una antigua fábrica. A pesar de ser un recordatorio de que la época en que decenas de talleres familiares producían las mejores piezas de cristal para todo el mundo había terminado mucho tiempo atrás, por lo menos aquel viejo edificio estaba ahora lleno de creadores individuales y no se había visto reducido a ruinas, como había pasado con tantas otras fábricas de la isla. Orsola sospechaba que, con el tiempo, alguien reconocería su valor como inmueble de primera y lo convertiría en un hotel o en unos apartamentos de lujo para turistas; eso si Venecia se recuperaba del doble golpe de la pandemia y el *acqua granda*.

Claro que se recuperaría, o al menos eso esperaba, sin importar las pesimistas previsiones que escuchaba en la radio o en la cola del supermercado. Siempre lo había hecho. Orsola había sido testigo de cómo la ciudad se recobraba de numerosos reveses: el descubrimiento de nuevas rutas comerciales a Asia y el Nuevo Mundo, que habían reducido Venecia a un patio de recreo para viajeros después de haber sido el corazón del comercio mundial. Las diversas epidemias de peste. La invasión de Napoleón y las posteriores ruinas decadentes creadas por los austriacos. Las grandes inundaciones. Los cruceros y las hordas de turistas que habían vaciado la ciudad de sus habitantes originales. El mar que iba ganando centímetros, lento pero seguro. Sin embargo, Venecia conservaba su determinación, se adaptaba y confiaba en su singularidad, en su belleza atemporal, para atraer admiradores.

Además, la ciudad era real, una sensación imposible de

experimentar en otros lugares más modernos y nuevos. Raffaele había estado en Las Vegas para celebrar sus bodas de oro con Luciana —Orsola sospechaba que había sido idea de ella— y le había descrito a su tía cómo cada casino estaba decorado con un tema, que a menudo era un lugar: París, Roma, Egipto y, por supuesto, Venecia. Le mostró fotos de un campanario, un palacio del Dux, un puente de Rialto y canales llenos de agua con cloro, transparente y azul como la de una piscina, todos ellos de pega. Había incluso góndolas, aunque los gondoleros no remaban como era debido, ni siquiera los auténticos que habían traído desde Venecia. Cuando Raffaele se lo comentó a uno de estos últimos, este lanzó un improperio auténtico.

«Y a todo el mundo le encantaba —le explicó Raffaele—. Oí a un estadounidense que decía: "¿Para qué vamos a molestarnos en el largo vuelo hasta Italia cuando tenemos todo lo que queremos aquí en el Venetian de Las Vegas, ¡y además podemos ir al casino!?"».

Los venecianos se quejaban de que la ciudad se hubiera convertido en un parque temático, pero Orsola sabía que, mientras los canales venecianos apestaran a alcantarilla, sus habitaciones fueran oscuras y húmedas, y sus habitantes, melancólicos y sarcásticos, Venecia conservaría su esencia, que tan atractiva resultaba. Una perla necesita arenilla para ser hermosa; la belleza reside en la cicatriz del labio, el hueco entre los dientes, la ceja torcida.

Llegó a la *Riva* di San Matteo, el escenario del punto álgido de su vida. Durante cuarenta y cinco años —a veces tenía la sensación de que habían sido cientos—, Orsola se había parado en aquel lugar y se había tomado un momento para pensar en lo que había perdido allí, en el camino que había decidido no tomar, dejando en cambio que Antonio se alejara de ella a bordo de una barca. Primero había sentido el dolor, luego el recuerdo del dolor, y al final el recuerdo del recuerdo, en el que llevaba tantos años atrapada, rememorando ese momento con Antonio como si lo viera a través de un telescopio, examinando las emociones con la curiosidad objetiva de quien hacía ya mucho que no las sentía. De vez en cuando, al recibir un delfín de cristal, la llama se avivaba, como un diente irritado por un dolor antiguo.

Contempló el agua. No había barcas en la superficie porque estaba prohibido salir, incluso para pescar. La laguna era una lámina de cristal que se extendía hasta las montañas, interrumpida solo por el aeropuerto en la distancia, inerte ahora sin los vuelos que traían a los turistas a Venecia y luego se los llevaban de ella. Ese día las montañas se veían con tanta nitidez que parecía que la nieve de las cumbres la había pintado un niño. Hacía mucho tiempo que Orsola no pensaba en lo que había más allá.

Poco después del comienzo del confinamiento, se habían visto

delfines nadando en la laguna alrededor de Venecia gracias a la ausencia de embarcaciones. Habían pasado muchos años desde la última vez que se los había visto en aquella zona. La noticia se difundió por todo el mundo y la gente se repetía, maravillada: «¡Los delfines han vuelto a Venecia! ¡Mirad lo que hace la naturaleza sin la interferencia del hombre!». Enseguida se descubrió que la noticia era falsa: el vídeo de los delfines se había grabado en Cerdeña. Orsola, como muchos otros venecianos, se burlaba de la culpabilidad sentimental del resto del mundo con respecto a Venecia. Todos querían creer.

No obstante, mientras miraba la superficie en ese momento, ella también buscó una alteración, una aleta, un cuchillo atravesando la laguna que señalara el regreso de los delfines. Porque Orsola también quería creer. Si los delfines no habían vuelto a la laguna, ¿de qué había servido aquella epidemia? Había oído en alguna parte que Dios había enviado el virus para obligar a la gente a cambiar sus hábitos, que se trataba de un gigantesco botón de reinicio para la humanidad. Si era así, Orsola dudaba que la gente cambiara. En cuanto pudieran, volverían a consumir, a viajar, a tratar el mundo como un patio de recreo, igual que habían hecho con Venecia durante siglos. Y ella formaba parte de aquel ciclo en la medida en que hacía cuentas que nadie tenía por qué comprar, cosas bonitas para atraer a Murano a turistas que no tenían por qué ir. Debía reflexionar sobre ello, ahora que disponía de tiempo. Sin embargo, era una idea tan escurridiza que le era imposible concentrarse en ella y prefería inquietarse por el tartamudeo de un nieto, preocuparse por que se estaba quedando sin harina o preguntarse si debía comprar un abrigo nuevo. Cualquier cosa menos las preguntas verdaderamente importantes.

Y cuando no podía evitar pensar en ello, se recordaba que las cuentas aportaban color y belleza a muchas partes del mundo, ya fuera el Caribe, las Américas, África, Nueva York o la propia Venecia. Había algo de un valor incalculable en aquellos objetos pequeños y duros: el poder de conservar y perpetuar la historia de sus dueños, y también de quienes las habían hecho.

Costó un tiempo recuperar la normalidad, pero al final se creó una vacuna para combatir el covid, los casos se redujeron, las restricciones para viajar se relajaron y Orsola y Rosella pudieron reabrir su tienda en San Marco. Pese a lo mucho que se quejaba Orsola de los turistas, verlos regresar fue todo un alivio. Sabía que Venecia y Murano los necesitaban para sobrevivir. Hacía siglos que era así.

Poco a poco se había ido acostumbrando a vivir sola en su apartamento y a trabajar en el estudio de la planta baja. Todo el mundo —no solo su familia, sino toda la comunidad de Murano— la trataba con delicadeza, sin saber muy bien cómo actuar desde la

pérdida de Stefano. A veces, cuando estaba en el supermercado, oía a alguien despotricar sobre la exagerada reacción hacia el virus, que no era peor que una gripe. Entonces el acompañante de quien hablaba le daba un codazo, señalaba a Orsola con un gesto y provocaba un aluvión de disculpas. Estaba más que harta.

Hubo, pese a todo, dos novedades positivas. La primera fue la elevación de la nueva barrera para prevenir inundaciones durante una tormenta que, de otro modo, habría vuelto a inundar Venecia. Aunque el nivel del mar siguiera subiendo, al menos tenían una defensa momentánea contra las destructivas inundaciones que tantas desgracias habían traído a los venecianos, los muraneses y todos los isleños.

La segunda buena noticia: al final los delfines sí que volvieron a Venecia. Un año después del primer y falso avistamiento, durante el segundo confinamiento, apareció un vídeo de dos delfines listados nadando en el canal de Giudecca, cerca de la entrada al Gran Canal. Esta vez, las imágenes eran reales: al fondo de uno de los vídeos se distinguía con claridad Santa Maria della Salute. Los delfines se habían desorientado y un equipo de rescate formado por varias embarcaciones los dirigió de vuelta al mar.

Después de eso, cada vez que Orsola iba a San Matteo durante su paseo vespertino, miraba de nuevo la laguna buscando señales de delfines.

8

El canto rodado, que con tanta fuerza lanzaste, ha cruzado la mayor parte de la laguna y ha rebotado en varios puntos a lo largo de quinientos años. Ahora, tras un último y pequeño salto, cae y se hunde en las aguas que rodean Murano en el presente. Orsola tiene casi setenta años. Una vez más, hace girar bajo la llama una cuenta roja translúcida con motas de pan de oro suspendidas en su interior. La cuenta que hizo para Antonio. Alza la vista y ve a un hombre…

Está parado en el cruce de dos calles donde Orsola tiene su estudio y mira a su alrededor. Un turista, supone. Pero hay algo en su postura, en la manera en que mantiene los pies separados como un pescador veneciano navegando por las agitadas aguas de la laguna; y su pelo rizado de un gris que un día fue dorado, y la forma de su cara, con los pómulos altos y los ojos hundidos… A Orsola le da un vuelco el corazón. De pronto recuerda el perrito de Mazzorbo, tanto tiempo atrás, tendido entre Antonio y ella en el *sandolo*, en apariencia ahogado pero que había regresado a la vida escupiendo agua.

«Si los delfines de cristal han seguido llegándome todo estos años —piensa Orsola— y los delfines de verdad han vuelto a Venecia, ¿por qué no puede regresar él?». Eso es lo que quiere pensar, lo que le ha hecho falta pensar todos estos años, aunque es consciente de su irracionalidad. Quiere que él sea aquel perrito y que resucite.

Mientras observa al hombre, deja de dar vueltas a la cuenta, que se desprende de la vara de hierro. Él posa la mirada en el cartel que hay sobre la tienda y sus ojos se iluminan. A Orsola no le da tiempo a prepararse antes de que la puerta se abra, y así, sin más, él está con ella en el estudio. Es un espacio pequeño, atestado con su mesa de trabajo, sus bombonas de gas y sus bastones de todos los colores, así como una caja de cristal llena de piezas para vender a los visitantes ocasionales. Como este hombre.

Orsola apaga la llama y se pone en pie. Se resiste a atusarse el pelo áspero y a meter barriga. Él debe aceptarla tal como es.

—*Buongiorno, signora*.

El hombre tiene el elusivo acento de alguien que habla italiano con fluidez pero no es de allí. Parecido al de Klingenberg. Europa Central.

—¿Antonio? —pregunta ella en voz baja, porque quiere creer.

El hombre sonríe pero no se da por aludido. Y es evidente que no la reconoce.

A Orsola se le cae el alma a los pies.

—Usted es…

—Alessandro. Alessandro Scaramal.

—Ah.

Es el hijo de Antonio. O quizás… Orsola se toma un momento para pensar. El hombre tiene aproximadamente su edad. No puede ser el hijo de Antonio; es demasiado mayor. Traga saliva.

—¿Es usted Orsola Rosso? —dice el hombre.

Orsola asiente. Por fin se ve obligada a afrontar la realidad que se ha pasado toda la vida tratando de ignorar. Hace ya mucho que Antonio se marchó a *terraferma*, donde el tiempo transcurre de manera distinta. Eso quiere decir que este Alessandro debe ser un bisnieto. No, un tataranieto. No, un trastataranieto o mucho más. Y eso significa… que Antonio murió hace mucho. Hace siglos. Orsola ha vivido su vida sin él.

Es algo que nunca ha querido asumir. Es tan difícil aceptar la verdad… Toma aire con la respiración trémula.

—Pero los delfines… —dice—. Él me envía delfines.

Alessandro Scaramal se sorprende.

—Así que es para usted. No estaba seguro. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño delfín gris verdoso muy parecido a los que Orsola ha ido recibiendo a lo largo de los años. Es del color exacto de los delfines reales que aparecieron en Venecia durante la pandemia —. En nuestra familia tenemos la tradición de hacer uno de vez en cuando y enviarlo a Venecia. Llevamos cientos de años haciéndolo.

Orsola mira el delfín.

—¿Por qué?

Alessandro se encoge de hombros.

—Nadie lo sabe. Es algo que nos dicen nuestros padres, a quien a su vez se lo dijeron los suyos, y a estos los suyos. He venido de vacaciones a Venecia y he pensado que, ya que estaba aquí, intentaría averiguar dónde acaban los delfines Scaramal. En la dirección de Venecia he encontrado a una tal *signora* Klingenberg, que me ha enviado aquí. Entonces, ¿tiene usted más?

—Tengo toda una colección. —Orsola no le cuenta que están en un cajón junto a su rodilla. Ahora entiende por qué su estilo no es del todo uniforme: son varias las manos que los han ido confeccionando a lo largo de los años—. ¿Lo ha hecho usted? —pregunta al tiempo que señala el más nuevo de todos con la cabeza.

Alessandro adopta una expresión avergonzada.

—No. Mi padre se enfadó mucho cuando decidí no continuar con la tradición vidriera.

Orsola lanza un suspiro.

—Mi hija tampoco lo hizo. Ni mis nietos.

—Pero mi hermana sí. Es ella quien ha hecho este. Es muy buena,

mucho más de lo que yo lo habría sido jamás. —Alessandro hace una pausa antes de proseguir—: Es curioso, su segundo nombre es Ursula. Como el suyo. Otra tradición familiar. A las hijas de los Scaramal siempre se les pone ese segundo nombre.

Por un instante, Orsola cree que va a echarse a llorar.

Alessandro le tiende el delfín.

—Tenga; cójalo por favor.

Orsola alarga la mano y él lo deja caer en su palma. Ella lo agarra con fuerza y nota cómo las aletas se le clavan en la piel. En el corazón.

—*Ecco*, me encantaría ver los demás delfines —dice Alessandro—. Si no le importa enseñármelos. —Mira a su alrededor—. Y también me gustaría ver su trabajo. *Per favore.*

Parece genuinamente interesado.

Orsola se queda pensativa. Hoy en día no abre muy a menudo el cajón de los delfines. Pero…

—*Sì* —contesta—. Tome asiento.

Por él, lo hará.

Agradecimientos

LA FAMILIA ROSSO, sus amigos y vecinos son producto de mi imaginación. Sin embargo, varios de los personajes que aparecen en el libro existieron de verdad. Maria Barovier fue en efecto la creadora de la preciada cuenta *rosetta* y, en la actualidad, sus descendientes siguen trabajando el cristal en Murano. Casanova también existió, por supuesto, al igual que Josefina Bonaparte, que visitó Venecia en 1797, aunque no consiguió librar a la ciudad de los estragos de su marido. Asimismo, la *marchesa* Luisa Casati vivió durante unos años en el *palazzo* Venier dei Leoni, que ahora alberga la colección Peggy Guggenheim. Las excentricidades que describo de la *marchesa* son un reflejo fiel de la realidad. Los guepardos, la desnudez, los cientos de faroles de Murano: todo es cierto.

Domenego se basa en el desconocido y elegante gondolero que aparece en el cuadro de Vittore Carpaccio *Milagro de la reliquia de la Cruz en el puente de Rialto*. Desconocía que hubiera esclavos en Venecia hasta que vi esta asombrosa pintura, expuesta en la Academia de Venecia y que revela muchos aspectos de la vida en la ciudad en el siglo XV.

¿Por qué el cristal? Hace muchos años, un lector se me acercó tras la presentación de un libro en Milán y me sugirió que escribiera sobre el comercio de cuentas veneciano, pues era uno de los pocos ámbitos del trabajo del cristal en el que las mujeres estuvieron implicadas durante cientos de años. Luego me entregó varios folletos sobre cuentas que, como era de esperar, abandoné en una estantería donde acumularon polvo. Por lo visto, Giorgio Teruzzi conocía mejor que yo mis intereses, porque no me olvidé de las cuentas; años después, desempolvé los folletos y empecé a documentarme. Tuve incluso oportunidad de volver a ver a Giorgio en una conferencia en Venecia sobre el cristal, en la que pude contarle mis progresos y avasallarlo a preguntas. Me gustaría darle las gracias por inspirarme y animarme a embarcarme en este esotérico viaje.

Hay tantos libros, artículos y páginas web acerca de todos los aspectos de Venecia que el problema al documentarse no es qué leer, sino qué no leer. Recomiendo tan solo dos libros a aquellos lectores que quieran hacerse una idea general: *Venecia* (1960), de Jan Morris, y *A Brief History of Venice* (2009), de Elizabeth Horodowich. Para un estudio más exhaustivo, sin duda hay que acudir a *Historia de Venecia* (1982), de John Julius Norwich.

Sobre Murano no hay tantos libros, pero en lo relativo a su historia más antigua, el que destaca por encima de los demás es *The Revolt of Snowballs* (2018), de Claire Judde de Larivière, quien

también me ayudó a encontrar fuentes y respuestas a preguntas específicas.

De los numerosos libros sobre cuentas de cristal, de Murano y de otras partes, los que me resultaron más útiles son *Trade Beads: From Venice to the Gold Coast*, editado por Giorgio Teruzzi y Anna Alessandrello (2007); *Perle d'Africa, da Venezia al Mondo*, de Giorgio Teruzzi (2009); *Glass Beads from Europe*, de Sibylle Jargstorf (1995); *Beads of the World*, de Peter Francis, Jr. (1999); *The Worldwide History of Beads*, de Lois Sherr Dubin (2009); *Glass Beads: Selections from the Corning Museum of Glass*, de Adrienne V. Gennett (2013), y *The Glory of Beads* de Nicole Anderson (2017).

Más que los libros, quienes me ayudaron a entender y apreciar el cristal fueron las personas, entre ellas varios vidrieros de Murano cuyos estudios visité. Sobre todo quiero dar las gracias al maestro Davide Fuin y sus *serventi*, que me permitieron observarlos mientras hacían una pieza tras otra, y plantearles preguntas. Tuve la suerte de que Alessia Fuga me enseñara a hacer cuentas, así como Samantha Sweet y Phil Valentin en Londres. Gracias a Laura Sparling por una esclarecedora conversación sobre la translucidez. Disfruté de una alegre y a ratos aterradora tarde soplando cristal en London Glassblowing; saben lo que se hacen, y tengo un tambaleante jarrón y un grueso cuenco que lo demuestran (¡todos los defectos son culpa mía!). Muchísimas gracias al maestro vidriero Cesare Toffolo, que tiene una mesa para trabajar con lámpara original, con sus correspondientes fuelles, y me enseñó su funcionamiento. Gracias también a Marisa Convento, especialista veneciana en cuentas de semilla, y a Mauro Stocco, que me abrió los archivos del Museo del Vetro de Murano. Es un lugar maravilloso que vale la pena visitar, repleto de cristal de comienzo a fin. Otro santuario del cristal es el Corning Museum of Glass en el norte del estado de Nueva York; agradezco a Kit Wright que me descubriera este lugar tan extraordinario.

Mi agradecimiento más sentido a la artista del cristal Amy West, que me abrió su estudio de Murano, su hogar y su corazón, me presentó a numerosas personas que de otro modo jamás habría conocido y me explicó tanto el proceso para trabajar el cristal como lo que supone vivir en Murano. Sin ella, me habría sido imposible profundizar tanto y le estoy muy agradecida por sus enseñanzas, su paciencia y su generoso espíritu. En mis viajes para documentarme no siempre hago amigos, pero con Amy tengo una amistad vidriera que durará toda la vida.

Por su hondo y variado conocimiento de Venecia y su disposición a compartirlo, quiero dar las gracias a Michelle Lovric y Catherine Kavesi. Y a Nan McElroy, de Row Venice, que me sacó por los canales

y no se rio de mi forma de remar.

Contar historias conlleva un delicado equilibrio entre la claridad y el misterio. Cuando uno juega con el tiempo como he hecho yo aquí, las cosas pueden tambalearse un poco. Por eso los editores son un tesoro. Suzie Dooré y Andrea Schulz se han ganado una medalla de platino con este libro; me plantearon sus dudas, me persuadieron y me convencieron con delicadeza de que lo reescribiera una y otra vez hasta que finalmente todo funcionó. Andrea y Suzie, esta novela habría sido un desastre sin vosotras; gracias por vuestra insistencia. Y gracias a sus ayudantes, Nidhi Pugalia, Elizabeth Pham Janowski y Jabin Ali, por toda su ayuda.

Mi más sincera gratitud a Sabine Schultz y Stella Boschetti, de la editorial Neri Pozza en Italia, que leyeron y corrigieron mis numerosos errores en italiano. Y a Pieralvise Zorzi, un historiador veneciano, que corrigió errores y añadió veneciano, ¡además de enseñarme varias selectas imprecaciones en el proceso! También a las correctoras Sarah Bance y Hillary Roberts por pulir el libro y dejarlo presentable. Cualquier error que haya quedado es responsabilidad mía.

Jonny Geller y Deborah Schneider, mis agentes: me inclino ante vosotros por vuestro buen juicio. Siempre me guardáis las espaldas y ellas lo saben.

Gracias también a Jonathan Dori y Susan Elderick por leer y compartir sus opiniones sobre un borrador cuando ya estaba desesperada y convencida de que jugar con el tiempo de esta manera no funcionaría. Vosotros me enseñasteis que era posible y cómo hacerlo. Y Susan me recordó que un proceso de edición minucioso y conciso siempre es algo bueno.

Por último, gracias de todo corazón a mi amiga Ronna Bloom, a quien está dedicado este libro. Ronna ha sido mi compañera durante mi exploración de Venecia. Juntas hemos descubierto su poesía y su prosa.

Glosario de términos en italiano y veneciano

LA MAYORÍA de las palabras son en italiano, aunque en ocasiones he utilizado el veneciano (V) en momentos de gran emoción: insultos, exclamaciones, bendiciones. Esta edición incluye un listado de algunas palabras que pueden resultar menos conocidas a nuestros lectores y lectoras.

a domani: hasta mañana

a premando (V): izquierda, en argot de los gondoleros

a stagando (V): derecha, en argot de los gondoleros

acqua alta: una marea excepcionalmente alta que ocasiona inundaciones

addio (V): adiós

adesso: ahora, ya

ahia!: ¡ay!

alla veneziana: al estilo veneciano

allora: entonces

andate: vete

andate al diavolo: vete al infierno

andiamo: vámonos

androne: zona de la planta baja de la casa, que podía inundarse durante las mareas altas

arrivederci: adiós

bauca (V): estúpida

bea (V): bella

becco fotuo (V): cornudo de mierda

bella: bella

bellissimo/e: bonito

ben cussì (V): bien hecho, bien dicho

bigoli al nero di sepia: pasta con tinta de calamar

bussolai (V): galletas venecianas

buzaròn/i (V): estafador

calcedonio: cristal con aspecto de calcedonia

campo (V): plaza

canagia (V): canalla

càncaro (V): cáncer, usado como insulto

canella/e: cuenta cilíndrica

caorlina/e: embarcación larga y estrecha con la proa y la popa curvadas hacia arriba

capite tutti?: ¿lo entendéis todos?

Carnevale: festival de Carnaval que se celebra del 26 de diciembre a Cuaresma

cavalluccio/i marino/i: caballito de mar

cazzetto (V): polla pequeña

che bea cocheta (V): qué belleza

che cosa?: ¿qué?

che Dio abia pietà della so anema, e de la nostra (V): que Dios se apiade de su alma, y de la nuestra

che Dio li/lo tegna (V): que Dios lo bendiga; también, buena suerte

che San Nicolò te tegna 'na man sul cao (V): que san Nicolás ponga su mano sobre tu cabeza

cicchetti: aperitivos

comunque: de todas formas; el caso

con complimenti: enhorabuena; felicidades

conterie: cuentas, en especial las de semilla

così: así

da bon (V): claro, por supuesto

d'accordo: de acuerdo, vale

davvero: de verdad

de certo: sin duda, por supuesto

de longo (V): recto, en jerga de los gondoleros

delfino/i: delfín

demoni: demonios

denaro/i: moneda pequeña, como un céntimo; 12 *denari* = 1 *soldo*

di grazia: por favor

Dio accolga (V): que Dios acoja (a ti, tus oraciones, tu alma)

ducato: ducado; 1 *ducato* = 124 *soldi*

ecco: entonces, así pues

ehi!: ¡eh!

escrementi di coniglio: excrementos de conejo

escrementi di topo: excrementos de ratón

felze: cabina de la góndola

ferro: pieza decorativa de metal en la proa de la góndola

fondaco: almacén

fondamenta (V): calle que corre paralela a un canal

forcola: escálamo de la góndola

fritola/e (V): buñuelo

garzone/i: aprendiz de vidriero

garzonetto/i: niño que trabaja para un vidriero

il Giuda: Judas, traidor

goto/i (V): vaso de diario

impestada (V): contaminado, infectado (de *peste*)

impiraressa/e: persona que enhebra cuentas

in mona a to mare (V): que follen a tu madre

in bocca al lupo: buena suerte; literalmente: en la boca del lobo

ladro/i, ladronetto: ladrón, ladronzuelo

ladro fiol d'un can (V): ladrón hijo de perra

lira/e: moneda usada en Venecia hasta 1797; la lira italiana fue la moneda oficial del país entre 1861 y 2002

magnamerda (V): comemierda

maledizione: maldición

mamaluco (V): idiota

mar rosso: menstruación; literalmente: mar rojo

Mariavergine: Virgen María, usado como exclamación

me ralegro (V): enhorabuena, me alegro

meravigliosa/o: maravillosa/o

merda: mierda

mi dispiace: lo lamento

millefiori: cuenta con muchas flores; literalmente: mil flores

mimorti! (V): ¡santo cielo!; literalmente: ¡mis muertos!

mona (V): zorra

Muranesei maganzese (V): muranés arisco

muso da mona (V): cara de zorra

naturàl (V): claro

nonna: abuela

nuovo/nove: nuevo/a

ocio! (V): ¡cuidado!

oe: ¡ah del barco!

l'omo salvadego (V): el hombre salvaje, una popular máscara de Carnaval

ovviamente: evidentemente

passeggiata: paseo vespertino

pastone: cilindro de cristal

patate: patatas

paternostro/i: cuenta redonda, como la de un rosario

peata/e: embarcación grande, tipo gabarra

per favore: por favor

per l'amor di Dio: por el amor de Dios

perdonate/mi: perdona, disculpa

perle: cuentas

piazza: plaza pública

piazzetta: placita pública

prego: por favor, después de ti, de nada

prometto: lo prometo

pronto: hola; literalmente: estoy listo (al teléfono)

prova: examen para convertirse en *servente* o maestro en un taller de cristal

provveditori alla sanità: autoridades sanitarias

puteletto de Muran (V): niño de Murano
puttana: puta
ragazze: chicas
rio (V): canal
riva (V): terraplén que recorre una gran extensión de agua
rosetta/e: cuenta en forma de barril de color rojo, blanco y azul, creada originalmente por Maria Barovier
rosso: rojo
sandolo/i (V): embarcación de fondo plano
sarde in saor (V): sardinas marinadas
scusème (V): disculpen
sei bellissima: eres preciosa
sempia (V): imbécil
La Serenissima: sobrenombre de la República de Venecia desde 1462
servente/i: ayudante de un maestro vidriero
sessola/e (V): cuenco plano de madera para ensartar cuentas
sestiere/i (V): barrio en Venecia
sì: sí
signor/e: señor
signora: señora
signorina: señorita
soldo/i: moneda o cantidad pequeña de dinero utilizada para las compras cotidianas en Venecia hasta mediados del siglo XIX
sorella: hermana
spettacolare: espectacular
spia: espía
spigoli (V): juego de cartas parecido al póquer
sprotìn (V): sabelotodo, listillo
sta' zitto: cállate
sto bene: estoy bien
stronzo/a (V): cabrón, hijo de puta
ta morti cani (V): tus familiares muertos son perros
tanto: mucho
terraferma: continente
ti: tú
ti xe imatonìo? (V): ¿estás atontado?; también: ¿eres más tonto que un botijo?
tipico: típico
tiradori (V): los que tiran del bastón
traghetto/i: góndola usada como ferri; también: lugar donde los gondoleros esperan clientes
tutto/i: todo
ulivetta/e spoletta/e: cuenta ovalada

va bene: vale, de acuerdo
vattene!: ¡vete!
vecchio: viejo
vero: de verdad
vetrai: vidrieros
vetro: cristal, vidrio
visdecasso (V): carapolla
zecchino/i (V): moneda de gran valor; 1 *zecchino* = 440 *soldi*
zendale: chal negro

Título original: *The Glassmaker*

Primera edición en formato digital: octubre de 2024
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.o 1.a izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it
ISBN: 9788410346154
Código IBIC: FA
DL: BG 11.209 – 2024
Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición: David Pablo
Traducción de Begoña Prats
Ilustración de cubierta: *Retrato de la señorita Agnes Jordan*, de Theodor Grosse
Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Conversión a formato digital: Brioworkx